



JARDIN DE OSCURIDAD

TODO DON PUEDE SER UNA BENDICIÓN O UNA MALDICIÓN

B I A N C A C A R V A L H O

DE CIUTIIS
ediciones

B I A N C A C A R V A L H O

JARDIN DE OSCURIDAD

TODO DON PUEDE SER UNA BENDICIÓN
O UNA MALDICIÓN


DE CIUTIS
EDICIONES

Carvalho, Bianca

Jardín de oscuridad: todo don puede ser una bendición o una maldición / Bianca Carvalho - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: De Ciutiis Ediciones, 2017.

304 p.; 23x16 cm. (Trilogía de las cartas)

Traducción de: Juliana Catalan

ISBN 978-987-46059-6-2

1. Narrativa Brasileira. 2. Novelas de Suspenso. I. Catalan, Juliana, trad.. II. Título CDD B869.3

© Bianca Carvalho
Todos los derechos reservados

Título original: *Jardim de escuridão*

Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir y encuadernar en setiembre de 2017
en el Instituto Santa María de Artes Gráficas (ISMAG)

Hecho el depósito que señala la ley 11.723

ISBN 978-987-46059-6-2

Todos los derechos reservados por

© **De Ciutiis Ediciones**

Av. Rivadavia 8517 - (C1407DYH) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

www.facebook.com/deciutiisediciones • E-mail: decediciones@gmail.com



Queda prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que son parte de mi vida y que merecen toda mi gratitud, pero dos de ellas fueron más que especiales para que este libro existiera y saliera de mi imaginación.

En primer lugar, mi madre Sonia Carvalho, quien me presentó el maravilloso mundo de la literatura, que me fascinaba contando historias de los libros que leía y que me provocaba curiosidad cuando compraba una nueva obra y la empezaba a leer. Fue ella la que me enseñó a amar los libros, la que leyó mis primeras historias, tan infantiles, y quien siempre me animó. Además, a ella le debo quien soy.

Y en segundo lugar, pero no menos importante, a mi (novio) marido André Siqueira, que fue fundamental para que *Jardín de oscuridad* naciera. Él, que me hacía no parar de escribir, que hacía que todo mi trabajo fuera más profesional y que se mostró mucho más compañero de lo que jamás imaginé que alguien pudiera ser.

Este libro es para ustedes dos...

DEDICADO A LAS CINCO PERSONAS MÁS IMPORTANTES DE MI VIDA.
AQUELLAS QUE SIEMPRE ME DIERON APOYO, CADA UNA A SU MODO.

PADRE, MADRE, ABUELO, ABUELA Y DÉ...

¡AH! Y TAMBIÉN A MI PERRITO CUPIDO,
QUE ME LLENÓ DE LENGÜETAZOS CARIÑOSOS
MIENTRAS ESCRIBÍA ESTA HISTORIA.

“ROSAS verás, solo de CENIZAS FRUNCIDAS,
MUERTAS, INTACTAS en tu JARDÍN”.

Cecilia Meireles

PRÓLOGO

Por primera vez en mucho tiempo, Lolla DeWitt se sentía joven otra vez. Sus manos cansadas no parecían más tan pesadas y su cabeza no le dolía como antes. Casi sentía sonreír su alma y su corazón pleno. Estaba segura de que se acercaba el final. Para muchos sería un momento de tensión y lamentos, pero no para una mujer espiritual como ella; al final, conocía las leyes del cielo y de la tierra, y no tenía nada para quejarse de la vida que había llevado: amó fue amada, tuvo lindas hijas y preciosas nietas que le daban una inmensa alegría. Solo soñaba con poder encontrar a la hija desaparecida que había abandonado a Tatianna y dejar atrás la vida que había construido.

No había muchas cosas que le pertenecían, pero lo poco que tenía sabría dividirlo igualmente entre sus niñas, Faith, Cailey y Tatianna. Y lo que no era material todavía estaba a tiempo de ser compartido también.

Tenía tres últimos deseos, y cada uno tendría su tiempo para realizarse. De ellos dependían los destinos de aquellas jóvenes, y Lolla sabía que se cumplirían, pues jamás había sido una mujer caprichosa.

Pensaba en Faith, primero porque era la mayor, y por más que las tres necesitaban encontrar su rumbo, tal vez la primogénita era la que más precisaba su ayuda. Por eso hacía algunos meses que soñaba constantemente con ella. Un sueño de esos que eran tan parecidos a la realidad que, tarde o temprano, terminaban por materializarse.

Entonces empezó a escribir la carta que sería para ella. La primera de las tres. Conocía a sus niñas y sabía el modo correcto de hablar con cada una; por eso comprendía que Faith era especial. Era necesario usar palabras también especiales, directas y eficaces, o no se liberaría de las paredes que había creado a su alrededor. Se acordaba de su sonrisa, de su alegría de vivir, y quería que ella volviera a ser quien era antes.

Y todo comenzaría con una flor mística, un cementerio y un secreto...



AMARANTO

*“El amaranto es la flor que simboliza la inmortalidad o la vida eterna.
Es la flor del cementerio, pues nunca muere”.*

En realidad, todo comenzó con una muerte. Lolla DeWitt partió en un sueño tranquilo, sin dolores ni sufrimiento, exactamente como lo merecía. Su enfermedad, el cáncer, nunca le había impedido nada; sus últimos años de vida fueron bien vividos, y ella supo disfrutarlos. A tal punto que su funeral estaba lleno de personas que la querían, que la admiraban, y otras que apenas la conocían, pero que habían oído hablar de su inusual habilidad.

De pequeña soñaba con cosas, y estas sucedían. Por ese motivo, salvó vidas y destinos, dio buenos consejos y ayudó a mucha gente sin importarle si algún día volvería a recibir algo a cambio.

Durante el funeral, Cailey y Tatianna se consolaban mutuamente perdidas en un llanto incontrolable. La abuela era el pilar que sostenía a aquella familia, que la guiaba en la dirección correcta. Las dos no podían comprender por qué ella había hecho tanto bien a tantos desconocidos, había aconsejado a tantas personas acerca de sus vidas, pero dejó a las tres sin rumbo, a cada una con sus problemas. No era propio de Lolla olvidar a alguien, y mucho menos a sus adoradas nietas.

Mientras lamentaban la pérdida de la querida abuela, observaban a Faith, siempre solitaria y pensativa. Antes de la tragedia que había

caído sobre sus vidas, ellas eran muy unidas, muy próximas, con una conexión casi sobrenatural; sin embargo, la mayor de las tres se había cerrado en su pequeño mundo privado y no compartía su dolor ni sus penas con nadie. Ni siquiera con la muerte de Lolla consiguió derramar sus lágrimas delante de los demás. Bella y sobria, Faith era siempre muy equilibrada y elegante, con su cara triste, sus modales impecables y su temperamento sereno. Sin embargo, solo Cailey y Tatianna sabían que era una fachada para esconder su alma destrozada.

Solo ellas sabían que sería en su casa, a solas, donde se pondría a llorar y a sufrir la nostalgia que sentía por la pérdida de la abuela.

Las dos se miraron y acordaron, silenciosamente, que debían acercarse a la tercera DeWitt. Al principio, Faith protestó, pues quería estar sola. Después de tanta tristeza, ya no sabía cómo lidiar con la compasión de la gente; recordaba la mirada de los demás y casi podía leer sus pensamientos sobre ella: que era joven y bonita y no merecía tantos castigos en la vida. No obstante, a pesar de la frialdad que demostraba su expresión, amaba a su hermana y a su prima, y no podía ser tan egoísta como para pensar que ella era la única que tenía dificultad en aceptar la muerte de Lolla. Las dos también la necesitaban.

–¡Hola, Faith! ¿Te encuentras bien? –preguntó Tatianna cuando finalmente se acercaron.

La mayor era la única que vivía sola, por eso no tenían idea de cómo había recibido la noticia.

–Sí. –Trató de parecer lo más calmada posible, pero no pudo evitar hacer un comentario más personal–. Ella nos hará falta.

–A todas... –Cailey, siempre más carente que las demás, se puso en medio de ellas y rodeó sus cinturas con sus brazos. Tatianna inmediatamente retribuyó el cariño de la prima, pero Faith se mantuvo reacia. Ese tipo de demostración de afecto era capaz de derribar sus barreras, y ella todavía no se sentía preparada para eso.

Mientras el sacerdote hablaba, Faith solo quería irse. Si para las demás era difícil, para ella era como si le arrancaran, o intentasen arrancar, un corazón que no tenía más. Tratar con la muerte no era algo nuevo, era como si formara parte de su vida, especialmente en los últimos años. Era una enemiga poderosa imposible de combatir.

Todo parecía ocurrir más lentamente de lo normal, y cuando finalmente cerraron el ataúd de Lolla, lo colocaron en su tumba y lo cubrieron con tierra, las tres se pudieron ir a sus casas. Cailey y Tatianna todavía vivían en la casa que perteneciera a su abuela, que traducía perfectamente su personalidad dulce, organizada, sensible y algo esotérica. Cristales, ángeles y otros artículos del mismo género estaban esparcidos por todas partes y daban un aire de tranquilidad y belleza al lugar. Faith, a su vez, vivía sola. Tenía su casa, su negocio y su soledad.

Y precisamente ella se encaminó a su florería en busca de sus flores, sus mejores amigas y compañeras. Mientras caminaba hacia su invernadero, desataba su hermoso pelo castaño, que estaba cuidadosamente sujetado con un moño. Luego se sentó en un taburete en un rincón escondido de su refugio. Trató de contenerse lo máximo que pudo hasta que, mirando al cielo, se puso a llorar copiosamente. Apoyó sus codos en las rodillas y escondió los ojos con las manos. Pensaba que ya no le quedaba ninguna lágrima y que no habría más sufrimiento que el que ya había padecido, que podría solamente existir, casi vegetal, hasta que finalmente llegara su hora, pero estaba equivocada.

Hacía siete meses que Faith había sufrido un accidente. Ella y su marido regresaban de una fiesta, en la que él se había emborrachado por completo, y Faith decidió que sería mejor que ella condujera el auto, pues no había consumido alcohol. Sin saber cómo, se había dormido manejando, y cuando despertó, estaba en un hospital donde le dijeron que el auto había caído de un acantilado directo al mar. Ella pudo ser rescatada, pero su marido fue dado por muerto y su cuerpo fue considerado desaparecido. Desde que todo ocurrió, se empeñó en buscarlo. Tenía la esperanza de que hubiera conseguido sobrevivir, pero la policía abandonó la búsqueda y su familia efectuó el funeral argumentando que Henry necesitaba descansar. Sin ayuda ni estímulo, ella también disminuyó sus búsquedas y cerró su corazón. Se culpaba por su muerte, y lo mismo hacían todos, menos Lolla, Cailey y Tatianna. A ella no le parecía justo que su marido hubiese muerto y que además hubiese perdido el bebé que esperaba, porque ser madre era su mayor sueño. Había perdido a Henry y también al niño que engendraba, su primer hijo, tal vez el único, ya que no pretendía enamorarse otra vez ni involucrarse con otro hombre. Su plan consistía en cuidar de su familia y su florería.

Faith no era una florista cualquiera. Ella conocía cada flor, el significado de cada especie, y no solamente eso, donde vivía era conocida por elegir las flores exactas y regalarlas a sus amigos y a sus clientes en el momento que más lo necesitaban. Lolla decía que era un don, pues ella adivinaba el problema de la gente y la ayudaba de una manera como no lograba ayudarse a sí misma.

A pesar de haber presenciado varios sueños de su abuela hechos realidad, ella no creía en la historia de que todas las mujeres de la familia DeWitt tenían una habilidad especial. Su madre decía que podía leer la mente, pero nadie nunca pudo asegurarlo, ya que era una mujer muy juguetona. Su hermana melliza, madre de Tatianna, afirmaba que era capaz de hacer magia mientras cocinaba, pero tampoco fue probado, a pesar de que fue una excelente *gourmet*.

Una vez, después de despertarse de uno de sus sueños premonitorios, Lolla le dijo a Faith que sus flores la llevarían al gran amor de su vida, pero ella estaba equivocada, ¡por supuesto! Henry había sido el hombre de su vida; lo conoció en la Universidad, donde ella cursaba biología y él medicina.

En efecto, Faith odiaba aquella historia sobre los dones. La gente creía que su intimidad con las flores procedía de alguna fuerza sobrenatural. Entonces, cuando tenían algún problema esperaban cualquier cosa de ella. Esperaban que les regalara un tulipán amarillo para que se reconciliaran con sus novios después de finalizar alguna relación, o cuando una mujer anhelaba quedar embarazada, prácticamente le suplicaba a Faith que le enviara una heliconia, la flor de la fertilidad. Muchas veces había dejado tristes a sus amigos por no haberles cumplido algún deseo. Pero lo que la gente no sabía era que los regalos tenían que ser espontáneos para que la supuesta “magia” funcionara. Ella simplemente tenía que pensar en la persona, en la flor, y le surgía una idea. Se ponía contenta cuando alguien lograba lo que quería a través de su jardín. Pero cuando Henry murió, esas “premoniciones” desaparecieron casi por completo.

Con la muerte de Henry, Faith se había alejado de su abuela. En silencio, creía que si Lolla hubiera tenido realmente el poder de predecir el futuro, debería haber visto el accidente y salvado la vida de su marido y de su bebé. Esa fue la razón principal por la que no creía en la magia, en una capacidad especial, a pesar de saber que lo que compartía con las flores de su jardín no era algo natural. Era como si

tuvieran voces, como si pensarán, como si le transmitieran ideas, sentimientos. Y no había nada parecido a aquello. Lolla bromeaba con que si esa conexión no era magia, ¿qué más podría de ser?

Todavía estaba llorando, sola en su invernadero, cuando escuchó la voz de alguien que la llamaba. Sin demorarse, limpió sus lágrimas y trató de ocultar su dolor. Era Thomas, un muchacho de dieciséis años que vivía solo desde que había escapado de un orfanato de otra ciudad, y tanto Faith como Lolla le daban dinero para que hiciera pequeños trabajos.

—Thomas, hoy no abriré la tienda. ¡Puedes ir a descansar, si lo deseas!

—Señora Connor, siento mucho la muerte de Doña Lolla. Ella era muy buena conmigo. —El muchacho se puso a llorar, y Faith estaba segura de que no soportaría aquella escena.

Como ella, Thomas también había tenido bastantes pérdidas en su vida, y en lugar de que todo se volviera más fácil de soportar, se hacía cada vez más difícil. Podía ver en sus ojos que él también se sentía exactamente así.

—Ella lo era —contestó tratando de contener la emoción.

—Antes de morir me pidió que le entregara esto. —Thomas extendió su mano; en ella sostenía un sobre.

—¿Para mí?

—Sí, tengo dos más conmigo. Uno para Cailey y otro para Tatianna. Pero no puedo entregarlos ahora. —Lo dijo serio, como si se tratara de una misión muy importante.

—¿Y por qué no?

—Porque Doña Lolla quería que yo los entregara en determinadas fechas. Y haré exactamente lo que me pidió.

Eso era muy novedoso. ¿Qué podría haber sucedido tan importante que Lolla no quería dejar de decirles a sus nietas? Ella era realmente siempre una sorpresa, y después de su muerte se había mostrado meticulosa también. Estipuló fechas exactas para que Thomas distribuyera las cartas.

¿Pero a que se debía el haber sido elegida primera? Esa era una respuesta que descubriría después de abrir el sobre. No obstante, tenía que controlar su curiosidad un poco más. El muchacho esperó delante de ella, y ella sabía lo que quería. Dentro de su pequeño invernadero, tenía un escritorio que le servía de oficina; de todas ma-

neras, era ella la que hacía su propia contabilidad, quien se ocupaba de los proveedores, quien negociaba con los clientes y otras cosas. Solo tenía a Thomas para las entregas y a nadie más. Por lo tanto, retiró dos dólares de un cajón del escritorio y se los entregó enseguida al niño. Se fue feliz con su propina y dejó a Faith sola otra vez.

Observó el sobre en sus manos y no sabía qué hacer. De hecho, casi no tenía el coraje para abrirlo, porque sabía que sería un motivo más de sufrimiento. Imaginaba que aquella carta podría ser como una despedida y, tal vez, no soportaría las palabras bonitas de Lolla diciéndole adiós.

En el sobre se leía solamente: “Para mi dulce Faith, para entregárselo el 24 de junio de 2010”. Thomas realmente había hecho su trabajo, porque la carta llegó a su destino exactamente en la fecha prevista.

La caligrafía impecable de su abuelita ya le dolía en el pecho, y ella decidió que no podía hacerlo sola. Entonces cerró su tienda, tomó su auto y se fue a la casa donde vivían Cailey y Tatianna.

Fue recibida con entusiasmo por Cailey, que la hizo pasar y sentarse un rato. La menor se puso contenta al ver a su hermana, pues tanto ella como Tatianna estaban preocupadas. Sabían que en el fondo, por más que no lo demostrara, Faith estaba sufriendo, y no querían que ella pasara por todo solita. Después de todo, las tres siempre fueron muy unidas; lo cierto era que estaban juntas en los momentos más difíciles. Las dos le ofrecieron café, pero ella no aceptó. Creía que aunque lo intentase su estómago no soportaría nada.

–Me gustaría hablar con ustedes.

Al darse cuenta de que debía ser algo muy importante, Cailey y Tatianna se sentaron cerca de Faith y le prestaron atención.

–Thomas recién me entregó esta carta. Es de nuestra abuelita.

–¿Ella nos escribió una carta? –preguntó Tatianna empezando a emocionarse, pues pensaba como la prima que se trataba de alguna despedida calurosa.

–Esta es solamente para mí –explicó.

–¿Por qué nuestra abuelita te dejaría solamente a ti una carta y no haría lo mismo con nosotras? –Cailey se alteró.

Era siempre la más celosa, especialmente porque se creía la más rebelde de las tres. Siempre había dado problemas en la niñez y creía

que sus padres preferían a Faith porque era estudiosa, responsable y obediente.

—¡No te precipites, Cailey! Thomas dijo que ella escribió tres cartas, pero estipuló plazos para entregarlas a cada una.

—¿Para qué tanto misterio?

—No tengo idea, y es por ese motivo que decidí que la quiero leer con ustedes. No sé cómo me voy a poner con las cosas que están escritas; por lo tanto, aquí estoy. —Ella abrió su corazón después de mucho tiempo, y en seguida se quedó en silencio.

—¡Entonces léela! —la animó Cailey, y Faith abrió el sobre. Inmediatamente se puso a leer la carta en voz alta.

“Mi dulce Faith:

Si estás leyendo esta carta es porque no me encuentro más entre ustedes (siempre veía esa frase en películas y en libros y siempre quise usarla). En primer lugar, quiero que sepas que a pesar de la distancia que se formó entre nosotras en los últimos meses, jamás dejé de amarte con la misma intensidad que antes. Me acuerdo del día en que naciste... un bebé hermoso y cauto. E incluso después de veintiocho años, sigues igual de hermosa y desconfiada.

Sé que no crees en la historia de que todas las DeWitt tienen un don, que no confías en mis premoniciones porque no fui capaz de salvar la vida de Henry y de tu bebé, pero luego de que naciste, vi que un accidente cambiaría tu vida para siempre. Cambiaría también tu modo de ver las cosas, tu fe en Dios y en cualquier tipo de magia. Me pasé años tratando de encontrar la forma de modificar esa tragedia. Pensaba que sabría cuándo y cómo todo iba a suceder para, por lo menos, tratar de evitarla, pero no fui capaz.

Sin embargo, predije mi muerte. Sabía que tenía poco tiempo para arreglar las cosas que habían quedado por la mitad con mi familia. Y tú, Faith, por más que lo niegues, eres la que más necesitas ayuda. Por lo menos al principio. Tal vez, por esa razón, el sueño que vino para ilustrar tu destino haya venido primero a mí. Y fue tan constante que por más que no lo creas, te pido que no dejes de atender a mi pedido. Haz de cuenta que estarás realizando mi último deseo.

JARDÍN DE OSCURIDAD

Querida, no pienses que tus flores no son parte de alguna magia. De verdad tienes el don de comprenderlas, de ver más allá de sus pétalos y su belleza. Yo tenía el don de ver a través de las barreras del tiempo, y lo que vi para ti vendrá para compensar todo tu sufrimiento, que ciertamente no fue en vano. Sin embargo, eso es todo lo que puedo decirte por ahora. Si te cuento más, vas a interferir en el curso de las cosas y nada pasará como fue previsto.

Te pido que pongas un ramo de amarantos en mi tumba el día veinticinco de junio de este año (si Thomas hizo exactamente lo que le pedí, ese día será mañana). Desabógate conmigo todo lo que necesites y pasa un tiempo allí. Quiero que pienses en tus flores, en sus significados y que te mentalices de que todo en la vida es temporal, que el dolor, por más insostenible que parezca, siempre tiene un fin y se convierte en aprendizaje, en una especie de anticuerpo para que seamos más y más fuertes. Incluso nuestra separación es temporaria. Algún día nos reuniremos otra vez y verás que tu vida mereció la pena.

Con amor,

Lolla”.

Cuando Faith terminó de leer, estaba tan emocionada como confundida. Lloraba copiosamente acompañada por las dos, que tampoco podían contenerse.

Nada de lo que su abuelita le había escrito tenía mucho sentido. Entonces ¿ella ya sabía que iba a morir y no le contó a nadie? Era muy típico de Lolla no preocupar a la gente que amaba. Bueno, esa parte, aunque extraordinaria, era comprensible. Lo que no podía entender era el pedido que había recibido. ¿Cómo todo lo que Lolla había solicitado podía cambiar su destino?

–¿Qué vas a hacer, Faith? ¿Cumplirás su pedido? –Tatianna quería saber.

–¡Por supuesto que lo cumpliré! –interfirió Cailey muriendo de ansiedad por saber de qué se trataba el futuro de Faith.

–Sí, lo cumpliré, pero no creo que al poner una flor en la tumba de nuestra abuelita pueda cambiar mi destino.

–¿Y por qué no? Eso se llama efecto mariposa; una acción aparentemente simple puede cambiar el curso de las cosas –afirmó Tatianna bebiendo su café.

–Faith no cree en esas cosas, Tatianna.

–Por más que no lo crea, en mi opinión, ella debe intentarlo. La abuelita nunca se equivocó en ninguna premonición. –Esa era una frase que se escuchaba constantemente.

Las cosas que Lolla predecía realmente tenían la fama de ser infalibles.

–Tengo el control sobre mi vida y me gusta pensar de esa manera. No puedo permitirme creer que de pronto será perfecta por el poder de una magia. –Escéptica, Faith insistía en su teoría.

–Si no tienes fe, tus sueños no se harán realidad.

–No hay fe que traiga a los muertos a la vida. –Sería y convencida de que tener a Henry otra vez era la única cosa que la haría feliz, se alejó de las dos y se fue llevándose la carta de Lolla.

Decidió que no abriría la florería ese día. No había ninguna entrega marcada, y sus clientes sobrevivirían un día sin flores. Nunca había cerrado las puertas durante la semana a mitad de la tarde, pues amaba su trabajo, que había sido él que la había mantenido cuando creía que la vida no tenía más sentido. Varias veces, incluso más deprimida que lo que estaba últimamente, se había refugiado entre sus rosas, sus margaritas y sus camelias, y así encontraba sentido para seguir viviendo, por más que no tenía voluntad para hacerlo. Henry la ayudó a crear aquel espacio, le enseñó a trabajar con planillas y a tratar con los proveedores. Ayudó a su mujer con la difusión del proyecto y eligió el nombre “Jardines y sentimientos”, inspirado en el don que todos insistían que tenía. En poco tiempo, la florería se había convertido en distribuidora de flores para hogares de personas importantes, y varias veces realizó la decoración de fiestas de bodas y de otras celebraciones

La diferencia de su trabajo consistía en que la propia tienda era su invernadero, donde ella conseguía hacer que sus clientes presenciasen el nacimiento y el desarrollo de cada flor. Ellos tenían acceso a gran variedad de especies y podían elegir lo que querían. La mayoría buscaba a Faith por su conocimiento de todos aquellos tipos de flores y plantas; un conocimiento que ella trataba de demostrar y que era una gran atracción para los que utilizaban sus servicios.

Sola en su casa, que estaba al lado de su negocio, ella volvió a leer la carta. Trató de encontrar algo entre líneas, pero no había nada que pudiera comprender. Lolla normalmente no era muy discreta, y eso la hacía sospechar más. Una parte suya quería creer que podría haber algún sentido en esa historia, realmente quería que el pedido de Lolla le trajera algo bueno para que le sirviera como absolución a su dolor, pero no conseguía imaginar nada que tuviera ese poder.

Pasó todo el día en casa pensando en lo que haría, pero no pudo encontrar otra salida. Por más que no creía lo que decía la carta, jamás tendría coraje de negar una solicitud hecha por su abuelita, especialmente después de haber estado ausente durante tanto tiempo por una estupidez que ella misma había cometido. Así que, a la mañana siguiente, se encaminó al invernadero, cosechó algunas ramas de amarantos e improvisó un ramo, como Lolla le había pedido en su carta. Tal vez se estaba volviendo loca por cumplir exactamente todo el ritual, pero en realidad solo estaba realizando un deseo de la abuela fallecida.

Se fue en auto al cementerio y se encaminó a su lápida. Una vez allí, puso el ramo sobre la tumba y se quedó por un tiempo. Trató de visualizar las cosas que le había pedido, y por un momento se permitió emocionarse con el epitafio, que decía: “Lolla DeWitt, amada por todos los que la conocieron. Un ser humano raro”. Y ella lo era. Aunque las cosas a menudo eran difíciles, ella sabía ser fuerte y jamás perdió la fe y la esperanza. Sufrió con la muerte de la hija mayor, madre de Faith y Cailey, y luego con la desaparición de su otra hija, madre de Tatianna. Aun así, cargada con tantos recuerdos tristes, ella supo cuidar a sus tres nietas, no solo con responsabilidad, sino con cariño y amor.

Mientras miraba la tumba, se arrepintió de haberse alejado. Solo tenía doce años cuando su madre murió a causa de un paro cardíaco, y su padre se fue poco después. No pudo soportar la pérdida de su esposa y se suicidó sin pensar siquiera en sus hijas. Debido a eso, Lolla acogió a sus nietas sin vacilar, y Faith se sentía una ingrata por no haber sabido retribuir ese amor. Al contrario, en secreto culpó a su abuelita, y de acuerdo con su carta, Lolla se había dado cuenta de todo. Y ciertamente sufrió sin siquiera poder defenderse.

Después de llorar arrepentida, trató de atender a su segundo pedido. Cerró los ojos y visualizó sus flores en la mente. Vio su invernadero, su mayor motivo de orgullo y, curiosamente, la primera flor

que apareció fue el amaranto. Trató de buscar otras especies, pero era como si en su inconsciente la única flor que plantaba fuera aquella. Poco después, su mente se concentró otra vez en el cementerio. Podía imaginarse caminando desde la tumba de su abuelita hasta la otra lápida. Por mucho que tratase de llevar sus pensamientos de nuevo al invernadero, no podía. Hasta que, en su visión, se paró delante de la tumba de alguien que se llamaba Ursulla Allers.

Abrió los ojos tratando de alejarse de aquellas imágenes extrañas y tuvo la misma sensación que tenía siempre, que debía regalarle a alguien un tipo particular de flor. Primero veía la planta como si fuera la única en su jardín, y luego se imaginaba el rostro de la persona a quien debería entregarla. Hacía mucho que la sensación no era tan fuerte, sin embargo, ella no conocía a nadie con aquel nombre, y por lo que había visto, la persona estaba muerta. Algo que nunca había sucedido antes.

Dividida entre el deseo de irse y la curiosidad de saber si existía aquella lápida, Faith decidió seguir su intuición e hizo exactamente lo que había sucedido en su visión o cualquier cosa que tuviese ese nombre. Tomó una de las ramas que había puesto en la tumba de su abuelita para llevársela a Ursulla Allers. Fue una gran sorpresa cuando constató que la muchacha existía y que estaba sepultada en ese cementerio exactamente donde lo había imaginado.

Con el mismo cuidado que había tenido con su abuelita, puso el amaranto allí y miró lo que estaba escrito como mensaje póstumo: “Amada Ursulla, querida hija y hermana”. No pudo dejar de notar que ella había muerto una semana después que Henry. También era una pérdida reciente, y no era difícil imaginar que la gente todavía sufría y sentía su falta. Estaba empezando a pensar que estaba loca por estar tanto tiempo allí, delante de la tumba de alguien que no conocía, pero no podía dejar de imaginarse cómo sería. Era joven, tenía solamente treinta años, toda una vida por delante. Ciertamente tendría sueños, esperanzas y objetivos. Tal vez era bonita, inteligente y sensible, una de esas almas buenas que el mundo no debería perderse.

Todavía estaba pensando en la desconocida Ursulla, cuando escuchó una poderosa voz masculina que le hablaba. Fuera quien fuera no sabía su nombre, pero se veía un poco enojado y ella no sabía por qué.

Rowan Allers mantenía un ritual en su vida; todos los viernes ponía flores sobre la tumba de su hermana. Quería que el lugar donde ella descansaría por toda la eternidad estuviera siempre bello, con un aspecto de vida y no de muerte. Aquel era un compromiso que no había dejado de cumplir desde que ella se había ido siete meses antes.

Todavía sufría con la muerte prematura de su única hermana. A pesar de que eran de sexos distintos y de que tenían gustos y maneras de pensar diferentes, eran amigos inseparables. Echaba de menos cuando llegaba tarde del trabajo y la veía esperándolo en la sala para hablar sobre su día o sobre un nuevo novio. Siempre fueron así desde niños y aún lo serían si no hubiera muerto.

Nunca había encontrado a nadie allí, y como eran mellizos, por lo general tenían los mismos amigos. No se acordaba de aquella muchacha y estaba seguro de que recordaría esa silueta si la hubiera visto antes. Cuando eran más jóvenes, Rowan acostumbraba salir con las amigas de Ursulla, y estaba seguro de que aquella era su tipo. Delgada, alta, con lindo pelo castaño y lacio que le caía debajo de los hombros. No podía ver su rostro, pero se preguntaba si sería tan interesante como lo demás.

A pesar de estar encantado con lo que veía, no podía evitar sentirse intrigado con su presencia allí.

—¿Quién eres tú?

Cuando habló, en un tono de voz más duro de lo que le hubiera gustado, la joven se volvió hacia él, y Rowan vio sus ojos de color verde oscuro como las nuevas hojas de los árboles. Aunque eran tan bellos como su dueña, eran también los más tristes que había visto. Y no eran simplemente tristes porque miraban la tumba de una mujer joven; había un dolor mucho más grande, un corazón en pedazos. Sin siquiera conocerla, sin saber su nombre o qué estaba haciendo allí, sentía un vínculo con ella y tenía ganas de reconfortarla por todo su sufrimiento, y ni siquiera sabía por qué.

—Me llamo Faith Connor —dijo solo su nombre porque no tenía otra cosa que explicar.

Sin embargo, el hombre no estaba satisfecho, quería saber más.

—¿Conocías a mi hermana? —Rowan se mantenía firme; no se dejaba llevar por la belleza de la mujer o por su delicada apariencia. Quería saber qué hacía por allí.

Faith, a su vez, no tenía qué decir. ¿Cómo explicarle a aquel hombre grosero que no conocía a Ursulla Allers? ¿Cómo decirle que había sido atraída a la tumba por una especie de magia, un don que tenía de regalar flores a las personas cuando más las necesitaban? Y todavía más, si ella misma no creía que se trataba de una habilidad especial, ¿cómo esperar que alguien pudiera creer en toda esa historia? Como mínimo él pensaría que ella estaba loca.

—No, no la conocía. —Empezó a explicarle con su particular serenidad, tratando de no dejarse intimidar por la expresión de enojo del hombre que tenía delante suyo.

—Pero entonces, ¿qué haces aquí? ¿Acaso eres alguna periodista sensacionalista que quieres promocionarte con la historia de mi familia? —El tono de voz helado de aquel hombre la hizo temblar y arrepentirse de haber ido allí.

Estaba claro que había una gran tristeza almacenada en su interior. Sin duda la muerte de Ursulla había sido marcada por la tragedia. Pero por más que fuera solidaria con su dolor, no estaba haciendo nada de malo, al contrario. Era una situación embarazosa, y todo era culpa de Lolla y de sus premoniciones. Que Dios la perdonara por pensar en la fallecida abuela de aquel modo, pero ¿era posible que ella realmente creyera que la vida de su nieta cambiaría cuando fuera acusada de hacer algo malo, sin tener ninguna culpa, por un hombre que ella no conocía?

—No soy nada de eso. Soy botánica, trabajo con flores. Vine a visitar la tumba de mi abuelita, que murió ayer, y me di cuenta de que su hermana murió una semana después que mi marido. Lo siento si fui inoportuna, no va a suceder otra vez. —Omitiendo la mayoría de los hechos, Faith se volvió bruscamente, demasiado ofendida, y ya se iba cuando él la agarró del brazo y la hizo detenerse.

Ella se sintió incómoda cuando él la tocó. En realidad, no era precisamente malo. No había sido tocada por un hombre desde que perdió a Henry, y las manos fuertes del desconocido la hicieron estremecer. Eran sensaciones que ella no se permitía tener, sobre todo si eran proporcionadas por alguien extremadamente atractivo. A su vez, él se arrepintió de haberla tratado de forma tan grosera. Desde que Ursulla había muerto, era como si hubiera perdido la habilidad de tratar a la gente, principalmente cuando la prensa transformó su muerte en un teatro para entretener a sádicos. Esto hizo que fuera aún peor.

–Soy yo el que tiene que disculparse –dijo al darse cuenta de que ella se había relajado un poco.

Rowan soltó su brazo.

–Me llamo Rowan Allers. –Faith movió la cabeza, como si lo saludase porque finalmente habían sido presentados.

–¿Ustedes eran muy cercanos? –Ella no era el tipo de persona que inicia una conversación. Escuchaba más que hablar, pero aquella joven mujer, sepultada delante de ella, le despertaba una inmensa curiosidad y quería saber más acerca de su vida; se había convertido casi en una necesidad, tal vez para explicarse a sí misma el motivo para darle el amaranto.

–Éramos mellizos. Ella era mi mejor amiga, la persona en quien más confiaba.

–Me imagino. Mi madre y mi tía también eran mellizas muy unidas.

Ella no solo se lo imaginaba, conocía aquel sentimiento de pérdida en diversas formas. Comprendía aquella sensación de vacío, de tener a alguien con quien hablar, para apoyarse y para que forme parte de su día a día. También conocía la angustia de perder a esa persona de una hora para otra.

–¿Cómo murió Ursulla?

Le parecía una simple pregunta, aunque se sentía mal cada vez que le preguntaban lo mismo sobre la muerte de Henry, porque sinceramente pensaba que ella tenía la culpa del accidente. Nunca pudo entender cómo se había dormido al volante; además siempre fue muy consciente, no había bebido alcohol en la fiesta –precisamente por estar embarazada– y había insistido en conducir porque estaba sobria. ¡Qué ironía! Tal vez hubiese sido mejor si hubiera dejado a Henry conducir, incluso borracho, y hoy los tres estarían sanos y salvos. Por eso se sentía tan culpable. Sin embargo, de pronto se dio cuenta de que ese tema también le resultaba difícil a Rowan, ya que lo vio con los labios apretados, en línea recta y dura, como una clara señal de molestia. Pensó en la posibilidad de retirar la pregunta, pero él decidió contestarla.

–Pensé que todo el mundo lo sabía. Los diarios dieron la noticia.

–Bueno, yo estaba un poco ajena a las noticias en esa época. –Cuando lo dijo, usando un eufemismo, Rowan recordó que ella se había quedado viuda muy joven, lo que sin duda era una pena. Ninguna mujer tan joven y bonita merecía sufrir por amor.

–Es verdad. Lo siento otra vez. –Se detuvo.

Sin saber el motivo, aquella mujer le transmitía confianza. Así que contarle todo fue más fácil de lo que esperaba.

–Ursulla fue asesinada.

La palabra “asesinada” fue pronunciada con tanta rabia que Faith podía jurar que Rowan sería capaz de matar a cualquiera que fuera culpable de la muerte de su hermana.

–Su cuerpo fue encontrado mutilado dentro de un río. Ella ya llevada desaparecida algunos días; luego fue hallada completamente desfigurada y comida por los peces.

Faith se estremeció al pensar en la escena. Ni siquiera quería imaginarse lo que habría sentido si hubiera ocurrido con alguien que amaba. Pensaba en el dolor que los padres de Rowan debían haber soportado y se compadecía de ellos, aun sin conocerlos.

–Lo lamento. Me imagino que debe haber sido horrible.

–Sí, fue terrible. Y lo peor es que nunca detuvieron al asesino. Está suelto ahí fuera, ¡listo para matar a la hermana de alguien más!

Los dos se quedaron en silencio por un momento, y ella sintió que él estaba suavizando la expresión gradualmente.

–¿Y su marido cómo murió?

–Fue en un accidente de auto.

Faith no se sentía segura para hablar más. Aunque él había abierto su corazón, ella no le debía más explicaciones que las que quería dar.

–¿Qué flores son esas que pusiste en la tumba de mi hermana?

–Al darse cuenta de que ella no quería adentrarse en el tema, él lo cambió.

Nunca había visto una planta tan hermosa, y como le parecía que ella entendía del tema, trató de hacerla sentir más cómoda.

–Son amarantos. Es la flor que simboliza la inmortalidad, la vida eterna. Ella jamás se marchita. –Cuando hablaba de sus plantas, Faith adquiría un brillo diferente en los ojos y su tono de voz se volvía más suave.

Él no dejó de notar que era todavía más hermosa.

Para Faith, ese era un territorio seguro. Podría hablar sin parar sobre el significado de las flores, sobre sus beneficios, sobre plantas en general. Era fácil conversar sobre algo que le gustaba y que no le traía ningún mal recuerdo. Además, Rowan parecía ser buen oyente.

–Entiendes realmente a las flores. –bromeó, pero ella no sonrió—. ¡Y gracias! Ursulla amaba las plantas y agradecería tu gesto.

–Para nada. –Otra vez se quedaron en silencio, y por alguna razón que no sabía, sentía la necesidad de seguir la conversación para que no se fuera.

–Acerca de su abuela, lo siento por la pérdida. –No era un buen tema para hablar con una mujer, pero era lo único que se le había ocurrido.

–Ella era como una madre para mí, una mujer extraordinaria. –Las lágrimas empezaron a aparecer en sus ojos, y en un gesto instintivo, él pasó el dorso de la mano por su cara para limpiarla.

Una vez más ella se sintió algo diferente con ese contacto. Esta vez, Rowan también tuvo la misma sensación.

Por mucho que le despertara solo cosas agradables con su acercamiento, algo en Faith le decía que se alejase. De hecho, su razón le decía eso, pero ella no entendía por qué su corazón latía tan fuerte por un hombre que apenas conocía. Había algo de misterioso entre ellos, como si aquel momento estuviera destinado a suceder. Entonces, ella decidió marcharse.

–¡Me tengo que ir! Fue un placer conocerte.

Sin decir una palabra, se dio vuelta y volvió a cualquiera que fuera el lugar donde vivía, donde se escondía, que él nunca había visto antes. ¿Sería posible que se hubiera topado con una mujer linda, dulce y delicada, pero que probablemente jamás la vería otra vez? Era una idea extraña porque él nunca había tenido una conexión tan rápida con alguien ni había contado cosas tan íntimas. Desde que Ursulla murió, él no había tenido ninguna atracción tan intensa por ninguna mujer. Aun así, no pensaba en Faith Connor solamente como una mujer hermosa, sino como un alma que necesitaba ayuda, alguien que curase su corazón herido. Si tuviera la oportunidad de encontrarla otra vez, haría cualquier cosa para ser esa persona.

Faith se fue a su casa y decidió que no quería trabajar ese día. Quería quedarse en su hogar y descansar.

No podía darse el lujo de pensar que su encuentro con Rowan tenía algo que ver con la premonición de Lolla. Todos decían que ella nunca se equivocaba, pero si era así, ¿cuál podía ser el gran acontecimiento?

tecimiento que cambiaría su vida, si nada había ocurrido? Tal vez era un resultado a largo plazo. Tendría que esperar algún tiempo para sacar conclusiones.

Trató de estar quieta, simplemente para relajarse y permitirse otro día de descanso para recuperarse de funerales y cementerios. No obstante, no logró estar ni un minuto acostada y fue hacia su computadora personal. Abrió la página de búsqueda y buscó información sobre Ursulla Allers. No le fue difícil encontrar noticias sobre su muerte, ya que había ocurrido tal cual él le había dicho. Ella fue muerta por un asesino; había recibido varias puñaladas que dejaron su cuerpo completamente herido, creando una imagen nauseabunda. Faith no podía entender por qué a la prensa le encantaba usar aquellas fotos para ilustrar las noticias. No creía que fuera necesario, pero los diarios sabían que a muchas personas les gustaba ver aquellas escenas horribles, llenas de sangre, y les encantaba escuchar y leer sobre la muerte, sobre gente joven que perdía la vida. Cuanta más violencia, mejor. Definitivamente no era una de esas personas. Llegó a horrorizarse ante la idea del sufrimiento de aquella joven mujer que todavía tenía mucho por vivir. Estaba angustiada al pensar que un ser humano podría ser capaz de tal brutalidad.

Cuando se dio cuenta, descubrió que estaba leyendo varios informes acerca de ese asesinato, hasta que encontró uno que estaba relacionado con la muerte de Ursulla. Se trataba de una joven que había sido asesinada y que tenía prácticamente la misma edad que la hermana de Rowan cuando murió. Los dos homicidios ocurrieron en un espacio de tiempo de algunas semanas y tenían varias similitudes entre ellos: el *modus operandi*, el aspecto de las víctimas y la hora de los acontecimientos. Faith no sabía si Rowan ya conocía este hecho, pero podría tener algún sentido. Sin embargo, no sabía cómo encontrarlo, y era mejor que las cosas fueran de esa manera. Prefería no acercarse tanto a nadie, principalmente a un hombre que sería capaz de revolver sus emociones.

2

AGERATUM

“El ageratum trabaja la limpieza espiritual y la purificación del alma, el fortalecimiento de la comunicación entre el consciente y el inconsciente”.

Faith pasó toda la noche investigando cosas sobre Ursulla Allers en Internet y acabó por dormirse con la cabeza apoyada en la mesa, y apenas notaba que pasaba el tiempo mientras leía sobre la joven. Algunos diarios mencionaban cosas sobre su vida y estaban de acuerdo en que era una buena chica de una familia muy prominente. Tras leer sobre esto, Faith agradecía no ser una persona interesante para la prensa. Al igual que Rowan había dicho, ellos convirtieron toda la historia en un circo y lograron molestar un alma que necesitaba descansar.

Se despertó con el timbre del teléfono que estaba a su lado, que hacía un ruido más fuerte de lo habitual. Estaba agotada y habría maldecido a quien la llamaba, si no hubiese estado Tatianna al otro lado de la línea.

–¿Prima? –preguntó Tatianna dándose cuenta de que, a pesar de haber atendido el teléfono, todavía no había dicho nada.

–¡Hola Tatianna! ¿Algún problema? –Faith se acordaba que la última vez que había recibido una llamada de su prima había sido para avisarle de la muerte de su abuelita. Por lo tanto, el recuerdo la dejó aprensiva.

–Quería saber si te encuentras bien.

–Sí, me encuentro bien –contestó casi suspirando de alivio.

–¿Fuiste al cementerio para hacer lo que nuestra abuelita te pidió?
–Faith casi podía apostar que Cailey estaba a su lado intentando escuchar todo lo que hablaba sobre la premonición de Lolla.

–Fui e hice exactamente lo que me pidió.

–¿Y hasta hora no ha pasado nada? –preguntó con ansiedad.

–Nada extraordinario. –Ella no quería hablar de Rowan Allers ni de su hermana asesinada. Conocía a las dos y sabía que harían varias preguntas que no tenían nada que ver con lo sucedido. Al igual que pensarían que el hombre que había conocido era la clave para un gran cambio en su futuro, y Faith estaba segura de que no era nada de eso.

–¡Qué lata! –gritó Cailey confirmando las sospechas de Faith sobre que ella estaba escuchando la conversación.

–¡Les dije que no creía en esas cosas!

–Bueno... –exclamó Tatianna consternada–. ¡Hablamos más tarde entonces!

Colgaron, y Faith se arrepintió por haberles mentido a Tatianna y a Cailey. Estaba claro que algo había sucedido, pero ella simplemente no sabía si era o no importante, si era algo que realmente cambiaría su destino. No obstante, Rowan Allers le había contado una historia, y por alguna razón ella quería descubrir más sobre eso. Y sabía cómo.

Henry tenía un amigo en la policía. De hecho, él y Steve eran como hermanos y estaban siempre juntos. Recordaba que él había sido el único que, en realidad, trabajó en las búsquedas del cuerpo de su marido, el único que estuvo a su lado y que sufrió con ella. Los dos se unieron aún más a causa de esto. Steve y su mujer, Emily, le dieron mucha fuerza para que superara el dolor. Formaban una pareja agradable, divertida, y tenían un hermoso hijo de tan solo cuatro años. A Faith realmente le gustaba y, aunque sabía que Steve haría de todo para que ella desistiera de esa loca idea de querer involucrarse en una historia que no le concernía a ella ni a nadie que conocía, intentaría algo con él.

A pesar de saber que sería una misión muy difícil, llamó a Emily y le preguntó si podía hacerles una visita. Para mayor comodidad, Steve estaba en casa, pues era su día libre, y Faith haría lo mismo. No abriría la florería otra vez, algo que no era común.

Estaba abriendo la puerta del auto cuando percibió un olor diferente en el aire. Estaba segura de que venía de su jardín, lo que era

extraño, ya que la tienda estaba cerrada. Pero sabía que cuando tenía esa sensación debía regalarle a alguien una flor.

La idea surgía como una visión y no la dejaba en paz hasta que la flor era entregada. Ya había previsto cosas buenas y malas, y mucha gente creía que ella estaba un poco loca o que era algo excéntrica. No pasó mucho tiempo hasta que vio la imagen de sus bellas amapolas y el rostro de Emily. Podía ver claramente los hermosos pétalos rojos de la planta, que tenían un aspecto de papel crepé, con un halo oscuro casi negro alrededor del centro amarillo. Un contraste de suavidad e intensidad, una de las perfecciones inexplicables de la naturaleza.

Era curioso que tuviera esa sensación dos veces en tan poco tiempo, porque pensaba que sus habilidades se habían perdido después de la muerte de Henry.

Sin dudarle, ella se alejó de su auto y corrió hacia el invernadero para cosechar una de esas flores tan especiales. Después de hacerlo, regresó al coche y se fue a casa de Steve.

A ella siempre le gustaba visitarlos. Además de ser bien recibida, le encantaba el ambiente familiar del barrio donde vivían y el aspecto de hogar que tenía la casa. Desde que nació el pequeño Jonathan, se cambiaron a un barrio tranquilo y decidieron darle una vida relativamente más serena al niño. Steve conocía muy bien la violencia de la ciudad, el lado oscuro de las personas y el nivel de crueldad de que es capaz un ser humano. Por eso él quería alejar a su hijo de todas esas atrocidades lo máximo posible.

Cuando llegó, el niño salió corriendo hacia ella y saltó a sus brazos. Faith lo había visto nacer y sabía que él extrañaba a Henry; siempre preguntaba cuándo regresaría de su viaje, que fue la excusa más fácil que encontraron para un niño tan pequeño y tan listo. Exactamente como predijo, Jonathan la llenó de preguntas sobre el “tío Henry”, y Emily vino a su rescate, tomó al niño de sus brazos y le pidió que fuera a jugar.

—¡Perdona, Faith! Ya le explicamos todas esas cosas a Jonathan, pero él insiste en que tú misma le hables sobre Henry.

Emily estaba avergonzada con el comportamiento de su hijo, pues sabía que su amiga todavía sentía mucho dolor al hablar de su marido.

—No te preocupes, es bueno saber que a él le gustaba Henry.
—Faith sonrió y saludó a su amiga con un beso en la mejilla—. ¿Y Steve?

–Está en el patio preparando el asado. Vamos, a él le encantará verte.

Emily puso sus manos en la espalda de su amiga y la llevó donde estaba su marido, pero se sorprendió cuando Faith le entregó la flor que traía en sus manos atada en un lazo de color rosa, exactamente como lo hacía con sus clientes.

–Bueno, querida, ¡qué amable!

Emily olió la flor, pero recordó los regalos extraños que su amiga acostumbraba dar y se sorprendió.

–Faith, no me digas que esta es una de tus flores con significado.

–¡Más o menos eso! –Sonrió con malicia.

–¿Y qué significa? –le preguntó con miedo.

–Fertilidad. –Faith le hizo un guiño y se alejó.

Emily se quedó atónita y puso la mano en su vientre liso sintiéndose confundida. Aunque no sería mala idea tener otro hijo, por lo menos para ella.

Después de la sorpresa, Emily acompañó a Faith hasta el patio para reunirse con Steve Ruther.

Era imposible no acordarse de Henry allí. Los dos se educaron juntos en la escuela secundaria y nunca habían estado separados. Formaban una bella pareja rompecorazones; ambos altos y fuertes, uno rubio y el otro moreno, divertidos, inteligentes y amables. Se acordaba lo mucho que se reía cuando los dos estaban juntos, y eso casi le trae lágrimas a sus ojos. Pero se detuvo, ya que era la primera vez que visitaba a los Ruther desde el accidente y no quería que se sintieran culpables de nada.

–¿A qué debemos el honor de tu visita? –Steve le hizo una reverencia después de besarla en la mejilla.

–Estaba extrañando tu asado. –En aquel ambiente tan querido, ella conseguía relajarse, pero nadie creyó en su broma-. ¡Ya, ya! La verdad es que necesito tu ayuda –le dijo en un tono más serio.

–Tú sabes que solo tienes que pedirlo...

Steve desarrolló un gran sentido de protección hacia Faith desde que se quedó viuda. Era como si Henry le hubiera pedido que la cuidara por si acaso un día llegara a faltar. Si hubiera muerto por enfermedad, Faith podría jurar que él habría hecho eso, pero él no podía imaginarse que sufriría un accidente fatal inesperadamente. Ella sabía que Steve estaba a su disposición como un oficial de po-

licía y como un amigo para “todo” lo que necesitara y “cuando” lo necesitase.

–¿Qué sabes sobre el caso de Trudy Michaels? –preguntó directamente.

–Faith, ¿qué estás husmeando? ¡Eso pasó hace mucho tiempo!

–Lo sé, solo estoy haciendo una pesquisa para un amigo. –Dijo parte de la verdad y sintió que Steve no estaba satisfecho. Ella no quería mentir, pero no tenía otra opción.

–Él es escritor y necesita algunas referencias para una historia.

Steve no aceptó la explicación que le dio, pero no quería discutir.

–Creo que fue Jayce Hernández quien trabajó en las investigaciones. Puedo intentar conseguir alguna cosa con él. –Fue más fácil de lo que Faith pensaba, pero esperaba lograr alguna información con la visita.

–Pero ¿no recuerdas nada? –insistió, y robó un pedazo de salchicha de la bandeja donde él cortaba pequeños trozos, tratando de parecer indiferente.

–Me acuerdo que los padres de Trudy pensaban que había escapado con su novio. Cuando apareció muerta, juraban que él era el culpable, pero ella había sido víctima de un asesino en serie. –Hizo una pausa–. Para ser sincero, no estoy seguro de nada. Por ahora no puedo ser de gran ayuda.

–Lo que consigas será suficiente. –Otra vez trató de parecer menos entusiasmada de lo que realmente estaba.

–¿De qué trata el libro de tu amigo? –Esa pregunta tenía segundas intenciones.

Ella se dio cuenta de que él sospechaba y creó una historia rápida.

–Es una novela policíaca. Tomará estos casos para crear la personalidad de un asesino en serie.

Para despistar su desconfianza, Faith empezó a ayudar a Steve a servir el asado mientras Emily hacía lo mismo con la ensalada y los platos.

–Este amigo también quería saber sobre el asesinato de Ursulla Allers... –preguntó luego.

–¿Ursulla Allers? –pensó–, ¡ah sí! Recuerdo pocas cosas sobre eso. Estuve alejado de la estación de policía unos días a causa de la muerte de Henry. –Tragó en seco lamentando haber hablado de esto cerca de la viuda, pero ella no pareció molestarse.

—¿Tal vez puedas investigarlo también para mí?

—Puedo, pero... Faith, ¿qué amigo es ese? No me acuerdo de ningún amigo tuyo que sea escritor. —Una vez más habló con la intención de captar alguna falta en la mentira.

—¡Steve! ¡No seas indiscreto! —intervino Emily—. ¡Faith no tiene que darte explicaciones sobre quiénes son sus amigos!

En silencio, Faith agradeció a su amiga por la defensa, pero ella conocía aquel brillo en sus ojos. Emily estaba pensando que el tal amigo, que en realidad no existía, era algún novio. Por más que no le gustara aquella idea, no lo negó. Prefería no explicar demasiado o terminaría por comprometerse. La verdad era que la pareja estaba ansiosa porque ella encontrara a alguien; querían que siguiera adelante, que formara otra familia, pero Faith ni siquiera pensaba en ello, no se sentía preparada y pensaba que nunca lo estaría.

Lo que quería en ese momento era que Steve pudiera obtener alguna información. Cualquier cosa ayudaría.

Pasó toda la tarde con sus amigos y hacía tiempo que no se sentía tan bien. A veces tenía la impresión de que iba a ver a Henry saliendo de la cocina o que ayudaba a Steve con el asado, y eso la deprimía un poco. Sin embargo, no fue en absoluto una mala sensación, era como si sintiera su presencia alrededor, como si escuchara su risa y, por primera vez en esos siete meses, entendía que debía guardar consigo solo los buenos recuerdos. Por primera vez desde que él se fue reconoció que lo tendría siempre a su lado cuando lo necesitase.

Regresó a su casa con el cielo ya oscuro y se dio cuenta de que no le parecía que el tiempo hubiera pasado tan rápido. Era bueno desconectarse del mundo por un momento y dejar de preocuparse por todas las cosas que la angustiaban. Antes acostumbraba ser así, cuando tenía una vida más sencilla, sin complicaciones, llena de sonrisas y buenas noticias, y vivía rodeada de sus flores y de las personas que amaba. No se había dado cuenta de cómo esas cosas le hacían falta hasta que se sintió tan bien en la compañía de amigos tan queridos.

Pero no contaba con salir de la casa de los Ruther y perder todo aquel clima de felicidad que había recuperado después de tanto tiempo. Se asustó, por lo tanto, cuando llegó a casa y vio a su hermana con una expresión muy extraña sentada en la puerta. Corrió hacia ella rezando para que no fuera nada grave.

–Cailey, ¿qué pasó? –Faith saltó afligida del auto, caminó hacia su hermana y se agachó a su lado, pues la joven estaba sentada en el suelo.

–¿Dónde estabas? Estaba preocupada. Te busqué en la tienda, te llamé, golpeé la puerta, ¡y nada! –La hermana mayor pronto se dio cuenta de que Cailey estaba ebria.

–Por cierto, no me llamaste al celular.

–¡Por supuesto que no! ¿Y por qué lo haría si nunca sales de casa?

Faith se resintió con ese comentario. Sabía que Cailey tenía razón, pero era difícil admitir que no tenía ningún tipo de vida social y que sus salidas eran solo para ir la florería, que estaba al lado de su casa. Hace un par de días, tal vez, esa comprobación no la hubiera lastimado tanto, no hubiese hecho tanta diferencia, ya que no deseaba una vida social, pero era como si algunas cosas hubieran cambiado de repente.

–Estaba en la casa de Steve y Emily –explicó, y luego estuvo un tiempo en silencio.

No quería darle un sermón a Cailey, pero detestaba verla así.

–Y tú, ¿dónde anduviste?

–Salí con un hombre –contestó sin mirar a su hermana, sabiendo que su actitud no sería aprobada.

–¿Quieres entrar para conversar? –ofreció Faith, y Cailey aceptó, tambaleando un poco cuando se levantó.

Ambas se acomodaron en el sofá, una en cada extremo.

–Ya puedes hablar, te estoy escuchando –añadió Faith.

–¿Por qué ellos siempre quieren tener solo sexo conmigo? ¿Será que no me parezco a una chica que sueña en casarse y formar una familia? –Cailey empezó a llorar con una mezcla de dolor y embriaguez.

–Bueno, Cailey, siempre dijiste que querías simplemente divertirme, siempre me criticaste por haber tenido un solo novio durante toda la vida y por haberme casado tan joven. Pensé que eras tú la que rompías corazones, no al revés.

–¡Y solía ser así! Nunca tuve ganas de aferrarme a alguien, de tener que dar satisfacción a un hombre.

Su discurso era colérico, y aunque Faith no estaba de acuerdo con su visión de una relación, optó por no decir nada.

–Pero ¡no sé lo que está pasando conmigo! ¡Me siento “tan” sola!

–El énfasis en la palabra “tan” fue algo exagerado.

–Creo que estás madurando, Cailey, simplemente eso –opinó dulcemente.

–Pero ¿por qué ellos tampoco maduran? El hombre con quien salí hoy quería llevarme a la cama sin hablar conmigo. Y encima me llamó Kate en lugar de Cailey.

–¿Y qué hiciste?

–Le dije que quería conocerlo primero, que no acostumbraba tener sexo en la primera cita, ¡y él se marchó! ¡Me quedé sola en el bar! –Su tono de voz cambiaba cada vez más y subía al nivel de ira.

Faith ignoraba ese tipo de actitud proveniente de un hombre porque nunca había tenido oportunidades para eso. Conoció a Henry a los diecinueve años y fue su primer novio, su primer amante. Ya había salido con otros chicos antes, pero se dieron solo besos y nada más. Todas sus amigas siempre le decían que ella no sabía disfrutar de la vida, que algún día se arrepentiría por el tiempo perdido, pero nunca quiso volver atrás en ninguna de sus elecciones. No quería ser como Cailey. Sabía que la reputación de la hermana no era de las mejores y que los hombres la creían fácil. Pero no era solo eso, pues a pesar de sus veinticinco años, ella todavía no había encontrado una dirección en la vida. Abandonó la Universidad de Letras en la mitad alegando que no era exactamente lo que quería; sin embargo, todavía no había elegido otra carrera.

Faith se preocupaba demasiado, quería que ella hiciera algo con su cabeza irresponsable y realmente se convirtiese en una mujer madura. Cuando esto ocurriera, encontraría, seguramente, un buen novio, ya que era hermosa, inteligente y compañera.

–Me imagino que incluso después de que él se fue, te quedaste bebiendo, ¿verdad?

–Solo bebí un poco. –Respiró hondo mientras hablaba, porque sabía que su hermana no le iba a creer–. Faith, ¿por qué no puedo ser como tú o como Tatianna? ¿Por qué nunca fui sensata o responsable? ¿Por qué nunca alguien como Henry se enamoró de mí?

Era la primera vez que ella hablaba sobre Henry desde que murió. Cailey no sabía lidiar muy bien con el dolor, principalmente con el sufrimiento de los demás. Siempre estaba tan alegre que apenas sabía cómo actuar en situaciones adversas. Tatianna, a su vez, era más madura, y había sido con ella con quien Faith había contado en los días más difíciles, porque su hermana se había alejado. Pero, aun-

que Faith no comprendiera la manera como Cailey actuaba, no se había ofendido porque ya la conocía.

–Llegará tu turno. Pero, honestamente, no quieras ser como yo. No hay nada bueno en la vida que llevo últimamente. –Faith no quería que la frase saliera de forma tan dolorosa, pero fue inevitable.

–Eso ocurre porque así lo quieres. Eres hermosa, dulce, responsable... debe haber una hilera de hombres esperando por una oportunidad. –Su lengua volvía a enredarse mientras hablaba–. Además, la mitad de las mujeres que conozco no tuvo la felicidad que viviste, aunque por poco tiempo.

Después de decirlo, puso mala cara por sentirse mal y corrió al baño.

Faith comenzó a reflexionar sola sobre lo que Cailey acababa de decirle. Era difícil oírle decir algo sensato, pero cuando ocurría, era siempre sincera e iba directo a la herida. Tal vez esa era la característica más grande de su hermana; ella sabía ser astuta, decía la verdad, aunque doliera, y varias veces había perdido amigos debido a su genio. Aun así, Faith lo veía como una cualidad, no como un defecto.

A pesar de que eran de la misma familia, de que fueron criadas por la misma abuela y de que tenían muy poca diferencia de edad, eran completamente diferentes. Faith, incluso antes del accidente, siempre fue la más seria, la más discreta, la más introspectiva y serena. Cailey era su opuesto; desprendida, habladora, sin ningún pudor y muy sensual. Tatianna tenía su propio encanto; era dulce y amiga en cualquier momento, pero también podía ser muy terca cuando quería.

Cuando Cailey regresó del baño, Faith le ofreció que se quedara en su casa. No estaba en condiciones de salir sola y sintió que sería bueno tener una compañía. Aunque estaba acostumbrada a la soledad, su casa le parecía demasiado grande esa noche. Tal vez se debía a la paz que había sentido con sus amigos, o tal vez, simplemente, estaba feliz con la presencia de su hermana.

No pasaron ni diez minutos para que Cailey, tumbada en el sofá y acurrucada con una almohada, se quedara dormida. Le parecía igual a una niña traviesa e indefensa, y Faith sintió una opresión en el pecho al verla así. Para alguien que fuera muy cruel, sería realmente fácil hacerle daño. Por mucho que tuviera ese comportamiento de una mujer sexy y segura, no pasaba de ser una chica ingenua que creía en promesas y fantasías. No es que fuera malo creer en la magia, pero Cai-

ley pensaba que alguna fuerza sobrenatural intercedería en su vida y todo estaría bien. Por eso cometía las actitudes más equivocadas.

Faith la contempló por algún tiempo. Desde que la vio nacer, empezó a cultivar un gran sentimiento de protección por su hermanita, y cuando las dos se quedaron huérfanas, por más que tuvieran a Lolla, ella había decidido hacerse cargo de Cailey por toda la vida. Quería que nunca sufriera, que siempre siguiese su camino de modo correcto, pero fue en vano. Estaba feliz, por lo menos, de poder ayudarla esta vez.

Pasado algún tiempo, cuando Faith también comenzó a prepararse para dormir, sonó su celular. Era Tatianna, jadeante y con voz llorosa, preguntando por Cailey.

Hablaba tan rápido que Faith solamente le entendió que no quería preocuparla, pero que Cailey aún no había llegado a casa y ya eran las dos de la mañana. Dijo que siempre avisaba cuando iba a demorar más de lo normal o si decidía pasar la noche fuera.

–¡Calma, Tatty! Ella está durmiendo aquí.

–¡Ah, gracias a Dios! –exclamó.

–Perdona, pensé que te había avisado.

–¡No eres la culpable, Faith! ¡Ella es una descerebrada! ¡No tienes idea de lo que ella hace por aquí! ¡Sale con hombres que ni siquiera conoce! Tengo miedo de que termine por meterse con un asesino o un violador. –Era como si hablara de una niña, casi lo mismo que Faith estaba pensando.

La palabra “asesino” inmediatamente la remitió a Ursulla Allers. ¿Sería que aquella joven también había salido con algún loco? ¿O sería que algún novio celoso había cometido el delito? Faith se sorprendió cada vez más con su curiosidad sobre el tema.

–Ella estaba un poco borracha cuando llegó aquí –reveló Faith dejando de pensar en Ursulla, y Tatianna lanzó una palabrota al otro lado de la línea–. Prima, quiero saber todo lo que pasa con ella. No quiero que me excluyas de las preocupaciones solamente porque no vivo más con ustedes.

–Ya tienes tantos problemas...

–¡Y tú también debes tener los tuyos! De verdad, no intentes preservarme porque eso me hace muy mal –le pidió Faith, y se dio cuenta de que había incertidumbre en su silencio. No quería ser la pobre de la familia que no podía soportar ni una mala noticia.

–¡De acuerdo, Faith! La verdad es que, a veces, Cailey me parece muy triste y nunca quiere conversar.

–Ella lo dirá cuando crea que es el momento adecuado, no podemos presionarla. Sabes que Cailey hace cosas de las que ella misma se avergüenza. –Habló de manera sensata, y su prima estuvo de acuerdo.

–¡Ella es tan inmadura, Faith! ¡No sé por qué hace esas cosas! –Tatianna seguía llorando.

–Creo que se siente muy sola.

–Y con la clase de hombres que sale se siente más y más solitaria. –Suspiró derrotada, y Faith le dio la razón.

Las dos permanecieron en silencio por algunos minutos y luego se despidieron sin mucho más que hablar sobre Cailey. Finalmente, Faith pudo ir a acostarse. Estaba cansada, pero tenía un buen sentimiento en el pecho como hacía mucho no sentía. A pesar de saber del problema de su hermana, se sentía más liviana, al igual que, aunque solo un poco, con la mujer que había sido antes. No sabía exactamente cómo ocurrió ese cambio, que podía ser fruto de la premonición de Lolla, o que tenía algo que ver con la historia de la familia Allers, o incluso con la visita que les había hecho a sus amigos Steve y Emily. Solo sabía que todo parecía estar mucho mejor.

Después de que Cailey se fue temprano el domingo, Faith se puso muy ansiosa esperando que Steve la contactara. Por lo menos con la hermana ahí, ella se sentía distraída y se había olvidado un poco del caso. Pero al verse sola, no conseguía parar de pensar en el bonito rostro de Rowan, tan lleno de dolor y sufrimiento. Quería ayudar. Por supuesto que él no era la única razón por la que deseaba descubrir algo. Era principalmente por el resto de la familia de la joven y por el extraño vínculo que sentía con ella. Nunca había tenido una “visión” con alguien que no conocía y, por lo tanto, no podía haber sido en vano. Pero acabó por pasar todo el día sin respuesta, y fue solamente el lunes cuando recibió noticias de Steve. Apareció en su invernadero, bien temprano, con dos carpetas en las manos. Ciertamente había tenido un trabajo tremendo para juntarle toda aquella información, y por eso se arrepentía de haberle mentado. Sin embargo, si le dijera la verdad, quizá él, le dificultaría las cosas.

–Voy a querer una copia del libro autografiado de tu amigo –bromeó–. ¡Creo que lo merezco!

–¡Por supuesto que te lo mereces! –Mas otra vez faltó a la verdad. Jamás existiría algún libro, y Faith sabía que Steve desconfiaba de eso.

–¿Qué voy a encontrar aquí?

–Algunos detalles de los dos casos que no salieron en la prensa. Nada muy específico porque esas informaciones son confidenciales, lo sabes...

–Lo sé, pero cualquier cosa será de gran ayuda. –Faith empezó a hojear la carpeta.

Encontró varios recortes de periódicos, informes y fotografías. Todo estaba separado por fecha, los pasajes más importantes marcados con resaltador, y además había varias notas con una hermosa caligrafía masculina.

–Parece todo muy organizado.

–¡Ah, Jayce es así! El caso puede ser un caos, la comisaría puede estar en llamas, pero él siempre es organizado, siempre tiene todo en su lugar, además de ser muy astuto. –Hablaba de su compañero con orgullo.

Steve era así, no sentía envidia de nadie, sabía reconocer el talento de los demás y enaltecerlos.

–¿Es tu pareja?

–¡Qué más quisiera! ¡No tengo mucha suerte en este sentido! Ed es un buen chico, pero perezoso y lento, lo contrario de Jayce, que es un ropero, bueno en la pelea y aterrador, pero es buena gente y con un buen corazón. –Hizo una pausa–. Jayce trabaja con Debra Winney, que tiene hermosas piernas, por cierto.

–¡Deja que Emily lo sepa!

–Ella dijo lo mismo la primera vez que salimos todos juntos. Jayce y Debra son como novios. Todos en el departamento saben que él está durmiendo con ella.

Steve habló en voz tan baja que hizo reír a Faith. No recordaba haberse divertido de esa manera en los últimos tiempos.

–Pues, Steve, no sabía que te gustaban los chismes –se burló sintiéndose de buen humor.

–Y no me gustan, pero algunos son muy interesantes... –Y los dos se rieron.

Pero Steve le dijo que tenía que irse, pues estaba atrasado con su trabajo.

Ella mantuvo su curiosidad lo máximo que pudo para concentrarse en sus servicios en la florería. Por más sencillo que pudiera parecer, le encantaba lo que hacía. Sentía un gran placer en recoger la flor de su raíz cuidadosamente y luego le gustaba crear arreglos bellos y elegir el recipiente perfecto para cada ramo. Apreciaba el principio de todo, el momento de plantar una pequeña semilla y presenciar el nacimiento de una bella flor. Una mutación increíble.

Al terminar la jornada laboral, corrió a su casa con la intención de leer el material que estaba a su disposición.

Era más completo de lo que imaginaba, con una lista de sospechosos y algunos detalles de cada uno de ellos. Ella sabía que no tendría acceso a muchas de esas cosas si no fuera tan amiga de Steve, y se preguntó si Jayce Hernández sabía que sus preciosas y organizadas carpetas estaban en manos de una civil.

Las fotos eran más aterradoras que las que había encontrado en Internet. En el caso de Trudy, al menos, su rostro no estaba tan desfigurado como el de Ursulla; sin embargo, el cuerpo de la segunda fue hallado varios días después de su muerte, mientras que con el de la otra chica no habían tardado tanto tiempo. Trudy tenía un novio estable, pero Ursulla estaba sola. Algunas amigas, como pudo leer en los informes de los interrogatorios, dijeron que parecía que se estaba encontrando con un hombre, pero que no debía ser nada serio, ya que no se lo había presentado a nadie, ni siquiera a su hermano, que le era muy cercano.

Al leer aquella información, Faith no podía simplemente ignorar la mención del nombre de Rowan. Cuando pronunció su nombre, sintió un frío extraño en el abdomen y se acordó de su rostro. Era moreno, con el pelo corto, de un castaño oscuro, casi negro. Sus ojos también eran castaños, y tenía rasgos varoniles y bien formados, similares a los de un griego. Era mucho más alto que ella, que medía un metro setenta y cinco, por lo que probablemente él tenía más de un metro noventa. Por mucho que había evitado una evaluación posterior, era fácil llegar a la conclusión de que era el tipo de hombre que les gustaba a las mujeres, y sin duda había muchas en su vida.

El informe también hablaba, brevemente, sobre la vida profesional de las dos. Ambas eran exitosas, pero no tenían amigos en común, lo

que dificultaba la relación entre los casos. Ninguna de las dos había sufrido alguna amenaza o se había quejado de ser seguida, ni siquiera se habían involucrado en cualquier tipo de pelea o discusión en esa época.

Llena de curiosidad, queriendo saber más cosas que no estaban escritas allí, Faith decidió llamar a Steve.

–¡Fuiste más rápida de lo que pensaba! –se burló Steve, que ya esperaba que lo llamara con cualquier pregunta.

–¿Estás ocupado? Te puedo llamar más tarde. –Se avergonzó por molestarlo después de que él le había dado tantos datos servidos en bandeja.

–Puedes hablarme.

–Estaba haciendo un resumen de la información para facilitarle la vida a mi amigo y me di cuenta de que no hay ninguna mención de que ellas hayan sido asesinadas por el mismo agresor.

–No, no la hay. Había cierta duda al principio, pero no teníamos confirmación de nada. No es el mismo *modus operandi*. –Steve seguía explicando, pero Faith lo interrumpió.

–¡A mí me parece el mismo!

–¡No! Ursulla recibió menos puñaladas, una diferencia importante, y ella también perdió dos dedos. No debería estar diciendo esto, pero un examen más detallado detectó que las láminas de los cuchillos utilizados con Trudy y con ella eran diferentes. Además, no tenían nada en común, excepto la edad. –Steve respiró hondo. Ya estaba hablando más de lo que debía.

–Trudy sí fue víctima de un asesino en serie, Ursulla no.

–¿Qué? –Se interesó mucho por la información.

Steve se odió por haber hablado demasiado. Tal vez realmente tenía una inclinación para el chisme.

–Ella y otras tres mujeres fueron muertas exactamente del mismo modo, y todas acababan de comprometerse.

Sin demorar, Faith tomó nota sobre ese dato. Algo le decía que existía una relación entre los crímenes de Trudy y Ursulla, aunque solo fuera un imitador. Lo que Steve le dijo la alentó a encontrar la pieza que faltaba para completar el rompecabezas. Tenía un nuevo significado para su vida y alguna conexión con Ursulla; ella necesitaba averiguar de qué se trataba. Por otra parte, no podía dejar atrás la solicitud de la carta de Lolla. Ya creía que ella sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando le pidió que pusiera esa flor en su

tumba aquel día; era evidente que predijo que Faith tendría esa visión y que “conocería” a Ursulla Allers. Sabía que a ella le interesaría la historia y que sentiría esa extraña relación con el caso, con la joven y también con Rowan Allers, aunque todavía no sabía el motivo correcto. Necesitaba descubrir cuál era su participación en todo esto.

–¿Faith? –Steve la llamó cuando se dio cuenta de que ella se había callado por mucho tiempo.

–¡Hola, Steve! Perdona, estaba pensando en la crueldad de todo esto.

–Yo trato con esto todos los días. –Su voz, de pronto, se tornó demasiado seria–. Antes de que me pidas algo más y me generes un problema con Jayce, busca en Internet “el asesino de las novias”, así lo llamaban.

–¡Gracias! –dijo Faith.

Se dio cuenta de que había demostrado mucho interés en el tema.

–Mi amigo estará contento con todo esto.

Ellos colgaron el teléfono, y Steve se quedó preocupado. No podía creer que ella estuviera tan interesada en la información de aquella historia solo para ayudar a un amigo. Estaba claro que quería investigar todo por algún interés personal. Solo esperaba que no se metiese en problemas porque la quería mucho como a su fallecido amigo. Le debía seguridad por la memoria de Henry, porque estaba seguro de que él hubiera hecho lo mismo por Emily si él se hubiese ido primero.

Faith, a su vez, corrió a su *laptop* e hizo exactamente lo que Steve le había dicho; buscó por el título dado al asesino y averiguó que la policía tenía razón en no unir aquellos casos a la muerte de Ursulla. Las cuatro jóvenes que habían sido asesinadas tenían el mismo tipo físico, hasta se parecían, y eran lo contrario de Ursulla. Todas eran rubias, bajas, con cuerpos atractivos, pero de físico frágil. En cambio, la hermana de Rowan tenía el cabello largo y negro, era alta, con senos y cadera abundantes, a pesar de que también era delgada. Y no estaba saliendo con nadie a punto de querer casarse. O tal vez lo estuviera, pero en secreto. Sin embargo, ¿cómo lo descubriría? Ni siquiera sabía cómo encontrar a Rowan Allers otra vez y necesitaba compartir con él todo lo que había hallado en esos informes. Por primera vez deseó que el destino hiciera su parte.

A la tarde siguiente, Tatianna apareció en la florería con un libro en sus manos. Mantenía un semblante inquieto en su rostro, con aspecto cansado, como si hubiera pasado algunas noches sin dormir, y Faith sabía que era una carga muy pesada sobre sus hombros. Al mirar a su prima, se sentía egoísta por no haberse tomado el trabajo de pensar en las dos únicas personas que aún permanecían en su familia, que más amaba en el mundo y que más necesitaban de su ayuda, mientras lamentaba la muerte de su marido. Se había ausentado durante meses; solo se preocupaba por su propio dolor.

–Faith, sé que me vas a condenar por lo que hice, pero este es el diario Cailey.

–¡Tatty! ¡Ella va a enfurecerse! –Faith la contempló preocupada, sobre todo por conocer el temperamento de su hermana y su obsesión por la privacidad.

–¡No importa! ¡También estoy furiosa! Todo lo que he leído aquí es detestable, ¡se está matando a sí misma!

–¡Y tú no estás haciendo nada diferente! ¿Hace cuánto tiempo renunciaste a tu vida social para cuidar de Cailey cuando ese es mi deber?

–¡Es nuestro deber! Por otra parte, yo me hice cargo de mantener un ojo sobre ella porque tú no vives más con nosotras. –Tatianna empezó a mostrar lágrimas en los ojos–. Pero no es mi vida personal la que está en cuestión aquí. Quiero que le des un vistazo.

Tatianna sacó una hoja de papel doblada en cuatro partes de adentro del diario y se lo dio a su prima. Era uno de los muchos textos que Cailey escribía y nunca los mostraba a nadie; solo Faith había leído uno o dos sin querer y los había encontrado muy buenos. A su hermana siempre le gustaba escribir. Era la única de las tres que mantenía un diario y que vivía de la lectura de novelas.

Consciente de que estaba invadiendo la privacidad de Cailey, Faith aceptó, aunque contrariada, leer el texto, porque pensaba que Tatianna no merecía enfrentarse a todo sola.

*“Me siento consumida por nombres.
Diferentes caras con la misma alma.
Las mismas ilusiones.
Las mismas promesas falsas.
El mismo vacío...”*

*Cada toque, una cicatriz.
Cada elogio, una mentira.
Cada espejo, una visión
de alguien que apenas conozco
y habitó mi cuerpo.
Robó mi inocencia.
Mi autoestima.*

¿Dónde me perdí?”.

Era algo más que uno de los textos bonitos que ella solía escribir. Era un desahogo, un grito de socorro de una joven que esperaba a alguien que la salvara de una vida superficial, y Tatianna tenían razón en preocuparse.

¿Cómo ayudar a alguien que guardaba tantas decepciones para sí, que no se abría, que no mostraba lo mucho que estaba sufriendo? Y aun sintiéndose tan miserable, no dejaba de insistir en el mismo error; seguía saliendo con hombres que apenas conocía, como lo había hecho la noche en que había llegado borracha a la casa de su hermana llorando decepcionada. Cailey quería encontrar su verdadero amor, pero se involucraba con hombres que la trataban como un objeto, que estaban buscando solo su cuerpo y apenas se daban cuenta de lo especial que era. Era simplemente ese dolor el que ella expresaba en su texto.

–Ella está sufriendo –comentó después de leer, por lo menos dos veces, lo que tenía en sus manos.

–Sí, lo está, pero ayer no pasó la noche en casa otra vez.

–Creo que ella todavía sigue buscando a la persona adecuada.

–No era que Faith aprobara esta actitud, pero comprendía lo que Cailey deseaba.

–¿De esa manera? Yo no creo que sea tan inocente –ironizó Tatianna, y las dos se encontraron en medio de un amargo silencio.

–No quiero cambiar el tema pero... ¿cómo te va en la Universidad? –Faith sabía que el tema era delicado.

Tatianna estudiaba gastronomía, y ese era su sueño desde la infancia. Le encantaba preparar platos elaborados, crear nuevas recetas y escuchar elogios de todos. Quería ser chef de algún restaurante bueno –como su madre desaparecida lo había sido–, y todos sabían

que ella sería exitosa. Con todo esto, era de esperar que no estuviera llevando en serio los estudios, ya que Cailey le traía muchos problemas.

–Estoy cursando pocas materias este semestre, pero creo que voy bien. –No decía toda la verdad.

Nunca supo mentir, y cuando trataba de hacerlo, no miraba los ojos de su interlocutor; bajaba la cabeza, entrelazaba los dedos de las manos hasta que las articulaciones se quedaban blanquecinas y tartamudeaba un poco. Del mismo modo como lo hacía en aquel momento.

–Espero que sí, eres muy talentosa. –Faith la animó con su peculiar calma y delicadeza, sabiendo que aquella frase dejaría a Tatianna pensando si valía o no la pena tirar su futuro sin siquiera intentarlo.

Tatianna bajó la cabeza otra vez avergonzada por haberle dicho mentiras tan serias a su prima. Y no solo eso, avergonzada por estar dejando su sueño de lado. Nunca fue una mujer de renunciar fácilmente a las cosas y lo estaba haciendo en ese momento. No obstante, aún creía que su familia era más importante.

–Estoy aquí, prima. Quiero que compartas esa carga conmigo. –Faith tomó la mano de su prima en la suya.

–Pero tú... –Estaba dispuesta a decirle a Faith que tenía mucho que pensar, pero fue detenida.

–¡Sin peros! –Fue incisiva en esa declaración–. Estamos juntas en esto. ¡Cailey es mi problema también!

Estaba más que a tiempo de volver a la vida, volver a reanudar las cosas que había dejado atrás. Quería mirarse en el espejo y reconocerse otra vez, ver a la mujer decidida que siempre había sido. Henry siempre sería una parte especial de su vida, y sabía que él aprobaría su decisión donde estuviera. Sabía que no estaba lista para enamorarse, pero estaba preparada para sonreír y tratar de ser feliz otra vez. Seguro que Lolla también estaría orgullosa por su decisión y, quizá de aquel modo, habría realmente una luz en su futuro, una luz por la que valdría la pena luchar.

3

LISIANTHUS

*“Se refieren al romance, a la conquista, a la rendición amorosa.
Al regalar a alguien un lisianthus, quieres que esta persona sonría”.*

La semana pasó rápidamente, y todavía era muy temprano cuando Faith se despertó. Estaba empezando a desayunar cuando sintió el aroma especial del amaranto y otra vez vio la imagen de la sepultura de Ursulla Allers. Era una señal más de que había alguna relación entre ellas. Y no solo eso, era como si sus flores quisieran que se metiera en esa historia, que ayudara a la familia Allers en su dificultad. Era como si tuviera que hacer todo por sí misma por alguna razón...

Trató de encontrar una manera de conciliar su trabajo del viernes con una breve ida al cementerio; para eso llamó a Thomas y le ofreció dinero para que cuidara su florería por algunas horas. Él era un poco desordenado, pero nada que pudiera perjudicarla.

Una vez que llegó Thomas, ella escogió el amaranto, tomó su auto y fue a encontrarse con su amiga fantasma. Si no fuera tan escéptica creería que cualquier día Ursulla se le aparecería en una visión.

Poco a poco, Faith caminó hacia la sepultura, sintiendo un extraño *déjà vu*. Una vez allí, puso la flor sobre la tumba ofreciéndola de regalo a la muchacha, y se quedó ahí, inclinada, mirando la lápida de una mujer tan joven víctima de una violencia tan grande.

–¿Quién te hizo esto, Ursulla? –murmuró con la mano sobre la tierra que cubría el ataúd, y en ese mismo momento sintió que alguien le tocaba el hombro de manera firme y delicada a la vez.

–¿Faith? –llamó la persona, tratando de no mostrar que estaba feliz de verla.

–¡Hola, Rowan! –lo saludó mientras sujetaba la mano que le ofrecía para ayudarla a levantarse.

–¿Otra vez por aquí? –preguntó sin la desconfianza que tuvo la primera vez que se encontraron.

–Sí. No pude resistirme y busqué algunas cosas acerca de la muerte de Ursulla. –Ella lo vio sorprendido–. ¿Sabes algo sobre Trudy Michaels?

–La policía llegó a sospechar que podría tratarse del mismo asesino, pero eliminó la hipótesis.

–¿Y sabes por qué la eliminaron? –Cruzó los brazos a la altura del pecho, disconforme con aquella certeza que todos tenían de que no se trataba del mismo asesino.

–No tengo idea.

–Las otras mujeres se habían comprometido recientemente. –La expresión de Rowan demostró que esa información no le era desconocida–. ¿Estás seguro de que Ursulla no estaba saliendo con nadie?

–¡Lo estoy! Ella siempre se aseguraba de presentarme a todos sus novios.

Faith mostró decepción cuando él negó la existencia de un romance. Eso facilitaría las cosas.

–¿Pero cómo descubriste todo en tan poco tiempo?

–Tengo un amigo en la policía.

–¿Y por qué estás haciendo esto? –También se cruzó de brazos esbozando una media sonrisa seductora.

Era imposible no darse cuenta de lo bonito y lo peligroso que era. Parecía imposible resistirse a su sonrisa, y tuvo que reprimir sus pensamientos acerca de cómo sería besarla.

–Porque no creo que haya sido una simple casualidad el detenerme exactamente en la sepultura de tu hermana aquel día.

Era una certeza. En un principio evaluó lo sucedido como una mera coincidencia, pero otra vez aquella visión la llevó a encontrar a Rowan, con quien necesitaba hablar de todo lo que había descubierto. Analizando la situación, casi podía escuchar la voz de Lolla

afirmando que lo que pensaban que eran simples coincidencias eran, en realidad, los hechos que estaban destinados a pasar hacía mucho tiempo, incluso antes de nacer. Ella también decía que todo tenía una explicación, una razón de ser, de existir.

–Entonces, ¿qué piensas que puede haber sido? –Su voz profunda había ganado un tono dulce y suave, que calentó el corazón de Faith.

–Creo que puedo ayudar. Por lo menos no se pierde nada con intentarlo, ¿verdad?

–Puede ser peligroso para ti –Dio un paso adelante casi anhelando tocarla.

Imaginaba que su piel debía ser tan suave como su forma de ser.

–Quizá necesite un poco de aventura.

Rowan se echó a reír encantado. Faith, a su vez, se arrepintió por haber hablado de esa manera, pues él podría haberla interpretado mal.

Pero no fue lo que sucedió. Rowan comprendía perfectamente lo que quería decir. Se había sentido completamente miserable cuando perdió a Ursulla, se había comprometido a descubrir al causante de su muerte y había fracasado. Imaginaba que el dolor que Faith aún debía sentir era terrible, y seguramente su vida se había convertido en algo inútil. Ayudar a alguien, incluso si esa persona no estaba viva, le traería un nuevo sentido. Poco sabía que Lolla DeWitt era la responsable por aquellos pensamientos de Faith, y que no era solamente un sentido de solidaridad lo que llevaba a aquella joven y bella mujer a rebuscar en el pasado de otra persona totalmente desconocida para ella. No sospechaba que era una cuestión de magia, de un poder mucho más grande que ellos.

–Quería mostrarte algunas cosas, pero pienso que voy a ocupar tu tiempo, ¿cierto? –preguntó un poco avergonzada cuando se dio cuenta de que él estaba vestido de traje y corbata listo para trabajar. Un traje bonito, por cierto, que le sentaba divinamente.

–Para ser honesto, me reservo algunos minutos los viernes por la mañana para visitar a Ursulla, pero realmente estoy casi siempre con prisa. –Los dos lamentaron esa declaración–. Pero no tengo ningún compromiso para más tarde. Quizá podamos encontrarnos en algún lugar para que compartas lo que sabes.

–Está bien. Voy a pasarte la dirección de mi florería. –Faith le entregó una tarjeta, y él estaba feliz de saber que esta vez no la perdería de vista por mucho tiempo.

–¿A las siete está bien para ti?

–Sí. ¡Estaré allá!

–¡Yo también! –Su mirada era más profunda.

Faith sabía que jamás había sido mirada de aquella manera por ningún hombre. Henry tenía su encanto; acostumbraba ser un conquistador antes de conocerla y era muy bonito, pero Rowan era intimidador. No por su belleza física o por su porte extremadamente masculino, sino porque transmitía una inmensa sensación de poder, control y seguridad.

Los dos intercambiaron un apretón de manos un tanto formal y siguieron sus caminos.

Era la primera vez en mucho tiempo que Rowan se sentía animado con un encuentro, y lo cómico era que no había nada de romántico en las intenciones de Faith, pues podía sentir que ella amaba a su fallecido marido como si él aún estuviese vivo. Era muy triste que ella se cerrara en un luto tan largo teniendo tanta juventud y belleza a su favor. Estaba fascinado por lo poco que sabía de ella, incluso podría jurar que estaba bajo algún hechizo, si realmente creyera en esas cosas.

Faith, a su vez, no se retiró, fue directamente a la tumba de Lolla. Había flores nuevas por allí, hermosas rosas blancas, abiertas y radiantes. Aquel tipo de flor significaba pureza, paz, buenas cosas para desear a un alma inquieta como su abuela. Claro que la persona que las puso allí ni siquiera sabía lo que querían decir, pero eran una buena opción. Además, Faith sabía que cuando una persona elige una determinada flor para regalarla a alguien, si la elige con el corazón, el significado de esa planta se aplicará exactamente a lo que se desea o a algo que va a suceder. Las flores tienen su propio poder y saben de cosas increíbles.

Se preguntó quién habría sido el autor de ese gesto. Podría ser cualquier persona, pero tenía un presentimiento. De hecho, su intuición, en la que no creía mucho, le decía que una persona con el corazón un poco atormentado, que necesitaba consuelo, había ido allí a conversar con Lolla en lugar de compartir sus problemas con quien aún podía ayudarla. Eso era bien típico de Cailey: sufrir en silencio, guardar para sí todo el sufrimiento que la afligía, no dejar que nadie se diera cuenta de su tristeza. En efecto, aquel era un rasgo de la familia; creer que podían arreglárselas solas, enfrentar todos los pro-

blemas sin ayuda y también tratar de solucionar las dificultades de los demás. Y Faith simplemente no podía hacer nada, solo le restaba esperar que ella revelara sus problemas. Pero ¿cómo Cailey podría confiar en una hermana que se alejó de todo y de todos para encerrarse en su propia tristeza?

Faith pasó el día entero deseando que llegara la noche. Trabajó mirando a cada momento el reloj, contando los minutos, prometiéndose que su ansiedad nada tenía que ver con el hecho de que vería a Rowan.

Y él llegó tan puntual que ella apenas lo creía. Lo observó mientras él saltaba de su bello auto negro en su elegante traje, el mismo que había llevado esa mañana. Seguro que no había tenido tiempo para ir a su casa, pero cuando se acercó, Faith notó que aún estaba muy perfumado con un ligero aroma a madera de algún perfume caro.

Tan pronto como pisó la florería, tuvo la extraña sensación de estar entrando en un lugar mágico. Era como si todas esas flores hablasen entre sí y le dieran la bienvenida. Faith encajaba perfectamente en aquel lugar; parecía un hada, una guardiana del jardín como en un cuento infantil. Sabía que ella entendía aquellas plantas, sus orígenes, sus significados. Cuando la miró y vio su sonrisa, estaba seguro de que ella sería capaz de realizar hazañas con su corazón.

–¡Bienvenido, Rowan! –dijo ella tal como había imaginado que hablaría un hada.

–¡Casi escuché que las flores me decían la misma cosa! –bromeó.

–¡No lo dudes! –exclamó–. No esperaba tanta puntualidad. –Ella fue amable.

Su voz era naturalmente sensual, y él de pronto se imaginó cómo sería escucharla decir su nombre al hacerle el amor.

–¡Es la costumbre! ¡Tienes un bello lugar aquí, Faith!

–¡Lo tengo! Pero mi objetivo es ampliarlo. Creo que mis flores merecen más espacio para que yo pueda cuidarlas mejor –comentó soñadora–. Bueno, tenemos que empezar de alguna manera, y por ahora este pequeño rincón todavía me es suficiente.

–Claro... –Coincidió fascinado con la forma en la que se refería a su negocio.

A él le gustaba lo que hacía, pero jamás sintió tanto orgullo de su profesión como esta mujer sentía por sus flores.

–Siéntate. ¿Deseas un té o un café? –le ofreció.

–Para ser sincero, iba a invitarte a cenar. ¡Estoy hambriento!

Ella no esperaba eso. Apenas lo conocía, no sabía con quién estaba tratando y le gustaban las cosas premeditadas. Desde que conoció a Henry, cuando tenía solamente diecinueve años, nunca había salido con otro hombre, ni siquiera con un amigo y, sin duda, nunca sola. El problema se agravaba aún más porque Rowan era muy guapo. Seguía siendo mujer, sentía la falta de su vida sexual, pero siempre perteneció a un único hombre y se ponía insegura ante la idea de ir a la cama con otro. Y no quería que ese otro fuera el que estaba frente a ella, pues sabía que iba a ser aún más difícil. Pero sería simplemente una cena.

–No estoy vestida para eso –se disculpó.

Faith acostumbraba vestirse bien, aun cuando iba a trabajar. En aquel momento llevaba jeans y una blusa de lana muy larga, blanca, de cuello alto, que marcaba su delgada silueta a la perfección. A pesar de estar bonita, no se sentía adecuada para una cena con él, que parecía siempre tan elegante.

–Estás muy atractiva para mí, si me permites decirlo. –Él tenía una discreta sonrisa en los labios, casi maliciosa.

Sin embargo, al ver que ella parecía insegura y avergonzada con ese comentario, siguió hablando.

–Pero por supuesto te daré tiempo para que te cambies, si lo deseas.

Además, era extremadamente educado y usaba palabras adecuadas para no avergonzarla. De hecho, si se tratara de cualquier otra mujer, la habría provocado, pero Faith le parecía tan frágil, tan intocable, que decidió realmente esperarla a que se arreglara. Sabía que valdría la pena si ella pudiera estar aún más hermosa de lo que estaba. Y cuando regresó, él no se arrepintió. Había elegido un vestido negro sin escote, pero que la dejaba aún más deseable, exactamente para no parecer vulgar.

–Estás linda, Faith. –Él jamás había elogiado a alguien con tanta sinceridad.

Ella realmente quería lucirse. Quizá para impresionarlo, quizá para sí misma, la verdad era que necesitaba dejar muy claro, tanto para él como para ella, que esa cena no era una salida. Así que se limitó a sonreír ante el elogio y lo siguió hasta el auto, donde él le

abrió la puerta en un gesto caballeroso, y fueron a un restaurante muy elegante.

Allí ordenaron la cena al camarero y Rowan eligió un vino para los dos.

–Y entonces, Faith... ¿qué descubriste con tu amigo policía? –Le hizo la pregunta en cuanto el camarero los dejó solos.

–Estuve leyendo los informes, mirando unas fotos, y llegué a la conclusión de que tu hermana fue muerta por el “asesino de las novias” o por un imitador.

–¿Así que estás contradiciendo a toda la policía? –se rio.

En un instante estaban en silencio, cuando el mozo se acercó con el vino y sirvió a la pareja, después de que Rowan aprobó su aroma y su paladar.

–No es cuestión de contradecir, solo tengo una buena intuición.

–¿Y por qué llegaste a esa conclusión? –Rowan parecía divertido con sus sospechas, a pesar de tratarse de un tema serio.

–El *modus operandi* puede no ser el mismo, pero es similar, y todas fueron apuñaladas repetidas veces prácticamente en los mismos lugares. Además, todas fueron arrojadas a un río... –Faith seguía hablando, pero Rowan la interrumpió.

–Ursulla perdió dos dedos de la mano, y las otras no. –Completó su raciocinio mostrando que había una diferencia entre los casos.

–¡Por eso creo que sí puede tratarse de un imitador!

–¡Tal vez! Pero hay una cosa que la policía no sabe. Mi madre se acordó de eso algún tiempo después, y como el caso ya lo estaban archivando, nadie lo tomó en serio. –Hizo una pausa, y Faith mostró interés en lo que iba a decirle–. Los dos dedos de mi hermana que fueron cortados tenían pequeñas cicatrices de quemaduras que ella se había hecho cuando era niña.

De hecho, era una información muy importante que la policía no debía dejar pasar. Faith anotó mentalmente esa información para analizarla con más cuidado cuando estuviera sola. Eso sin duda haría alguna diferencia en las conclusiones del caso.

–¿Y tu madre no se había acordado antes?

–No. Eran dos marcas muy pequeñas, casi nadie se acordaba, y mucho menos mi madre que estaba muy nerviosa en ese momento para recordar esos detalles.

Faith se quedó pensativa por algunos segundos. Ese detalle de la muerte de Ursulla podría ser explicado de varias maneras. Tal vez realmente se trataba de un imitador que se había dado cuenta de los dedos marcados de la joven mujer y decidió añadir una marca registrada al cuerpo, o simplemente, independiente de quien la hubiera matado, quería que demorasen en reconocerla, lo que parecía ser más probable.

Todavía estaba vagando cuando escuchó la voz de Rowan elevarse para llamarla y traerla de vuelta a la conversación.

–Perdona, ¿qué dijiste? –Finalmente percibió que la estaba llamando.

–Dije que me gustaría ver los informes de la policía. Tal vez encuentre algo también; después de todo, era mi hermana.

–No sé si puedo entregarlos a otra persona. –Faith estaba en duda.

Pero se acordó de que Steve le había prestado las carpetas sabiendo que ella pasaría toda la información a un amigo escritor.

–Creo que puedo sacar algunas fotocopias, ¿qué te parece?

–Por mí, está bien. –Sorbió un poco de vino y esperó que el mozo sirviera los platos escogidos por ambos para seguir hablando—. Ya sabes, Faith, pensé que finalmente iba a dejar esa historia enterrada...

–Lo siento, Rowan, ¡no lo sabía! Estoy aquí actuando como una idiota, trayendo de vuelta todos esos recuerdos horribles... –Ella empezó a hablar apresuradamente, interrumpiéndolo.

Faith pretendía seguir disculpándose, avergonzada por actuar como una niña que jugaba al detective y que se metía en la vida de otras personas sin importarles sus sentimientos. Seguro que también se sentiría mal si un desconocido empezara a hurgar en las evidencias de la muerte de Henry, aunque fuera para ayudar.

–Faith... –Él también la interrumpió, poniendo su mano sobre la suya, dejándola avergonzada con el gesto—. No es necesario que te disculpes por nada. Estás haciendo mucho más que lo que cualquier otra persona hizo. No pienses que te estás entrometiendo en los asuntos de los demás. Tú me estás ayudando.

–Pero ya lo habías superado.

–No lo superé y jamás desistí. Solo estás trayendo nuevos datos y una nueva esperanza. No sabes lo importante que es esto para mí.

Ante estas palabras, Faith sonrió. Al verla tan satisfecha, Rowan juró que trataría de hacerla sonreír más a menudo. Ella tenía unos labios muy bonitos para que estuviesen tan tristes.

—¿Cómo era tu vida de casada? —Él cambió de tema de repente.

Todavía no era fácil hablar de Henry, especialmente con un desconocido, pero ella quería contestarle. Por más que sintiera tanta añoranza, le gustaba hablar del hombre que la había hecho feliz. Además, serviría para recordarle que no estaba lista para Rowan.

—Era buena. En realidad era más que buena. Henry era una persona tranquila, lo que hacía agradable la convivencia. —Faith adquirió repentinamente un aire soñador—. Él siempre sabía qué decir, cómo actuar. No merecía haber muerto.

Rowan vio nacer lágrimas en sus ojos y, por primera vez en su vida, deseó ser amado de aquel modo por una mujer. A pesar de estar viuda hacía varios meses, ella parecía muy enamorada, tan leal a la memoria de ese hombre que por un momento sintió ganas de abrazarla, de curarla de sus dolores. Pero a pesar de sus deseos, la joven viuda le inspiraba mucho respeto, y él tenía que ser paciente. Sin embargo, eso nunca fue uno de sus dones.

—Parece que todavía sufres mucho por su muerte. —No podía disfrazar la pequeña muestra de envidia que había en su voz. Envidia por no haber sido amado nunca de aquel modo.

—Es verdad. Estuvimos juntos durante nueve años, cinco como marido y mujer. Éramos amigos, compañeros... teníamos una relación especial.

—¡Ya veo! —Aunque estaba de acuerdo con lo que decía, no entendía el valor de ese tipo de conexión. Después de todo, nunca se había casado, nunca había vivido con ese tipo de amor.

—¿Eres casado, Rowan? —le preguntó esforzándose para que él no pensara que tenía segundas intenciones.

—¡No, y nunca lo fui! Por otro lado, no tenía mucho tiempo para pensar seriamente en esas cosas. Me hice cargo de la empresa de la familia a los veintidós años porque mi padre tiene Alzheimer.

—Lo siento —dijo Faith.

—Es una enfermedad complicada, tanto para el enfermo como para las personas que lo rodean. Pero, a pesar de todo, él todavía parece la misma persona de siempre. —Rowan mostraba calma cuando se trataba de un problema tan triste.

–¿Y qué hace la empresa de tu familia? –Estaba cada vez más interesada en saber cosas sobre su vida personal, y se sorprendía porque él era aún más encantador de lo que imaginaba.

–Trabajamos en arquitectura, sobre todo con establecimientos de mediano y pequeño porte –dijo con orgullo–. ¿Y tu florería? ¿Cómo surgió la idea?

–Fue de repente. Siempre me gustaron las flores y entendía mucho sobre ellas. Cuando decidí estudiar botánica, pensaba en dar clases, pero Henry me dio esa sugerencia y la acepté.

–Debe ser un trabajo muy interesante, especialmente para una mujer. Sin embargo, debe ser difícil regalarte flores, ya que conoces el significado de todas. Un desliz en la elección lo percibirías enseguida. Voy a recordar elegir la exacta cuando decida regalarte una. –La miró bien a los ojos cuando dijo la última frase.

Tuvo mucha precaución cuando la dijo, pues no quería avergonzarla. Pero estaba dispuesto a dejar muy claro que tenía interés en ella.

Al principio Faith no entendió la real intención de esa afirmación y se encontró sin palabras cuando se dio cuenta. Rowan Allers sabía cómo dejar a una mujer completamente mareada con sus frases directas, sus miradas intensas y sus modales educados y refinados. Ella no sabía qué decir, y él tampoco esperaba que dijera algo. Trató de ser un poco atrevido y sintió que Faith no se ofendió, solamente se avergonzó. Empezaba a aprender a lidiar con ella.

Rowan y Faith hablaron sobre sus vidas durante el resto de la cena, y ella se enteró de que él venía de una familia rica, como había leído en Internet. No era difícil ver que había nacido en cuna de oro. A fin de cuentas, había viajado mucho, había conocido a gente importante y había estudiado en una excelente universidad. No obstante, nada parecía afectarlo de forma negativa, ya que sabía ser sencillo y educado, incluso con los mozos, pero su buena educación le valió su nobleza y su buen gusto, desde su traje caro de corte perfecto hasta la elección del vino y del restaurante. Él reconocía lo que era de buena calidad, conocía las cosas buenas de la vida y sabía disfrutarlas. Eso ciertamente alivió el miedo de Faith. Un hombre como Rowan jamás se interesaría por una joven viuda de clase media, llena de problemas y dueña de una pequeña florería. Por lo menos era lo que pensaba. Prefería imaginar que el comentario sobre regalarte flo-

res había sido parte de un coqueteo inofensivo y sin futuro. Se había metido con sus sentimientos, pero Faith no permitiría una aventura más grande de la que ya existía. Dejaría que los únicos vínculos entre ellos fueran Ursulla y su muerte no resuelta.

Al final de la cena, Rowan la llevó a su casa. Ella deseaba que no hubiera incomodidad entre ellos, que no se produjera un silencio mientras se miraban, pues no sabía qué decir ni cómo actuar. Por ese motivo, él habló primero, y Faith estaba segura de que debería haber dicho cualquier tontería, porque no esperaba lo que vino después.

–Me muero por besarte, pero sé que todavía no estás lista para eso. –Le pasó la mano delicadamente por su suave rostro, que parecía pálido de sorpresa–. Soy un hombre paciente, sabré esperar el momento adecuado.

Entonces, con un gesto galante y cortés, Rowan tomó su mano y la besó mientras la miraba a los ojos.

–¡Buenas noches, Faith! –Sin decir nada más, entró otra vez en su auto y se fue en el medio de la noche.

Aún aturdida por las palabras que había escuchado, Faith entró a su casa y cerró la puerta tratando de escaparse de lo que acababa de suceder. Casi había sido besada por alguien que conocía hacía solo una semana. Apenas se acordaba cómo era la sensación de estar en los brazos de un hombre, incluso alguien que no era Henry. Su corazón estaba alborotado, y ella sabía que esa reacción era una prueba de que deseaba el beso, deseaba sentirse viva otra vez como mujer. Sin embargo, se sentía feliz porque él no lo había hecho. Tal vez ella, realmente, no estaba preparada y todo parecía inadecuado, especialmente porque apenas se conocían y porque se encontraron por primera vez en una situación extraña. Parecía errado, pero Faith ya no sabía más lo que era cierto y lo que no lo era.

Rowan, mientras conducía a su casa, se lamentaba por haber sido criado para ser un caballero. Sus buenos modales nunca le permitirían aprovecharse de la debilidad de una mujer, y ella le parecía tan especial que él podía jurar que estaba realmente bajo su hechizo. Era difícil interesarse por una mujer con esa rapidez e intensidad, pero desde que la había visto, no había parado de pensar en su belleza, en su dulzura y en sus ojos tristes. Realmente sabía esperar esa oportunidad, que merecería la pena.

4

PETUNIA

“Es considerada la flor de la sabiduría. Es la fuerza espiritual que esclarece, además de estimular lo que se encuentra dormido, escondido”.

Una de las primeras cosas que hizo Faith al día siguiente fue sacar fotocopias de los informes policiales de los casos de asesinato de Ursulla y Trudy y los mandó a Rowan por intermedio de Thomas. Al principio su idea era llevarle ella las carpetas, pero desistió y le pidió al muchacho que lo hiciera, no quería que él pensara que estaba ofreciéndose. En su interior quería verlo, pero sería mejor evitarlo lo máximo posible, porque la tentación era demasiado grande.

Entonces se concentró en su trabajo tratando de olvidar la noche anterior. Por lo menos su día estaba completo; tenía que preparar una decoración para una fiesta de quince años y una entrega de un enorme ramo de camelias a uno de sus clientes más especiales. Todos los meses le mandaba flores a su esposa, y Faith se acordaba exactamente del primer día en que él había aparecido en su florería hacía dos años. Vio todas las flores y le pidió un ramo de crisantemos amarillos, porque le parecieron muy bellos. Respetando su elección, ella no dijo nada, pero él empezó a contar su historia, explicando que había traicionado a su mujer y que ella lo había perdonado. Conmovida con la amabilidad y con la historia del cliente, Faith no resistió.

–Perdone mi indiscreción, pero creo que está eligiendo la flor equivocada –le informó cuando él paró de hablar.

–¿Equivocada?

–¡Sí! Estos son crisantemos. Este color, especialmente, significa “amor débil” –explicó con precaución y paciencia, dado que los hombres raras veces prestaban atención a eso–. No creo que sea ese el sentimiento que usted desea demostrar.

–¡No, claro que no! Pero estoy seguro de que mi esposa no entiende esas cosas. Ella ni siquiera se dará cuenta.

–Probablemente no, pero para las mujeres las flores no son solamente bellas. Cuando recibimos un ramo, nos trasmite distintos sentimientos y por eso decimos que cada especie tiene un significado. –Faith se alejó un poco del hombre, que parecía casi convencido.

Se acercó a un tipo particular de flor y recogió solo una. Luego la llevó hacia él.

–Esta es una camelia. Sus plantas son verdes incluso en invierno, por lo que da la sensación de fidelidad.

La afirmación de Faith lo dejó confundido. Las dos eran bellas especies, y él no entendía nada de plantas. Solamente sabía que no todas eran iguales, pero la mayoría agradaban a su mujer, que siempre se emocionaba cuando las recibía. Sin embargo, la camelia realmente emanaba un sentimiento diferente. Cuando tomó en sus manos la flor sugerida por Faith, tuvo una sensación especial, algo le decía que su mujer la apreciaría y lo perdonaría para siempre.

–Joven, no sé qué magia usó, ¡pero me convenció! Voy a llevar las camelias.

Aquel mismo día, Faith recibió una llamada del hombre, que le agradecía y le decía que a su mujer le había encantado la flor escogida. Después de eso, pasaba siempre a comprar las camelias para regalárselas, y cuando se trataba de alguna fecha especial, le pedía consejos sobre los diferentes significados de las flores, y ella siempre acertaba.

En cuanto a la decoración para la fiesta de la joven muchacha, usaría gerberas, que significaban belleza. Combinaban perfectamente con la cumpleaños, una hermosa muchacha que estaba floreciendo a la vida.

Mientras preparaba el ramo de camelias, vio entrar a Cailey. Ella parecía más tranquila que la última vez en que la había visto, aunque sus ojos habían perdido parte de la alegría que le era tan peculiar. Era bueno verla acercarse otra vez. Siempre fueron buenas amigas, pero el luto de

Faith las alejó un poco. Quería que su hermana la buscara para ayudarla con sus problemas, pero para eso necesitaba recuperar su confianza.

–¡Hola, Cailey! ¿Qué te trae por aquí? –la saludó sin parar de hacer su trabajo.

–Estaba aburrida y vine a ver si necesitabas alguna ayuda. –Faith se puso feliz y a la vez decepcionada con la respuesta.

Esperaba que Cailey estuviera allí para conversar, pero era bueno que pasaran un tiempo juntas. Sabía también que si ella estaba ofreciendo ayuda para algún trabajo, era porque necesitaba algo para llenar su tiempo.

–¡Qué bueno! Tengo realmente mucho trabajo. –Ella pasó algunos lazos de cinta a las manos de su hermana. –Solo imita lo que estoy haciendo –dijo.

Faith empezó a enseñarle a hacer los arreglos, a cortar el exceso de tallo de las flores, y las arregló de manera armoniosa en la maceta. Rápidamente la principiante aprendió a hacerlo.

–Te ves mejor. –Cailey pronunció la frase sin otra explicación.

–¿Mejor? ¿Mejor cómo? –Faith podía imaginar cuál era el motivo de aquella conclusión, pero prefirió escuchar la explicación de su hermana.

–Pareces menos deprimida desde que realizaste el deseo de la abuelita.

–No creo que una cosa tenga que ver con la otra. La verdad es que ya pasó mucho tiempo. –Ella creía, o por lo menos empezaba a creer, que el cambio en su vida se vinculaba con la premonición de Lolla, pero todavía no conseguía admitirlo.

–¿Pero cómo? ¡Ella jamás se equivocó! Estoy cada vez más ansiosa por leer mi carta...

Entonces ese era el verdadero motivo de la desesperación de Cailey. Ella creía que la premonición de su abuela la guiaría a un amor verdadero, y estaba empezando a tratar de renunciar a su vida frívola para este hombre que todavía no existía. La mayor prueba de lo que acababa de comprender era verla allí trabajando. Cailey siempre había sido floja, tanto en las tareas de la casa, de las que siempre escapaba, como en la escuela, y más tarde en la Universidad. Tenía buenas calificaciones en las materias que le gustaban, pero muchas veces casi reprobaba en las otras por no esforzarse mucho. Ella nunca había conseguido un empleo. Estar ayudando a Faith no era algo muy típico suyo, por eso era fácil sospechar que sus intenciones al hacer

esa “buena acción” eran muy personales. Faith esperaba que ella no se decepcionara una vez más.

Antes de que pudieran continuar la conversación, sonó el teléfono, y Faith atendió buscando ser muy profesional al hablar y anotar todos los detalles del pedido, además del *e-mail* del solicitante. Normalmente, la rutina de pedidos era la siguiente: la persona llamaba y explicaba rápidamente el motivo del regalo, de la celebración o de la fiesta, Faith elegía las flores y mandaba las fotos de estas al *e-mail* del cliente. Este las aprobaba, y ella hacía la entrega.

Esta vez, el cliente deseaba hacerle un regalo a su madre, pues era su cumpleaños. Inmediatamente ella visualizó sus lindas glicinias, que juntas formaban un ramo especial, horizontal, diferente. Su color se mezclaba con varios tonos de lila en *dégradé*. Era una flor especial, bella, que significaba afecto. No tardó mucho para que el cliente aprobara la elección, y además, él se comprometió a pagar el doble si ella también escribía algún mensaje bonito en la tarjeta. Afirmó que no tenía tiempo ni inspiración, pero que a la cumpleañera le iba a gustar. Al principio, Faith estuvo a punto de decirle que no realizaban ese tipo de servicio, pero pronto pensó en Cailey. Podría darle ese dinero extra, y seguro que se sentiría útil con su innegable talento para la escritura.

–Hey, Cailey, ¿no quieres escribir ese mensaje por mí? ¡No soy buena con eso! Por supuesto que ese dinero es tuyo si lo aceptas.
–Faith intentó convencerla.

–No sé si todavía soy buena en esto, pero puedo considerarlo porque estoy corta de dinero.

Faith tuvo ganas de argumentar que sabía que ella aún escribía muy bien y que había leído uno de sus textos, pero sabía que la perjudicada con esa confesión sería Tatianna, que había robado el diario y lo había leído.

–¿No te gustaría al menos intentarlo mientras preparo el ramo?
–insistió sabiendo que sería bueno para ella.

–¡Está bien!

Cailey tomó un pedazo de papel y una pluma, y Faith empezó a mirarla mientras ella cerraba sus ojos, se concentraba y comenzaba a escribir. Ella lo hacía de modo voraz, intenso, como si devorara cada palabra. Estaba claro que se trataba de su don, el famoso don que todas las DeWitt tenían, por lo menos en teoría.

–Terminé, pero creo que no está muy bueno –informó después de menos de diez minutos.

Cailey entregó el papel a su hermana, que empezó a leer el mensaje.

*“Bajo los pétalos de una rosa
ofrezco vestigios de ternura,
promesas,
sonrisas,
armonía,
para la que dibujó mi destino.
Que se emocionó, lloró y comprendió.
Que me acepta como soy.*

*Entrego este regalo
a las mismas manos que me acariciaron,
que curaron, que sintieron
los latidos inciertos de mi corazón.*

*Comparto el amor
con la que supo compartir
todo su ser
sin miedo
y por entero”.*

Faith estaba emocionada. No había tenido la oportunidad de ser madre, ya que esta le había sido robada en el accidente, pero le encantaría recibir un mensaje como ese de un hijo algún día. Era impresionante que Cailey lo hubiera escrito en tan poco tiempo, y parecía que le daba muy poco valor a palabras tan bellas. Ella realmente no reconocía su propio don. Era como si tuviera vergüenza de sus habilidades como escritora, y su intención fuera solamente usarlas como un desahogo. Sus textos no merecían estar encerrados en un cajón. Merecían ser leídos, compartidos.

–¡Es maravilloso! –Fue todo lo que logró decir.

–¿Estás segura? Puedo hacerlo mejor... –Cailey insistía en una modestia innecesaria.

–¡No! ¡Está perfecto! Prepararé la tarjeta ahora mismo.

Faith tecleó rápidamente el mensaje, segura de que el cliente lo aprobaría. Cailey también parecía feliz por haber sido útil. No eran muchas las personas que la necesitaban para alguna cosa, nunca había sido muy buena en nada en particular, y escondía su único y gran talento guardando sus textos en un diario.

El resto de la tarde fue muy provechoso para las dos. Conversaron como hacía mucho tiempo no lo hacían mientras preparaban los arreglos para la fiesta de quince años. Eran muchos y debían ser entregados antes de las cuatro de la tarde. Claro que Faith estaba disfrutando de la ayuda inesperada, pero, más que eso, era bueno ver que su hermana estaba divirtiéndose, que apreciaba ese momento en familia.

Exactamente como había sido acordado, el auto de la casa de fiestas, responsable del baile, llegó a las cuatro para llevar todos los arreglos. Estaban bellos, coloridos, vivos, y combinaban con la alegría de una joven que apenas empezaba su vida.

Durante el día recibieron dos pedidos más, y Cailey escribió dos poesías para acompañar los ramos. Eran solamente cortesías, pero dejaron a la joven contenta con el trabajo. Cuando estaba a punto de cerrar la florería, recibieron la visita de Rowan. Justo cuando Faith lo vio, su corazón se aceleró de un modo que ella no soñaba que podía ser posible, después de que se juró a sí misma que nunca más se sentiría atraída por otro hombre. Él era una poderosa presencia en aquel lugar femenino y delicado; tan alto, elegante y seguro de sí mismo. Cailey también se dio cuenta de eso y no podía apartar sus ojos de él.

—¡Hola, Faith! ¿Molesto? —preguntó Rowan lleno de formalidades.

Por supuesto que estaba usando ese tono debido a la presencia de Cailey, ya que no sabía quién era y no quería causarle incomodidad a Faith.

—No, ya iba a cerrar.

—¡Un placer! Me llamo Cailey, soy la hermana de Faith. —Nerviosa, extendió la mano tratando de llamar la atención a cualquier precio.

—El placer es mío. —Le devolvió el saludo a la joven, a la que solo le faltó suspirar. —Necesito hablarte. —le dijo a Faith seriamente.

—¡Bueno, entonces estoy de más! Me voy a casa. —Cailey notó que los dos necesitaban conversar a solas.

No podía dejar de anhelar que ese hombre y su hermana tuvieran un romance, después de todo, ya era momento de que ella se enamorase otra vez.

–¡Gracias por tu ayuda! –le gritó Faith a su hermana antes de que ella cruzara la puerta.

–¡No hay de qué! –Cailey parpadeó incentivando a su hermana a conquistar a Rowan.

Lanzando un beso a Faith, Cailey se retiró.

–Veo que la belleza es una característica de las mujeres de tu familia –bromeó.

–¡Ah, sí! Cailey es hermosa y está soltera. –No lo miró al hablar, no quería que se diera cuenta de que sentía una pequeña punzada de celos.

–Ella es bonita... –Rowan tocó la barbilla de Faith con su mano e hizo que lo mirase–, pero tú eres mucho más irresistible.

¿Irresistible? Faith no conseguía entender esa preferencia. Cailey siempre había sido la más deseada por ser más sensual, rubia y por tener un cuerpo perfecto, como les gustaba definir, esculpido por corridas matinales diarias. Su piel estaba siempre bronceada porque le gustaba pasarse horas tomando sol, y eso la hacía aún más “sexy”. Sin embargo, estaba allí, delante de un hombre que apenas miró con interés a su hermana, pero que clavó sus ojos en ella, que siempre había sido la más común de las tres, como si fuera a devorarla.

–Hay algo en ti que me hace querer descifrarlo, comprenderte, como si hubiera un misterio a tu alrededor... –Había un deseo genuino en su voz, y ella sintió que sus piernas tambaleaban.

–¿Misterio?

–No algo que quieras esconder, pero quizá una parte de tu alma que todavía no se haya revelado, que quizá tampoco conozcas.

Él era bueno con las palabras. Sabía escogerlas para cada frase y las usaba a su favor, a tal punto que era capaz de dejarla muy tensa. Al verla incómoda, cambió de tema.

–Pero no fue solamente para admirarte que vine aquí. Encontré una conexión entre Ursulla y las otras mujeres.

–¿Cuál? –preguntó interesada.

–Ursulla estudió en la misma Universidad que las otras.

–¡Rowan, eso puede ser importante! –exclamó pensando que él no le estaba dando el debido valor a la información.

–Puede ser o quizá no. Ya me engañé con tantas pistas falsas... y además, fue solamente un período. Ursulla cambió de curso poco después.

–¿Qué opinas si buscamos a una compañera de Ursulla de esa época? Hay una gran posibilidad de que el asesino sea alguien de la propia Universidad –concluyó.

–¡Claro, claro! ¡Podemos hacer eso! Pero, sinceramente, no me gustaría que te involucraras en ese asunto. –Rowan parecía muy decidido.

Ella, a su vez, estaba sorprendida con esa declaración.

–Estoy siendo demasiado entrometida, ¿no?

–¡No es eso, Faith! Temo que todo esto pueda ser peligroso para ti. Hay un asesino en libertad, quizá dos, si pensamos en el caso de un imitador. –Hizo una pausa–. No quiero que te lastimes por esto. –Su voz se tornó suave de repente, y ella notó que, de alguna forma, él realmente se preocupaba por su seguridad.

–Voy a estar bien, y eso es importante para mí. –Era más importante de lo que se imaginaba, incluso de lo que podía comprender–. De verdad quiero y puedo ayudar. No te vas a librar de mí tan fácilmente –sonrió.

–Eres tú quien no se va a librar de mí, Faith Connor. No después de haber aparecido de manera tan inusitada –afirmó Rowan con convicción.

Después de unos minutos de silencio, mientras cambiaban miradas, él se disculpó porque tenía que irse muy deprisa, ya que tenía una cita. Faith luego imaginó que se trataba de algún encuentro romántico. Por supuesto que ese hombre lindo, elegante e interesante no debía estar solo por mucho tiempo. Ciertamente tendría sus amantes, y ellas debían estar enamoradas de él. ¿Y quién no lo estaría, si estaba llegando a impresionar, incluso, a una viuda que pensaba que había cerrado su corazón para siempre?

Rowan se fue, y Faith empezó a arreglarse para hacer lo mismo. El día había sido provechoso, no solamente para la florería, sino también para su familia, lo que era más importante. Pero, antes de que pudiera cerrar la puerta, el teléfono sonó. Era el cliente que había enviado las flores a su madre diciendo que la poesía de Cailey había producido exactamente el efecto esperado. Él le aconsejó mantener el servicio como algo complementario, porque muchas personas no sabían escribir ese tipo de mensajes, y podría ser útil, especialmente si no se trataba de una poesía ya lista, sino que era creada con exclusividad.

Feliz con esa respuesta positiva, Faith cerró la tienda y se fue directamente a ver a Cailey y a Tatianna, que se sorprendieron al encontrarla mucho mejor de lo que aparentaba estar hacía meses.

Las tres se sentaron a la mesa, y Faith aceptó cenar con ellas. Tatianna había preparado ñoquis a la boloñesa con un aroma y una apariencia irresistibles.

—¡Es una inmensa casualidad que hayas aparecido aquí, Faith! Justo pensaba —mientras cocinaba— que sería bueno tener una cena en familia —comentó Tatianna.

—Y traigo buenas noticias. —Hizo una pausa para probar la comida, que estaba exquisita—. Cailey, ¿sabías que recibimos varios elogios por tu mensaje? —comentó “inocentemente”.

—¿Qué mensaje? —preguntó Tatianna con curiosidad, y Faith le explicó de qué se trataba.

—Fue una idea del propio cliente, y decidí incorporarla a los servicios de la florería definitivamente. Eso, por supuesto, si Cailey acepta trabajar conmigo...

—¡Claro que acepto! Estoy desesperada buscando qué hacer, pero no soy buena en casi nada... —Allá estaba disminuyéndose otra vez.

Tanto Faith como Tatianna odiaban cuando hacía eso.

—Entonces vamos a empezar mañana. Voy a llamar a la empresa que actualiza mi *home page* para colocar las nuevas informaciones en el sitio. ¡Será un éxito! ¡La gente va a contar sus historias y tú las transformarás en poesía! —exclamó muy entusiasmada.

Cailey y Tatianna sonreían mientras escuchaban hablar a Faith. Ella estaba feliz otra vez, con los ojos brillantes y llenos de ganas de vivir y trabajar. Recordaban su sufrimiento cuando perdió a Henry y era bueno tenerla de vuelta. Siempre había sido la más sensata, la que ponderaba las cosas, que pensaba antes de hablar y principalmente la que las escuchaba y aconsejaba. Esa Faith maravillosa les hacía falta.

—¿Acaso esa sonrisa en tu rostro tiene que ver con aquel hombre guapísimo que apareció en la florería? —La pregunta que Cailey lanzó la hizo ponerse colorada.

—¿De qué hombre están hablando? ¿Será posible que sea siempre la última en saber las cosas? —protestó Tatianna.

—Rowan Allers es solamente un amigo. En cierta forma lo estoy ayudando en una pesquisa. —Trató de no tartamudear al decir solo la mitad de la verdad. Odiaba mentirles a las dos.

–¿Qué mujer consigue mantener un amigo como ese?

–¿Es tan guapo? –Tatianna se enfureció.

–Tatty, ¡él es perfecto! De esos que solamente encontramos en las películas... Alto, fuerte. –Con aquella descripción, Tatianna fingía suspirar-. Y además, tiene cara de ser bueno en la cama –sonrió con malicia.

–¡Ah, ya me enamoré!

–¡Ya basta, ustedes dos! –exclamó Faith de modo severo.

Esa broma la incomodaba porque ella no sabía cuánto la atraía Rowan y hasta qué punto conseguiría resistirse.

–Rowan es muy atractivo, pero no hay nada entre nosotros.

–¡Seguro que es solo porque no quieres! –se entrometió Tatianna.

–¡Tatianna está acertada, Faith! ¡Vi la forma en que te miraba! Parecía que en cualquier momento iba a lanzarte al suelo y arrancarte la ropa.

El modo como Cailey hablaba era muy peculiar, pero aun así, Faith dejó de temblar ante la idea de la escena.

–Te dará trabajo si quieres librarte de él.

–Todavía no sé si estoy lista para involucrarme con alguien –dijo.

–A Henry no le gustaría verte sola. Te garantizo que incluso él pensaría que ya es hora de que sigas adelante –le aconsejó su prima.

–Tal vez, pero necesito estar realmente lista o lo arruinaré todo.

Ante esas palabras, ninguna de las dos tenía coraje de decir otra cosa. No tenían idea de cómo era perder un marido y no podían juzgarla. Tal vez siete meses realmente era muy poco tiempo para superar la pérdida. Pero, aun así, pensaban que Faith era muy hermosa, dueña de una personalidad encantadora y no merecía un luto tan largo. Sabían de su devoción por Henry, pero él se había ido, no volvería, y ella todavía tenía toda la vida por delante. Realmente le faltaba un hombre en su vida para cuidarla y hacerla feliz.

Faith se quedó hasta tarde en la casa de su abuela con Cailey y Tatianna revolviendo algunos álbumes de fotos, riendo con recuerdos de la infancia, emocionándose al hablar de Lolla. Las tres compartieron hechos de sus vidas; después de todo, hacía mucho tiempo que no se sentaban juntas para hablar de manera informal. Cuando se separaron, tenían la clara impresión de que otro lazo se había formado entre ellas, y como tenía sabor a reinicio, sería aún más difícil deshacerlo.

Horas más tarde, un poco antes del amanecer, algunos policías estaban reunidos alrededor de un cuerpo.

La víctima era una joven mujer de unos treinta años; rubia, delgada, de apariencia frágil y bonita, a pesar de que el rostro estaba muy desfigurado. Ella había sido apuñalada varias veces, y su cuerpo flotaba en un río cuando la encontraron. Dos policías locales respondieron primero al llamado porque estaban cerca, pero cuando vieron las circunstancias de la muerte, Jayce Hernández y Debra Winney fueron convocados. Los dos observaron la escena con cuidado y evaluaron el cuerpo superficialmente. Solo un examen más detallado les daría pistas concretas, pero en principio ambos se dieron cuenta de que el bello anillo de noviazgo parecía muy nuevo, ni siquiera había dejado marca en el dedo de la joven.

–¿Será que se trata de nuestro hombre que ataca otra vez? –le preguntó un tercer policía a la pareja.

–No se puede saber con exactitud. Podemos engañarnos fácilmente con una imitación, pero diría que esta parece demasiado perfecta –afirmó Jayce.

–Pero hace meses que no aparece. –Debra todavía no estaba convencida.

Desde Ursulla Allers, cuando se constató que no había sido asesinada por el “asesino de las novias”, había preferido no especular nada hasta que tuvieran pruebas más concretas.

–Podría haber mil razones para esa pausa: la víctima perfecta, algún problema personal...

–Además, Debra... –dijo el policía local–, ¡esta mujer se parece mucho a ti!

–¡Es verdad! ¡Ten cuidado, Debra! Si el “asesino de las novias” realmente regresó, va a volver a seguir su patrón y a elegir mujeres con el mismo aspecto físico –dijo Jayce en un tono protector.

–No te preocupes, no estoy comprometida –le hizo un guiño a Jayce–. Y además, tengo el mismo aspecto que la mitad de la ciudad.

–Sí, pero la mitad de la ciudad no está empeñada en atrapar a este asesino.

Debra realmente no parecía preocupada, a diferencia de Jayce, que no le gustaba pensar en la posibilidad de que ella corriera algún peligro. La conocía como policía, sabía de su capacidad, y ella jamás sería un blanco fácil para alguien, pero estaba enamorado y tenía claro que esa era una de las razones por las que no debía involucrarse con una compañera de trabajo, sobre todo en esta profesión. Sabía que

acabaría por volverse demasiado protector y que a ella le incomodaría por ser una mujer fuerte y valiente, además de bastante independiente. A pesar de saber todo esto, temía por su vida. Había tardado años en encontrar a una mujer como Debra y no quería perderla.

En casa de Faith, ella aún dormía y hacía mucho tiempo que no tenía un sueño tan tranquilo. Estaba dejando que la felicidad y la paz ocupasen su corazón otra vez, y era una sensación muy buena. A pesar de la reciente muerte de su abuelita, pensaba que estaba siendo egoísta por sentirse tan bien, pero no lo podía evitar; su familia estaba unida, la florería prosperaba y Rowan se encontraba en su vida, aunque no supiera qué parte de ella ocupaba.

En el momento en que sonó el teléfono, soñaba exactamente con él. Soñaba con el modo como la tocaba, gentilmente, en contraste con su mirada intensa. Reprimía el comentario de Cailey sobre si él era o no un buen amante, pero tampoco podía dejar de pensar en eso. Henry siempre había sido cariñoso, delicado, y ella no conocía otra manera de ser amada. Hasta hacía poco tiempo, ni siquiera pensaba en hacer el amor con otro hombre, y estaba allí, curiosa por tener una noche de amor con un casi desconocido, pero que le despertaba sensaciones que ella pensaba que ya había olvidado.

Todavía soñaba despierta cuando, finalmente, escuchó el celular y lo atendió sobresaltada. Antes miró el reloj y vio que eran apenas las siete de la mañana.

—¿Aló? —atendió con voz somnolienta y ronca.

—Faith, soy Rowan.

—¿Rowan? —Ella se sorprendió. Estaba soñando con él y como por encanto estaba allí escuchándolo hablar.

A su vez, él sintió una punzada en el corazón al escuchar su voz somnolienta. No esperaba despertarla y se sintió avergonzado. Pero estaba aún más tentado de imaginarla acostada en la cama, con los ojos rojos de sueño, el pelo desordenado, vistiendo algún camisón delicado, ya que no podía imaginarla usando algo sexy o provocador para dormir sola. Simplemente no se asemejaba a su personalidad, y él estaba seguro de que le parecería sensual, incluso, aunque llevara un pijama de algodón. Cuando la escuchó tuvo ganas de despertarse a su lado y de besarla aún dormida mientras soñaba.

–Perdóname, creo que te desperté.

–No hay problema. Ya era hora de levantarme. –Ella se refregó los ojos tratando de despertarse de una vez–. ¿Algún problema?

–¿Hay una tele cerca de ti?

–Sí hay, ¿por qué?

–Enciéndela, por favor –le pidió con mucha educación, pero también con autoridad, como debía estar acostumbrado a hacerlo con todos a su alrededor.

Faith buscó el control remoto palpando la mesita de noche, y luego lo encontró y encendió la tele como él le había pedido.

El reportaje ya iba por la mitad, pero hizo falta mucho tiempo para que Faith comprendiera de qué se trataba; hablaban de una joven asesinada que tenía el mismo físico de Trudy y de las otras que habían sido muertas. La cámara trataba de enfocar el cuerpo mientras era retirada por los policías. La reportera quería conversar con el policía Jayce Hernández y con su compañera para obtener más información, pero ninguno de ellos parecía interesado en dar cualquier dato a la prensa. La joven periodista no insistió mucho, porque exactamente como había dicho Steve, Jayce era un hombre grande, y con la apariencia seria que tenía en ese momento, era capaz de meter miedo a cualquiera.

–¿Será que él volvió a atacar? –preguntó Faith, con miedo en la voz.

De repente se sintió totalmente despierta.

–No se sabe. Quería que vieras el reportaje para que confirmaras que no se trata de una broma de detectives. Realmente puedes ser lastimada.

–Nunca estuve interesada en bromear –afirmó indignada.

–Sé que no, pero deja que la policía se ocupe de esto. No lo hicieron tan bien la otra vez, pero ahora tenemos una nueva oportunidad. Van a tener que reabrir el caso, lo que es una buena señal.

–Rowan, recuerda que la preferencia de este loco es por rubias, bajas y comprometidas. No soy nada de eso –dijo en tono de broma, intentando calmarlo, pero Rowan se mantuvo muy serio.

–Ursulla tampoco lo era. ¡Cuídate!

Sin decir una palabra más, Rowan colgó. No podía negar que tenía razón. Esa investigación *amateur* podría volverse peligrosa, pero no le importaba. Quería ser útil, sentir el sabor de la adrenalina, de la vida.

Siempre había sido la más equilibrada, llena de juicio, y sin embargo sentía la falta de aventuras y travesuras que podría haber hecho cuando niña. Pero al parecer, aún estaba a tiempo de cometer unos resbalones.

Saltó de la cama, se dio una ducha fría, se vistió y llamó a Cai-ley para que cuidara la florería por algunos momentos. Ya que ella iba a ser parte del negocio, sería importante que empezara a practicar. Después de todo, era bueno tener una ayudante.

Fue hacia la comisaría a buscar a Steve, tratando de ignorar los comentarios sarcásticos de los hombres a su alrededor, e imaginó que no debía ser nada fácil trabajar por allí. La bella detective, que era la compañera de Jayce Hernández, seguro tenía que enfrentar esos chistes todos los días.

Cuando entró Steve, se dirigió a la oficina que usaba con Ed. Estaba solo, lo que daba a entender que su compañero estaría atrasado.

—¿Faith? ¿Qué estás haciendo aquí? Este no es exactamente un lugar para ti.

—Supe de la muerte de otra joven... Shelby, ¿verdad? ¿Fue el mismo asesino de las demás? ¿El “asesino de las novias”? —La curiosidad que mostraba no podía ser disfrazada más.

—¡Te estás obsesionado con eso! —Steve trató de no escucharla e ignoró la pregunta. El caso no estaba más archivado, y él estaba arrepentido de haberla dejado llegar tan lejos y de que obtuviera tanta información. Pero no le diría nada más.

—¡Sí, creo que lo estoy! Leí toda la historia y estoy intrigada. ¿Quién no lo estaría?

—Faith, no puedo darte más información. Si pasa cualquier cosa y sale en la prensa, podría perjudicar la investigación —le explicó con paciencia.

—Pero nunca comentaré lo que me digas. Quedará solamente entre nosotros. —Y entre Rowan, pensó ella, pero él tampoco tenía interés de alimentar a la prensa con datos importantes y secretos de la policía.

—¿Y tu amigo escritor? ¿Cómo puedo saber exactamente lo que quiere escribir? —En ese momento, Faith se arrepintió de haber inventado esa historia—. Lo siento, Faith.

—¡Todo bien! Entiendo —dijo apenada.

Y ella realmente lo entendía, a pesar de haber creído que él acabaría por contarle más cosas sobre esa nueva muerte. Entretanto no insistiría, sabía que él ya se había arriesgado entregándole las carpe-

tas de los otros casos, y ella le estaba agradecida. Aprovechó la rara visita a la comisaría y le devolvió todo lo que le había prestado, ya que había fotocopiado las informaciones más importantes y todavía tenía la copia que le había entregado a Rowan. Los originales no le hacían falta, pero seguro que Jayce los necesitaría para dar seguimiento al caso, si se trataba del mismo asesino.

Fue directamente a la florería, donde encontró a Cailey un poco complicada con las llamadas, las entregas y los mensajes. El cliente del día anterior había recomendado el servicio a sus amigos, y algunos se pusieron en contacto, cada uno contando su historia –triste, alegre, romántica, fraternal y maternal– mientras la joven trataba de hacer todo. A pesar de estar un poco torpe, sonreía como hacía mucho tiempo Faith no la veía, y no podía dejar de estar de acuerdo con que ella tenía afinidad para esto. Le estaba gustando el trabajo, pero principalmente quería que su hermana se sintiera orgullosa de ella, y fue lo que realmente sucedió cuando empezó a explicarle todo lo que había hecho.

–Bueno, Faith, tomé nota de todos los *e-mails* e hice un pequeño resumen de la historia de los clientes para que puedas elegir las flores. Ya escribí tres de los cinco mensajes y avisé a Thomas que tendremos algunas entregas –describió todo mostrándose organizada.

–¡Excelente trabajo, Cailey! –la felicitó Faith con visible orgullo.

–¿En serio? –Radiante, Cailey abrazó a su hermana en un impulso.

Hacía mucho que ellas no se abrazaban de ese modo. No había más proximidad entre las dos, pero no era tarde para tratar de recuperar el tiempo perdido. Ese era un primer paso; empezaron a trabajar juntas, luchaban por un objetivo común, pasaban más tiempo en compañía una de la otra y tendrían la oportunidad para conocerse mejor otra vez, ya que no eran las mismas de hacía un tiempo.

Faith empezó a leer todas las historias de las que Cailey había tomado nota y no fue difícil encontrar flores perfectas para cada una. El día estaba completo, y sin lugar a dudas esa nueva empresa sería un éxito.

Aquella noche, Tatianna también apareció en la florería para llevar la cena. De todas, ella era la más feliz por la unión de las primas. También daría todo por tener una hermana, alguien que le hiciera compañía en sus grandes momentos de soledad. Por cierto, como Cailey, últimamente se sentía muy sola. No obstante, la cena de las dos hermanas en armonía era muy gratificante.

5

GLADIOLO

“Los gladiolos significan encuentro, como si finalmente algo que se quería mucho hubiera sido encontrado”.

Hacía tiempo que Faith no se despertaba sintiéndose tan bien. No se acordaba de lo bueno que era estar con su familia, reírse, hablar tontearías y no pensar en cosas malas. Se sentía, por lo menos, unos diez años más joven, como sucedía cuando ella, Cailey y Tatianna se quedaban despiertas hasta tarde hablando sobre enamorados. Se acordaba cuando les contó la primera vez que besó a Henry. En esa época, podía jurar que era la cosa más maravillosa que le había sucedido. Parecía que había ocurrido hacía siglos en otra vida que no le pertenecía más.

Se levantó después de estirarse con calma, desayunó, leyó el diario, se duchó, se vistió, y cuando estaba a punto de salir para trabajar, alguien llamó a la puerta.

Pensando que se trataba de Thomas, abrió sin mirar la mirilla o preguntar quién era. Cuando vio al hombre, lindísimo, delante de ella, vistiendo otro de sus impecables trajes, se sintió despeinada, mal vestida y con el maquillaje incompleto, exactamente como una adolescente.

—Si fuera un asesino te habría atacado fácilmente. ¡Deberías tener más cuidado al abrir la puerta de tu casa, Faith! —Se parecía a un padre amonestando a su hija, pero su tono de voz se mantenía gentil. Además, era deliciosamente listo.

–Pensé que era Thomas, el chico que trabaja para mí. Hablé temprano con él –le explicó sin saber por qué.

–¿Te estoy molestando?

–No, todavía tengo algún tiempo. –Ella abrió más la puerta–. ¡Entra!

Rowan obedeció, y a pesar de sus modales educados, no se resistió y le dio un buen vistazo a la casa. “Por el lugar donde vive una persona se conoce una personalidad”, pensó, y luego pudo interpretar que Faith era organizada y práctica. Había flores por todas partes, y seguro cada una tenía una razón especial para estar en determinado lugar. A pesar de haberse quedado viuda hacía un tiempo, su departamento no era totalmente femenino, lo que lo hacía sospechar que ella seguía manteniendo cosas del marido por allí. En cambio, no había ninguna foto a la vista, y por primera vez se dio cuenta de que ella no llevaba alianza.

–¡Siéntate, por favor! –Faith le mostró el sofá, y él se acomodó. Enseguida ella hizo lo mismo, pero en un asiento lejos de él.

–Descubrí algunas cosas sobre la joven que murió. –Empezó a explicar el motivo de la visita y le entregó algunos papeles.

Faith empezó la lectura y se impresionó con la cantidad de información que Rowan había conseguido en tan poco tiempo. Descubrió que la joven mujer asesinada tenía exactamente treinta años y que estaba a punto de casarse. Se había comprometido con un abogado casi veinte años mayor, solo un mes antes de haber sido asesinada. Ella vivía con una amiga que había conocido en la Universidad y las dos formaban parte de la misma hermandad que las demás.

–¿Cómo conseguiste todo eso? –preguntó asombrada por tanta eficiencia.

–También tengo mis fuentes –afirmó misterioso, con una media sonrisa en los labios.

Faith prefirió no hacer más preguntas.

–Tenemos una gran oportunidad con esta información. Podemos conversar con el novio y con esa amiga. Quizá sepan algo.

–Estoy totalmente de acuerdo, pero mi intención es hacerlo todo solo. No me parece seguro que te expongas de esa forma. –Su manera de hablar era muy protectora, pero no la convenció.

–¡No vas a lograr detenerme, Rowan Allers! Estoy decidida a ir hasta el fin para develar esa historia. –Y lo peor era que ella no sabía de donde venía tanta determinación.

Hablaba con tanta firmeza y decisión que él sintió un escalofrío en la espalda. Desde que le abrió la puerta, se controlaba para no agarrarla allí mismo. Estaba hermosa con el pelo mojado, poco maquillaje, y podía sentir el suave olor del jabón que emanaba su piel. A pesar de no estar pensando con claridad, estaba seguro de que no quería que ella se involucrara tan directamente en esta historia, porque no le gustaría verla lastimada, ya que lo haría sentirse culpable. Pero por lo poco que la conocía, sabía que no iba a rendirse tan fácil. Por eso solo le quedaba hacerse cargo de protegerla y mantenerla cerca, lo cual no sería nada desagradable.

—¿Cuándo vamos a empezar? —preguntó de modo provocador, cruzándose de brazos.

—¿Cuál es el límite de tu obstinación, Faith Connor? —Él ya se reía con su actitud obstinada, y ella sabía que la pelea estaba a su favor.

—No hay límite...

—Así que no me queda alternativa. —Rowan de repente se puso serio—. ¡Pero ante cualquier señal de peligro estás fuera! ¿Entendido?

—Tenemos un acuerdo, señor Allers. —Ella le tendió su mano delicada, pero él, en vez de apretarla confirmando el compromiso, la besó con delicadeza.

Las palabras otra vez desaparecieron de la mente de Faith. Ella simplemente no sabía qué decir ni cómo actuar. Si hablaba cualquier cosa podría decir alguna tontería, pero si se mantenía callada también podría darle la oportunidad para que él reaccionara de algún modo para el cual ella no estaba preparada. No era una situación de las más fáciles.

Sin embargo, mientras dominaba el silencio, inconscientemente Faith cerró los ojos. Empezaba a sentir un aroma diferente en el aire, como el suave perfume de una flor que acababa de ser cortada. Su subconsciente se transportó a su invernadero hacia un determinado tipo de flor: los gladiolos, y se vio entregando uno de ellos a Rowan. Segundos después, abrió los ojos de golpe. ¿Por qué esta extraña habilidad tenía que manifestarse con él? Seguramente Rowan ya sospechaba que ella podía estar loca por empeñarse tanto en ayudar en la búsqueda del asesino de una mujer a la que apenas conocía, pero si se enteraba de que ella daba flores a las personas con un propósito, constataría que se trataba de una loca completa. Sin embargo, esa flor era muy interesante, y su significado aún más.

Le pidió que esperara un poco, fue a su florería y recogió una de esa especie. Los gladiolos eran extremadamente brillantes y hermosos, y Rowan se sorprendió cuando recibió uno.

–Jamás recibí una flor de una mujer. Ahora entiendo cómo se sienten. Me siento especial –bromeó oliendo su regalo.

–No me preguntes por qué hice eso, por favor.

–¿Cuál es el significado de esta flor? –preguntó sabiendo que ella lo tendría en la punta de la lengua.

–Significa “encuentro”, como si algo que se estaba buscando hubiera sido encontrado –explicó.

Pero ella tampoco comprendía qué tenía que ver eso con Rowan.

–Hum... –murmuró–. ¡Todo tiene sentido!

–No entendí.

–Te encontré, Faith –dijo pasando la mano por su rostro–. Y eso puede ser algo grande.

Eso también era algo maravilloso de oír. Ella no tenía idea de lo que representaba en su vida o qué vendría a representar algún día, pero estaba segura respecto a la flor. De alguna forma, en medio de tantas tragedias, de tanto dolor, ellos se habían encontrado. No fue casualidad, no era solo cuestión de coincidencia. Había un motivo para eso, y ellos terminarían descubriéndolo tarde o temprano.

–¿Empezamos nuestras investigaciones el sábado por la mañana, puedes? –preguntó totalmente recuperado del momento especial que había pasado.

–Está bien. –Fue todo lo que ella pudo decir antes de que él se fuera.

Faith tardó un largo tiempo en llegar al trabajo, porque no quería esperar más para buscar datos sobre la hermandad de la que todas esas mujeres habían sido parte. Se llamaba Kappa House, de la Universidad de Nueva York, y ya existía hacía más de cien años. Su principal característica era que estaba formada solamente por mujeres y, al contrario de otras hermandades, todas las integrantes eran estudiantas, no se involucraban en disturbios ni en escándalos. La reputación de la casa era impecable y tenía un historial inmenso de ex-integrantes exitosas. No había nada sospechoso que podría ser señalado como motivo para tantas muertes; ningún hecho importante, por lo menos, no que estuviera en Internet. Sin embargo, sería una buena idea que ella y Rowan pudieran visitar la Universidad para certificarlo.

Cailey se sintió aliviada cuando Faith llegó. Otra vez estaba llena de trabajo, pero demostraba ser una excelente ayudante bastante organizada.

Para sorpresa de ambas, la semana estaba llena de tareas, y Faith se encontraba muy feliz con la proximidad de su hermana y con la evolución del trabajo. Lentamente recuperaba su vida, sus ganas de vivir y la capacidad de comprender a sus flores y usarlas para la felicidad de las personas.

Y fue exactamente por hablar sobre eso que el viernes recibió una visita de Emily. Ella parecía tener algo importante para decir, y Faith esperaba que no fuera nada serio porque estaba nerviosa con el siguiente día, pues finalmente empezarían las investigaciones con Rowan.

–¡Hola, Emily! ¡Qué bueno verte por aquí! –Ambas intercambiaron dos besos como saludo.

–¡Faith, que bueno que vine! ¡Tienes muy buena cara! ¡Pareces otra persona! –El comentario de Emily hizo que Faith se diera cuenta de que realmente había dejado a todos, en su entorno, muy preocupados con su luto. Estaba tan ciega que ni se había fijado en eso.

–Estoy más tranquila.

–Henry debe estar feliz, dondequiera que se encuentre –dijo sonriendo–. Bueno, pero no fue por eso que vine aquí. Tengo algo que contarte que ni siquiera le conté a Steve. –Emily se quedó en silencio por algunos segundos–. Estoy embarazada. Tu flor estaba acertada.

Faith no se acordaba muy bien de la ocasión, pero luego pensó en sus heliconias y tuvo la constatación de que su don estaba vivo otra vez. Con una noticia como aquella, no tenía que dudar de que realmente formaba parte de la familia DeWitt y que eso era una bendición.

–¡Te felicito! ¡Que noticia maravillosa! –Faith abrazó a su amiga–. Pero ¿por qué todavía no le contaste a Steve?

–Él ha llegado muy tarde a casa. Está ayudando a Jayce con el caso de la joven que murió.

–¿Y sabes algo sobre eso? –Ella hasta trató de controlarse para no preguntar nada, pero era un pensamiento constante en su mente.

–Conoces a Steve, a él no le gusta hablar del trabajo cuando está en casa, y yo evito preguntar, sobre todo cerca de Jonathan.

–Steve tiene una vida estresante. Llegar a casa debe ser un alivio. –Trató de contener la decepción de no descubrir nada en esa oportunidad–. Pero no me dijiste si estás feliz con el embarazo...

–Estoy feliz, pero preocupada. Steve siempre quiso tener solamente un hijo, no sé cómo reaccionará.

–¡A él le encantará la noticia! Estoy segura de eso –dijo Faith con cariño.

A pesar de tener el sueño de ser merecedora de la misma suerte, no sentía envidia de la amiga. Quería que la pareja fuera feliz, porque no conocía gente mejor que ellos.

–Bueno, de cualquier modo, creo que debías ser la primera en saberlo.

–¡Qué bueno! Estoy realmente muy contenta...

Las dos se abrazaron y Emily se fue.

Esa noche, Faith soñó con Lolla, como si ella quisiera pasarle algún mensaje. Parecía estar muy bien, alegre y en paz; hablaba de manera calma, pero no lograba oírla. Su voz era inaudible, y ella fue lentamente desapareciendo, dejando solamente la imagen del invernadero “Jardines y sentimientos”, donde se encontraba. Cuando Lolla se esfumó en una bruma, empezó a caer una tempestad y las flores que Faith tanto amaba empezaron a morir en una extraña oscuridad. Algo estaba por suceder. Algo muy malo, y Lolla quería alertarla. Sobresaltada, Faith se despertó con temor, sabiendo que algo importante estaba por venir.

Rowan había prometido buscarla muy temprano para que pudieran aprovechar el día, porque quería que descubrieran la mayor cantidad de cosas posibles. Pero él no esperaba encontrar a esa linda mujer llena de ojeras y con la cara pálida y cansada.

–¿Estás bien, Faith? –preguntó preocupado.

–Sí, ¡es que no dormí bien!

–Tal vez deberías desistir de acompañarme –insistió una vez más.

–No te voy a dar ese gusto. –Ella sonreía cuando entró en el auto después de que él le abrió la puerta.

Luego le dijo sobre su idea de visitar la Universidad, y a él le pareció interesante. Pero primero fueron a la casa de la amiga de Shelby Noor, la actual víctima del “asesino de las novias”. Ella todavía seguía vestida de negro, muy impresionada por la muerte de su compañera de departamento.

Antes de que pudieran decir cualquier cosa, Rowan apretó la mano de Faith tratando de llamar su atención. Cuando lo miró, pudo leer sus labios alertada para que lo dejara conducir las preguntas. No muy satisfecha con eso, acabó por aceptar de mala gana.

Los dos fueron llevados por la joven a una sala de estar. Era un departamento amplio para dos mujeres que vivían solas, y seguro que Carla Hoyt, la amiga de Shelby, se estaba sintiendo muy sola allí. Era obvio que las dos eran exitosas. Como Faith había encontrado en Internet, esa era una característica común de todas las jóvenes que se formaban en la Universidad de Nueva York y que provenían de Kappa House.

—¿Ustedes conocían a Shelby? —Esa era exactamente la pregunta que ellos no querían contestar, y Carla decidió empezar exactamente por ella. Por suerte, Rowan tenía un pensamiento rápido y muy sagaz.

—Ella y mi hermana eran amigas. —Esa era una buena salida, pero no podía confirmar la veracidad de esa afirmación.

A pesar de que Ursulla había cursado en esa Universidad, era prácticamente imposible que ellas se hubiesen conocido.

—De hecho, probablemente escuchaste hablar de ella. Se llamaba Ursulla Allers —dijo con morbidez en la voz.

—¡Ah, claro! —Carla demostró con una expresión de tristeza que sabía exactamente quién era Ursulla y cómo había muerto.

—Tengo la impresión de que ella fue asesinada por el mismo homicida de Shelby, por eso necesito cualquier clase de cooperación. —La voz de Rowan se tornó suave, y él debía saber cómo seducía de esa manera.

—¡Haré lo posible para ayudar! —afirmó Carla sonriendo.

—¿Recuerdas a alguien de la época de la Universidad que tuviera algún problema con Kappa House? ¿Te acuerdas de alguna persona que tal vez quería ser parte de ella y se sintió excluida? —empezó a preguntar.

—Hace mucho tiempo, y no me acuerdo de muchas cosas. Sé que integrantes de otras hermandades nos molestaban porque éramos las más correctas. Algunos muchachos nos fastidiaban, trataban de convencernos de ir a la cama con ellos para ganar apuestas, pero todo era en vano. En ese punto éramos muy perseguidas.

—¿Alguien en especial era más insistente? —siguió Rowan.

—No que me acuerde. —Carla empezó a esforzarse para pensar en cualquier cosa—. Había un muchacho... él era obcecado con las jóve-

nes de Kappa House. Le gustaba fotografiarnos en distintos momentos y ponía esas fotos en su dormitorio.

—¿Recuerdas su nombre? —Quebrando la promesa que le había hecho a Rowan, Faith no resistió e hizo la pregunta.

—¡No! Era tan raro que pocos le prestaban atención. Pero puedo describirlo. Tal vez encuentren alguna foto en el anuario del colegio.

Carla describió al muchacho como alto, delgado, siempre vestido de negro, con lentes de mucha graduación, con un corte de cabello anticuado para aquella época y con el pelo siempre grasoso. De acuerdo con ella, él también era estudioso, nada atractivo para las mujeres y bastante solitario. No era cercano, y tampoco de su compañera de cuarto; siempre se sentaba solo, y en el almuerzo se quedaba mirando atentamente la mesa de las chicas de Kappa House.

—¿Aún sigues manteniendo contacto con alguna de tus hermanas?

—Con pocas de ellas. La verdad, solamente con Lena, que fue asesinada, y con dos más.

—¿De verdad que Shelby estaba de novia como las otras jóvenes?

—Otra vez Faith quiso saber, y Rowan le lanzó una mirada represiva.

—Sí. Ella estaba de novia y planeaba casarse muy pronto, por eso quiso avisar a todos sus amigos. Estaba tan feliz...

Esa situación no le parecía fácil a Carla. Varias de sus amigas estaban muriendo, pero ella no podía hacer nada.

—Debería buscar la seguridad de la policía, señorita Hoyt —la alertó Rowan bastante serio.

—¿Creen que estoy en peligro?

—Puede ser. No sabemos con exactitud cómo piensa —explicó Rowan.

Faith estaba de acuerdo. Los dos sintieron que Carla estaba temerosa.

—Espero que logren algo. La policía parece no empeñarse mucho.

Faith estaba por decirle que no estaba de acuerdo, sabía que Steve era un policía bastante dedicado y no tenía dudas de que Jayce también lo era, más aún después de haber sido elogiado por su colega. Por lo tanto, decidió controlarse y no meterse más en esa conversación. Estaba para ayudar, no para importunar.

Luego Carla los llevó hasta el dormitorio de Shelby, segura de que serían capaces de visualizar cualquier cosa que pudiera ayudar en los esclarecimientos.

Mientras Rowan le hacía algunas preguntas más sobre la joven, buscando semejanzas entre ella y Ursulla, Faith prefirió evaluar el dormitorio. Parecía estar todo en su debido lugar, organizado, lleno de libros de odontología, que seguro era la profesión que ella ejercía. Miró algunos detalles más de aquel lugar, pero no pudo dejar de fijarse en las flores, casi marchitas, sobre el tocador.

Eran claveles morados que significaban soledad. Faith tenía la absoluta certeza de que Shelby no sabía lo que esas flores representaban, pero podía apostar que sus sentimientos influenciaron en el momento que ella las eligió para adornar su dormitorio. Era lo que siempre sucedía.

Pero ¿por qué sentía tanta soledad esa mujer tan joven, tan bonita, y encima por casarse?

En su dormitorio había fotos de su familia, de amigos, pero ninguna con su novio. Era algo muy raro, que Faith le comentó a Rowan cuando los dos ya estaban en el auto en camino hacia la casa del novio de Shelby.

–No me fijé en las fotos, pero realmente es algo que debe ser tenido en cuenta –comentó Rowan mientras conducía.

–Creo que no vamos a conseguir mucho con el novio. Algo me dice que él va a ser un poco hostil.

–Entonces, además de comprender a las flores, ¿también eres vidente? –bromeó riendo y dejándola avergonzada.

–No es eso. Era solamente una intuición –contestó tratando de disfrazar la incomodidad.

–¿Y acostumbra fallar?

–No mucho. –Decidió finalmente entrar en el juego.

–¿Y qué dice tu intuición de mí, Faith? ¿Te alerta para que te acerques o para que te alejes de mí? –preguntó con ese tono serio y seductor, con la voz ronca que le era peculiar.

–No sé por qué ella me alertaría para alejarme –contestó.

Pero en su voz no había ninguna seguridad. La pregunta que él había hecho era a propósito.

–Porque tienes miedo de involucrarte con otro hombre, aunque eres viuda hace tanto tiempo. –Él fue directo, y su frase la alcanzó como un puñal, a tal punto que, por un momento, se quedó molesta con él.

No era justo que le dijera esas palabras sabiendo que la situación no era nada fácil para ella. Su voluntad en ese instante era salir del

auto y volver a su casa dejando atrás toda esta historia de muertes, asesinatos y destino. Pero se contuvo, porque no le gustaban las actitudes extremas e impulsivas.

–¿Y cómo tienes tanta seguridad de que me relacionaré contigo?
–preguntó con rabia.

–No estoy seguro, solamente sé que haré de todo para ser el hombre que va a tener la suerte de merecer tu amor.

¿Amor? ¿Había escuchado bien? Claro que imaginaba que él estaba exagerando, pero aun así agitó sus pensamientos. Un poco de su rabia desapareció, y ella se reprendió por dejarse llevar tan fácilmente por esas armas de seducción. Para no decir ninguna tontería, Faith decidió callarse hasta que llegaran a la casa de Colin Mercer. Por otra parte, se quedó aún más sin habla cuando vio la mansión donde ese hombre vivía. Era impactante. Miró a Rowan a su lado y vio que él no parecía nada impresionado. No tenía dudas de que él también vivía en una casa maravillosa como esa.

Rowan había llamado a Colin avisando que le haría una visita, y le explicó la situación de modo resumido. Por ese motivo ellos fueron recibidos y llevados a una oficina, donde se sentaron y esperaron. Luego apareció un hombre de aproximadamente cincuenta años, con apariencia digna de Harrison Ford en sus mejores épocas. Él y Rowan traspiraban clase y elegancia. No era que Faith se sintiera diferente, pero esos dos eran los típicos hombres exitosos.

Entonces Colin saludó a Rowan con un apretón de manos e hizo lo mismo con Faith, pero posó sus ojos sobre ella. A tal punto que Rowan, notando la descortesía, lo interrumpió comenzando a hablar.

–Entonces, ¿usted era el novio de Shelby Noor?

–Antes de contestar cualquier cosa, me gustaría saber qué tiene que ver el asesinato de mi novia con la muerte de tu hermana. –Colin era realmente hosco, exactamente como Faith había anticipado.

–Estamos sospechando que ambas fueron asesinadas por el mismo asesino y queremos descubrir cualquier cosa que pueda unir las muertes con alguna persona que las dos conocieran.

–¿Por qué no dejan a la policía que se encargue de todo?

El hombre se sirvió una bebida y les ofreció a los dos, quienes se negaron.

–No quiero estar quieto cuando puedo hacer algo. –Rowan se llenó de la misma aspereza de Colin.

Había algo raro en él. Parecía calmo y muy controlado para alguien que acababa de perder a su novia.

–Bueno, si quieren descubrir alguna cosa, vinieron con la persona equivocada. Yo me relacionaba con Shelby desde hacía solo dos meses.

–¿Y ya estaban de novios? –se sorprendió Faith.

–¡Claro! ¿Nunca se enamoró perdidamente a primera vista, señora Connor? –le preguntó mirándola con segundas intenciones–. Shelby era linda, inteligente, educada y una buena chica. No había motivos para no convertirla en mi esposa.

–¿Cuántas veces te casaste? –siguió Faith.

–Shelby sería mi cuarta esposa –contestó Colin, y se rio al ver que Faith se sorprendía otra vez–. No pienses que maté a mis exmujeres. Todas las demás están vivas y llenas del dinero que me llevaron.

–¿Cree que su novia era una persona triste, señor Mercer? –Con esa pregunta, Faith dejó a los dos hombres confundidos. Todavía no había hablado con Rowan sobre los claveles que había visto en el dormitorio de Shelby.

–¿Triste? ¡Oh, no! Shelby era alegre, divertida...

–¿Ella nunca le dijo nada sobre sentirse sola?

–No que me acuerde –afirmó manteniendo el tono frío.

Rowan la miraba sin comprender el motivo de esas preguntas. Creía que ellas tenían un fundamento, y por eso decidió que no debería interrumpirla ni tampoco reprenderla, pero su sangre empezaba a hervir al ver la mirada indiscreta de Colin Mercer hacia sus senos y sus labios, si ningún respeto y de un modo que Faith no merecía ser vista. Se daba cuenta de que ella estaba incómoda con eso, y todo lo que él quería hacer era arrancarla de allí, pero todavía necesitaba preguntarle algunas cosas.

–¿Conocía a la familia de Shelby? –siguió Rowan.

–Naturalmente que sí. Íbamos a casarnos...

–¿Y sus amigos?

–Pocos –contestó Colin de mala gana–. Vean, señores, no tengo muchas cosas que decir y dispongo de poco tiempo. Cualquier cosa que quieran saber pueden llamarme. –Entregó una tarjeta a Faith y le sonrió con malicia.

Al notar que ese hombre realmente no sería de mucha ayuda, por no querer cooperar y porque sabía muy poco de la vida de su

propia novia, se fueron, y se encaminaron en dirección a la Universidad de Nueva York.

Allí fueron hasta la biblioteca a buscar el anuario. Con la descripción que les había dado Carla, no fue difícil descubrir quién era el muchacho obsesionado con las chicas de Kappa House. Se llamaba Angus Feller y era como la joven lo había dicho. No parecía ser muy feliz ni muy sociable.

Fueron hacia la secretaría y explicaron una vez más qué los había llevado hasta allí. Cuando encontraron a la coordinadora, los recibió con mucha atención. No había llegado a conocer Ursulla Allers, pero aun así quiso darle el pésame a su hermano.

—¿Usted se acuerda de Angus Feller? —empezó Rowan.

—¿Feller? —La mujer trató de acordarse—. ¡Oh, sí! Un muchacho con una mente brillante. Se graduó en matemática con honores.

—Supimos que él tenía una extraña obsesión por las chicas de Kappa House.

—Creo que eso pueda ser verdad, pero no llegó nada a mis oídos. Las chicas de la hermandad eran lindas, y Angus no tenía mucho éxito con el sexo femenino.

—¿Conocía a alguien que tuviera algo contra la Casa o a algún grupo rival? —insistió.

—Eso siempre ocurre! Tratamos de no motivarlo, pero especialmente Kappa House era... como puedo decir... envidiada. Las chicas tenían algunos privilegios porque sacaban buenas notas y no daban problemas.

—¿Qué tipo de privilegios tenían? —La pregunta fue hecha por Faith.

—No les llamaban la atención por sus raros retrasos, recibían puntos extras, ganaban consejos para los exámenes, entre otros. Algunos profesores exageraban su preferencia, pero aun así no puedo encontrar ningún motivo para tantos asesinatos. —Lo mismo pensaban ellos.

Hicieron un largo camino y volverían a casa prácticamente con las manos vacías. Sabían solamente el nombre de un muchacho que podría ser sospechoso. No obstante, no había mucho más que preguntar.

Mientras Rowan conducía de vuelta, se incomodaba con el silencio de Faith. No se atrevía a mirarla, pues odiaba verla con el rostro direccionado a la ventanilla. Sabía que la había molestado de alguna manera, pero pedirle disculpas no serviría.

JARDÍN DE OSCURIDAD

Entretanto, cuando giró hacia a ella, comprendió por qué estuvo callada por tanto tiempo. Ella se había dormido. Desde el momento que la fue a buscar, se había dado cuenta de que estaba cansada, y después de pasar tantas horas dentro de un auto, de hablar con personas sobre asesinatos, parando solamente para una merienda rápida, ella debería estar aún más exhausta que antes.

Estacionó delante de su puerta, y Rowan no resistió mirarla por algún tiempo. Después bajó del auto, dio vuelta hasta la otra puerta, la abrió y se dio cuenta de que ella se estaba despertando.

—¿Dónde estamos? —preguntó un poco desconcertada, y lo hizo reír. Ella nunca le pareció tan linda.

—En la puerta de tu casa.

—¡Dios! ¡Estoy mareada de sueño! —Puso la mano sobre su cabeza.

—Mi intención era cargarte hasta tu casa. Si quieres, todavía puedo hacerlo.

—No es necesario —contestó convencida.

Todavía estaba un poco herida con lo que él había dicho y definitivamente no quería ese tipo de intimidad, ese tipo de contacto. Estaba completamente despierta y podía caminar con sus propias piernas.

—No puedo negar que sería un placer, pero ya que lo quieres así, no insistiré.

Faith creyó que al verla rechazar tan vehementemente su oferta, él volvería a su auto y se iría, ya que la había dejado en su casa. Pero cerró el automóvil y la siguió.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó mientras se ponía a su lado esperando que abriera la puerta.

—Voy a cocinar algo para que comas mientras descansas. Debes estar hambrienta, ya que no te alimentaste bien durante todo el día. —Él parecía decidido y no iba siquiera a consultarle.

—Lo siento, pero no te invité a entrar —dijo ella, y Rowan notó su resistencia, pero sabía ser paciente.

Por eso puso una de sus manos en la puerta impidiendo que la cerrara dejándolo afuera, y habló con su voz más suave:

—Sé que no me invitaste, pero creo que te debo una disculpa por lo que te dije más temprano. No tenía el derecho de ser tan indiscreto y causarte daño de esa forma. —Su rostro transmitía sinceridad, y Faith no esperaba que él fuera a tomar esa actitud. Rowan no parecía el

tipo de hombre que admitía estar equivocado, sin embargo, hizo exactamente lo que ella no esperaba.

—¿Y cómo quieres disculparte? —Se cruzó de brazos en una actitud desafiante, y él pudo fijarse que ella parecía más accesible.

—Voy a cocinar para ti...

Rowan no dijo nada más, solamente aprovechó que Faith abrió la puerta y entró en su casa una vez más sin pedirle permiso y caminando en dirección a la cocina, donde abrió el refrigerador y empezó a tomar algunos ingredientes y los colocó en la mesada. Se arremangó la camisa, revelando puños fuertes y bronceados, y estaba a punto de empezar a trabajar, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que Faith lo miraba atónita sin entender a dónde quería llegar con todo eso. Mientras estaba confundida, él se divertía más y más, por eso fue hacia ella, puso las manos en sus hombros y la llevó hasta el sofá.

—Siéntate, relájate y espera. No me gusta que se me queden observando mientras disfruto de mis dotes culinarias. —Él estaba bastante despreocupado y la dejó sentada y muy descontenta, como si estuviera castigada.

—¡No sé si olvidaste un pequeño detalle, pero esta es mi casa! —dijo con decisión, pero la verdad era que estaba sintiéndose un poco más relajada cerca de él.

—Es tu casa, pero me estoy apoderando de tu cocina por un tiempo. No te va a doler, te lo prometo. —Y le guiñó un ojo y la dejó allí mientras empezaba a preparar lo que tenía en mente.

Para Faith era extraño tener a un hombre dentro de su casa, especialmente en su cocina. Henry jamás cocinaba, solamente le gustaba ayudarla con otros quehaceres como lavar los platos o limpiar. Tener a otra persona allí era una buena sensación, la reconfortaba y aliviaba un poco su soledad.

Rowan empezó a tararear bajito, y ella no resistió y se rio. Él no encajaba con aquella imagen de hombre dotado, mucho menos de buen humor y divertido. A la vez que le parecía todo muy bueno, también le parecía malo. Bueno, porque se mostraba aún más agradable. Malo, porque sería aún más difícil resistir.

Pasaron apenas veinte minutos y un olor agradable empezó a propagarse por el ambiente. Faith pensaba que no tenía hambre, pero su estómago empezó a hacer ruido inmediatamente. Fuera lo que

fuera que estuviera preparando debería estar muy bueno, esperar era casi una sesión de tortura.

Cuando estaba casi terminando de montar el plato, Rowan se acercó a Faith, que había decidido leer un poco mientras él terminaba de cocinar, y le pidió que se diera una ducha y se arreglase mientras preparaba la mesa. Lo que ella esperaba era que él solamente pusiera los platos, los cubiertos y los vasos, pero no que preparara una mesa digna de una cena romántica.

Había velas, una suave música, y la sala se encontraba en la penumbra. Todo parecía demasiado peligroso, y ella se puso tensa al saber que no tardaría mucho en involucrarse en esa atmósfera sensual y atractiva.

–Fue lo mejor que pude hacer con lo que encontré por aquí. A propósito, ¿es un bello candelabro!

–¡Era de mi abuela! –dijo Faith, y se dio cuenta de que Lolla debía estar presente en ese momento, ya que Rowan había elegido exactamente ese candelabro para decorar la mesa.

–Espero que no te importe que lo estemos usando.

–No, de ningún modo –exclamó, y Rowan le extendió la mano, que ella aceptó después de vacilar.

Entonces se dejó conducir hasta la mesa, donde él le ofreció una silla. Tan pronto como la vio sentada a la mesa, Rowan fue hasta la cocina, trajo un plato de espaguetis a la boloñesa que había preparado y luego le sirvió una generosa porción.

–¿Estás tratando de engordarme? –bromeó.

–No, estoy tratando de seducirte.

Faith casi se atoró con esa revelación tan directa, dicha de una forma tan trivial, casi sin pretensiones de asustarla. Y no podía negarse que él estaba logrando conquistar su objetivo. Ese clima perfecto, vino, cena, buena música y un hombre hermoso ante sí eran inspiradores. Si fuera en cualquier otra ocasión, sabía que ellos terminarían en la cama haciendo el amor, pero no era el caso. Primero, porque todavía no estaba lista y también porque no creía que conseguiría tener relaciones con un hombre que conocía hacía tan poco tiempo.

Cuando terminaron de cenar, la música preferida de Rowan empezó a sonar y, sin pensarlo dos veces, se levantó de su silla y fue en dirección a Faith y otra vez le extendió la mano.

–¿Bailamos? –la invitó delicadamente tratando de no presionarla.

–¿Aquí? –Sus ojos recorrieron toda la casa.

–¿Y qué mejor lugar hay para ello? No hay nadie que pueda vernos...

De una forma u otra él estaba en lo cierto. Faith era graciosa para bailar, pero siempre fue muy tímida, y Henry nunca le hacía esas propuestas. A pesar de que era cariñoso y divertido, él jamás le hubiera preparado una cena a la luz de las velas con música y danza.

Rowan la condujo hasta un espacio vacío de la sala de estar y la atrajo hacia sí con delicadeza hasta que sus cuerpos se tocaron. Inconscientemente Faith tembló, y cuando él empezó a mecerla con el ritmo lento de la melodía, ella se sintió segura por primera vez en varios meses. Era bueno estar otra vez en los brazos de un hombre, a tal punto que tuvo ganas de apoyar la cabeza en su pecho y dejarse llevar.

–¡Eres tan hermosa, Faith! ¡Espero que lo hayas escuchado muchas veces! –le susurró al oído–. No me tengas miedo, no te reserves, nunca te lastimaré.

–No temo que me lastimes. Es que todavía no estoy lista... no sé por dónde empezar. –Ella estaba nerviosa, y sus manos de pronto se congelaron. Él las besó.

–Yo sé por dónde empezar... –Rowan se inclinó para besarla, pero no fue profundo. Fue un beso suave, cariñoso, pero suficiente para que él sintiera un inmenso deseo por ella. Sentía su piel suave, la silueta delicada de su cuerpo y ansiaba tenerla, especialmente cuando ella dejó escapar un suave gemido de placer e incertidumbre durante el beso.

–Rowan, todavía no puedo darte más que eso. –Faith apoyó la cabeza en su pecho buscando consuelo.

–No te estoy pidiendo más. Será a tu modo... –dijo con calma.

Quería que ella sintiera su paciencia.

–Pero no puedo negarte que me estoy controlando para no llevarte en los brazos hasta tu cama y hacerte el amor toda la noche.

Cuando lo escuchó hablar de esa manera, sus piernas casi sucumbieron y juró que hubiese terminado en el suelo si no hubiera estado entre sus brazos. También deseaba a Rowan, también quería tener el coraje de dejarse llevar a la cama y sentirse mujer otra vez. Sabía que ni con Henry había sentido tanta necesidad de ser amada y, exactamente por ese motivo, no quería permitirse pensar.

—¿Qué hiciste conmigo, Faith? ¿Fueron tus flores mágicas las que me dejaron hechizado tan rápido? —La voz de Rowan la liberó de sus devaneos.

—Todas las flores son mágicas, no solamente las mías. —Su voz sonaba tan dulce, tan femenina que él casi no podía controlarse. Estaba desesperado por besarla otra vez, pero no lo hizo. No quería dejarla aún más confundida. Sin embargo, le pasó una mano por su rostro sintiendo toda la suavidad de su piel.

Cuando la música terminó, Rowan hizo que Faith se sentara en el sofá otra vez y se fue nuevamente a la cocina.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a lavar los platos.

¡Ah no! ¡Esto es demasiado! Él cocinaba, le daba una noche maravillosa ¿y además lavaba los platos?

—¡No hagas eso!

—¡Por supuesto que sí! ¡Y no me interrumpas! —le dijo otra vez con aire severo y juguetón, y fue a la cocina.

Faith otra vez fue dejada sola, pero la presencia de Rowan era sentida en todo momento. Era bueno saber que estaba por allí, a tal punto que apoyó la cabeza en el sofá y cerró los ojos. Poco tiempo atrás, siempre que hacía eso, su mente visualizaba a Henry y su vida juntos. También terminaba soñando con el bebé que podrían haber tenido y que hubiese llevado mucha alegría para todos. Pero esta vez ella pensaba solamente en el momento que recién había compartido con Rowan y en lo bueno que sería intentar una nueva vida, una nueva relación. Trataba de imaginar si sería siempre de esa manera, si él haría todo siempre tan mágico. Pensando en esas cosas, Faith terminó por dormirse, todavía cansada de la mala noche que había pasado y del día ajetreado.

Una vez que Rowan terminó con los platos, fue hasta Faith y la vio durmiendo en una posición incómoda. Parecía tan serena, tan tranquila que la tocó con suavidad en el brazo para que se despertara, pero ella solamente murmuró sonidos indescifrables que demostraban que estaba realmente durmiendo exhausta. Entonces, la levantó en los brazos y caminó bien despacio hasta su dormitorio, que dedujo sería el suyo, saboreando el momento. Delicadamente la puso sobre la cama, la cubrió, la miró por algún tiempo y se fue esperando que ella soñara con él.

6

CALÉNDULA

“Esta flor es importante para traumas referentes a choques emocionales y sustos, situaciones de pérdida y rechazo de la realidad”.

Faith se despertó sintiéndose cómoda y cálida. No se acordaba de haber ido a la cama ni de haberse cubierto con el edredón. Se vio vestida con ropas que no eran las que usaba para dormir, y pronto todos los momentos mágicos de la noche anterior volvieron a su mente, lo que hizo que se sintiera totalmente avergonzada por haberse dormido y no haber tenido la oportunidad de despedirse. Todavía sentía las extrañas sensaciones que el beso que intercambiaron había despertado en su cuerpo y en sus pensamientos. Se sentía femenina otra vez, deseable y un poco más lista para entregarse a la pasión que Rowan le ofrecía. Pero todavía no sabía cuándo estaría lista.

Todavía era domingo. Así que se levantó, vistió algo cómodo y fue para la sala. Sobre la mesa había un gladiolo, la misma flor que ella le había regalado a Rowan. También había una nota en la que él le decía: *“Realmente nuestro encuentro significó muchas cosas... espero que descubras lo que significó también para ti”.*

Faith estaba segura de que Rowan no renunciaría tan fácil. No había dudas de que él siempre conquistaba lo que quería y que sabía usar las armas exactas para conseguirlo. Era prácticamente una persecución, pero en el mejor sentido de la palabra.

Mientras seguía mirando la flor y la nota que había recibido, sonó el timbre, y ella, definitivamente, no estaba esperando visitas. Por un momento se animó pensando que era Rowan y trató de controlar la decepción cuando vio que era Steve. Y no parecía amistoso.

–¡Steve! ¿Qué haces aquí tan temprano? –le preguntó, pero apenas pudo decir algo, cuando él empezó a quejarse.

–¿Qué estabas haciendo interrogando a los conocidos de Shelby Noor?

Faith no tenía defensa. No esperaba que Steve la descubriera y no estaba preparada para esa confrontación.

–¿Cómo te enteraste?

–El novio de la joven hizo una llamada “muy amable” a la policía quejándose de ustedes. Quería que llamáramos la atención a una pareja que fue a importunarlo en su dolor. –Steve parecía realmente enojado.

–¿Dolor? Él no parecía estar sufriendo nada.

–Faith, ¿desde cuándo conoces a Rowan Allers? –Cruzó los brazos comportándose como un marido celoso. Ella no sabía si él estaba defendiendo la memoria de su amigo muerto o si estaba realmente preocupado por su intromisión en una historia peligrosa.

–No hace tanto tiempo.

–Estoy seguro de que no se trata del tal amigo escritor. De hecho, ese amigo nunca existió, ¿no es cierto? –Avergonzada por la mentira, Faith se limitó a asentir con la cabeza positivamente–. Nunca pensé que fueras capaz de mentir sobre algo tan serio.

–Perdóname, ¡Steve!

–¿Por qué hiciste eso?

–Jamás me hubieras prestado los expedientes si te hubiese dicho la verdad. –le explicó con la cabeza baja, incapaz de mirarlo a los ojos.

–Después de todo, ¿cuál es la verdad? ¿Qué interés tienes en todo eso?

–Yo tampoco sé explicarte.

–Si estás viviendo un romance con Rowan Allers, te doy mi total bendición. Pero si el hijo de puta te está implicando en esa trama y llevando a la línea de peligro, ¡te juro que lo mato! –Faith tuvo ganas de reírse al ver la actitud protectora del amigo, pero no lo hizo porque realmente estaba muy nervioso.

—¡Cálmate, querido, nadie me está implicando en nada! Tengo mis propias razones para esto.

—¿Y puedo saber cuáles son? —Nada de lo que decía Faith parecía dejarlo más tranquilo, y ella estaba arrepentida por haber mentido.

—Cuando me entere, serás el primero en saberlo.

Esa respuesta lo dejó todavía más confundido. Faith siempre había sido una mujer tan tranquila, tan equilibrada que él no podía entender su actitud. Estaba casi seguro de que eso estaba conectado a su repentina amistad con Rowan Allers. Desde que lo conoció, cuando Ursulla Allers fue asesinada, y se presentó a la comisaría prácticamente rompiendo todo alegando que la policía no estaba haciendo su trabajo de forma competente, lo creía arrogante, pero en ese tiempo imaginó que era debido a la pérdida que había sufrido. Pero, una vez más estaba furioso con este hombre por causa de Faith. Sabía que había algo más que una amistad en esta relación, y él esperaba que su amiga fuera feliz, que recuperase la alegría de vivir. Sin embargo, prefería que fuera con otra persona.

—No te metas en problemas. —Después de decir esa frase, su expresión se suavizó un poco—. No ahora que mi mente está enfocada en otra cosa...

La sonrisa que puso en el rostro denunciaba que ya sabía que iba a tener otro hijo.

—Emily está embarazada, pero creo que ya lo sabes. Ella me contó de la flor que le diste, ¡bruja! —lo dijo de modo divertido.

—No hice nada. El sentimiento atrae a la flor, no al revés.

—Hace tiempo que quiero este hijo, pero con mi profesión tengo miedo de traer otro niño al mundo. Nunca se sabe cuándo volveré o no a casa. —El rostro de Steve adquirió una expresión triste.

—No digas eso. Es momento de vida para tu familia, no de muerte.

—¡Tienes razón! —sonrió—. Tengo que irme, Faith. ¡Espero que tengas más juicio!

—Lo tendré —prometió.

Pero los dos sabían que su palabra no tendría mucha validez en este caso. Ella rompería la promesa en algún momento.

En cuanto Steve salió, Faith miró a su alrededor y se sintió inmensamente sola. Desde que había enviudado, se había acostumbrado a las habitaciones vacías y a su voz casi haciendo eco en el

medio de la casa, que no era grande, pero que parecía más grande cada día. También se había acostumbrado a su propia compañía y le había gustado. Pasaba horas pensando, recordando, y si eso no le hacía bien, por lo menos lograba que el tiempo pasara más rápido. Sin embargo, en ese momento se sentía prácticamente sofocada, y por eso decidió ir a ver a Cailey y a Tatianna.

En realidad, su prima estaba sola. Cailey había pasado la noche fuera en algún hotel con algún hombre y ni siquiera había avisado que no regresaría a casa. Tatianna se preocupaba mucho cuando esos retrasos sucedían; pasaba la noche entera despierta, aguardando la llegada de Cailey, a quien parecía no importarle los sentimientos de los demás.

Ella amasaba unas galletas con las manos y usaba moldes en forma de estrella, de corazón, de flores y de roscas. Sus ojos estaban cerrados, casi en trance, pero cuando los abrió y vio que Faith robaba una, directamente de la tanda que estaba lista, igual que una niña traviesa, Tatianna no pudo evitar la risa.

–¡Faith! ¡Están calientes! ¡No tienen sabor así!

–Por supuesto que tienen sabor –dijo con la boca llena–. ¡Y qué sabor exquisito! ¡Me encantan tus galletas de naranja! Bueno, para decirte la verdad, me encantan también tus pasteles, tus tartas, tus platos salados...

–Así me volveré una creída –la regañó, feliz por el reciente y constante buen humor de Faith.

–¿Sabes que es bueno que no esté Cailey? Me siento más cómoda para hablarte sobre ciertos temas...

–¿Qué temas? –Tatianna se hizo la desentendida, pero casi podía adivinar de qué se trataba.

–Es sobre Rowan...

–¡Soy toda oídos! –exclamó con entusiasmo.

–¿Crees que es demasiado temprano para interesarme por otra persona? –preguntó pareciendo más joven que Tatianna.

–No te voy a contestar que ya es hora, porque estaría actuando como Cailey, por lo tanto, voy a decirte solamente que no, que creo que si te sientes lista, debes apostar a un nuevo amor –le contestó mientras seguía amasando sus galletas.

–Ayer estuvo en mi casa, me cocinó, bailamos e incluso nos besamos.

–¡Bien! Entonces ya es un poco tarde para que me hagas una pregunta como esa. ¡Estás más que involucrada! –exclamó–. ¿Y qué pasó después?

–No te rías, pero yo estaba tan cansada que me dormí. ¿Y sabes lo que hizo? –Tatianna le contestó que no con la cabeza–. ¡Me llevó a la cama!

–¿Él te llevó a la cama? ¡Qué romántico! –comentó sintiéndose satisfecha con el tono de la conversación.

Estaba feliz por Faith y tenía una punzada de envidia. Hacía tiempo que no vivía un romance, que no salía con hombres, y eso le hacía mucha falta.

–Sí. Rowan parece demasiado perfecto, y tal vez sea exactamente por eso que tengo tanto miedo.

–¿Miedo? Ahora bien, Faith, debes sentir miedo de estar sola, no de tener a alguien que te cuide, que te haga compañía... –Tatianna siempre había sido la más romántica y llena de sueños.

En los juegos y en las historias que escuchaban, ella acostumbraba suspirar con los cuentos de príncipes y princesas. Creía que con esa edad ya debería estar casada, con hijos y una familia, pero su destino eligió otro rumbo.

–Sí, tal vez esté exagerando un poco. Lo que pasó anoche tal vez ni se repita.

–¿Y si vuelve a pasar, Faith? ¿Qué vas a hacer? –le preguntó muy seria, poniendo un recipiente más de galletas en el horno.

–¡No sé! Tal vez no haga nada. ¡Solamente dejaré que pase y me prepararé para eso!

A Tatianna le gustó la respuesta de su prima. Era una cosa menos de que preocuparse. Faith estaba bien caminando lentamente hacia una vida normal lejos de pensamientos malos.

Empezó a ayudarla con las galletas, y las dos ni siquiera notaron que pasaba el tiempo. Fue cuando el celular de Tatianna sonó, cuando se dieron cuenta de que ya era tarde y de que Cailey todavía no había llegado. Y era exactamente ella la que llamaba.

–Cailey, ¿dónde estás? –le preguntó preocupada.

–Tatty, necesito tu ayuda. –Su voz era un susurro pronunciado con extrema dificultad. No fue difícil llegar a la conclusión de que estaba en problemas.

–Dime dónde estás y voy a buscarte –dijo Tatianna.

Se apuró a tomar un papel y un bolígrafo para anotar lo que decía Cailey. Ella no estaba lejos de allí.

–Tatianna, ¿qué pasó? –Faith también estaba con temor.

–Es Cailey, necesitamos ir a buscarla.

Faith ni siquiera vaciló. Solamente asintió con la cabeza y se fue a su auto seguida por Tatianna. Su corazón latía y su cabeza estaba llena de culpa. No quería ni pensar en lo que podría haberle sucedido a su hermanita. No debía haberse alejado tanto de la familia ni haber dejado todas las responsabilidades en manos de su prima. Muchas cosas pasaban por sus pensamientos, y ella solo quería ver como estaba Cailey. El lugar no era lejos, pero parecía que demoraban una eternidad en llegar.

Cuando lo encontraron, vieron que se trataba de un motel viejo y de mala calidad. De acuerdo con lo que le había dicho a Tatianna, estaba en la habitación 203.

Por un momento, Faith pensó que estaban cometiendo una imprudencia. Debían haber llamado a la policía antes de hacer cualquier cosa, pero lo más importante era ayudar a Cailey.

Ellas lograron entrar después de haber discutido con el gerente del motel, quien no les permitía el acceso.

La puerta de la habitación estaba abierta y las dos entraron. Tatianna llamó a la prima, que le contestó solo con un gemido. Corrieron hacia la voz de Cailey y la vieron acurrucada dentro del baño, llena de moretones, de manchas, con la ropa rota y el pelo rubio enredado.

–Cailey, ¿estás bien? –Faith corrió hacia su hermana.

–¡No! Él me golpeó, me insultó y me lastimó tanto... –Cailey no hablaba solamente de dolores físicos. Estaba humillada hasta el límite.

–¡Calma, querida! ¡Estamos aquí! –Tatianna la abrazó, y después Faith hizo lo mismo.

–¡Quiero irme a casa!

–¡No, cariño! ¡Tenemos que ir a una comisaría! ¡Necesitas presentar una denuncia contra ese hombre! –pensó Faith racionalmente.

–¡No! ¡No seré capaz de hacerlo! –entró en pánico.

–¡Pero es necesario que lo hagas! Faith tiene razón. ¡No podemos permitir que ese bárbaro le haga lo mismo a otra mujer! –Afirmó Tatianna apoyando a Faith.

Cailey lloraba todavía desconcertada por lo que acababa de sufrir, y accedió a hacer lo que le decían. Se levantó con mucha dificultad, con la ayuda de las dos, cubriéndose con una sábana para esconder las ropas rotas que revelaban varias partes de su cuerpo. No quería que nadie supiera lo que le había pasado, pero estaba de acuerdo con que ese hombre no podía quedar impune.

Antes de ir a la comisaría, pararon en la casa de Faith, que era más cerca del motel donde Cailey había estado. Allí ella se dio una ducha y se cambió de ropa, y tomó una blusa y una falda prestadas de su hermana. Se sentía un poco mejor, más limpia, pero la vergüenza era inmensa.

Cuando llegaron a la comisaría, Steve las recibió con cariño, y aunque no era un crimen de su sector, que era el de homicidios, se comprometió a ayudarlas. También llamó a una experta para realizar un identikit, y Cailey se quedó a solas con ella. El resultado final fue el rostro de un hombre guapo, de unos veintiséis años, moreno, ojos castaños, nariz acentuada y labios carnosos. Él le había mencionado que era ingeniero civil, pero no sabía si podía creer en cualquier otra cosa que le hubiera dicho. Incluso, Steve había buscado su nombre, "Jonas Mason", en los archivos del FBI y descubrió que era la identidad de un hombre muerto hacía dos años, que por coincidencia también tenía antecedentes penales no muy buenos.

Cailey tuvo que contar exactamente lo que había ocurrido, pero Steve condujo la conversación con mucha cautela. Sabía, o mejor, imaginaba que esto era muy difícil para ella, y tener que recordar todo con detalles era aún peor. Ella había sido violada, atacada física y verbalmente, además de humillada. No tenía la intención de irse a la cama con ese muchacho en el primer encuentro, y él se hizo el comprensivo, pero en vez de llevarla a su casa, fueron a parar a ese motel.

A pesar de haber sido forzada, Cailey tenía plena conciencia de que la culpa por lo que le había pasado era suya. Siempre le decían que eso sería inevitable si ella seguía saliendo con hombres que apenas conocía. Sin embargo, pensaba que no tendría tanta mala suerte o que sabría salir de una situación difícil como esa sin grandes daños, pero fue una tontería pensar de esa manera y terminó en ese estado. Nunca creyó que pudiera sentir tanta vergüenza. Al principio, Jonas parecía un muchacho simpático, exactamente lo que ella estaba bus-

cando, alguien para una relación seria. Por más que no lo demostrara, Cailey quería casarse, tener hijos, formar una familia y ser una mujer feliz. Ese era uno de sus grandes sueños. No pensaba en una carrera, en ser exitosa, y no tenía idea de qué camino debía seguir. Siempre le había gustado escribir, pero no sabía si algún día podría usar su don como una profesión.

Estaba tan exhausta que solamente se dejó llevar por las dos DeWitt y fue con Tatianna a su casa. Faith se quedó un poco con ellas, y ya pasaba la medianoche cuando llegó a la suya.

Luego escuchó su celular, que vibraba sobre la mesa del comedor, y ni siquiera se acordaba que lo había dejado en casa. Cuando iba a atenderlo, la persona dejó de insistir, y ella tuvo la oportunidad de ver que quien llamaba era Rowan. Ese había sido su decimoquinto llamado.

Quería hablar con él, escuchar su voz, especialmente después de la noche que pasaron juntos. Pero las imágenes de Cailey lastimada, humillada y abandonada en un dormitorio barato de motel llenaban su mente. No quería transmitirle toda su tristeza y su incomodidad con esa situación. Sin embargo, Rowan se mostraba persistente, debía estar preocupado, por lo que terminó atendiendo la llamada.

–¡Finalmente, Faith! ¡Estaba preocupado! –La voz de Rowan parecía realmente alterada, tenía un tono aprensivo.

–¿Algún problema? –preguntó tratando de disfrazar el desánimo.

A pesar de intentarlo, Rowan se dio cuenta de que no estaba bien.

–Faith, creo que el problema es contigo. ¿Te pasa algo? ¿Estás bien? –preguntó de modo suave.

Ella intentó resistirse y guardar sus lágrimas para cuando estuviera sola y segura en el silencio de su dormitorio, ya que era así como siempre lo hacía. No quería que Rowan se diera cuenta de su fragilidad en ese momento, pero no soportó y empezó a llorar. Comenzó discretamente, pero de pronto su llanto se transformó en un sollozo compulsivo, lleno de desesperación.

–Faith, ¿qué pasó? Habla conmigo... –le pedía, pero no le contestaba. No lograba decir nada—. Voy a tu casa.

–No es necesario. –Por fin pudo contestar.

La voz ahogada por el llanto era apenas perceptible.

–Pero tengo que ir. No voy a dejarte sola en ese estado. Cuando llegue, no necesitas contarme nada que no quieras. Solo quiero estar cerca, ¿ok? ¡Hasta pronto!

Rowan no le dio tiempo a Faith para decir que no quería que él fuera, simplemente colgó. No obstante, la verdad era que sería muy bueno tener su compañía. Necesitaba consuelo, alguien que solamente la escuchara.

Cuando llegó, se lanzó a sus brazos sin importarle si estaba bien o no o lo que él pensaría de esa actitud. Hizo solamente lo que necesitaba y quería hacer. Rowan, a su vez, la apretó con fuerza, feliz por poder estar con ella y tratar de ayudarla, fuera cual fuera su problema. Sin embargo, él comenzó a preocuparse cada vez más, pues ella no paraba de temblar y de sollozar. Estaba casi desistiendo de su idea de estar solamente allí con ella contentándose con el silencio.

Aun manteniéndola cerca, Rowan la condujo hacia el sofá, y los dos se sentaron uno al lado del otro.

–Estoy aterrizado por verte así, pero prometo no preguntarte nada –Rowan hizo que Faith se reclinara sobre su pecho y le besó la frente cariñosamente.

–Mi hermana fue violada. –Ella soltó las palabras de una vez con miedo de no tener coraje suficiente para decirlas.

Rowan no supo qué decir. Era realmente una situación terrible, algo que no podía remediar. No conocía ninguna palabra que pudiera aliviar ese tipo de sufrimiento, incluso porque ella ya tenía una serie de problemas y de tristezas muy grandes para soportar.

–¡Lo siento, Faith! Desafortunadamente no soy muy bueno con las palabras en estos momentos.

–No hay problema, tampoco sé qué decir.

–¿La llevaron a la comisaría?

–Sí, mi prima y yo, y creo que eso fue lo más terrible. Ella estaba tan asustada al revelar todas esas cosas horribles... menos mal que el policía es nuestro amigo, pero aun así... –Ella hizo una pausa para respirar–. Vi en Cailey la misma expresión de niña asustada que tenía en la cara cuando nuestros padres murieron.

–Deberías haberme llamado. Podría haberlas acompañado. La comisaría no es exactamente un lugar agradable para tres mujeres solas.

Parecía realmente simple que Rowan quisiera participar de su vida como si fuera un novio o un marido, pero no era exactamente así como Faith lo veía. Sabía que era un hombre ocupado y que debía tener sus propios problemas para solucionar. Además, no le debía explicaciones sobre dónde estaba o con quién estaba, por lo tanto, ella no quería parecer entrometida sin saber lo que estaba pasando entre ellos. Un beso no más, por más especial que pudiera haber sido, podía no significar mucho. Sin embargo, como una respuesta a sus pensamientos, él le dijo:

–Faith... mientras no estés preparada para una nueva relación, quiero que sepas que soy un amigo antes que todo. Pero nunca olvides que quiero ser más que eso.

Ella lo miró con esa expresión triste que le rompía el corazón y que la dejaba aún más irresistible para él. A pesar del dolor que demostraba, tenía en sus labios una dulce sonrisa. Rowan sabía que estaba conquistando su confianza y que era capaz de hacerle olvidar la vida difícil que llevaba hacía tiempo. Sin pensarlo, extendió un brazo para enlazar su cintura y la atrajo para sí, sin darle oportunidad para que pudiera respirar o resistirse, y la besó una vez más.

Él la deseaba más que a cualquier otra que hubiera conocido, más de lo que podía imaginar desear a alguien. Faith no era el tipo de mujer con quien estaba acostumbrado a encontrarse, con quien salía o se ponía de novio. Normalmente era seducido, pues tenía muchas cosas a su favor y lo sabía.

Era guapo, inteligente y rico, una mezcla infalible. Las mujeres siempre se lanzaban, eran fáciles, y él nunca había probado el gusto del desafío. Tal vez fuera exactamente por eso que estaba tan interesado en Faith. No obstante, en el fondo, sabía que no era solamente eso. Ella era tan especial, tan frágil, tan dulce, tan hermosa... Rowan realmente estaba listo para entregarse, solo faltaba esperar que ella también lo estuviera.

–Prometí que la cuidaría, que no la abandonaría jamás, pero no me di cuenta cuando ella más necesitaba de mi ayuda. Estaba siendo muy egoísta metida en mi dolor. –Faith parecía sentirse muy enojada consigo misma.

–Estoy seguro de que hiciste lo mejor que pudiste. Lo que pasó fue una fatalidad que no podías evitar –dijo muy serio–. Ya es el momento de cuidarte o de dejar que alguien te cuide.

–¿Como me cuidaste anoche? –Otra vez tenía una sonrisa cansada en su rostro.

–Apenas empecé a cuidarte. Cuando me gusta alguien, soy capaz de hacer cualquier cosa por esa persona.

–¿Y ya te gustó mucho alguien? –Ella tenía un toque pícaro en su mirada, que lo hizo sonreír.

–Me gustaron algunas personas, pero siento que me gustas mucho más tú.

Faith nunca estaba preparada para las respuestas que él podía darle. Por supuesto, podía parecer un simple piropo, pero tenía un tono completamente diferente y una intención más simple cuando era Rowan quien lo decía con toda su clase y su seriedad. No había manera de no creerle.

–Sinceramente, no sé lo que viste en una viuda problemática que entiende de flores –se rio.

–Yo sé lo que vi. Y son tantas cosas que prefiero demostrarte poco a poco lo que hay de maravilloso en ti. –Besándola nuevamente, la hizo sonreír una vez más–. ¡Espero que hoy hayas comido bien! –la regañó.

–Sí, comí. No sé si te conté, pero mi prima es una excelente *gourmet* –dijo con orgullo. Ella seguía con la misma expresión triste en su rostro por lo que le había pasado a su hermana, pero parecía mejor.

–Definitivamente la quiero conocer –bromeó.

–A propósito, Rowan, ¿me llamaste varias veces esta noche por algún motivo?

–No creo que sea una buena idea que hablemos sobre eso ahora.

–¡Ah, no! ¡Tienes que decírmelo!

–¡Mírala, mírala, Faith DeWitt es una mujer curiosa! –comentó divertido.

–¡Te lo digo en serio!

–De acuerdo. –Rowan se sentó y Faith lo siguió–. No eres la única que tiene un informante dentro de la policía, y el mío es mucho más inescrupuloso, incluso aceptó una suma muy grande para contarnos las últimas novedades del caso de Shelby Noor.

–¿Sobornaste a un policía? –parecía horrorizada con la idea, y él no contuvo la risa al ver su cara de asombro.

–Eso no viene al caso. Lo importante es que Angus Feller ya fue interrogado.

–¿El muchacho obsesionado por las chicas de Kappa House?
–Ella se acordó y Rowan lo confirmó-. ¿Y qué descubriste?

–Creo que te gustará saberlo... –Sonreía con malicia mientras abría una carpeta que había llevado consigo–. Angus fue arrestado por la policía un año después de haber salido de la Universidad. ¿Adivina bajo qué acusación?

–¡No tengo ni idea!

–Intento de violación. Además, mira la mujer que eligió como víctima. –Rowan hizo que Faith abriera la carpeta.

Ella notó que allí había algunas copias de algunos archivos de la policía, y uno de ellos contenía una foto de la joven que él casi había violado. La muchacha tenía exactamente el mismo perfil de todas las demás que habían sido asesinadas. Bonita, rubia, baja y delgada.

–¡Dios mío, Rowan! ¡Él siguió con su obsesión aun después de la Universidad!

–Sí. De acuerdo con el policía que me dio la información, Jayce Hernández y Debra Winney lo interrogaron, y él se mostró muy poco sociable.

–¿Y qué hace hoy en día? –Estaba animada con las nuevas pistas.

–Trabaja como profesor de matemáticas y no tiene coartada para la noche que los médicos legistas estipularon como probable día de muerte de Shelby. Al parecer, es muy solitario, no tiene novia ni tampoco amigos o familia cerca.

–¡Muy extraño!

–En el interrogatorio afirmó que estaba en una sala de *chat* para mayores de dieciocho años con el apodo de “*Dark Angel*”. –Rowan hizo gestos con los dedos poniendo el seudónimo de Angus entre comillas.

–Entonces tiene una coartada.

–¡No exactamente! Todos los que participaban del *chat* con él también usaban apodos, por lo tanto, no hay nadie que pueda corroborar su historia ante la policía –explicó Rowan, y ella meneó la cabeza positivamente para demostrar que había entendido.

De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, el rostro de Faith se iluminó haciéndole comprender que había tenido una idea. Sin decirle nada, fue hasta su dormitorio y se sentó ante la computadora. Rowan la siguió.

–¿Qué vas a hacer?

–¿En qué sala de *chat* entró? –quiso saber ella.

Rowan le dijo cuál era, ya que la información también figuraba en la carpeta. Después de esperar que la computadora encendiera, Faith digitó la dirección de la página.

–¿Faith, vas a entrar?

–¡Por supuesto! Normalmente la gente frecuenta la misma página para reencontrarse con personas. Mi hermana siempre hace eso. –Ella hizo una pausa y digitó “*Dark Angel*” en el espacio donde le solicitaban el apodo—. Vamos a ver si alguien se acuerda de mí...

De hecho, Faith entró en la sala de *chat* usando el apodo de Angus. Rowan no podía disimular que estaba sorprendido ante su astucia y su determinación. Desde el día en que la conoció hasta ese momento, estaba visiblemente cambiada. Sus ojos tenían más brillo, su rostro se notaba más sereno, y a él le estaba gustando mucho lo que veía. Ella florecía otra vez a la vida como sus flores. Rowan solamente esperaba ansioso el día en que Faith tuviera suficiente confianza para entregarse nuevamente, por entero, a alguien, y esperaba que fuera él.

Ellos esperaron en la sala de *chat*. Faith parecía un poco avergonzada con las cosas que leía de otras conversaciones, pero trataba de no demostrarlo, ya que Rowan parecía estar lidiando muy bien con aquello.

Tras algunos minutos, alguien con el apodo de “*Boss (Jefe)*” llamó a “*Dark Angel*” para una charla privada. En el cuadro de diálogo estaba escrito:

“¡Hola princesa! ¡Qué bueno verte por aquí otra vez!”.

–¿Princesa? –Faith no entendía nada. Pero ¿era Angus el que llevaba ese apodo o no?–. ¿Será que hay otro “*Dark Angel*” que frecuenta esta sala?

–En realidad, tal vez Angus sea gay –supuso Rowan.

–O tal vez esté interesado en aprender cómo conversar con una mujer viendo como otro hombre lo hace. –Ella también hizo su apuesta, y él estuvo de acuerdo, ya que era una explicación más plausible, sobre todo porque Angus era del tipo que no sabía cómo actuar con el sexo opuesto—. Bueno, vamos a saberlo si hablamos con ese “*Boss*”.

Entonces Faith tecleó:

“¡Hola querido! ¡También estoy feliz de verte!”.

Rowan podía notar que Faith estaba nerviosa y que se puso aún más inquieta cuando “Boss” le mandó otro mensaje.

“La otra vez parecías muy ocupada hablando con más personas... no me gusta la competencia, jeh!”.

–¡Creo que no sé cómo hacerlo! –dijo Faith un rato después de leer el mensaje.

Se puso las manos en la cabeza mostrando vergüenza y sintiéndose incómoda.

–No necesitas hacerlo si no quieres. La idea fue tuya, por lo tanto, siéntete libre para desistir.

–¿Desistir? ¡No! ¡Ni pensarlo! –exclamó mostrándose segura de lo que estaba diciendo. –Tenemos que descubrir si esa persona habló con Angus el día de la muerte de Shelby.

Convencida de lo que iba a hacer, tecleó una respuesta.

“No le hablo a nadie más. Soy totalmente tuya esta noche...”.

Rowan se sorprendió, y ella parecía aún más avergonzada. A su vez, él sabía que esa broma podía ser peligrosa, acabaría por tener pensamientos prohibidos.

“¡Mejor así! ¿Qué estás vistiendo en este momento?”.

“Boss” le hizo una pregunta, y Faith tendría que mentir, por supuesto.

No podía decirle que estaba de *jeans*, zapatillas y blusa, a pesar de que a Rowan le parecía extremadamente sexy de ese modo.

“Estoy usando un camisolín de seda negro”.

“¡Mmmm, qué rico!, pero la otra vez no estabas tan correcta. Estabas desnuda...”.

–¡Sabía que iba a meter la pata!

–Te está saliendo muy bien. –Rowan se controló para mantenerse como un caballero y no decirle que en ese momento la estaba imaginando perfectamente vestida en un bello camisolín de seda.

“Sí, pero me parece que te va a gustar este camisolín; es sexy y fácil de romperlo”.

–¿Me pasé? –le preguntó a Rowan con timidez.

–¡No, no! –Él se calló mientras se pasaba la mano por la cabeza tratando de mantener la concentración.

Faith y el hombre apodado “Boss” conversaron por algunos minutos. Cada mensaje intercambiado parecía aún más obsceno que el anterior, y mientras ella se sentía cada vez más tímida, pero a la vez prácticamente se divertía con la situación, Rowan se veía tenso e incómodo. Se daba cuenta, por las reacciones de la mujer que tenía enfrente, que ella no se sentía muy cómoda al hablar de sexo; sin embargo, tenía sus propios deseos, y ellos parecían reprimidos. Imaginaba que su marido había sido el único hombre en su vida, y no lo podía afirmar, pero creía que ella nunca se había soltado, que nunca había tenido el coraje de revelar todo lo que sentía. A medida que la conversación avanzaba, ella empezaba a relajarse, a reírse y a tomarlo como una broma.

En un momento, apareció la oportunidad de descubrir cuál había sido el día y la hora en que “*Dark Angel*” había conversado con “Boss” por primera vez.

“¿Sabías que ya te extrañaba? Aquel día fue inolvidable” –le escribió.

“Dudo que te acuerdes exactamente el día y la hora en que nos hablamos”.

Ella miró a Rowan y le sonrió orgullosa por haber sabido aprovechar la oportunidad.

“¡Por supuesto que me acuerdo! Fue exactamente el domingo pasado a las tres de la mañana”.

Faith y Rowan se miraron. De acuerdo con los resultados de la autopsia, Shelby Noor había sido asesinada exactamente el domingo, pero alrededor de las once y media de la noche.

–Él tuvo tiempo suficiente para matar a Shelby y volver a casa –concluyó Faith–. Entonces su coartada no es verdadera.

–No diría eso... tal vez habló con otras personas antes.

Rowan tenía razón. Ellos jamás podrían estar seguros de eso. Por supuesto que sería una suerte tremenda si consiguieran hablar con otro participante de ese *chat* que realmente hubiera conversado con Angus en el horario de la muerte de la chica. Por esa razón, Faith se sintió un poco decepcionada y salió de la sala de *chat* sin despedirse.

–No te frustres. Lo intentaste...

–Lo sé, pero me hubiera gustado descubrir cualquier cosa.

–Vamos a descubrir algo –afirmó para animarla, pero tampoco estaba seguro de nada. Sabía que el caso era complicado–. Bueno, Faith, si te sientes mejor, me voy. Son casi las tres.

–¡Es tarde! Si quieres quedarte acá, puedo ofrecerte el dormitorio de huéspedes.

–¡Mejor no! ¡Sobre todo después de haber leído las cosas que escribiste en ese *chat*! Acabaría rompiendo mi promesa de esperar tu tiempo –dijo sin vueltas.

–Sería necesario el consentimiento de dos personas. Yo sabría controlarme.

–Y yo sabría convencerte.

Ninguno de los dos habló más. Faith no tenía dudas de que él sabría el modo adecuado de seducirla y no sería difícil, incluso ella ya estaba extremadamente involucrada.

Sabiendo eso y no queriendo tomar decisiones de las que podría arrepentirse después, lo dejó volver a su casa. Cuando él se fue, ella también fue a su dormitorio y no trató de dormir. Sabía que no lo lograría, pues tenía muchas cosas en su cabeza para poder tener un sueño tranquilo. A la vez, tenía que despertarse temprano para trabajar al día siguiente, principalmente con Cailey en ese estado. Sería una locura para ella; tendría que cancelar los servicios de mensajería, ya que nunca había sido buena para escribir.

Cansada, solamente se acostó en la cama y se quedó pensando en cómo la vida podía cambiar de un momento a otro.

7

FLOR DE LOTO

“Se asocia a la pureza y a la resurrección.

“Es una de las más bellas flores que nace en el barro, e inspira a un camino de purificación en relación con todo lo que se considera impuro en el mundo”.

Después de conversar con Angus Feller, Jayce y Debra tenían a más de una persona para interrogar. Descubrieron algunas llamadas en la cuenta de teléfono del celular de Shelby, que provenían de un número que ninguno de sus amigos, ni tampoco su novio, sabían a quién pertenecía. La línea fue identificada varias veces y era de un hombre con quien querían hablar para conseguir más datos.

Su nombre era Christopher Alson, y era la primera persona que parecía verdaderamente triste con la muerte de la joven. Estaba sin afeitarse, con el pelo desordenado y tenía profundas ojeras bajo los ojos.

Él no parecía asustado al ver a la policía, ni tampoco sorprendido. De hecho, no aparentaba expresar ninguna emoción diferente al dolor, y no parecía estar fingiendo.

—¿Buenos días, usted es Christopher Alson? —preguntó Debra.

—Sí.

—Somos de la policía, departamento de homicidios. Nos gustaría hablar de Shelby Noor —explicó Jayce mostrándole las insignias al muchacho.

–Está bien. No sé si podré ser de mucha ayuda, pero entren y siéntense... –Christopher les abrió la puerta permitiendo que la pareja de detectives entrara en su casa.

Él no ofrecía ninguna resistencia, no parecía molestarse con la presencia de ellos ahí.

Jayce y Debra miraron la casa del muchacho y notaron que el lugar estaba –o era– completamente desordenado, además de tratarse de un pequeño departamento sin lujos. Era totalmente distinto de la casa de Colín Mercer, novio de Shelby, que ellos también habían visitado. En cambio, allí había una foto de la joven, viva y sonriente, posando en un paisaje de flores.

–Ella era preciosa, ¿no? –le preguntó Christopher a Debra al ver que miraba la foto de Shelby.

–Sí, era una hermosa chica –contestó la policía–. ¿Cuál era tu relación con ella?

–Nos amábamos. Quería casarme con ella. –Empezaban a aparecer lágrimas en sus ojos.

–¿Y dónde entra Colín Mercer en esa historia? –interrogó Jayce.

–¡Él me la robó! –se alteró–. Ella era ambiciosa, y ese viejo apareció prometiéndole una vida de princesa, algo que yo jamás podría haberle dado.

–¿De ahí que estabas enojado con ella?

–¡No! ¡Por supuesto que no! Yo la amaba, y todavía nos encontrábamos algunas veces. Tenía la esperanza de que un día ella rompiera con él y volviera a mí.

–¿Cómo se conocieron? –quiso saber Debra mientras tomaba nota.

–En la Universidad. –Con esa respuesta, Jayce y Debra se miraron desconfiados.

–¿Así que usted conocía a las otras muchachas que murieron?

–Conocí a algunas a través de Shelby.

–¿Y qué pensaba de ellas? –insistió Jayce.

A partir de ese momento, junto a Angus Feller, Christopher Alson podría ser considerado uno de los principales sospechosos.

–Todas eran de Kappa House, eso ya era una referencia a la perfección. Las muchachas querían ser como ellas, los muchachos las deseaban y a los profesores les encantaban.

–Tanta perfección puede provocar envidia y rabia en algunos, ¿no le parece? –dijo Debra con ironía.

–Creo que sí, pero nunca me involucré en los temas personales de la Universidad; por lo tanto, no puedo afirmar si eso realmente pasaba –dijo demasiado serio, como si empezara a querer protegerse de preguntas maliciosas.

–¿Qué curso frecuentabas?

–Filosofía. Actualmente doy clases en una Universidad, que por supuesto no me dan mucho dinero.

–¿Qué opinas de Carla Hoyt? –Jayce volvió al tema de las personas que rodeaban a Shelby.

–No me gusta esa chica. Desde la Universidad siempre fue una mala influencia para Shelby. Carla fue la que la convenció de dejarme para quedarse con ese viejo.

La voz de Christopher estaba llena de resentimiento. Había sido cambiado por un hombre económicamente superior, y sabía que la mujer que amaba también le correspondía. Era difícil especular si era o no capaz de cometer todos esos crímenes, especialmente cuando apenas conocía a las chicas. No tenía, aparentemente, un motivo para convertirse en el “asesino de las novias”, sin embargo, no se podía confiar en nadie.

–Christopher, ¿dónde estabas el domingo pasado a la madrugada?

–Debra rompió el silencio que se había formado.

–Estaba en casa durmiendo.

–¿Solo?

–¡Por supuesto! ¡Vivo solo! –se exaltó una vez más–. No, detectives, no tengo ninguna coartada, pero repito que la amaba, no la maté. Estoy sufriendo con su muerte, tratando de aprender a vivir sin ella, pero hasta ahora no lo logré. Nunca sacaría de mí a la razón de mi vida.

Esta vez Christopher no pudo terminar la frase por lo descontrolado de su llanto. O era muy buen actor o decía la verdad.

Cuando dejaron el departamento, incómodo y desordenado, de Christopher, Jayce y Debra decidieron visitar a Carla Hoyt nuevamente. Ya sabía de la existencia de un segundo sospechoso en el caso, por lo tanto, sería conveniente conversar con la mejor amiga de la víctima para saber cómo era realmente la relación de los dos.

Carla se sorprendió al ver a la policía otra vez en su puerta, pero permitió que entraran y les pidió que se sentaran.

–Carla, necesitamos información sobre Christopher Alson –empezó Jayce.

–¿Qué quieren saber? –ella mostró desinterés al hablar del novio de la amiga.

–¿Cómo era la relación entre él y Shelby?

–No existía más ningún tipo de relación entre ellos –dijo fríamente–. Shelby fue inteligente al dejar a ese pobre hombre sin futuro para quedarse con un hombre de verdad.

–¿Y por qué usted cree que sabía lo que era mejor para ella? –Debra dejó escapar una pregunta un poco más emotiva de lo que debía.

–Porque Christopher Alson siempre fue un fracasado desde el tiempo de la Universidad. Shelby era una mujer de clase, venía de una familia privilegiada, se merecía a un hombre que fuera realmente como ella.

–Y por supuesto le advertiste sobre ello.

–¡Sí, porque siempre fui una buena amiga! Las mujeres se vuelven ciegas cuando están enamoradas, y siempre es bueno tener a alguien que nos haga ver la realidad. –Carla hizo una pausa casi teatral–. No dudo de que él fuera capaz de matarla.

Por más que Jayce y Debra estuvieran de acuerdo con que Christopher tenía una gran oportunidad de ser el asesino de Shelby, no tendrían en cuenta la sospecha de Carla, sobre todo, porque ella lo odiaba y verlo preso la haría feliz. Por eso, no había mucho más que preguntarle, pues sabían que no contestaría nada con imparcialidad. Entonces, decidieron dar por cerrado los interrogatorios ese día.

Faith estaba casi volviéndose loca. El teléfono no paraba de sonar, y la mayoría de las veces ella tuvo que decir que el servicio de mensajería especial estaría cancelado por tiempo indeterminado. No sabía cuándo Cailey estaría lista para retomar su vida de una manera normal. No obstante, después del almuerzo, cuando menos lo esperaba, la hermana apareció en la florería. No tenía la mejor de las expresiones en su cara y no parecía la joven mujer alegre que Faith conocía. Ni siquiera se había tomado el trabajo de cuidar su pelo, que lo tenía atado en una cola mal hecha, no tenía restos de maquillaje en la cara y sus ropas parecían mostrar menos su cuerpo, lo cual

era raro. Ella tenía miedo, y la vergüenza de la noche anterior todavía la angustiaba. Faith la comprendía.

–Cailey, ¿qué haces aquí? Deberías estar descansando.

–No soportaba más estar allá sin hacer nada, solamente pensando.

Ella estaba destrozada. Faith notaba que se contenía para no llorar. Siempre había sido valiente, incluso se burlaba de sus propios problemas, pero en este exacto momento se vino abajo. Se lanzó a los brazos de su hermana, como hacía cuando era niña, y expuso todo el horror que estaba viviendo. Lloraba sin decir nada, pero Faith podía adivinar lo que le pasaba por la cabeza: Cailey pensaba que la única responsable por lo que le había sucedido era ella misma.

Lo que más la lastimaba era acordarse de su abuelita querida, despierta hasta la madrugada esperando que llegara, sujetando un rosario en las manos, rezando para que la nieta cruzara la puerta a salvo. Lolla jamás la había regañado, y Cailey, por más que sentía lástima por su carita preocupada, seguía cometiendo el mismo error. Actuaba como una rebelde, pero la rebeldía no era su intención. En realidad, tampoco sabía cuál era el propósito de todo eso. Tenía el placer de conocer hombres, después de un tiempo iba a la cama con algunos de ellos, pero ¿qué había de divertido en eso? Seguía sola, nunca había tenido una relación seria y dejaba preocupados a todos los que la amaban.

–¡Todo saldrá bien, cariño! –La voz suave de Faith interrumpió los pensamientos de Cailey.

–¿Cuándo va a pasar este dolor y esta vergüenza? –Eso se parecía más a una súplica que a una pregunta.

–No lo sé. No te puedo decir que el alivio llegará pronto porque estaría mintiendo, pero un día será más fácil lidiar con esto.

–¿Será? No puedo imaginarme ser tocada nunca más por un hombre...

–Eso también pasará cuando conozcas a alguien que te trate como mereces. –Las palabras de Faith fueron interrumpidas por el timbre del teléfono, que sonaba.

Era un cliente más pidiendo flores para el cumpleaños de su hija adolescente. Él sabía que ella ya tenía edad para apreciar ese gesto que precedía a un regalo de verdad, un auto.

Por un momento, Faith pensó en decirle que no podía hacer el servicio de mensajes, pero Cailey insistió en que quería trabajar, y

todo su dolor no influyó en su tarea. Ella cerró los ojos, se trasladó a un mundo único, solamente suyo, y dejó que su alma se inspirase. Además, hizo que Faith, que había tomado nota de los teléfonos de todos los clientes que habían llamado más temprano solicitando sus servicios, entrase en contacto con ellos, avisándoles que sus pedidos de mensajes podrían hacerse.

Ella sabía que Cailey quería ahogarse en su propio trabajo para olvidar su gran problema. Podía entenderla; también había hecho lo mismo cuando perdió a Henry. El dolor no pasaba, pero tener otras cosas para pensar le proporcionaba una sensación de que todo era más fácil.

A pesar de sentirse mejor con la cabeza ocupada en el trabajo, Cailey se mantuvo seria durante todo el día. Muchas veces, Faith se daba cuenta de que ella hacía una mueca de dolor cuando realizaba un movimiento brusco, pero no se quejaba, seguía trabajando y no se permitía estar quieta. Cuando terminaba una tarea, pronto buscaba otra, y así se quedó hasta el fin del día, cuando Faith la llevó en auto hasta su casa.

Por la noche, Faith se vio sola y trató de no abatirse con todo lo que le preocupaba. También trató de no admitirse a sí misma lo mucho que deseaba que Rowan estuviera allí.

Se dio una ducha, se vistió con ropa cómoda, se sirvió un vino y pidió comida china a domicilio. Era una rutina que acostumbraba compartir con Henry, de la cual se había privado en todos esos meses para no sufrir. Pero el recuerdo, finalmente, no le trajo dolor. Sintió una suave nostalgia, pero la sensación era buena.

Mientras cenaba miraba una película saboreando la comida, y cuando vio el reloj, ya eran las diez y media. Se sentía sola y no había nada que hacer. Decidió tomar un libro para leer; era una novela sencilla que estaba en el estante de un armario desde que Henry murió. No tenía coraje de leer algo sobre amor, ya que tenía el corazón roto, pero apenas pasó la segunda página sonó su celular. Faith sonrió al ver el nombre grabado que parpadeaba en la pantalla.

–¡Buenas noches, Rowan! –atendió ella, mientras él pensaba que su voz nunca le había parecido tan sexy como ahora.

–¡Buenas noches, Faith! ¿Cómo fue tu día?

–¡Normal! Nada de malo o de bueno...

–¿Te molesto en algo? –preguntó siempre educado.

No sabía que su llamada era lo mejor que le había pasado en el día a Faith.

–No, recién terminé de cenar, estaba tomando un vino e iba a leer un libro, pero acabo de cambiar de opinión, ya que empezó una película de Elizabeth Taylor en la tele.

–¿*Cleopatra*?

–No, *Gigante*. Confieso que tengo una pasión platónica por Rock Hudson, a pesar de saber que era gay y que jamás se hubiera interesado por mí. –Faith se encantó con la risa discreta de Rowan.

–Espero no estar interrumpiendo tus suspiros –también entró en el juego–. Tengo algunas noticias sobre el caso.

–¿Cuáles? –Faith se acomodó en la cama lista para escuchar lo que tenía que decirle.

Rowan le contó exactamente lo que su contacto de la policía le había dicho sobre la existencia de Christopher Alson y su relación con Shelby, sin dejar de mencionar que él y Carla no se llevaban bien y que el muchacho conocía a las otras víctimas exactamente de la época de la Universidad.

–No fue un gran avance, pero puede valer de algo –añadió cuando terminó de hablar.

–Por supuesto que sí, por lo menos hay más de un sospechoso en la lista. También sirvió para que descubriéramos que tu informante es realmente eficaz.

–¡Pero nunca tuve dudas de eso! ¡Él fue muy bien pago!

Faith tampoco dudaba de que Rowan sabría recompensar a quien lo ayudara de modo eficiente. Ella todavía no tenía ni idea de lo rico que era, pero estaba segura, a juzgar por sus ropas elegantes, su auto importado y sus modales casi aristocráticos, de que estaba en una condición financiera muy buena, y esa era una de las razones que tanto la hacían vacilar en vivir un romance con él. Nunca había deseado una relación con diferencias sociales, pues siempre le gustó ser independiente, y Rowan era del tipo protector, cuidadoso, que daba regalos y, seguramente, le gustaba manipular, algo que ella jamás permitiría.

–Bueno, Faith, no te robaré más tiempo. Vuelve a tu película, pero guarda un poco de tus pensamientos para mí. –Ella solamente sonrió, pero no podía negar que se sentía como una adolescente con “mariposas en la panza” cuando él le decía esas cosas.

–Que tengas una buena noche, Rowan –le deseó aún sonriendo.

–¡Tú también! –Ya iba a cortar cuando él la llamó–. Faith... te extrañé hoy.

–Yo también... –le contestó tras vacilar.

Ambos colgaron sus teléfonos más felices, y después de hablar con Rowan, de escuchar su voz, ella se durmió más tranquila, más relajada.

Jayce y Debra fueron detrás de más evidencias. Si necesitaban chismes sobre la Universidad de Nueva York, era lo que tendrían.

Sally McGeena se había formado en periodismo, y en la época de la Universidad creó un pequeño diario de chismes que hablaba sobre la vida personal de varios alumnos. Su principal objetivo eran las chicas de Kappa House, el problema era que difícilmente ellas daban motivos para aparecer en las noticias, por lo menos no tan grandiosos que merecieran una atención especial.

Los dos detectives fueron al trabajo de Sally, y la joven los encaminó hacia una pequeña sala de reuniones improvisada. Ella no había perdido el gusto por el chisme y trabajaba en una revista que se ocupaba de la vida de las celebridades, que no vendía muy bien, pero podía mantenerse.

–Señorita McGeena, necesitamos de su ayuda, es muy importante que coopere con nosotros –La joven, sonriente, gordita y de lentes, asintió con la cabeza–. ¿Alguna vez en su diario de la Universidad publicó algo sobre alguna de las chicas de Kappa House que fueron asesinadas?

–Algunas veces, pero nunca nada tan importante. Ellas se hacían las perfectas...

–¿Se hacían? ¿Usted sabía algo que pudiera condenar sus reputaciones? – intentó Debra.

Sabía que Sally estaría más que dispuesta a hablar.

–Nunca tuve seguridad de nada, pero tengo mis sospechas de que ellas guardaban algunos secretos. O tal vez era solamente uno compartido por todas.

–¿Y por qué usted cree eso?

–¿Tiene todavía algunos ejemplares para mostrarnos? –le pidió Jayce.

—¡Por supuesto! Los tengo todos digitalizados y archivados. Están en mi casa grabados en un *pendrive*. Les puedo mandar algunos ejemplares por *e-mail*.

Los detectives aceptaron, y Sally anotó el *e-mail* de Jayce, que les prometió que los enviaría esa noche.

Insatisfechos, pero con la esperanza de que acabarían por llegar a una importante revelación, Jayce y Debra dejaron la oficina de Sally. Ambos se sentían impotentes y corrían contra el tiempo, temerosos de que muriera otra mujer. Todas las alumnas de Kappa House de ese período que aún seguían vivas, incluso las que no tenían el perfil preferido del asesino, se encontraban bajo protección. Sus casas y sus trabajos estaban siendo observados, y ninguna de ellas había protestado por la vigilancia constante. Todas estaban muy atemorizadas.

—Me quedé intrigada con relación al secreto que Sally McGeena mencionó —comentó Debra cuando los dos estaban dentro del auto volviendo a la comisaría tras interrogar a la periodista.

—Tal vez sea solamente una invención de su mente. Ella parece muy creativa —le contestó Jayce mientras manejaba.

—Tal vez, pero lo que dijo tiene sentido. Nadie puede ser tan perfecto...

—Para mí, tú eres perfecta —bromeó queriendo parecer romántico.

—¡Lo digo en serio, Jayce! —lo regañó, aunque estaba sonriendo.

Faith y Cailey trabajaban con sus flores. El día era más tranquilo que el anterior, pero todavía había mucho por hacer. La florería siempre fue rentable para Faith, pero desde la llegada de su hermana con sus lindos mensajes, los ingresos se duplicaron. Cailey estaba ganando su propio dinero, y si no fuera por la trágica violencia que había sufrido, estaría todo muy bien.

Fue más o menos a la hora de la comida cuando Rowan apareció en el invernadero. Por algunos minutos se quedó parado en la puerta, solamente mirando a Faith, que estaba arrodillada recogiendo algunas flores y poniéndolas con cuidado en una cesta. Parte de su cabello insistía en caerle sobre sus ojos, y los guantes que usaba, cubiertos de tierra, no le permitían que lo pusiera en su lugar. Pero eso no la molestaba. Se parecía a una hermosa pintura, totalmente a gusto

entre las plantas, de muchas de las cuales él apenas sabía el nombre, pero estaba seguro de que Faith debía conocer a todas y tratarlas con mucho cariño.

Tardó un rato para que ella se diera cuenta de su presencia, pero se asustó cuando notó que había una gran sombra detrás de sí. Respiró aliviada cuando vio que era Rowan y se levantó del suelo.

—¿Rowan? ¿Qué haces aquí a esta hora? —le preguntó Faith mientras se sacaba los guantes sucios y finalmente se arreglaba el cabello que llevaba atado en una cola.

Rowan se preguntaba cómo podía mantenerse tan hermosa con un delantal sucio y con el cabello desordenado.

—Vine a raptarte para que vayamos a comer juntos —bromeó.

En ese momento, Cailey se acercó para saludarlo con más respeto que la otra vez. Él casi no la reconoció. No se parecía en nada a la muchacha alegre y de espíritu joven que había conocido hacía poco tiempo. Era como si hubiera envejecido unos años desde la última vez que se habían visto.

—¡Hola, Cailey! Es un placer volver a verte —le sonrió, y ella le retribuyó de modo triste y sin ánimo—. Vine a buscar a tu hermana para comer.

—Pero creo que será mejor que no vaya. —Faith miró a Cailey como diciéndole que no quería dejarla sola.

Su intención era que ella no se diera cuenta, pero no fue lo que pasó.

—¡Anda, Faith! Estaré bien.

Faith vaciló. No porque pensaba que iba a sucederle algo a ella, sino porque sabía que estar sola podría ser un tormento. A pesar de saber eso, estaba segura de que si se quedaba, Cailey se sentiría peor.

—Déjame por lo menos peinarme —sonrió, y Rowan asintió.

Cuando estuvo a solas con Cailey, tuvo ganas de conversar con ella. No le diría que sabía sobre el incidente, solamente quería, de alguna manera, aliviar aquel dolor que ella reflejaba en el rostro.

Sin embargo, ella se alejó y se fue detrás del mostrador a terminar un arreglo. No quería la proximidad de ningún hombre. No tenía el coraje de mirarlos, pues en su inconsciente creía que la palabra “puta” estaba grabada en su frente, que la culpa era toda suya, y nadie jamás la convencería de lo contrario.

Faith apareció tras algunos minutos con el pelo suelto y un poco de maquillaje. Cuando se acercó, Rowan pudo sentir el olor delicado de su cabello, que lo hizo estremecer.

Luego la llevó hasta el auto y se fueron.

–Rowan, no quiero tardar mucho, ¿de acuerdo? No estaré relajada sabiendo que Cailey está sola –dijo muy seria.

–Tranquila. No tardaremos. –Hizo una pausa–. Entiendo tu preocupación, Cailey está realmente muy deprimida.

–Sí, lo está. Además, está con miedo. El hombre que le hizo eso todavía anda suelto.

–Trata de no pensar en eso por un rato. Relájate. Cierra los ojos, si quieres.

–¿A dónde vamos? –le preguntó curiosa.

–En diez minutos lo sabrás.

Rowan manejó exactamente por diez minutos y se paró frente a una hermosa casa en una zona arbolada que Faith no conocía. Un barrio lujoso, por supuesto.

Usando un control remoto, abrió la puerta de un garaje y estacionó el auto allí. Había otro en la segunda plaza, un Jaguar del año 2010, color plata, bellissimo y seguramente muy caro.

Después de bajar y abrirle la puerta, la condujo hacia la casa, que no era solamente hermosa, sino también acogedora.

Había una persona más allí; un hombre vestido de mozo que esperaba con una botella de vino en las manos. A su lado, una mesa puesta de modo elegante con vajilla y cubiertos de plata. Ella no sabía exactamente lo que había dentro, pero el olor estaba muy bueno. Incluso Faith, que pensaba que no tenía hambre, sintió que su estómago empezaba a quejarse.

Los dos se acomodaron uno delante del otro y fueron servidos. Después de que terminó su trabajo, el mozo, con estrategia, y de modo prácticamente ensayado, les deseó buen apetito y se retiró.

Faith estaba encantada de probar el pescado que le ofrecieron y soltó una exclamación de aprobación, que dejó a Rowan muy satisfecho.

–¡Qué bueno que te gustó! Ese hombre que conociste trabaja para mi familia hace años.

–¡Excelente! –lo elogió– ¿Vives aquí?

–No exactamente. Debido a la enfermedad de mi padre, sigo viviendo con mi familia, pero aquí es mi refugio cuando quiero estar solo.

—O bien acompañado, creo... —comentó, sin querer que él lo comprendiese de manera equivocada.

No había ningún reproche en lo que acababa de decir, en verdad ella sonreía divertida.

—No —contestó de golpe—. ¡Nunca traje a ninguna mujer aquí!

Faith saboreaba cada palabra sin creerle. No era que ella pensaba que él le estaba mintiendo. Rowan siempre parecía sincero en lo que decía, pero seguía sin entender qué había visto él de especial en una mujer tan común como ella y con tantos problemas. Claro que era bueno saber que, de alguna manera, le importaba, pero no sabía que él también era muy importante para ella.

—¡Es un lugar precioso!

—¡Gracias! Me alegra saber que te ha gustado. —Rowan acercó su silla a la de Faith, le tocó el delicado rostro y, con las manos en su mentón, la besó—. Quiero que este lugar sea nuestro, Faith. Siempre que necesites alejarte de todo o cuando quieras estar conmigo, puedes venir acá. —Tomando su mano, le puso una llave dentro.

—¡Rowan! —exclamó sorprendida y confundida a la vez.

—No quiero que te sientas presionada por nada. Ya te dije que somos amigos. Incluso si en algún momento te das cuenta de que no quieres estar conmigo, seguiré aquí.

Faith nunca había escuchado algo tan bonito. Él no le cobraba nada y le ofrecía todo, ¿qué más podría desear? Nada de eso parecía ser real, seguro era parte de un sueño, de una fantasía, y cuando despertase ya no estaría Rowan, y por lo tanto no habría problemas si lo besase. Sobre todo, porque él se lo merecía y ella quería hacerlo.

Su acción espontánea lo dejó sorprendido. Estaba esperando cualquier migaja que confirmara que ella también lo quería, que también sentía esa sensación extraña de que había encontrado lo que buscaba en toda la vida, pero ese beso era mucho más importante para él que cualquier palabra que Faith se atreviera a decir. Además, sabía que eso era una liberación de la prisión que ella se había puesto.

Rowan quería más que un simple beso. Quería sentirla por completo, pero no le pediría más de lo que podía dar. Y ya estaba satisfecho con lo poco que había recibido.

Se quedaron juntos por un rato, pero poco después, Rowan la llevó de vuelta a la florería. Estaban tan contentos que no podían ima-

ginarse que encontrarían a Cailey acurrucada en un rincón llorando. Bajo sus pies, había un jarrón en pedazos.

–¡Cailey! –exclamó Faith cuando vio a su hermana en ese estado, y corrió hacia ella. Rowan la siguió y la ayudaron a levantarse–. ¿Por Dios, qué te pasó?

–¡Él me llamó! ¡Llamó a mi celular! Me dijo que si yo no retiraba la denuncia en la comisaría, no me dejaría en paz –dijo mientras lloraba desesperada–. Él te amenazó y a Tatianna también.

Rowan sintió que su sangre se calentaba. Era una persona equilibrada, jamás perdía el control, excepto cuando se metían con las personas que amaba, que le eran importantes. Vio desaparecer su autocontrol cuando casi tiró abajo la comisaría exigiendo que alguien fuese más a fondo en el caso y que descubrieran quién había matado a Ursulla. Sabía que cuando encontraran el culpable –si alguna vez sucedía– sería capaz de matarlo con sus propias manos. Haría lo mismo si lastimaran Faith.

–¿Qué piensas hacer, Cailey? –preguntó Faith.

–Iré a la comisaría a decirles que mentí por celos o por cualquier cosa.

–Steve no te va a creer. ¡Él te conoce!

–Será mi palabra contra la suya –insistió.

–Cailey, no vas a retirar la denuncia. –intervino Rowan categóricamente.

–¿Estás loco? ¡Ese hombre puede lastimar a mi hermana otra vez!

–¡No, no lo hará! Si me permiten, cuidaré de esto personalmente –afirmó decidido.

Las dos hermanas se miraron. Faith quería demostrarle a Cailey que confiaba en él y que sabía que tenía los recursos suficientes para ayudarlas. No tenía idea de lo que haría o cómo lo haría, pero necesitaba que le dieran algún crédito.

Faith, afectada por el estado de su hermana, decidió cerrar la florería esa tarde, y Rowan llevó a Cailey a su casa, que fue callada todo el trayecto.

–Ella parece otra persona –le comentó Rowan a Faith cuando Cailey salió del auto.

–Quizás es así. No fue solamente la violación. Ella se siente culpable.

–El tiempo la hará sentirse mejor.

–¡Gracias por todo lo que hiciste hoy!

–No hice nada –dijo con calma, sin falsa modestia.

–¡Por supuesto que hiciste! Perdiste horas de trabajo para solucionar un problema que no era tuyo.

–Gané horas contigo. Eso sí es importante. –Ella sonrió; ya se estaba mal acostumbrando con estas respuestas.

Rowan también dejó a Faith en la puerta de su casa, donde se besaron rápidamente. Lo invitó a entrar, pero él no aceptó. Ella debía estar cansada, y él no quería tentarse aún más a llevarla a la cama. Todo caminaba demasiado bien para echarlo a perder.

Jayce estaba en su escritorio cuando recibió un aviso de su *e-mail* que anunciaba que tenía un nuevo mensaje en la bandeja de entrada. La Internet de la comisaría era muy lenta, y le tomó más de cuarenta minutos descargar todos los archivos en *PDF* que Sally McGeena le había enviado.

Cuando logró guardarlos todos en su computadora, llamó a Debra.

Los diarios tenían muy buena calidad, ya que habían sido escaneados en una excelente máquina. Ella había puesto a su disposición al menos cinco ejemplares, y afirmó que eran los únicos que mencionaban a las muchachas de Kappa House. Pero todos los que habían sido interrogados estaban en lo cierto. Ellas eran modelos de perfección, y la mayoría de los chismes, con sus nombres, eran sobre muchachos o sobre sus ropas cuando no estaban impecables. Solamente frivolidades.

Miraron todos con atención, pero comenzaron a sentir que estaban otra vez con la misma duda.

Para no sentirse como si hubieran perdido el tiempo con esta búsqueda, anotaron el nombre de la antigua autora del diario, Melinda Stuart. Tal vez ella supiera algo más que Sally no sabía.

Fueron otra vez a la Universidad para buscar cualquier información sobre la otra joven, pero todo lo que el sistema ofrecía eran datos de la época en que ella estudiaba allí. La secretaria les informó que Melinda se había “escapado” con un joven que no era el muchacho con quien estaba saliendo en la Universidad y que no había dejado teléfono ni dirección.

Jayce y Debra se contentaron, por lo tanto, con la dirección de Elmett Granger, el antiguo novio de Melinda.

Por suerte, sus padres seguían viviendo en la misma casa y les dieron la dirección actual del joven.

Él vivía en una propiedad de clase media, que parecía cómoda y organizada. De acuerdo con el registro de la Universidad, se había graduado en Derecho y trabajaba en el departamento jurídico de una reconocida empresa.

Una joven y bella mujer atendió la puerta con un bebé en su regazo. Era posible escuchar la vocecita fina de otro niño, que corría por la casa.

–¿Qué desean? –preguntó con voz suave la joven que abrió la puerta.

–Somos de la policía y queremos hablar con Elmett Granger, ¿se encuentra? –Jayce mostró su insignia.

–No, no se encuentra, pero debe estar llegando –respondió asustada.

–¿Podemos esperarlo?

–Sí, pero ¿qué pasa? ¿Qué puede querer la policía con Elmett?

–Necesitamos hacerle unas preguntas sobre la época en que estudió en la Universidad de Nueva York.

–¡Ah!, ¿entonces se trata de los asesinatos? –Parecía aliviada–. Lo hemos visto por la televisión. Elmett conocía a la mayoría de las víctimas.

Jayce y Debra se mantuvieron en silencio y solamente hablaron algo cuando la señora Granger les ofreció café, que ellos aceptaron.

Precisamente, como ella lo había dicho, Elmett no tardó en llegar y, como su esposa, se sorprendió mucho con la presencia de la policía en su casa. Sin embargo, no se incomodó en ayudar y llevó a la pareja de detectives a una pequeña oficina en la parte trasera de la hermosa vivienda.

–Debe ser difícil trabajar con niños pequeños en casa –comentó Debra cuando vio que él llevaba algunos contratos de la empresa para revisar.

–No, mis hijos son muy tranquilos. –Elmett se sentó e invitó a los policías para que hicieran lo mismo–. ¿Qué desean saber?

–Usted estudió en la Universidad de Nueva York, ¿no es cierto? –empezó Debra.

–Sí, hace unos años. Y sí, yo conocía a las jóvenes que murieron.

–Usted era el novio de Melinda Stuart, ¿verdad?

–¡Ah, sí! La chica del periódico. Era una buena chica, pero tan curiosa que todos acababan teniendo miedo de ella –dijo Elmett sonriendo al recordar a la muchacha.

–¿Y no se molestó cuando ella se escapó con otro hombre? –le preguntó Debra.

–En esa época sí. Yo la quería, y además me quedé con el famoso ego masculino herido. Hicieron comentarios, se burlaron, pero después de un tiempo todo pasó. Por supuesto que después de diez años dejé todo eso atrás.

–Por cierto, ¿usted tiene algún contacto con ella? ¿Sabe dónde vive, su teléfono...?

–No. Ella simplemente se fue. Me llamó para decirme que le gustaba estar conmigo, pero que amaba a otro. Espero, por lo menos, que él la esté tratando bien –dijo sin amargura.

–¿Se acuerda de alguna noticia que ella haya publicado sobre las muchachas de Kappa House?

–¿Sobre las de Kappa House? –se sorprendió–. ¡Nada! No había nada serio contra ellas, y eso que a Melinda le gustaba poner mucha presión. No publicaría cualquier cosa como Sally McGeena, que era mucho menos agresiva en sus noticias.

–¿Conocía a alguien que pudiera haber querido matar a esas jóvenes? –preguntó Jayce.

–Casi todas las chicas les tenían envidia. Podría ser cualquiera; sin embargo, después de diez años, no creo que esa rabia todavía persista. –Él realmente no tenía mucho qué decir–. Lo siento por no ser muy útil, pero en realidad no tengo idea de quien puede estar haciendo todo esto.

–Comprendemos. Perdónenos por molestarlo. Cualquier cosa que recuerde, póngase en contacto. –Jayce le entregó una tarjeta, y enseguida los dos policías dejaron la casa de los Granger, otra vez sin mucha información.

Sin embargo, Debra estaba muy pensativa.

–¿Qué pasa, Debra? ¿En qué estás pensando? –Jayce no tardó en notar el silencio de la joven, que no era común.

–Estoy analizando lo que ha dicho Elmett Granger, que las chicas sentían envidia de las muchachas de Kappa House. Nosotros prác-

ticamente descartamos la hipótesis de que el “asesino de las novias” fuese una mujer.

–Tienes razón, y creo que sé de quién estás desconfiando. ¿Melinda Stuart?

–¡Diste en el blanco! Me parece muy extraño que ella haya desaparecido del mapa. –Debra, a pesar de no estar más en silencio, seguía absorta en su pensamiento y con desconfianza.

–¿Qué te parece si averiguamos con la familia?

–Sí, deben saber algo sobre ella. –Se pusieron de acuerdo y se fueron a la comisaría.

Cuando llegaron, buscaron datos sobre la familia Stuart. Probablemente, ese no era más el apellido de Melinda, porque solamente existía el registro de una mujer de sesenta y cinco años con ese nombre.

La hermana de Melinda se llamaba Darcy. Vivía en un barrio tranquilo, no era casada, no tenía hijos y tenía una carrera muy exitosa en el negocio de la moda. A pesar de ser el único pariente vivo de la joven, ella no podía ayudar en nada. No mantenía contacto con su hermana desde antes de que Melinda entrara en la Universidad. Nunca se habían llevado bien, y realmente no sabía dónde encontrarla.

Jayce y Debra sentían que perdían cada vez más tiempo y estaban seguros de que pronto sucedería otra muerte. Ya era frustrante haber perdido tantas víctimas y no encontrar ninguna pista. Fuera quien fuera el asesino, era meticuloso y cuidadoso. No cometía errores y no quería parar.

Debra seguía apostando a la hipótesis de que Melinda Stuart era una posible sospechosa y que Kappa House guardaba un secreto, algo que podría hacer que alguien fuera capaz de asesinar a otra persona para que se mantenga oculto. Tal vez habían descubierto algo sobre Melinda y decidido vengarse de sus chismes en el diario. Solamente restaba encontrar a la joven para develar el misterio.

Al día siguiente, por la mañana temprano, Rowan apareció en la comisaría. Quería hablar con Steve, por lo que lo llevaron rápidamente a su sala. A menudo él creía que su apellido le proporcionaba facilidad en varios aspectos, especialmente el acceso a lugares y a

personas, además de la buena voluntad de muchos. A pesar de ser una ventaja, en algunos casos se sentía molesto. Odiaba ser reconocido o adulado por su dinero y no por ser una buena persona y de buen carácter.

—¿Rowan Allers? ¿A qué debo el honor de su ilustre visita? —Steve se mostró irónico.

Conocía muy poco sobre el hombre que tenía delante, pero había decidido que no le caía bien. No le gustaba la gente con mucho dinero que pensaba que podían mandar sobre los demás. Consideraba que las personas como Rowan creían que tenían tanto poder que todos debían solucionar sus problemas con prioridad.

—¡Hola, detective!

—¿Qué lo trae por aquí? ¿Algún otro problema con su familia? —El policía usaba un tono sarcástico en su voz, pero se arrepintió después de darse cuenta de que Rowan estaba realmente serio y de que parecía mucho más humilde que la última vez.

—Estoy aquí para hablar de Faith. Es tu amiga, ¿no es cierto?

—¡Sí, lo es! ¿Qué le pasó a Faith? —Steve se movió en la silla con una actitud preocupada.

—En realidad, ella está bien, pero Cailey recibió una llamada del hombre que la violó.

—¿Y por qué no vinieron a hablar conmigo?

—Las dos estaban muy atónitas. Él la amenazó pidiéndole que retire la denuncia. —Rowan hizo una pausa para volver al motivo de su visita allí—. Bueno, la verdad es que vine a avisarle que voy a contratar un detective para encontrar a ese violador.

—¿Otra vez está subestimando el trabajo de la policía, señor Allers? —Steve se impacientó una vez más y dejó desaparecer la poca simpatía que se había atrevido a sentir por Rowan.

—No, pero estoy seguro de que deben estar muy ocupados con el “asesino de las novias” y tal vez sea bueno tener un poco de ayuda.

—Le prometí a Faith que cuidaría del caso personalmente.

—Y estoy seguro de que lo hará con toda la dedicación, y entonces tendremos dos fuerzas haciendo distintos trabajos para ayudar a las hermanas DeWitt.

Ante eso, Steve no encontró nada más para argumentar. Tenía el ego herido por ese rico, pero en el fondo tenía razón, sería bueno para Cailey. Y además, no podía negar que estaba lleno de trabajo,

no por causa de los casos de las jóvenes de Kappa House, sino también por otros no tan terribles o merecedores de tanta atención de la prensa, pero también relevantes. Casos de personas que querían justicia por el asesinato de sus amigos y familiares, seres humanos que no merecían una muerte tan precoz y tan cruel. Fue exactamente por esa gente por lo que se había vuelto policía, exactamente para salvar vidas o vengar la pérdida de ellas. Colaborar con Cailey era importante, pero él tenía prioridades en su departamento de homicidios, y una ayuda realmente sería muy útil, pero era demasiado orgulloso para admitirlo.

—Entonces, ¿usted tuvo la amabilidad de avisar que habrá un detective haciendo el mismo trabajo que el mío? —Se cruzó de brazos manteniéndose firme.

—Pensé que uno podía cooperar con el otro para evitarle la vergüenza a Cailey de tener que contar su historia a otra persona —Otra vez el policía se calló—. Bueno, creo que eso no será posible, pero si cambia de idea, sabe dónde encontrarme.

Rowan salió de la sala del mismo modo que entró, sin pedir permiso, dejando a Steve confundido. Su actitud había sido digna, lo tenía que admitir. Era más que una prueba de que realmente le gustaba Faith, que quería cuidar de ella y de sus problemas. Steve sabía que eso era exactamente lo ella que necesitaba. A pesar de ser una mujer independiente, era frágil, y lo era aún más después de la pérdida del marido y del bebé. Si fuera herida otra vez, acabaría destrozada como sus flores.

Mientras Rowan estaba en la comisaría, Faith iba a visitar a su hermana. Se había despertado muy temprano para no perder más horas de trabajo de las que ya había perdido.

Tatianna la recibió, y las dos se abrazaron. Se quedaron así por un tiempo tratando de transmitirse seguridad y fuerza una a la otra. Esta vez el dolor no las separaría, pero las mantendría unidas por Cailey, que necesitaba de ambas, equilibradas y lúcidas, para que le dieran seguridad.

—¿Cómo está ella?

—Sigue durmiendo, le hice tomar un calmante anoche. Estaba muy nerviosa y tuvo una pesadilla que la dejó al borde de la histeria.

Faith conocía aquellas pesadillas tan reales que prácticamente sofocaban. Había tenido muchas después del accidente, en las que casi creía que Henry estaba vivo, que moría por segunda vez y que otra vez ella no lo podía evitar. Por eso, sintió angustia en el corazón, y esa angustia se intensificó cuando llegó al dormitorio de su hermana.

Ella dormía acurrucada como una niña asustada, lo que no coincidía con su personalidad. Cailey siempre había sido valiente, imprudente, nunca había tenido miedo de hacer nada, de arriesgarse, incluso de cometer algunas locuras. Esa muchacha frágil no era ni siquiera parecida a la menor de las DeWitt que ellas conocían y amaban.

–No la dejes salir a trabajar hoy. Dile que puedo cuidar de todo sola –le dijo a Tatianna cuando entró al dormitorio de Cailey.

–Ella lo sabe, el problema es que no quiere quedarse aquí pensando y recordando.

Fue exactamente lo que Cailey le había dicho cuando insistió en ir a trabajar poco tiempo después de la violación. Pero Tatianna pensaba que esta vez sería diferente. Creía que no tendría el coraje de salir de la casa después de una amenaza como la que había recibido.

–Trata de convencerla, ella necesita descansar.

–Te juro que lo voy a intentar, pero las dos sabemos que es porfiada y que puede ser imprevisible. ¿Quién sabe si no se despierta con miedo y quiere estar en casa? –Tatianna se puso aún más seria y aprensiva sobre lo que iba a preguntar–. ¿Crees que está realmente en peligro? ¿Que ese loco aún puede volver y cumplir la promesa de ayer?

–Creo que sí, Tatty. –Faith optó por ser honesta.

Era importante que ellas supieran toda la verdad para que pudieran protegerse una a la otra.

–Steve lo va a atrapar, pero mientras tanto tenemos que cuidarla. –Fue tajante en su comentario, y Tatianna asintió con la cabeza.

Después de que se volvieron a abrazar, Faith se despidió y se fue a la florería. Se sentía feliz por encontrar a Thomas allí; después de todo, ya se había acostumbrado a tener la compañía de Cailey. Las dos se divertían mucho juntas; además, tenía que cancelar otra vez el servicio de mensajería que estaba siendo tan lucrativo y buscado. Sin él, el ritmo de su trabajo había disminuido considerablemente. Hizo

algunas entregas, recibió a pocos clientes y decidió cerrar más temprano cuando notó que el movimiento había cesado.

Cuando salió de la tienda, vio que Rowan estaba parado delante de su casa apoyado en su auto. Tan hermoso y tan elegante que parecía una bendición para hacerle olvidar los problemas.

–¿Por qué no entraste? –le preguntó cuando se acercó.

Rowan esperó con mucha paciencia que terminase de hablar, pasó un brazo alrededor de su cintura y la acercó hacia él, de manera que la hizo ir contra su pecho. La miró por un instante con un aire seductor y la besó. No era exactamente un beso de los que ella ya conocía y que, incluso siendo delicados y lentos, la dejaban con las piernas tambaleantes. Ese era un beso diferente. Arrebatador sería la palabra para definirlo. Era como si él estuviera tomando posesión de ella por completo.

Cuando se alejó, Faith todavía se sentía un poco desorientada y respiró hondo buscando un poco de aire.

–No entré porque pensé que te hubiera avergonzado si lo hubiese hecho delante de ese muchacho que trabaja contigo.

Faith apenas conseguía contestarle, pero él tenía razón. A Thomas le encantaría ver la escena; sin embargo, ella, ciertamente, quedaría ruborizada.

–¿Estás ocupada? ¿Tienes planes para esta noche?

–No, no tengo –Ella incluso había pensado en ir a ver a Cailey, pero había hablado con Tatianna, que le avisó que su hermana no había salido del dormitorio. También había dicho más de una vez que no quería ver a nadie.

–Porque me gustaría que vinieras a mi casa para conocer a una persona –expresó Rowan, y Faith se incomodó con eso.

Inmediatamente pensó que la llevaría a conocer a su familia, pero su expresión estaba tan seria que pronto se dio cuenta de que no se trataba de un encuentro social.

–No te preocupes, voy a alimentarte primero –bromeó aliviando la tensión. Entonces, vencida por la curiosidad, aceptó la invitación.

Así como la primera vez que estuvo en la casa de Rowan, se admiró por el lugar tan organizado y por la decoración de buen gusto y a la vez tan masculina. No se parecía precisamente a un hogar como de su abuelita, donde Cailey y Tatianna vivían, pero aún así era hermosa.

No había un cocinero profesional como la vez anterior, pero él sacó unos platos congelados del refrigerador y también abrió un vino.

Rowan trató de relajarla, evitaron hablar de Cailey y de los asesinatos, pero aun así ella no conseguía calmarse. Se acordaba de su expresión seria cuando le dijo que quería que conociera a alguien y se sentía extremadamente ansiosa por saber quién era. Parecía que él generaba suspenso, lo que la dejaba aún más nerviosa.

A las ocho en punto de la noche sonó el timbre.

–Puntual –comentó Rowan; se levantó y fue a abrir la puerta manteniendo el misterio hasta el fin.

Cuando volvió, venía con un hombre de mediana edad, de pelo blanco, bien vestido y con un maletín de cuero en las manos. Cada vez más confundida, Faith no tenía idea de quién se trataba y por qué Rowan tenía tanto interés en que ella lo conociera.

–Faith, este es el detective Joseph Taylor. Lo contraté para encontrar al hombre que violó a tu hermana.

Cuando Rowan terminó de hablar, Faith estaba tan estupefacta que estrechó la mano extendida del detective casi automáticamente. Tampoco escuchó lo que él le dijo al principio, todavía estaba pensando en lo maravilloso que era Rowan. Esa era la mayor prueba de que a él realmente le importaba ella.

–El señor Taylor necesita hacerte unas preguntas sobre todo lo que Cailey le dijo a la policía. Me imaginé que ella no iba a querer recordar, mucho menos contarle todo a un extraño. –La voz de Rowan salió como un suave susurro ronco.

Él hablaba con mucho cuidado sabiendo lo delicado que era este tema.

–No sé si voy a recordar todo, pero lo intentaré.

Faith describió exactamente todo lo que se acordaba de la conversación de Cailey con Steve. Hacía un tremendo esfuerzo para recordar todos los detalles posibles, pues sabía que la tranquilidad de su hermana dependía de ello. Si daba datos completos y coherentes, el detective encontraría al culpable de todo su sufrimiento y Cailey estaría libre de futuras amenazas y persecuciones.

Habló sobre su encuentro, de como él la había llevado al motel, describió su rostro y le dijo que podía conseguir el identikit con Steve, si fuera necesario. Ella no paraba de temblar, y hubiese estado aún más nerviosa si Rowan no hubiera sujetado su mano.

El detective anotó todo lo que Faith dijo y le prometió empeñarse al máximo en el caso. Así como Rowan, el investigador privado que él había contratado era muy amable y parecía competente. Faith creyó en sus promesas, y una esperanza brotó en su corazón.

Aun después de que el detective Joseph Taylor se fue, Faith se quedó un poco más con Rowan. Sin embargo, cuando se hicieron más de las diez de la noche, empezó a caer una lluvia, que comenzó suave, pero en instantes se hizo torrencial. Rowan se dio cuenta de que ella estaba asustada y con miedo de tener que volver a su casa con esa tormenta.

—¿Le tienes miedo a la lluvia? —le preguntó abrazándola como para protegerla.

—¡El día del accidente de Henry llovía mucho! —Su voz demostraba lo asustada que estaba.

Podía sentirla temblar en sus brazos mientras recordaba el peor momento de su vida. Comprendiendo, por lo tanto, el motivo de su miedo, él la abrazó más fuerte.

—Entonces quédate aquí conmigo. No es necesario que te vayas —dijo de una manera dulce y natural, haciendo que la situación pareciera muy sencilla, aunque en realidad no lo era.

Hacía mucho que no dormía con un hombre, y por mucho que lo quería, todavía se sentía tímida con Rowan. Por lo tanto, él la vio vacilar.

—La promesa de que no te voy a pedir nada de lo que no puedes darme sigue en pie.

—Me quedo... quiero quedarme. ¡Pero no tengo qué ponerme!

Rowan solo pudo reírse ante una preocupación tan pequeña. Por supuesto que no le incomodaría en nada si ella se quedara desnuda en sus brazos y en su cama, pero no lo comentaría ni tampoco le ofrecería esa opción.

—No importa si quieres usar una de mis camisas.

—¡Está bien, me voy a bañar, entonces! —contestó sintiéndose avergonzada.

—Ponte cómoda.

Faith subió las escaleras hasta el segundo piso buscando el baño y decidió usar la suite del dormitorio que pensó sería de Rowan. Ese era realmente el dormitorio de un hombre práctico, donde había solamente una cama grande, un *placard* inmenso y un escritorio que no

debía ser muy usado, incluso porque tenía una sala que utilizaba como oficina en el piso de abajo. Tratando de concentrarse, abrió el *placard* y vio decenas de camisas, ordenadas y dispuestas por colores. Eligió la más pequeña de todas, pues cualquiera le quedaría inmensa en su cuerpo delgado, y consiguió encontrar *shorts* pequeños en un cajón. Aunque eran grandes y le daban una apariencia cómica, era mejor que usar la misma ropa con la que había pasado todo el día. En el baño, encontró dos toallas limpias colgadas en una percha y las usó.

Mientras tanto, en el piso de abajo Rowan tomaba otra copa de vino para tratar de calmarse. En ese momento se desconocía; estaba tenso por tener una mujer bañándose en su casa. A pesar de haber tenido a muchas novias y amantes, le había dicho la verdad a Faith cuando le contó que nunca había llevado a ninguna de ellas a esa casa. Este era un lugar prácticamente sagrado, y él sabía que solamente una mujer muy especial merecería conocer sus secretos, su rincón más íntimo. Y no acostumbraba equivocarse en sus decisiones y en sus juzgamientos. Siempre estuvo seguro de que encontraría a su compañera de toda la vida y sabía que había llegado.

Por esa razón, era una tortura pensar que la que tanto deseaba estaba tan cerca. Él conseguía escuchar el ruido del agua que caía e imaginaba la escena, que lo llevaba a la locura. Si no valorara la promesa que le había hecho de que le podía dar una futura relación estable, iría corriendo en ese momento, entraría en la ducha con ella y le daría placer hasta que se sintiera totalmente lista para cualquier cosa.

Ya se ponía nervioso de tanto imaginarse las cosas que quería, pero que no podía hacer, cuando Faith apareció frente a él vestida de un modo que parecía ridículo, pero que en ella se veía adorable.

Ella giró sobre sí misma y él se rio.

—¿Estoy guapa?

—Bella como siempre. —En una actitud impulsiva, Rowan la tomó con fuerza por el brazo y la acercó, y al perder el equilibrio, cayó sentada en su regazo. Por un momento él se preocupó, temeroso de que ella no aprobase esa actitud, pero Faith solamente pasó los brazos alrededor de su cuello, y él supo que estaba relajada. Su piel olía a jabón, y su cabello mojado sin querer le golpeaba el rostro, dejando un aroma femenino que le encantaba.

–Estoy totalmente enamorado de ti –dijo de pronto, y ella se puso seria–. No te sientas presionada a contestarme algo. Solo pensé que debías saberlo.

Faith sintió que su corazón se aceleraba con todo eso, no solamente por haber confesado que estaba enamorado de ella, sino también porque siempre tenía el cuidado de dejarla libre de expresar sus sentimientos como ella quería. Era un hombre como pocos que daba sin esperar nada a cambio. Se merecía besos, cariño y ser amado, muy amado, y ella sabía que muchas otras estarían honradas de tenerlo, pero él la había elegido. Justo a ella, que no era especial, que ni siquiera tenía muchas de las cualidades que un hombre como él normalmente busca en una mujer. Pero él estaba allí abriendo su corazón, desnudando su alma, y ella quería retribuirle.

–No me siento presionada. También estoy enamorada de ti.

Rowan llegó a la conclusión de que era todo lo que quería y necesitaba escuchar, y entonces la besó. No tenía la intención de seducirla, pero se sorprendió cuando se dio cuenta de que ella desabrochaba su blusa, botón por botón, lentamente, con la cabeza baja. Él llevo la mano a su mentón e hizo que lo mirara directamente a los ojos.

–No necesitas hacer esto si no quieres.

–Quiero. Realmente quiero, Rowan... solamente no sé cómo empezar, cómo hacer para que me desees. Ha pasado tanto tiempo...

–¡Tranquila, querida! No hay necesidad de hacer cualquier cosa para que te desee aún más. Eso sería imposible. –Rowan retiró las manos heladas y trémulas de Faith de su camisa, las besó y las puso delicadamente sobre el sofá, y comenzó él mismo a sacarse su propia camisa.

Faith ni en sueños se imaginaba que el cuerpo de Rowan fuera tan perfecto, tan fuerte, tan definido. Cuando terminó de sacarse la camisa, se puso a hacer lo mismo con la que ella llevaba. Cada botón que abría revelaba nuevas partes de su figura, incluso sus senos, que no estaban cubiertos por ningún corpiño.

Ella parecía avergonzada. Rowan no sabía si era porque la estaba desnudando o porque tenía vergüenza de su cuerpo. Si fuera por la segunda opción, ella simplemente debería olvidarse. Faith era delgada, tal vez un poco más de lo que su altura pedía, pero aun así a él le parecía que su cuerpo era extremadamente atractivo, firme y sen-

sual. Tenía curvas; sus senos eran ligeramente grandes, y él se encantó con su fina y graciosa cintura.

–¡Eres tan hermosa! –se encargó de decirle besándola enseguida, con la intención de probar que la deseaba más de lo que podía expresar.

Antes de que Faith pudiera decir cualquier cosa, la hizo levantarse y sacarse su *short* para contemplarla en su totalidad. Ella era delicada, y él sabía que sería aún más amable que de costumbre. Quería serlo, quería tratarla bien, con cariño, pero a la vez quería que ella jamás sintiera ganas de ser amada por ningún otro hombre. A partir del momento en que ella fuera suya, lo sería para siempre. Sería el último hombre en amarla.

Con suavidad, tomó parte de su cabello de la nuca en las manos y los tiró hacia atrás con delicadeza liberando su cuello, que él besó con intensidad haciéndola suspirar, dejando su piel erizada.

Bajando por su cuello, llegó a sus senos, que también besó lentamente. Justo cuando los tomó en la boca, Faith dejó escapar un débil gemido, y él se dio cuenta de que eso le daba placer, por eso se quedó mucho tiempo allí sin darse prisa. Tenía todo el tiempo del mundo, esas horas les pertenecían, las recordaría eternamente como las mejores cosas de la vida.

Después de tanto tiempo sin ser tocada, Faith se sentía más vulnerable de lo que siempre había sido, por eso sus piernas temblaban, especialmente cuando la acostó en el sofá y empezó a acariciar su cuerpo entero con sus manos grandes y expertas. Tuvo el cuidado de alisar cada centímetro de su piel con la misma delicadeza, masajeando sus hombros, sus senos y sus piernas, cambiando las caricias por besos. Ella perdió el aliento cuando él la tocó más íntimamente, y a través de su respiración fuerte e incierta, le pidió:

–¡Rowan, quiero que me hagas el amor, por favor!

–Lo haré, querida, pero no aquí...

Rowan no quería que la primera vez de ellos fuera en un sofá. Él la quería cómoda sobre una cama, como se lo merecía. Por lo tanto, con una facilidad que la sorprendió, la tomó del sofá y la llevó al dormitorio en el segundo piso. En ningún momento paró de besarla, y cuando la puso sobre la cama, los dos sabían que no soporitarían esperar más, y él consumó el acto de amor, y se convirtieron en uno.

8

GERANIO

“Los geranios traen consuelo y provocan un sentimiento de devoción constante por alguien, aunque ya no esté cerca”.

Faith se había olvidado la maravillosa sensación de dormir acurrucada en los brazos de un hombre después de hacer el amor varias veces consecutivas durante la madrugada. Rowan fue delicado y cariñoso como ni siquiera lo había sido Henry. A la vez, fue intenso y lleno de pasión, una mezcla perfecta de deseo y amor. Y era exactamente ese el problema: no estaba más apasionada por ese hombre, lo amaba y ya tenía miedo de perderlo.

Seguía con sueño cuando fue despertada con besos en la cara y una hermosa bandeja de desayuno. En realidad, esa escena no parecía real. Rowan seguía usando solamente *short*, sin camisa, guapo y encantadoramente elegante, incluso en ropa íntima. Además, sonreía como nunca lo había hecho.

–¡Rowan! ¡Quieres convertirme en una mimada insoportable! –bromeó con la voz ronca de sueño.

–Mimada, sí, insoportable jamás podrías serlo, aunque lo intentarás. –Ella lo besó como recompensa por las bellas cosas que le había dicho.

–¿Qué hora es? –le preguntó, pero ella miró el reloj al lado de la cama y se sobresaltó–. ¡Dios mío, Rowan! ¡Es tarde!

–Lo siento por no haberte despertado, es que estabas tan hermosa durmiendo...

–No es por mí. No tengo una hora exacta para abrir la florería, pero tú trabajas en una empresa. Debes tener horarios que cumplir, aun siendo el director.

–Muchas gracias por preocuparte por mí, pero ya llamé y les dije que no me siento muy bien; por lo tanto, no voy a trabajar hoy –le dijo Rowan como un chico travieso que acababa de hacer una travesura.

Faith se rio, y él le puso una frutilla en la boca.

–¿Eso quiere decir que tampoco voy a trabajar?

–Exactamente. Si es necesario, compro todas tus flores para que no tengas pérdidas.

–¿Ah, sí? ¿Y qué les digo a mis clientes? –Puso cara de enojo, como si estuviera regañándolo.

–Diles que fuiste raptada y que te volviste rehén de un hombre loco por ti.

–No es mala idea –siguió con la broma–. ¿Y qué pedirás como rescate?

–Nada muy difícil. –Rowan la miró con malicia–. A propósito, voy a empezar a cobrar ahora.

Tomó la bandeja que estaba cerca de los dos, se puso sobre Faith, y empezó a seducirla. Mientras él la besaba, ella recordaba que no se había sentido tan feliz alguna vez.

Un grupo de policías, incluidos Jayce y Debra, estaba empeñado en encontrar a Melinda Stuart, seguros de que ella les daría una pista más concreta que pudieran seguir. Eso si ella no fuera la asesina. Sin embargo, era como si hubiera desaparecido del mapa. La hipótesis más probable era que no vivía más en el país y que había cambiado de identidad. La pregunta era: ¿por qué? Una joven que no tenía padres, que no tenía mucho contacto con su hermana y que solamente había desilusionado el corazón de un novio no necesitaba tomar medidas tan extremas para desaparecer. Si se hubiera escondido con tanto empeño como ellos creían, sería una señal de que tenía miedo de algo o que tenía un peligroso secreto que necesitaba estar oculto.

Fue en el atardecer cuando Jayce recibió un *mail* de Sally McGeena. Desde que la conoció se dio cuenta de que ella acabaría ayudando en algo. A los periodistas les encanta una investigación policial, y esa joven no era diferente. En su mensaje daba el nombre de la compañera de dormitorio de Melinda Stuart, su teléfono y su dirección actual.

El detective casi podía apostar que ella tampoco sabría nada sobre el paradero de su compañera, pero tal vez podría dar cualquier información sobre la joven de la época en que vivían juntas.

Llamó a Debra para que lo acompañara en la visita, y rápidamente llegaron a una casa sencilla, chica, pero rodeada de un hermoso jardín donde dos niños jugaban con un perro.

–¡Buenas tardes! –Jayce se acercó a los pequeños, que se mostraron asustados.

Por lo general, tenía habilidad con los niños, pero su porte de casi dos metros de altura, sus hombros muy anchos y sus genes latinos, herencia de los padres portorriqueños (él también lo era), muchas veces causaban cierta desconfianza en un primer contacto.

–Nos gustaría hablar con Anne Palmer, ¿se encuentra?

–Mi mamá me dijo que no debo hablar con extraños –respondió el niño, que debía tener solamente cinco años, con cara de enojo.

–Y ella tiene razón, pero puedes hablar con nosotros. Somos de la policía. –Jayce mostró su insignia.

–¿Un policía de verdad? –Los ojos del niño brillaron.

–Sí, de verdad...

–¿Y qué quiere con mi mamá? –Se cruzó de brazos a la altura del pecho tomando una actitud protectora.

–Queremos hablarle. Creo que ella puede ayudarnos en un caso.

Otra vez el niño se entusiasmó con la idea de que su madre ayudara a un policía a resolver un crimen. Sin embargo, antes de que pudiera entrar en la casa para llamarla, la mujer apareció en el jardín con una expresión preocupada, típica de una madre cuidadosa que ve a dos extraños conversando con sus hijos.

–¿Qué quieren con mis hijos? –preguntó con firmeza.

–Señora, somos de la policía. Queremos su ayuda para obtener alguna información sobre Melinda Stuart. –Debra intervino con su modo tranquilo de hablar.

–¡Entren, por favor! –Anne tomó a la niña menor en su regazo y al niño de la mano para que todos entraran en la casa.

Les pidió a los niños que fuesen a jugar a sus dormitorios, y dejó al pequeño un poco decepcionado, pero los dos obedecieron.

–Hace mucho que no hablo con Melinda... –Al decirlo destacó la palabra “mucho”.

Jayce y Debra esperaban esa respuesta.

–¿Cuándo fue la última vez que usted la vio o habló con ella?

–Creo que el mismo día que todos. Después ella solamente llamó a Elmett y le dijo que iba a salir de la ciudad para casarse.

–¿No le parece que tuvo una actitud muy repentina? ¿Huir de la ciudad sin decirle a nadie a dónde iba?

–Tratándose de Melinda nada podía sorprenderme. Pasamos tres años de nuestras vidas viviendo juntas y creo que jamás llegué a entenderla de verdad –dijo con nostalgia.

–¿Cree que ella podría estar huyendo de algo? –Debra realmente creía que la desaparición de Melinda no tenía solamente un romance como causa principal.

–No lo puedo afirmar, pero creo que no.

–Ella debía tener muchos enemigos a causa del diario –sospechó Jayce–. ¿Se acuerda de alguna noticia que haya publicado que pueda haber llamado la atención de alguien o haberle causado algún problema?

–Me acuerdo de una, pero ella no llegó a publicarla. Era sobre una de las Kappa House... Alguna cosa de Penélope.

Con la mención de la hermandad en la que estaban buscando, Jayce y Debra empezaron a tener esperanzas.

–¿Y recuerda sobre qué era? –preguntó Debra, contenta con la posibilidad de un nuevo descubrimiento.

–Ella no me mostró. Yo solamente leía las noticias cuando las publicaba, como todos los demás. Incluso no quería comprometerme.

–Entonces Anne se acordó de algo–. ¡Ah!, tengo un disquete que me dejó. Me dijo que debía guardarlo y solamente abrirlo si era necesario. ¡Un momento!

Anne subió las escaleras de su casa con prisa. Tardó, por lo menos, veinte minutos en el piso superior y regresó con un sobre oscuro en las manos. Cuando se acercó a los agentes, lo entregó sin vacilar.

—¿Le parece que esto puede ser relevante? —preguntó Debra al recibir el sobre en las manos.

—Tal vez lo sea. Ella lo dejó conmigo dos días antes de irse y parecía afligida porque yo realmente me quedara con él. —La mujer hablaba seria, y los dos detectives decidieron aceptar esto como una posible evidencia, aunque no sabían de qué se trataba. Estaban atascados en ese caso; por lo tanto, cualquier cosa podía ser una pista.

Después de un par de preguntas más que no los llevó muy lejos, volvieron a la comisaría y lo primero que hicieron fue abrir el disquete. Era impresionante que esa cosa tan pequeña —que parecía tan obsoleta, tan primitiva frente a los medios de comunicación con más espacio de almacenamiento— pudiera brindar más opciones.

Cuando abrió el disquete, notaron que guardaba solamente dos archivos, y ninguno de los dos tenía algún nombre sugestivo. También trataron de abrirlos, pero ambos estaban protegidos con una contraseña.

Irritado por encontrarse con otra pista más que prácticamente se escapaba entre sus dedos, Jayce golpeó la mesa en la que estaba apoyado y sintió las manos tranquilizadoras de Debra en sus hombros. No acostumbraban a demostrar sus sentimientos ante sus colegas, pues sabían que tendrían que enfrentarse a las bromas sobre su romance, pero él necesitaba una palabra de aliento.

Lo que a Debra más le encantaba de Jayce era su dedicación en los casos. Él quería hacer justicia, cambiar el mundo, aunque fuera un poco. Ella sabía que se perdía la noche entretenido en el trabajo, que se conmovía con el sufrimiento de las familias y que se entusiasmaba cuando atrapaban a un asesino. Hace siete meses, cuando sus superiores ordenaron que él archivara el caso del “asesino de las novias”, por no tener más pruebas y porque necesitan más detectives disponibles para otros casos, no se dio por vencido, pero lo asignaron a otros homicidios y se involucró igualmente con ellos. Jayce lo consideraba como una segunda oportunidad para atrapar a aquel monstruo y juró que lo aprovecharía bien.

—¡Tranquilo, Jayce! Vamos a solucionar este problema. —Debra trató de calmarlo.

—¡No es posible que un asesino sea tan listo y tenga tanta suerte! Los archivos están protegidos por contraseña. —Él seguía nervioso, pero su voz se calmaba cuando hablaba con ella.

–No sabemos si estos archivos realmente nos resultarán útiles.

–¡Es mejor que nada!

–¿Por qué no hablamos con el personal del departamento de informática? Tal vez ellos puedan descubrir la contraseña o abrir el archivo de otra manera.

–¡Por supuesto! –exclamó levantándose de la silla de un salto–. ¡Voy ahora mismo! Hermosa, ¡eres un genio!

Jayce, sin pensar lo que estaba haciendo, besó a su novia rápidamente en la boca y salió hacia el laboratorio de informática. Debra, ruborizada, tuvo que soportar sola la mirada de sus compañeros, las sonrisas, los comentarios y las bromas que tanto temía. Pero sabía que en el fondo todos ya tenían conocimiento del romance de los dos, y era mejor que fuera de esa manera. No había necesidad de esconderse más ni tampoco evitar palabras y gestos de cariño.

Exactamente como había prometido, Faith pasó todo el día con Rowan. Claro que no dejó de llamar a Tatianna para preguntarle sobre Cailey y para avisarle donde iba a estar todo ese tiempo. Se quedó sorprendida al saber que su hermana todavía no había salido del dormitorio, que había comido muy poco y que todavía no quería conversar. Se pasaba horas y horas escribiendo, y Tatianna le dijo que haría de todo para leer sus textos y descubrir lo que le pasaba en la cabeza.

Cuando acabó de hablar, Faith se sintió un poco culpable por estar tan feliz mientras su hermana pasaba por un sufrimiento tan grande. Mientras tanto, se acordó que hacía unos meses era ella la que sufría y, a pesar de estar siempre cerca, las dos siguieron con sus vidas. Entendía que su dolor y el de Cailey eran totalmente distintos, pero aun así, terribles.

–Cariño, si quieres te llevo a la casa de tu hermana. –Rowan era tan comprensivo que la emocionaba.

Eran solo las dos de la tarde y él había cambiado todo su día para estar con ella. No era justo que echara todo a perder.

–No sé si seré de mucha ayuda. Cailey no quiere conversar con nadie. Puedo pasar por allá por la noche para ayudar a Tatianna.

–Ya lo sabes, si cambias de idea, no dudes en decírmelo.

–Gracias. –Ella tomó su bello rostro entre las manos y lo besó–. ¡Eres tan especial! No sé si merezco tanto.

—Soy mucho menos de lo que te mereces, pero no te dejaré en paz; por lo tanto, conténtate. —Rowan la hizo reír, después la miró profundamente a los ojos—. Sé que no debes estar preparada aún, pero quiero que te cases conmigo, Faith. Tómate tu tiempo, no hay obligaciones, cuando creas que sea el momento.

Realmente Faith no estaba preparada para eso. No era que no se sentía lista para una relación más seria con Rowan, aunque sabía que no se atrevería todavía a casarse. Sin embargo, su gran sorpresa fue ese repentino pedido de casamiento. No hacía ni un mes que se habían conocido y, aunque ya sabía que lo amaba, eso era más que sorprendente. Apenas podía pronunciar una palabra, y para no dejarla más avergonzada, la besó y no habló más sobre el tema. Exactamente como había prometido, él le daría espacio.

Eran como las nueve y media de la noche cuando Rowan dejó a Faith en la puerta de la casa de Lolla.

Era difícil pensar en esa casa como que ya no pertenecía a su abuela, pues todavía podía sentir su presencia allí. Era llegar a ese lugar para acordarse de ella de un modo más intenso. Casi podía verla caminando por el jardín que Faith acostumbraba cuidar, sentir el olor de los tés que ella no se cansaba de preparar o escuchar su voz, un poco fuera de tono, cantando alguna canción antigua. Faith la extrañaba tanto que le dolía.

Lo primero que observó cuando Tatianna abrió la puerta fue que ella estaba con los ojos muy rojos y tenía algunas ojeras. De ese modo, el sentimiento de culpa de Faith se triplicó. Había pasado toda la tarde haciendo el amor, casi desesperadamente, mientras su prima, una vez más, se había quedado con toda la responsabilidad.

—Tatty, ¿cómo está ella?

—Todavía no ha salido de la habitación. Si trato de llevarle algo para comer, me trata con hostilidad. Incluso tiró al suelo el plato que le mandé —explicó tratando de controlarse para no llorar, sobre todo delante de la prima.

—Estoy aquí ahora y creo que sé cómo tratar a Cailey... —Tatianna iba a protestar.

Seguro que acabaría diciendo que Faith no necesitaba estar allí, que podía irse a casa, pero fue interrumpida.

—Quiero que me hagas un favor; ponte una ropa bonita, llama a una amiga y vete a un lugar divertido.

–¡Tú sabes que no lo voy a hacer!

–¡Sí, lo harás! –exigió con autoridad–. Tatty, yo también estoy destrozada con lo que le pasó a Cailey, pero ella está viva y es joven. Tenemos que motivarla a buscar ayuda.

–Pero... –Tatianna trató de discutir, pero Faith notó que ya estaba ganando la batalla.

–¡Sin peros! Estaré acá, no la dejaré sola.

La convicción de Faith fue decisiva para la joven. Realmente necesitaba descansar y sabía que Cailey estaría en excelentes manos.

No había mucho que hacer en ese momento. Solo la podría ayudar un profesional.

Por lo tanto, obedeciendo a su prima, la joven fue a bañarse e hizo todo lo que Faith le pidió. Telefonó a algunas amigas, que estaban sorprendidas de que había decidido salir a divertirse.

–Cualquier problema, no dudes en llamarme. Estaré con el celular encendido todo el tiempo –avisó antes de salir.

–¡De acuerdo! –dijo Faith, pero las dos sabían que ella no iba a llamar.

Cuando Tatianna salió de la casa y Faith se vio completamente sola con su hermana, respiró bien hondo para tomar coraje para lo que estaba a punto de hacer.

Decidida, se fue a la habitación pequeña en el jardín, donde sabía que Lolla guardaba algunas herramientas, y tomó un destornillador, que parecía más oxidado que lo que se acordaba, pero que serviría. Enseguida, fue al dormitorio de Cailey y llamó a la puerta con insistencia.

–Cailey, ¡abre ahora esta puerta o la derribaré! –Esperó unos segundos, pero nada.

Faith no escuchó ninguna respuesta, ningún ruido, ningún movimiento.

–¡No estoy bromeando, Cailey!

Como Cailey siguió sin contestarle nada, Faith hizo exactamente lo que había prometido; usó el destornillador para retirar con paciencia cada tornillo del picaporte, que en pocos minutos cayó al suelo permitiendo que ella pudiera abrir la puerta y entrar al dormitorio.

En cuanto la puerta se abrió, se encontró a Cailey impresionada con su actitud. Todavía parecía una niña asustada, acurrucada, sentada sobre la cama. Por algunos segundos, el corazón de Faith se hizo

pequeño y se llenó de ganas de abrazarla, pero no podía ignorar el hecho de que la comida que Tatianna había preparado con tanto esmero estaba desparramada por el suelo y el plato en pedazos. Sabía que la hermana estaba sufriendo y que su dolor debía de ser prácticamente insoportable, entendía que tenía todo el derecho del mundo de encerrarse, pero no podía tratar mal a Tatianna y actuar como una niña malcriada tirando comida al suelo, lastimando y preocupando a todos a su alrededor.

Cailey miraba a Faith con una mezcla de miedo y rabia. Ella definitivamente no quería ser perturbada, que la vieran tan frágil. Era una muchacha buena y no se merecía pasar por tantas pruebas; sin embargo, necesitaba ser fuerte, y Faith, como hermana mayor, iba a ayudarla.

—¿Crees que puedes esconderte aquí dentro el resto de tu vida? ¿Que la gente te va a servir veinticuatro horas al día y tú puedes depreciarlas cuando quieras? —Faith nunca había usado un tono de voz tan duro con alguien.

Jamás se imaginó que tendría que hacerlo con su hermana menor.

—¡No te imaginas cómo me estoy sintiendo! ¿Aún tienes el coraje de hablarme así? —gritó Cailey con voz llorosa.

—Tu dolor es comprensible, pero tu comportamiento no. No es motivo para que trates a Tatianna del modo como lo hiciste.

Cailey se mantuvo en silencio. Al final estaba de acuerdo con su hermana, pero no era lo suficientemente madura para admitirlo. Se calmó un poco y se sentó en la orilla de la cama para hablar con ella de un modo más civilizado.

—Hay una manera de calmar tus heridas...

—Faith, ¡no voy a ir a una psicóloga! No quiero hablar sobre eso con una extraña... —El tono de voz de Cailey también se tornó más suave.

—Cailey, siento informarte, pero no eres la única mujer en el mundo en pasar por esto. Te garantizo que si conversas con una profesional, no será la primera vez que escuchará una historia como esta y seguramente no será la última.

—¡No soy fuerte como las demás mujeres! No puedo verme siguiendo adelante, teniendo relaciones sexuales otra vez, o incluso yendo a una cita con un hombre...

–Tal vez ese incidente te haga una persona más selectiva... –No era algo agradable de decir, mucho menos de escuchar, pero a veces Cailey necesitaba ser reprendida de un modo más firme.

–Sé que la culpa fue mía...

–No, no lo fue, pero no habría pasado si te hubieras preservado un poco más. –Faith fue sincera–. Por supuesto que muchas mujeres también son violadas por varios motivos, pero en tu caso podía haber sido evitado.

A pesar de haber sido dura con su hermana, ella le tomó la mano con cariño.

–Cailey, lo que pasó no es motivo para que te encierres en casa y no conozcas a ningún hombre más.

–¿Y cómo voy a confiar?

–Tal vez sea una buena idea hacer más amigos que amantes. De esos amigos pueden aparecer novios y alguien realmente especial que te merezca.

–Creo que nadie se enamoró de mí de verdad. –Otra vez habló como una niña, y Faith suspiró.

–Porque nadie, nunca, tuvo tiempo para eso. Tus relaciones raras veces pasaban de algunos encuentros.

–¿Y lo que llaman amor a primera vista? ¿No existe?

–Tal vez exista, pero no todos tienen la suerte de presenciarlo.

Notando el silencio de su hermana, Faith la abrazó. No había nada más que pudiera decirle, nada que fuera lo suficiente para devolverle la vida a sus ojos. Si por lo menos encontraran al hombre que la violó, tal vez se sentiría mejor y sobre todo más segura.

–¿Qué te parece si sales de la cama y te bañas mientras arreglo ese desorden? –le preguntó dejando de abrazarla.

–¡No tengo ganas!

–Si no lo quieres hacer por ti misma, hazlo por Tatty. Ella estaba desolada cuando llegué acá.

Cailey no dijo nada. Vaciló por algunos segundos, pero decidió levantarse y hacer lo que su hermana había sugerido.

Mientras tanto, Faith realmente fue a limpiar el dormitorio; quitó toda la comida que estaba en el suelo y recogió los pedazos del plato. La hermana menor apareció tras algunos minutos con una apariencia mucho mejor. Parecía más calma e incluso se atrevió a sonreír.

–¿Quieres comer? No soy una buena cocinera como Tatty, pero intentaré preparar algo, por lo menos decente –bromeó Faith, contagiada por el progreso que Cailey demostraba.

–¡Está bien!

Faith abrazó la cintura de su hermana, y las dos bajaron las escaleras en dirección a la cocina, donde Cailey insistió que quería ayudar. Era bueno que mantuviera la mente ocupada, y fue exactamente lo que Faith decidió hacer. Conversó con ella sobre varias cosas, le dio tareas e incluso mencionó con cuidado a Rowan, ya que sabía que Cailey estaba resentida exactamente por no conseguir una relación estable y saludable. Nunca hubo envidia entre ellas, pero en ese momento, necesitaba evitar cualquier disgusto.

Cuando Cailey se fue a acostar, parecía mucho más resignada, y algunas horas más tarde, cuando Tatianna llegó, Faith le contó todo lo que había pasado. Era un alivio saber que otro problema se estaba solucionando. Al contrario de lo que pensaba sobre ella misma, Cailey era una mujer fuerte y tarde o temprano acabaría superándolo todo.

Faith decidió que quería pasar la noche en la casa de la abuela, pero apenas pudo dormir. En cada rincón por donde pasaba, su mente y su corazón se llenaban de recuerdos. Había tenido una buena infancia y una excelente adolescencia, a pesar de haber perdido muy pronto a sus padres. Lolla siempre había hecho de todo para que ellas no sintieran la falta de nada. Les dio tanto amor que, a pesar de extrañar a sus padres, fueron felices y superaron las pérdidas. Admiraba la vida que su abuelita había llevado, la manera con que había usado su don para ayudar a la gente y el modo como trataba a todos, incluso a quien no le daba el debido valor. Estaba muy intrigada con el contenido de las cartas para Cailey y Tatianna, ya que sabía que, de una u otra manera, lo que ella le había pedido hacer –colocar flores en su tumba en una fecha determinada– desencadenó una serie de eventos; conoció a Rowan y la historia de la muerte de Ursulla, retomó su don de comprender las flores y ganó un nuevo gusto por la vida. Esperaba que cualquiera que fuese el pedido que Lolla tenía para sus otras nietas, también fuera el prelude de algo muy bueno. Ellas se lo merecían.

Antes de que Cailey y Tatianna pudieran despertar, Faith se fue hasta la florería. No había conseguido dormir bien, y durante la ma-

drugada había soñado con su hermana. En ese sueño, se vio dándole un regalo que tenía mucho sentido.

Después de tomar las flores necesarias, volvió a la casa donde las dos vivían y entró en el dormitorio de Cailey, en el cual el picaporte había sido retirado. En sus brazos cargaba un ramo de rosas de los más variados colores. La joven, que ya estaba despierta, se emocionó con ese gesto, y el regalo fue recibido con mucho cariño, porque sabía que no se lo entregaba en vano. Había alguna razón para que Faith eligiera exactamente esas flores en ese momento.

—¿Qué significan? —preguntó Cailey con curiosidad y con la esperanza de que fuera cualquier cosa que la hiciese sentir mejor.

—Cada color tiene su propio significado, pero en general, la rosas unidas en un ramo simbolizan cura y regeneración. También personifican a la mujer, el lado femenino de la naturaleza.

Esa explicación dejó a Cailey aún más emocionada. Definitivamente necesitaba ser curada, regenerar su alma, alejar los malos pensamientos. A pesar de que las rosas simbolizan la feminidad, era también de gran importancia, pues ella estaba avergonzada por ser mujer, por ser frágil, por no haber podido impedir que la violaran, por no poder protegerse a sí misma.

Solo con mirar esas flores, Cailey ya se sentía mejor. Era como si ellas hubieran purificado su mente trayéndole pensamientos de esperanza. Había una posibilidad de volver todo como era antes. Por supuesto que sería más prudente, esperaría a alguien especial, a pesar de que necesitaba un tiempo para acostumbrarse a la idea de comenzar una nueva relación con un hombre. Sin embargo, tenía su vida y el objetivo de que quería poner a ese violador, que tanto la había lastimado, tras las rejas.

Cuando las tres estaban juntas desayunando en el piso inferior, Cailey le pidió disculpas a Tatianna, que las aceptó, y Faith les reveló que Rowan había contratado a un detective para encontrar al violador.

—¿Qué? —Tatianna parecía incrédula. Cailey también lo estaba, pero en una intensidad mayor, y apenas podía decir algo.

—Bueno, él cree que sería una solución más rápida —explicó.

—Faith, ¿ese hombre no existe! ¿Dónde lo fabricaron? ¿Será posible que me encuentre a alguno disponible? —Tatty hizo reír a todas con su comentario espontáneo.

Si Cailey no estuviera tan alterada por lo que sufrió, seguro sería ella quien haría ese interrogatorio lleno de segundas intenciones.

–¡Él está totalmente enamorado de ti! –añadió Cailey.

–Dijo que quiere casarse conmigo cuando esté lista –contó Faith poniéndose colorada como si fuera una niña involucrada con un primer amor.

–Por supuesto que estás lista...

–No, Tatty. No es así como funcionan las cosas. Apenas lo conozco. ¿Cómo sabremos si nos llevaremos bien, si tenemos menos de un mes de relación? –Faith hizo una pausa–. Tal vez cuando todo termine, vuelva a pensar en el tema.

–¿Cuando todo termine? ¿De qué estás hablando? –Cailey no entendía lo que su hermana quería decir, y Faith de repente se acordó que no le había contado sobre Ursulla.

–Rowan y yo estamos investigando la muerte de su hermana. Ella fue asesinada, o por lo menos pensamos que lo fue, por el famoso “asesino de las novias”.

–¡Dios mío! ¿Faith pasando por una aventura de esa envergadura? ¡No lo puedo creer! –bromeó Cailey empezando a parecerse a la mujer juguetona de antes.

–¿Y no es peligroso? –preguntó Tatianna, siempre la más preocupada. –No estamos muy involucrados en el caso, solamente tratamos de reunir información –afirmó sabiendo que eso era una mentira.

Reconocía que había cierta dosis de peligro al estar en la pista de un asesino que podría descubrirlos. Además, Faith era un blanco fácil: era mujer, vivía sola, trabajaba en una tienda abierta al público y podía ser abordada en cualquier parte. Al reflexionar con más atención, sintió una punzada de miedo, pero decidió no pensar en eso ni tampoco comentarlo con Rowan o él haría de todo para retirarla de la investigación.

Cuando todas terminaron su desayuno, Faith se fue a trabajar, y Cailey decidió ir con ella. Todavía se sentía asustada, tenía miedo de que “Jonas” la llamara y le hiciera nuevas amenazas; por lo tanto, para que eso no sucediera, dejó el celular apagado en su casa, así Tatianna tampoco sería molestada.

Al final del día, Cailey se sentía mejor, y Faith la llevó en auto a su casa. Cuando regresó, habló con Rowan, y después de una conversación típica de novios, ella tomó una decisión. Resistió mucho, pero sabía que era lo mejor que podía hacer.

Caminando a pasos lentos, pero decididos, fue al *placard* donde Henry acostumbraba guardar sus ropas. Estaban todas allí, intactas, exactamente del modo como él las había dejado. Algunas aún tenían su olor, parecía que habían sido usadas hacía poco, y ella no pudo evitar el recuerdo de sus primeras noches como viuda cuando tomaba esas camisas y se agarraba a ellas para dormir. Fueron días difíciles, interminables, que pensó que jamás podría soportar. Creía que iba a morir al poco tiempo consumiéndose en la depresión, pero estaba ahí con vida, recuperada y atreviéndose a enamorarse otra vez. Se sentía exitosa y lista para un nuevo paso.

Encontró dos viejas maletas de viaje y las abrió en el suelo del *placard*. Como si estuviera tratando con objetos de gran valor, dobló cada pieza con cuidado y las puso en las maletas de modo ordenado. Fue inevitable sentir las lágrimas que caían de sus ojos, extrañar la falta de ese hombre que había amado y que había sido tan bueno con ella. Nunca dejaría de amarlo. No le interesaba lo importante que Rowan se tornara ni el tamaño del espacio que ocuparía en su corazón, Henry estaría siempre ahí. Sabía que Rowan comprendería eso, pues la historia que ellos habían vivido merecía ser respetada.

Cuando terminó de guardar toda la ropa, Faith se sintió realmente aliviada. Dejó las maletas en un rincón del dormitorio y, al día siguiente, muy temprano, las llevaría a una institución de caridad. A Henry, que siempre fue muy generoso, le habría gustado eso, y ella sabía que él estaría bendiciendo su decisión y sus acciones.

9

ASTROMELIA

“Las astromelias representan la amistad, la lealtad y la felicidad plena”.

Ya hacía algunos días que Jayce había entregado el disquete de Melinda al departamento de informática. Él sabía que los recursos eran escasos, que los casos parecían multiplicarse y que los muchachos que trabajaban allí ocupaban gran parte del día en redes sociales y en juegos. Estaba impaciente y tenía la certeza de que no le estaban dando mucho crédito a esa evidencia. En verdad, ni siquiera él tenía mucha esperanza con relación a los archivos que podían encontrar allí dentro, pero en un caso tan difícil como ese, no podían permitirse descartar nada.

Como si tuviera un poder telepático, Debra lo llamó a su interno exactamente en el momento en que estaba pensando en el disquete. Ella quería avisarle que los estaban llamando de la sala de informática, pues uno de los operadores finalmente había descubierto cómo abrir el archivo.

Extremamente intrigados, los dos miraban la pantalla de la computadora mientras el técnico trabajaba. De acuerdo con lo que imaginaban, se trataba de una de las ediciones del diario de la Universidad de Nueva York hecho por Melinda Stuart. Lo primero que se fijaron fue que estaba muy mal escaneado, seguramente por haber utilizado una máquina antigua. Después notaron que el diario de Sally McGeena era una copia más leve de ese, exactamente como Elmet Granger les había contado. Las noticias de Melinda eran más pesadas, más impactantes, es-

pecialmente la portada, que no era solamente impactante, sino peligrosa. Decía que a una de las muchachas recatadas y perfectas de Kappa House la habían encontrado dentro del baño en circunstancias íntimas con un profesor. No se trataba de un hombre atractivo ni tampoco joven, y por una fatal casualidad, ella, que se llamaba Penélope Ayburn, no estaba obteniendo buenas calificaciones en la materia que él enseñaba y estaba a punto de que la suspendieran. De acuerdo con Melinda, la muchacha había encontrado un modo de revertir la situación. No era difícil imaginar que alguien había hecho algo para silenciar la noticia.

–¡Necesitamos interrogar a ese profesor! –dijo Debra, decidida.

–Y también a esa joven. Además de poder ser útil para la investigación sobre ese escándalo, necesitamos vigilarla. ¿Has visto su apariencia? –Jayce se refería al hecho de que era exactamente parecida a las otras muchachas que habían sido asesinadas–. Es impresionante como todas, realmente, parecían hermanas.

–Nada que una buena agua oxigenada no pueda hacer, cariño –se burló Debra–. A propósito, ¿quieres saber lo que pienso de esas chicas? Creo que no estaban muy bien de la cabeza. Toda esta cosa de tener que ser hermosa, educada, inteligente y perfecta vuelve loca a una mujer. Ellas eran todas iguales, no por obra del destino, sino porque querían ser así, como una sociedad secreta.

–¿Sabes que esto tiene sentido? Realmente parece que vamos a descubrir más y más cosas extrañas sobre esa hermandad.

–¡No lo dudo!

Esa tarde, unas horas después, Jayce y Debra llamaban a la puerta de la casa de Werner Priestly, el profesor que había sido visto con Penélope Ayburn. Él ya tenía unos sesenta años, pero cuando abrió la puerta para recibir a los detectives, parecía mucho más viejo de la edad que tenía.

Mientras escuchaba a Jayce explicarle el motivo por el cual ellos estaban allí, su rostro fue palideciendo. A tal punto que por un momento pensaron que caería muerto a sus pies.

–¿Está bien, señor Priestly? –se preocupó Debra.

–¡Nunca pensé que esa historia iba a salir a la luz! –Él simplemente se desmoronó en una silla–. ¡Hace tanto tiempo!

–¿Por qué ese diario nunca fue distribuido en la Universidad? –Debra, que tenía una impresión del diario en las manos, se lo mostró a Werner Priestly.

–¡Por un motivo obvio, detective! ¡Esa broma hubiera acabado con la vida de varias personas! Tengo mujer e hijos. En esa época, mi hija mayor estaba embarazada.

–Bueno, pero usted no pensó en eso cuando aceptó los favores sexuales de una alumna a cambio de una buena calificación. –Jayce, que odiaba las traiciones de cualquier tipo, se complació arrinconando a ese hombre con su postura.

–¡No tuve otra opción! Ella avanzó sobre mí y era hermosa... todas lo eran. Al final, todos los profesores las deseaban, y Penélope se aprovechó de eso. –El hombre puso cara de inocente tratando de generar lástima en la policía–. ¡Fui la víctima en esa historia!

Werner estaba al borde de la histeria. Nunca podía imaginarse que ese escándalo, que fue prácticamente un trauma en su vida, pudiera volver a aterrorizarlo. Por supuesto que Jayce y Debra ya empezaban a perder la paciencia con todo ese teatro.

–¿Tiene alguna idea de por qué Melinda renunció a algo que podría haber hecho más famoso al diario? –siguió Debra.

–Nunca lo supe con seguridad, pero creo que ella pudo haber sido sobornada.

–¿Por Penélope?

–Tal vez, pero creo en la teoría de que todas las hermanas participaron en eso. Ellas eran muy unidas y ricas, juntas podían recaudar dinero suficiente para convencer a una persona sobre cualquier cosa.

Lo que Werner decía tenía sentido. El dinero era siempre un buen motivo para un crimen y explicaría la repentina fuga de Melinda. Con mucho dinero, ella podía casarse y escaparse con alguien. La teoría era buena, pero todavía no explicaba por qué Melinda había cambiado de identidad, que era lo que pensaban que había pasado. Había más cosas detrás de esta historia, y ellos ya tenían una prueba concreta de que las jóvenes de Kappa House no eran tan santas, tan intocables.

Después de salir de la casa de Werner Priestly, fueron a buscar a Penélope Ayburn. Como no había nadie y ya era tarde, decidieron dejar la visita para el día siguiente. Estaban cansados y hacía tiempo que no estaban juntos. Ese caso consumía sus energías y su tiempo libre; por lo tanto, para tratar de relajarse un poco, irían a cenar a un buen restaurante y después pasarían la noche juntos.

Rowan, por su parte, tuvo la misma idea que Jayce, sin quererlo. Faith le contó que había donado todas las cosas de Henry, y él sabía que eso era un gran paso, una señal de que, lentamente, ella empezaba a abrir el camino de su corazón y de su vida. De verdad quería casarse con ella y sabía que no era una decisión tomada por impulso, porque ya se había sentido atraído por otras mujeres, pero nunca había llegado a esa etapa. Y para probarle eso, decidió llevar a Faith para que conociera a sus padres. Ya había hablado con su madre un par de veces, que estaba ansiosa por verla. Y Faith se sentía nerviosa. Desde sus diecinueve años que no necesitaba conocer a los padres de ningún novio y, con veintiocho, no esperaba tener que pasar otra vez por eso. No sabía cómo debía vestirse, cómo hablar, cómo comportarse y tenía mucho miedo de que Odeth Allers no gustara de ella. Era importante que consiguiera agradarle a la familia de Rowan, porque eran muy unidos, especialmente después de la enfermedad del padre. Rowan se sentía responsable por su familia, y más aún cuando Ursulla fue asesinada. Quedaba solamente él para consolar a la madre, ya que su padre no comprendía casi nada, y cuando lograba entender que había perdido a su hija, a los pocos minutos se olvidaba todo. Era más fácil para él, pero no para Odeth, que sufría por los dos. Había tenido un marido fuerte, inteligente y cariñoso y había perdido a ese hombre de un día para otro.

Faith eligió un vestido rosa discreto, con un escote poco profundo, pero que la dejaba con una silueta encantadora. Rowan había notado que desde que se conocieron ella había ganado algo de peso, y su cuerpo lucía con más curvas. Además, estaba cada vez menos abatida, sus ojos tenían un nuevo brillo y en conjunto estaba aún más hermosa.

Se sentía muy orgulloso cuando entró con ella en la bella casa de su familia, donde Faith no podía dejar de maravillarse. Comprendía por qué Rowan no se había sorprendido con el tamaño de la mansión de Colin Mercer, el novio de Shelby Noor. La suya era tan bella como esa o incluso más. Mirando todo ese lujo, se puso más nerviosa. No pasaba de una simple botánica dueña de una florería. Tenía miedo de que Odeth fuera de esas personas que pensaban que, por ser rico, su hijo debía casarse con una mujer de la misma clase social.

Pero estaba equivocada. Afortunadamente, Faith fue recibida con un abrazo cálido de la madre de Rowan y con algunos elogios.

–Robert, ¡mira qué hermosa es la novia de Rowan! –Odeth tomó la mano de Faith y la llevó hasta el lugar donde el marido estaba sentado. Él tenía la mirada perdida, estaba encantado con el techo.

A Faith le dio mucha pena cuando él despegó los ojos del punto que estaba observando, y finalmente la miró. Era como si no tuviera nada dentro de la mente. A pesar de la enfermedad, todavía era un hombre bonito, se parecía a Rowan.

–¿Quién es la joven? –Odeth recién le había explicado quién era Faith, pero él ya se había olvidado. Su enfermedad se encontraba en una etapa avanzada.

–Es la novia de Rowan, se llama Faith –contestó Odeth con paciencia, pero se avergonzó con la situación.

–¡Ah, por supuesto! ¡Bienvenida, Faith! ¡Es un placer! –En un lapso de sanidad, Robert Allers se levantó de la silla y besó la mano de la joven.

–El placer es mío, señor Allers. ¡Usted se parece a su hijo!

–¿Qué hijo? –preguntó, y volvió a confundirse.

–A Rowan. Por cierto, ¡usted tiene un hijo maravilloso! –Faith lo trató con naturalidad y ganó puntos con Odeth.

–¡Oh! sí...

Notando que no podían hablar más con Robert, ya que estaba nuevamente perdido en su subconsciente, Odeth tomó a Faith de la mano y la alejó.

–Es una enfermedad triste. Robert sufre también, a pesar de no darse cuenta de nada de lo que está a su alrededor la mayor parte del tiempo –lamentó Odeth.

–Supongo que sí... –Faith apenas sabía qué decir. Fue salvada por Rowan, que finalmente llevó el ramo de flores que ella había preparado para la futura suegra y que había dejado en el auto. Ella solamente quería entregarlo después de conocerla. No sabía cómo sería recibida y, dependiendo del recibimiento que le dieran, el significado de esas flores no tendría el menor sentido.

–Mamá, Faith trabaja con flores y te trajo este ramo...

–¡Oh, qué hermosas! –Odeth tomó las flores y las olió-. ¡Gracias, querida!

–Y Faith no vende flores solamente, conoce sus significados.

–¿Es cierto? ¡No sabía que eso existía! –Odeth parecía de verdad entusiasmada.

—Sí, es verdad. La flor que regalamos a alguien o con la que adornamos nuestra casa transmite lo que sentimos, aunque no sepamos lo que significa —explicó Faith con su modo siempre sereno.

—¡Qué maravilla! ¿Y qué significan estas bellezas? —Odeth se refirió a las flores que Faith le había dado.

—Estas son astromelias. Significan amistad eterna y plena felicidad. Exactamente lo que le deseo.

Era fácil darse cuenta de que Faith estaba siendo sincera. Odeth sabía evaluar a las personas y podía jurar que esa joven era buena para su hijo. Lo que le había dicho sobre las flores la había dejado emocionada. A tal punto que no resistió y le dio un beso cariñoso en el rostro.

—Voy a ponerlas en un florero. ¡Ponte cómoda, querida!

Rowan tomó a Faith del brazo y la llevó a la sala de estar, donde le sirvió un vino. Era extraño, pero realmente se sentía cómoda, incluso en una casa tan lujosa y con personas que apenas conocía, lo que normalmente era difícil. Toda la cena salió muy bien, Faith y Odeth conversaron sobre muchas cosas como dos viejas amigas. Para Rowan, eso era más que especial; de todos modos Faith era la primera mujer que llevaba a su casa, la primera que él tenía la intención de tomar en serio. Por más que nunca hubiera sido un Don Juan, tuvo algunas novias, pero todas fueron algo pasajero. Nunca había sentido por alguien lo que sentía por Faith, y la aprobación de su madre era importante.

Robert Allers no almorzaba sentado a la mesa. Necesitaba la ayuda de una enfermera y muchas veces se aburría y se ponía agresivo cuando lo contrariaban. Como prefería estar solo en su cuarto, Odeth generalmente comía sola, y era exactamente por tener compañía que estaba tan contenta.

En cierto momento, estratégicamente, Rowan decidió quedarse un poco con su padre. Sería bueno dejar a las dos a solas para que hablaran más a gusto mientras tomaban té.

—¡De verdad me gustas tú, Faith! Pienso que ya era momento de que Rowan encontrara una persona buena para casarse —comentó cuando se quedaron solas.

—¡Me alegro que piense eso, señora Allers!

—¡Nada de señora Allers para ti, querida! Solamente Odeth. —Hizo una pausa, y Faith vio que era una bella mujer y muy elegante.

Parecía muy triste y deprimida, pero pronto se veía que era fuerte y que debía enfrentar todo con coraje.

—Sabes, Faith, los últimos años han sido muy difíciles para nuestra familia; enfermedad, muerte... nos quedamos muy afectados, pero de ninguna manera nos desunimos. Rowan es una bendición en mi vida y, entre tantas pérdidas, me alegro de recibir otra bendición en nuestra casa.

Odeeth no tenía ni idea de cuán importante era eso para Faith. Quería ser aceptada, quería que Rowan y su familia sintieran orgullo de ella. Tampoco tenía madre ni abuela y extrañaba ese cariño, especialmente porque hacía meses que no tenía un contacto más directo con Lolla, lo que la había deprimido aún más. Por lo tanto, sin siquiera saber si debía o no, Faith abrazó a la futura suegra con cariño. Rowan, que no había conseguido hablar con su padre, que ya estaba durmiendo, volvió a la sala a tiempo para contemplar esa bella escena. Incluso él se conmovió.

Tiempo después, la pareja dejó la casa de los Allers, y Faith estaba encantada.

—Te avisé que no debías preocuparte tanto con esto, ¿no te lo dije? —bromeó Rowan cuando se dio cuenta de que Faith estaba sonriendo.

—¡Debías haberme dicho que sería buenísimo! Estoy encantada con tu madre.

—Y estoy seguro de que ella también está encantada contigo.

—Sabes, Rowan... ¡ella sigue sufriendo! —comentó Faith con cuidado—. Trata de esconderlo para no preocuparlos ni a ti ni a tu padre.

—¿Te dijo algo al respecto? —Rowan se mostró preocupado de repente.

—No. —Se limitó a una respuesta vaga, pero él insistió.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Ella tiene varios floreros con jacintos en la casa —contestó después de respirar hondo, con miedo de que él pensara que ella era muy extraña.

—¿Y qué significa eso?

—Significa tristeza profunda...

Rowan se quedó en silencio, y Faith, preocupada. No acostumbraba hablar sobre esas cosas con nadie y sabía que era raro cuando le creían. Saber que entendía de flores era una cosa, pero saber que todo aquello era casi mágico era algo muy distinto.

Él siguió conduciendo en silencio, y cuando llegaron, paró el auto en la puerta de la casa de Faith. Sin invitarlo, él entró.

—¿Cuándo vas a explicarme mejor tu afinidad con las flores?

—Rowan se apoyó en la mesa de la sala con los brazos cruzados.

Hizo esa pregunta más por curiosidad que por el deseo de una explicación.

–Es complicado. No quiero que pienses que soy un fenómeno –dijo ella sin mirarlo a los ojos, con un tono avergonzado y de broma.

–Jamás pensaría eso de ti. –Él se mostró seguro de lo que decía, y ella se sintió con más confianza para hablar.

Realmente no era fácil explicarle, nunca se profundizó sobre ese tema con alguien que no fuera de su familia. En realidad, ni siquiera había creído en su propio don por un largo tiempo. Pero llegar a creer que había un poco de magia en su vida era muy interesante.

–Todas las mujeres de mi familia tenemos algún don. Cailey escribe poesías que parecen ser exactamente lo que la persona necesita, mi abuela Lolla era una especie de vidente... y todas las demás tenían habilidades de esa clase. –Faith lo dijo como si fuera una confesión.

Pensaba que él se quedaría asustado, pero la verdad era que Rowan estaba fascinado con la historia; entonces ella siguió.

–Y yo consigo regalarles a las personas las flores que ellas necesitan recibir. No solamente eso, yo sé lo que alguien siente de acuerdo con la flor que adorna su casa o que recibe de otra persona. A veces ellas llegan a “conversar” conmigo y me revelan cosas, pero es más raro. Fue el amaranto el que me había guiado hasta Ursulla la primera vez –reveló, y notó que él se quedó muy sorprendido.

–¿Pasó con Ursulla?

–Sí. Yo estaba visitando la tumba de mi abuela cuando tuve un tipo de visión, que es lo que normalmente ocurre. Podía ver exactamente dónde estaba enterrada tu hermana y a la vez me imaginé los amarantos. Como resultado, tuve que llevárselos a ella.

–¡Qué interesante! –Rowan se sentó en el sofá y la acercó a él, haciendo que se acurrucara en su pecho.

–¿Sabes lo que más me intriga de esta historia? Mi abuela, antes de morir, escribió una carta a cada una de nosotras con un pedido. Ella dijo que si los atendíamos, nuestra vida experimentaría un cambio positivo...

–¿Qué te pidió tu abuela? –preguntó mientras le acariciaba el pelo.

–Que le llevase flores a su tumba exactamente el mismo día y a la misma hora en que tú estabas visitando a tu hermana.

–Ella quería que nos encontráramos. –Lo dijo con tanta naturalidad y seguridad que Faith se sorprendió y giró bruscamente hacia él.

–¿Realmente crees en eso?

–¿Y por qué no lo creería?

–No sé. Muchas personas prefieren no creer que hay un destino, que están realmente predestinadas a algo. Además, no quieren creer que alguien pueda predecir el futuro.

–Tal vez, pero yo creo. –Una vez más él demostró que decía la verdad–. ¿Y qué les pidió tu abuela a Cailey y a Tatianna?

–Ella dejó todas las cartas con Thomas para que las entregue en fechas establecidas.

–Me arrepiento de no haberla conocido. Pienso que me iba a gustar.

–¡Sin duda! No había a quién no le gustara. –Faith sonrió ante el recuerdo de Lolla–. Rowan, ¿puedo pedirte algo?

–Cualquier cosa...

–Pasa la noche conmigo... –Ella lo pidió con tanta dulzura que sonó como una súplica.

–¿Eso fue un pedido o me vas a hacer un favor? –preguntó divertido tratando de relajarla; al final, ella no se sintió cómoda por pedirlo–. Por supuesto que me quedo, cariño. Será un placer.

Feliz, Faith lo besó con cariño y pasión, haciéndole entender lo que quería. De hecho, ella deseaba todo lo que él pudiera darle. Se convirtió en algo tan precioso tenerlo cerca, tan necesario que no tenía otra alternativa que pedirle que se quedara, a pesar de sentirse un poco avergonzada por hacer demandas en el principio de la relación. Quedarse sola no tenía mucho sentido. Tal vez, la idea de casarse con él no fuera tan mala, incluso estando tan insegura, debido a los recuerdos de Henry que aún existían. Desde que se involucró con Rowan, su fallecido marido se había convertido en un recuerdo, en un buen momento que ella no quería olvidar, que agradecía que hubiera sucedido. Ahora era Rowan quien ocupaba sus sentimientos de amor y deseo, y conocer a la maravillosa familia que tenía la había dejado aún más segura de que debería aceptar la propuesta, pero prefería esperar que pasase toda esa historia del asesinato de Ursulla.

Pasaron una vez más la noche juntos, y fue por la mañana temprano cuando el celular de Rowan sonó. Estaba en vibrador, y agradeció eso, ya que no incomodó a Faith. Él, que tenía el sueño ligero, atendió rápidamente a la segunda llamada.

Era el policía que había sobornado, y tenía noticias. No eran buenas, y ellos quedaron en encontrarse para que el policía le entregara algunos documentos que había copiado. Necesitaba despedirse de Faith, no quería que se despertara de una noche tan especial y se encontrara con una fría nota. Sin embargo, sería muy difícil hacerlo, ya que estaba tan hermosa durmiendo. Pero no tuvo otra opción.

–¡Faith, cariño, despierta! –Rowan la tocó con delicadeza en el brazo.

Todavía un poco desorientada, abrió los ojos bien despacio. Por algunos minutos fue como si no supiera exactamente lo que estaba pasando, pero de pronto sonrió, y él sintió su corazón calentarse. ¿Cómo era posible que él, que todos creían tan poderoso, tan seguro en sus decisiones, pudiera estar completamente en las manos de esa mujer?

–¡Buenos días! –exclamó aún sonriendo.

–¡Buenos días, hermosa! –Antes de explicarle el motivo por el cual la estaba despertando, la besó despacio en los labios–. No quería despertarte, pero tengo que salir.

–¿Trabajo?

–No, mi contacto en la policía me llamó. Mataron a otra joven.

–¿Una más? –Faith se asombró, y todo el sueño que traía desapareció en un segundo–. ¿Cómo fue?

–No sé. Él no podía decir muchas cosas porque estaba en la comisaría. Quedé en encontrarlo en una hora.

–Voy contigo –informó con decisión.

–¡Mejor no, Faith! ¡No quiero que te expongas a nada de esto!

–Rowan Allers, será mejor que me dejes ir contigo o vas a tener que encerrarme en mi propia casa –dijo cruzándose de brazos, de pie sobre la cama, obstinada.

Él vaciló, hasta que lanzó la cabeza hacia arriba mirando al techo como si fuera a rezar.

–¡Qué Dios proteja a las mujeres porfiadas! –gritó en tono de broma y después bajó la cabeza dándose vuelta hacia Faith–. Ganaste una vez más. Ahora salta de la cama y arréglate antes de que me arrepienta. –Sintiéndose una vencedora, Faith le dio un beso en el rostro y literalmente saltó de la cama para ducharse y vestirse.

Mientras se duchaba, pensaba en lo que acababa de escuchar sobre otra joven más asesinada. Era angustiante saber que ese hombre tan peligroso estaba libre, que no había una pista que llevase a

la policía hasta él, ninguna persona sospechosa. ¿Será que alguien podía engañar a todos por tanto tiempo?

Faith rápidamente estuvo lista, y Rowan ya la esperaba para que fueran al lugar establecido. Era un tipo de cafetería muy cerca de la casa de Faith, y ellos aprovecharon para desayunar. Todavía era muy temprano, pero enseguida los dos irían a trabajar y no tendrían tiempo para comer.

Con quince minutos de retraso, el contacto de Rowan llegó. Era un hombre gordito, calvo, que tenía alrededor de cuarenta años. Nervioso, miraba de un lado a otro con miedo a ser visto. Se sentó con ellos, aún tenso, y apoyó de pronto una carpeta sobre la mesa.

—¡No puedo tardarme! En esta carpeta van a encontrar todo lo que necesitan saber. —El hombre todavía no había mirado ni a Rowan ni a Faith, y cuando lo hizo, abrió los ojos con pánico—. ¡Usted estuvo en la comisaría el otro día! —recordó apuntando a Faith.

—¿Cómo se acuerda de eso? —preguntó desconfiada.

—Pues, no siempre una mujer guapa aparece por allá. —Era prácticamente un piropo, y Rowan se incomodó con el exceso—. ¡Usted estaba conversando con Steve! ¿Me va a delatar con él?

—¡Por supuesto que no delataría a nadie! —dijo bruscamente Rowan en ese tono de voz suave y cortante que era capaz de dejar a cualquiera con miedo—. ¡No sea tonto!

—¡Está bien! De todos modos, lo que necesitan está ahí. Mejor que me vaya. —Sin despedirse o decir algo más, se fue, y dejó a la pareja sorprendida con sus actitudes.

—¿Este es tu informante competente? —bromeó ella.

—Competente sí, a tal punto que ya tengo todas las informaciones que necesito —dijo Rowan mostrándole la carpeta que el policía le había dejado.

—¡No me tengas en vilo! ¿Qué dice? —lo apuró Faith, llena de curiosidad.

—El nombre de la víctima era Penélope Ayburn. El mismo tipo físico de todas las demás, excepto que no estaba de novia. —Tanto a Rowan como a Faith les extrañó este dato—. Y mira qué curioso; ella no tenía familia, amigos, ni tampoco novio.

—Parece que su vida después de la Universidad dejó de ser perfecta —comentó Faith con un pequeño tono de sarcasmo.

—No hay mucho aquí, solamente dice que el cuerpo también fue encontrado dentro del mismo lago y que estaba en mejores condiciones que los otros.

–Probablemente lo encontraron antes.

–Tal vez, pero solo un médico forense podrá confirmar esa teoría –respondió Rowan y, enseguida percibió que la expresión de Faith se tornó desanimada de repente. –¿Qué pasó, cariño? ¿Algún problema?

–Estoy asustada. ¡No puedo creer que una mujer más esté muerta! Sé que vemos casos como este en los diarios todo el tiempo, pero cuando estamos involucrados de alguna forma, aunque indirectamente, es aún peor. –Faith de verdad estaba angustiada.

De una manera que no comprendía, se sentía parte de todo eso, como si pudiera sentir cualquier conexión con los casos, a pesar de no haber conocido nunca a ninguna de las víctimas.

–Te avisé para que no llegaras tan lejos con todo esto. Sabía que acabarías lastimada o con miedo. –Él pasó la mano por su rostro tratando de calmarla.

–No estoy flaqueando y no se me pasa por la cabeza desistir... solo estoy horrorizada con esto. Creo que tengo derecho, ¿no?

–¡Por supuesto! –Rowan tomó su mano y la besó, demostrándole que ella realmente no debía avergonzarse de su miedo, de su inseguridad.

Incluso él muchas veces se sentía asustado con tanta violencia.

–Bueno, te llevaré a casa. Es hora de que empecemos a trabajar.

Ellos se levantaron, entraron al auto, y Rowan la dejó en la puerta de la florería, donde se besaron rápido, pero apasionadamente.

–¿Será que puedo verte esta noche?

–¿Y por qué no? –sonrió al pensar en lo bueno que sería pasar una noche más en sus brazos y que la relación era más seria de lo que ella esperaba. También estaba más feliz de lo que se había imaginado.

–Pensé que tal vez querrías quedarte con tu hermana.

–¡Cailey está mejor!

–Estará aún mejor cuando este hombre esté detrás de las rejas.

–Rowan parecía reacio–. ¡Espero que el detective dé señales pronto!

–No seas tan impaciente. –Faith lo besó en el rostro–. Por cierto, es mejor que te vayas a trabajar antes de que me arrepienta de dejarte ir.

–Tal vez no sea una mala idea. –Rowan la besó más intensamente, pero ella lo alejó.

–¡Vete! –se rio divertida, y él obedeció.

Faith se quedó mirando al hombre que amaba partir a su trabajo, exactamente como acostumbraba hacer meses atrás.

Muchas veces se encontraba comparando a los dos, por más que no quisiera. Sin embargo, cuando lo hacía, se convencía de que Rowan y Henry no podían ser más diferentes. Cada vez más, aunque respetara la memoria de su marido, tenía que admitir que Rowan era mejor. Al comienzo de la relación con Henry, él había sido muy cariñoso, atento y divertido, pero nunca había hecho latir su corazón de ese modo. Nunca había sentido esa ansiedad por verlo, nunca lo quiso con tanto deseo. Se había dado cuenta de que, poco antes del accidente, empezó a aparecer una pequeña distancia entre ellos. Pero todo volvió a la normalidad cuando ella anunció que estaba embarazada. Él se había puesto tan feliz con la noticia del bebé que su matrimonio volvió a ser maravilloso. A pesar de todo, lo que vivía con Rowan era aún más especial, por más que fuera tan reciente.

Sonriendo y ansiosa por la noche que estaba por venir, ella entró en la florería lista para un día más de trabajo con Cailey, que ya estaba allí.

Con el día ajetreado en la comisaría por causa del asesinato de Penélope Ayburn, Jayce y Debra apenas podían parar un minuto. Cuando Jayce se sentó delante de la computadora para consultar sus *e-mails*, con la esperanza de recibir una buena noticia, tuvo una sorpresa mayor. Había un mensaje anónimo en su bandeja de entrada.

Intrigado, lo abrió, y comprobó que el asunto decía: “Al detective Jayce Hernández - Sobre el asesino de las novias”.

Cuando leyó el contenido del *e-mail*, el policía no podía dejar de preocuparse. El mensaje parecía ser del propio asesino y decía:

“Estimado detective:

Finalmente he terminado mi trabajo. Fue una misión difícil, pero gratificante.

Sin embargo, la muerte ahora es parte de mí. Y no quiero, no puedo parar.

¡Espere y se sorprenderá!”.

Jayce se recostó en la silla tratando de encontrar un poco de equilibrio mental. En casi seis años como policía, nunca había recibido ningún mensaje de un asesino. Nunca había presenciado tanta audacia, por lo menos no de esa manera. Sabía que solía ocurrir, que

varios locos sentían la necesidad de exponerse, de pensar que tenían el control, que se burlaban de los oficiales. Pensaban que jugaban con ellos; sin embargo, ese “asesino serial” no quería ninguna de esas cosas. No quería solamente llamar la atención, él realmente tenía un mensaje para los detectives. Él quería “desahogarse”. No había dudas de que ocurrirían más muertes y de que todo iba a estar cada vez peor. Imaginaba que personas que no tenían nada que ver con Kappa House también serían asesinadas, y nadie podía predecir quiénes serían sus próximas víctimas ni el motivo de su próximo crimen. Solamente sabían que él no iba a parar hasta que lo capturasen.

Debra notó la expresión tensa de Jayce y decidió acercarse. Él no necesitó decirle nada para que supiera que tenía que ver con el *e-mail* que estaba abierto en la pantalla de su computadora. Al igual que su pareja, ella se estremeció al leer el texto. Tomó la silla que estaba vacía en el cubículo al lado de Jayce y también se sentó.

—¿Qué va a hacer ahora? —Su pregunta demostraba una gran decepción.

—¡No tengo idea! Sinceramente, lo único que quería era estar muy lejos de todo esto cuando él decidiera elegir a su próxima víctima. —Jayce estaba muy cansado, como si necesitase unas vacaciones urgentemente o un tiempo alejado de la comisaría.

—¿Será que los muchachos de informática no pueden descubrir a quien pertenece esa dirección de *e-mail*?

—¡Probablemente no! Es una cuenta gratuita. Él puede haber usado cualquier nombre para hacerlo. —Jayce se pasó la mano por la cabeza y la rascó rápidamente, como si tratase de aclarar las ideas—. Entonces tenemos seis víctimas. —Él tomó un papel y empezó a anotar el nombre de todas.

—¿Cuáles eran las semejanzas entre ellas? Vamos a enumerarlas...

—¿Semejanzas? ¡Todas! El físico, estudiaban en la misma Universidad, participaban de la misma hermandad... no me asustaría si ellas también hubieran compartido los novios —se burló Debra—. Sería difícil hablar sobre sus diferencias.

Jayce estaba inquieto y hacía ruidos mientras golpeaba constantemente la pluma en su mesa. Realmente esas mujeres tenían muchas características en común. El informe de cada uno de los interrogatorios que había hecho con los familiares y amigos estaba enfrente, y todos decían siempre las mismas cosas sobre ellas; lindas, intelligen-

tes, buenas hijas, tranquilas, amables, se mantenían lejos de los problemas y de la promiscuidad, además tenían a hombres que las amaban. Incluso después de haberse separado durante tantos años, seguían manteniendo un estilo de vida parecido: trabajaban, tenían carreras exitosas, y quizá a los treinta años, si todas estuvieran vivas, terminarían por casarse en la misma época. Era como un pacto eterno, algo muy extraño.

Pero ¿y si Debra está realmente en lo cierto? ¿Y si lo que de verdad importaba eran sus diferencias? Pero ¿cuáles serían las diferencias entre ellas? Debía haber alguna, porque después de la Universidad ninguna volvió a encontrarse, de acuerdo con lo que sus amigos habían dicho. Nunca más se hablaron ni tomaron parte de encuentros o fiestas tras la graduación. Ellas realmente tenían un secreto, y Jayce sospechaba que estaba relacionado con la noticia de que Melinda de repente había dejado de publicar.

Y como en un pase de magia, el oficial volvió a la realidad. Uno de los médicos forenses que estaba trabajando en el caso del “asesino de las novias” tenía algo que decirles y se aseguró de llamarlos personalmente. Jayce y Debra, por lo tanto, fueron hacia la morgue, que estaba convenientemente cerca de allí, y buscaron al médico, quien los recibió con seriedad, pero con satisfacción. Normalmente no le gustaban los policías, pero esos dos eran una excepción a la regla. Eran educados y no lo presionaban.

–Y entonces, ¿qué descubrió? –Jayce estaba un poco ansioso.

–Penélope Ayburn tenía heridas hechas con cuchillo que no coinciden con el momento de su muerte. Por mis análisis, parecen que fueron hechas días antes.

–¿Qué heridas?

El médico retiró la sábana que cubría el cuerpo de la joven para poder contestar la duda de Debra.

–Estas de aquí –dijo señalando cortes menos profundos en las piernas y en los brazos–. Da la impresión de que fue torturada. ¿Nadie avisó de su ausencia? ¿No les informaron ningún secuestro?

–Podemos averiguar con el departamento a cargo, pero creo que es difícil que encontremos algo, ella no tenía a ninguna persona. Era una mujer extremadamente solitaria –le contestó Debra un poco apenada.

–¿Y su trabajo?

–Ella trabajaba en su casa. Ganaba buen dinero como contadora independiente para pequeñas y medianas empresas.

–¡No es posible que una persona viva así!

–Vamos a hablar con una vecina, pero tengo la impresión de que Penélope Ayburn era una mujer problemática –especuló Jayce.

–Para mí eso está muy claro –intervino el médico–. ¿Qué les parece ataques de pánico?

–Es una hipótesis que se debe tener en cuenta. Es posible que haya sufrido algún trauma, ya que parecía bastante normal en la época de la Universidad. –El detective abrió los ojos en tono de broma, para que los dos entendieran lo normal que Penélope era en la época de Kappa House, considerando sus métodos para lograr buenas calificaciones.

–Pero entonces, si él realmente la torturó, usó un método totalmente diferente. –Debra, que estaba intrigada con esa nueva información, decidió interrumpir el comentario divertido de su compañero.

–Y si todo tiene realmente conexión con Kappa House, él decidió terminar de forma espectacular. Es muy probable que el reportaje de Melinda tenga relación con esto. Tal vez la pieza que faltaba para el rompecabezas era la audacia de Ayburn, que podía haber corrompido la imagen de perfección de la fraternidad.

–Es una buena teoría. –Incluso el médico estaba empezando a involucrarse en esta investigación.

–¡Gracias, doctor! Cualquier noticia, no dude en llamarnos. –El médico les estrechó amablemente la mano a los dos policías, quienes se retiraron poco después.

Intrigados por la posibilidad de estar un paso más cerca de descubrir algo, Jayce y Debra no dudaron en buscar a los vecinos de Penélope Ayburn. Sin embargo, como se lo habían imaginado, la pareja de ancianos que vivía al lado de la joven no la conocía muy a fondo.

–Ella era una niña muy educada. Muchas veces se ofreció para ayudarnos con nuestras cuentas, pues mi cabeza ya no es como antes... –explicó lentamente el señor Forrester mientras su esposa se lamentaba por la muerte de la joven.

–¡Qué tragedia, Dios mío! ¡Era realmente una chica buena! –La mujer no paraba de repetir ese tipo de cosas.

–¿Cuándo fue la última vez que ustedes la vieron?

–Bueno, no la veíamos a menudo. Ninguno de nosotros salía mucho de casa. –El señor Forrester hizo una pausa tratando de aclarar la mente–. Si bien siempre veíamos una luz encendida o escuchábamos una radio, hacía por lo menos cuatro días que nada de eso estaba sucediendo. Pensamos que había viajado.

¿Cuatro días fuera de casa? Una prueba más de que podía haber sido secuestrada y torturada por el “asesino de las novias”. La pregunta era por qué. Él usaba un criterio casi meticuloso y resolvió cambiarlo exactamente con su última víctima. Estaba claro que ella era especial, algo la hacía diferente de las otras. Y Jayce sabía que esa preferencia estaba relacionada con el escándalo del profesor que ella había seducido. No había otra explicación, pero si había otra, iba a descubrirla.

–Una pregunta más... –se acordó Debra–. ¿Penélope recibía alguna visita?

–¡Ah, sí! Había un muchacho que la visitaba casi todos los días. Bueno, sería casi imposible que una chica tan bella y joven como ella no tuviera un novio –contestó rápidamente la señora Forrester.

–¡Vamos, Lucy! ¡No seas chismosa! No sabemos si el muchacho era realmente su novio. Podía ser de la familia –la reprimió el marido. Formaban una pareja interesante.

–¡Yo no nací ayer... un muchacho guapo como él!

–¿Podría describirlo?

–¡Por supuesto! Alto, atlético, moreno... nunca vi sus ojos, pero debían de ser lindos –lo describió soñadora.

–¿Y en esos cuatro días él vino a buscarla?

–¡Oh sí! Tocó el timbre varias veces. Incluso pensé que se habían peleado. Pobre Penélope –se lamentó de nuevo.

Aquella descripción de la mujer no serviría de mucho y tampoco había mucho más para aclarar. Probablemente, Penélope Ayburn de verdad había sido secuestrada. Era una piedra más en un juego sin fin.

Era una noche más en la que Rowan y Faith dormían juntos. Aunque se sentía protegida en los brazos del hombre que amaba, percibía que entraba en un raro sueño. Se veía otra vez en su invernadero, donde todas sus flores estaban destruidas. Era de noche, se formaba una tormenta con rayos y truenos implacables. Ella, vestida de blanco, en un vestido sucio y roto, sujetaba en su mano izquierda

un tipo de flor llamada azucena, la única planta que parecía intacta en ese lugar y que no había sido afectada por la oscuridad. La flor era roja y goteaba sangre. Instintivamente, miró sus manos, que también estaban completamente ensangrentadas.

No tardó mucho para que se diera cuenta de que no estaba sola en ese lugar, también había un hombre allí. Podía escuchar sus pasos y ver su sombra. Era un hombre grande y fuerte, que la asustó e hizo que empezara a correr, como si de eso dependiera su vida.

Corría tan rápido que acabó por tropezar y caer al suelo. Fue lo suficiente para que el hombre la alcanzara. Pero cuando se acercó, Faith reconoció su rostro. Era Jayce Hernández, y él solamente le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

–¡No huyas de mí! ¡Solamente vine a buscar mi flor!

Asustada, Faith aceptó su ayuda y le entregó la flor, que se deslizo en sus manos.

Con un grito asustado, Faith se despertó de su pesadilla y terminó despertando a Rowan.

–Faith, ¿qué pasó? –Él se sentó en la cama a su lado, abrazándola. Ella estaba sin aliento y temblando en un sudor frío–. ¡Cariño, tranquilízate! Fue solamente una pesadilla. Estoy aquí. –Él le besaba la frente, pero ella no se calmaba.

–¡No! ¡No era solo un sueño! –dijo alterada–. ¡Sé que todo lo que vi va a pasar! ¡Alguien va a morir!

Como en una profecía, al igual que en el sueño que acababa de tener, empezaba a llover. No exactamente una tormenta, pero un mal augurio, sin dudas.

–No, cariño. ¡Nadie va a morir, fue una pesadilla! Yo...

–No lo entiendes. –Rowan quería decir algo más, pero Faith estaba tan alterada que no lo dejó terminar–. Fue exactamente así lo que pasó con Henry.

Estaba inquieta y nerviosa mientras Rowan trataba de sujetarla. Todo en ella indicaba que estaba realmente aterrorizada, y él no esperaba todo ese descontrol, no coincidía con la imagen de la mujer hermosa y equilibrada que había conocido. Era exactamente por ese motivo que sabía que algo andaba mal.

–Cuéntame qué soñaste. –Esa era una estrategia para que se calmara.

De modo apresurado, Faith le contó todos los detalles de su sueño mientras la lluvia caía afuera acunando sus palabras.

–¿Y cuál es el significado de esa flor, Faith? ¿Es la muerte?

–¡No! –exclamó con firmeza–. Las azucenas simbolizan la falta y la tristeza por haber perdido a una persona querida. Sé que Jayce va a perder a alguien que ama.

–¿Cómo puedes estar tan segura?

–Tuve un sueño igual a ese unos días antes de que Henry muriera. Pero era yo quien recibía la flor.

Rowan no sabía qué decir. No era un hombre escéptico, realmente creía que Faith podía tener una conexión inusual con las plantas, podía incluso creer que su pesadilla era una premonición; después de todo, las mujeres aún tienen esas intuiciones. Solamente no estaba preparado para lo que iba a suceder. Faith se levantó de la cama de un salto y salió corriendo. Rowan la siguió; ni siquiera usaba una camisa, vestía solamente unos pantalones de chándal.

Ella fue directamente al invernadero. En cuanto entró en ese lugar casi sagrado, fue directo hacia sus azucenas. Rápidamente empezó a destruirlas con una rabia que no le era peculiar. Una por una, pétalo a pétalo. Rowan la dejó que liberase su ira mientras ella gritaba que no quería ver más ninguna muerte. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que se estaba lastimando con las espinas, sujetó sus brazos firmemente para que parara, y fue entonces cuando Faith empezó a llorar prácticamente lanzándose al suelo, derrotada, cansada. Finalmente, Rowan le soltó los brazos y solo la abrazó cariñosamente, y se sentó a su lado meciéndola como si fuera una niña.

–No estás más sola. Nunca más lo estarás.

Repitió esa frase varias veces. Podía notar la angustia que estaba sintiendo, no solo por el terrible sueño que podía o no hacerse realidad, sino principalmente por algo que ella había decidido dejar atrás en su vida y que insistía en atormentarla de modo cruel.

Minutos más tarde, como si fuera un objeto de porcelana, Rowan la levantó del suelo en sus brazos y la cargó hasta su casa, y en consecuencia, hasta su cama. No sabía si estaba dormida o completamente inconsciente, así que decidió quedarse cerca por si acaso lo necesitase. Se acostó a su lado y la abrazó tratando de mantenerla a salvo de un mal contra el cual no sabía qué hacer.

10

BROMELIA

“Las bromelias simbolizan la amistad y la lealtad. También representan la claridad intuitiva, la purificación y la desintoxicación del alma”.

El dolor de cabeza era tan intenso que ella podía jurar que había bebido demasiado la noche anterior. No era solo eso, era algo mucho más serio. Alguien iba a morir, no era solamente una pesadilla.

Instintivamente sabía que no iba a encontrar más a Rowan en su cama ni tampoco en su casa. Estaba segura de que lo había asustado lo suficiente para mantenerlo lejos. Tal vez sería mejor de esa manera, antes de que terminara arruinando todo. Iba a sufrir más de lo que podía soportar, pero al menos él estaría bien. La familia DeWitt era muy difícil y estaba llena de sus propias tragedias, lo que acababa por perjudicar a otros. Y ella no quería eso, sobre todo para alguien que había llegado a amar tanto.

Sin embargo, no estaba sola. Tatianna estaba allí y tenía una preocupación visible en sus ojos. Exactamente lo que Faith no quería.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó, pero no en tono de desagrado al verla allí, solamente enojada por darle trabajo a tanta gente.

–Rowan me llamó pidiéndome que no te dejara sola –explicó.

–Él no debía haber hecho eso...

–¿Y por qué no, Faith? No puedes querer lidiar con todos los problemas sin ayuda. –Estaba enojada, y Faith tenía que aceptarla, pues

sabía que Tatianna tenía razón. Necesitaba aprender a no tener vergüenza de sus debilidades, a fin de cuentas era solo humana.

–¿Dónde está Cailey?

–En la florería. –Faith estaba a punto de levantarse de la cama para protestar.

Su hermana estaba cuidando de todo sola.

–¡Quédate ahí! –le ordenó Tatianna con autoridad–. Cailey está bien. Ella no es ninguna niña y está contenta por poder ayudar.

–Tengo miedo que él la llame otra vez.

–No pienses en eso ahora. Necesitas preocuparte por ti misma. –Tatianna se acercó y se sentó en la cama a su lado.

–¿Rowan no te dijo lo que pasó?

–No. Solamente me dijo que no tuviste una noche muy agradable.

Por más que no quisiera, le debía una explicación a su prima. Allí estaba ella, preocupada, dejando de lado todo lo que había programado para su día, pues tenía que cuidar de una mujer tonta que tenía pesadillas con flores. Pero esa era Tatianna, siempre lista para los sacrificios. Faith se preguntaba cuándo llegaría el día –y también el de Cailey –de ser feliz, realmente feliz.

–¿Y le vas a entregar la flor a ese tal Jayce Hernández?

–¡No! Anoche destruí todas las azucenas –dijo sintiéndose arrepentida–. Pero tal vez sea mejor así. No quiero involucrarme en esto más. –Faith todavía sentía un fuerte dolor de cabeza.

Había sido exactamente así cuando soñó con esa flor, y Henry había muerto.

–Creo que Rowan no me va a querer ver nunca más... –dijo dándole una falsa sonrisa para amenizar la situación.

–¡No cuentes con eso! Él ya ha llamado por lo menos unas diez veces para saber si estabas despierta y si estabas bien –dijo Tatianna, y se dio cuenta de que Faith se sintió aliviada–. Acostúmbrate, prima, ¡ese hombre está loco por ti! ¿Y quieres saber una cosa? ¡Eres una mujer afortunada! Rowan me parece mucho más cuidadoso y atento de lo que era Henry.

No tenía dudas de eso. Tatianna siempre fue muy observadora y tenía razón, pero Faith sabía que un hombre como Rowan, que podía tener la mujer que quisiera a sus pies, no necesitaba involucrarse con una tan problemática.

Luego, las dos desayunaron juntas, y después de un rato, Faith pudo convencer a su prima de que la dejara ir a ver la florería. Tatianna sabía lo importante que era el trabajo para ella y que acabaría sintiéndose mejor cerca de sus flores.

En cuanto entró al invernadero vio a sus azucenas, tan bellas, totalmente destruidas, con pétalos lanzados al suelo por todas partes. Se arrodilló cerca de ellas sin creer en la crueldad que había cometido. Amaba a sus flores, todas eran sus compañeras, sus confidentes, testigos de sus lágrimas, y ella les había hecho daño. Les susurró palabras de disculpas mientras Tatianna y Cailey la miraban.

–Faith, voy a arreglar este desorden, pero desde que llegué aquí el teléfono no ha parado de sonar –le explicó Cailey.

Después de hablar, tomó una única flor que estaba sobre el mostrador y se volvió a su hermana.

–Todavía queda una. Fue arrancada de raíz, pero está intacta.

Cailey sujetaba la última azucena sobreviviente, que era sorprendentemente igual a la del sueño que Faith había tenido, de color rojo sangre, hermosa y peligrosa, una señal de que todavía podía hacer su parte en la premonición. Debería entregar la flor a Jayce Hernández, pero aun así, alguien moriría.

Esa era la verdadera maldición de su don; por más que supiera que algo iría a suceder, no podía prever cuándo ni cómo hasta que ocurriera. No podía ayudar, pues todas las cosas que “preveía” eran inevitables.

Y el día fue transcurriendo, como para torturar a Faith, que no sabía qué iba a hacer. Más allá de la duda que afectaba su mente, todavía existía el hecho de que Rowan no había llamado ni una vez más.

Decidió trabajar para espantar los malos pensamientos, y Tatianna, a pesar de parecer decidida realmente a cuidarla, no se opuso.

Por la noche, las tres cerraron la florería después de mucho trabajo. Por supuesto que Faith no era capaz de olvidar su sueño ni el hecho de que todavía quedaba una única azucena sobre el mostrador, que esperaba para que la entregara a su futuro dueño. A pesar de mantener esos pensamientos, tenía a su familia cerca, la única que le quedaba, y era reconfortante.

No obstante, en cuanto dieron por terminada la tarea, Faith tuvo que convencer tanto a su hermana como a su prima de que podría

quedarse sola, de que no necesitaban hacerle de niñera a una mujer de veintiocho años.

Cuando las dos se fueron, sintió el vacío de la soledad del departamento. Podía caminar por todos lados buscando algo que hacer, pero nada llenaría su tiempo del modo como Rowan lo haría. Se acordaba de cómo hacían el amor y tenía ganas de llorar pensando que tal vez jamás volvería a tener esa oportunidad otra vez.

Pero no pasó mucho tiempo hasta que alguien tocó el timbre. Al principio pensó que sería alguna de las chicas que había olvidado algo en su casa o en la florería, pero no. Era Rowan con una preciosa cesta en las manos. Podía ver que traía golosinas para la cena, y ella no pudo dejar de sonreír al ver que él estaba de vuelta.

—¿Pensaste que te habías librado de mí? —sonrió. Seguía afuera levantando la cesta hasta la altura de los ojos para que ella viera que él había llegado para quedarse, no solamente para una visita social.

Ella no sabía qué decir. Su corazón latía acelerado y aliviado por verlo allí una vez más. Solamente esperó que entrara, que pusiera la cesta sobre la mesa del comedor y se sacara la chaqueta para correr hacia él y saltar sobre su regazo entrelazando las piernas en su cintura. Rowan se asustó con la actitud repentina de Faith, pero fue rápido para sostenerla con sus brazos, que colocó debajo de sus muslos. Ella era liviana para él, lo que evitó que se desequilibrara. También fue rápido en corresponder al beso apasionado que le dio.

—Eso sí es una buena recepción... —Rowan estaba prácticamente sin aliento por el deseo.

—¡No digas nada, por favor! —exclamó Faith y volvió a besarlo.

Ella quería simplemente dejarse llevar por sus instintos como nunca antes se lo había permitido. Quería que Rowan comprendiera eso, que también la dejara hablar más alto y solo disfrutasen el momento. Todo estaba a su favor, y ellos tenían tiempo, pero Faith quería que él la amase como si fuera la última vez. Como si sus vidas dependieran de eso.

Y fue exactamente lo que hizo Rowan. La mantuvo suspendida en sus brazos, entrelazada, y fue así como la presionó contra la pared. Mientras ella se sujetaba con sus propias piernas y con sus brazos, poniéndolos alrededor de su cuello, él usó las dos manos libres para abrir todos los botones de la blusa que Faith usaba de un solo tirón. Besó su cuello, y enseguida la besó en la boca mientras le sacaba el

corpiño, cuyo cierre estaba entre sus senos. No soportaba más la espera; la llevó al sofá y la acostó allí. Faith no tardó en desnudarlo también, y en cuestión de segundos él estaba dentro de ella, en respuesta al pedido que ni siquiera le había hecho, pero que era exactamente lo que había deseado.

Tiempo después los dos estaban acostados en la cama, abrazados y exhaustos. Faith jamás había sido amada de esa forma y se sentía completa, encantada, satisfecha. Se sentía feliz, no solamente por lo que habían acabado de hacer, sino sobre todo por estar él allí, por no haber renunciado. Era un regalo, y Faith no tenía más dudas de que estaban destinados a estar juntos.

En ese momento, los dos comían los sabrosos manjares que Rowan había traído en la cesta y bebían el vino que él también había elegido. Se reían, jugaban, se seducían y parecían dos adolescentes que compartían el primer amor.

—Rowan, espero que no pienses mal, pero no quiero que duermas aquí esta noche. —Ella lo dijo seria, pero él abrió los ojos de modo divertido, como sorprendido.

Sin embargo, la verdad era que él ya imaginaba que le pediría que no se quedara. No quería separarse de ella, pero la comprendía.

—¿Me estás echando? —bromeó, pero la abrazó enseguida para que se diera cuenta de que no estaba enojado.

—¡Perdóname, cariño! Es que no quiero que presencias más ningún descontrol mío.

—¡Yo no voy a sentirme bien sabiendo que estás sola aquí! No quiero que me alejes de tus problemas. Ya te dije que sobre todo soy tu amigo. —La idea era dejarlo muy claro para que ella no se olvidara y nunca lo dudara.

—Lo sé. Sé que puedo contar contigo para cualquier cosa, pero debo tratar ciertos problemas sola.

—Bueno, pero sabes que puedes llamarme en cualquier momento si lo necesitas.

—De acuerdo. —Faith sonreía cada vez más encantada con la complicidad y la bondad de ese hombre.

Ella no sabía qué había hecho de bueno para merecerlo. Fuera lo que fuera, estaba agradecida.

Rowan pensaba lo mismo mientras le acariciaba delicadamente el cabello. Esa mujer especial había aparecido en su vida y lo convirtió en un mejor hombre, lo hizo tener ganas de cuidar a alguien, de proteger, de hacer el bien. No había otra explicación para eso. Él sabía lo que sentía, solamente necesitaba expresarlo, y ella necesitaba saberlo.

–Te amo, Faith. –Y de verdad la amaba.

Si existiera cualquier sentimiento más fuerte que el amor no sería suficiente.

–Yo también te amo. –Y se besaron otra vez, como para sellar un pacto.

Cuando se separaron, ella miró el reloj y vio que ya era tarde.

–Es tarde, déjame acompañarte a la puerta. –Faith ya iba a levantarse, pero él la detuvo.

–Déjame solamente esperar que te duermas. Después te prometo que me voy.

–¿De verdad te vas? ¿Antes de que yo empiece una nueva pesadilla?

–No te preocupes. Solamente quiero que te duermas en mis brazos.

No había manera de resistirse a esas palabras y a su sonrisa. Con una sensación de calma, aprovechó los minutos de sobra que todavía tenían. Rowan se apoyó en el respaldo de la cama y tomó a Faith para que pudiera recostarse sobre su pecho mientras suspiraba con sus mimos y sus besos. Se sentía una niña protegida y se quedó dormida.

Exactamente como lo había prometido, Rowan no pasó la noche a su lado. Cuando notó que estaba durmiendo profundamente, la enderezó en la cama para que se quedara confortable y se fue.

Pero él no sabía que, pronto, ella se despertaría desesperada al ver otra vez las imágenes tan aterradoras de la flor ensangrentada.

Más de una vez miró el reloj sobre su cama y vio que ya pasaban las dos de la mañana. Estaba sola, Rowan ya se había ido como lo había prometido, y era mucho mejor así. Ella no quería que otra vez presenciara su falta de control.

Sabiendo que no iba a conseguir dormir, fue hasta la cocina con la intención de tomar un vaso de leche. Ya se había resignado a pasar la noche despierta, simplemente vagando por la casa sin nada que hacer, cuando vio la azucena sobre la cómoda, solitaria, pidiendo

atención. No tenía idea de cómo había ido a parar allí o quien la había dejado en ese lugar, pero en realidad eso era lo que menos importaba. Lo que no salía de su cabeza era que, a pesar de no ser capaz de revertir los hechos, inevitablemente alguien que el detective Hernández quería iría a morir. Y merecía saberlo para prepararse para lo peor. Ella tenía la obligación de advertir a cualquier persona, ¿no era para eso que servía su don?

Decidida a revertir esta situación de la mejor manera posible, Faith se cambió de ropa, tomó la flor que estaba sobre la cómoda, entró en su auto y se fue a la casa de Steve. Sabía que estaba comiéndose una locura; era de madrugada, y la pareja y el niño debían estar durmiendo, pero necesitaba solucionar pronto esto para librarse de la maldición que se había lanzado sobre ella. Necesitaba avisar a alguien y sabía que Steve le pasaría la información a Jayce, a quien ella apenas conocía.

Antes de llamar a la puerta de la casa de Steve, titubeó. No quería imaginarse a Emily, embarazada, despertarse con miedo, pero siguió adelante. Tocó suavemente el timbre y esperó algún tiempo a que Steve apareciera. Desconfiado, salió vistiendo solamente una Bermuda y sujetando su pistola en la mano.

—¡Por Dios, Faith! ¿Estás loca? ¡Casi nos matas del susto! —Steve bajó la pistola.

Estaba con una tremenda cara de sueño, y Faith se sintió mal por esa situación.

—¿Esta es la forma como recibes a tus visitas? —Faith se refería al arma que llevaba en la mano, lo decía con un tono juguetón.

La había bajado, pero aun así, cuando ella le llamó la atención, Steve prefirió ponerla lejos.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás aquí a estas horas?

En ese momento, Emily también apareció por la puerta con los ojos hinchados por el sueño, vistiendo una bata de seda. Aparentaba más cansancio que Steve, debido al embarazo, que todavía no se notaba.

—¡Faith! —exclamó perdiendo de repente el sueño—. ¿Qué pasó?

—Es algo difícil de explicar —afirmó mientras entraba en la casa—. Tuve uno de esos sueños, exactamente igual al que había tenido antes de que Henry muriera. —Ella se dio vuelta hacia Emily, que sabía exactamente lo que había sucedido.

Sabía que Faith había predicho que alguien le haría mucha falta, alguien que ella amaba mucho. En esa época, no consiguió definir exactamente de qué se trataba, solamente se había asustado con la sangre y con el significado de la flor, pero nunca se había imaginado que la imagen pura y bella de la azucena roja podía inspirar muerte.

–¿Ese sueño de la flor sangrando? –Emily estaba aterrorizada de pensar en eso, y Steve simplemente no podía comprender lo que estaban hablando.

Solo sabía, por experiencia propia, que cuando alguna cosa tenía que ver con Faith y sus flores, era mejor no tratar de entender.

–¡Ese mismo! Esta vez soñé que la recibía tu amigo Jayce Hernández. –Faith le entregó la azucena que tenía en las manos a Steve.

–¿Y qué quiere decir esto?

–Que alguien que él ama morirá.

Tanto Steve como Emily se estremecieron. Esa era una historia absurda, pero viniendo de Faith no había manera de no creerle. Ya habían sido testigos de la extensión de su poder, de su conexión con las flores, y sabían que las entendía como nadie. Ellas le pasaban los mensajes buenos y malos, pero debían ser respetados; después de todo, ella siempre había tenido razón en todos sus pálpitos.

–¡Oh, Dios! ¡Pobre Jayce! –exclamó Emily tan asustada como Faith–. ¡Necesitas advertirle, Steve! Tal vez pueda hacer algo.

–No hay cómo evitarlo, pero tal vez sea mejor que esté preparado. –En realidad, Faith no sabía lo que era mejor, pero por lo menos estaría en manos de Steve contarle o no–. Bueno, voy a dejarlos dormir. –Ya se iba, pero Steve la detuvo.

–Te voy a seguir con mi auto.

–Steve, ¡no es necesario! Ya estabas durmiendo cuando llegué y necesitas volver a descansar. ¡Ya los molesté demasiado!

–¡Ni pensarlo! Por más que digas que no eres su tipo, hay un asesino por ahí –le dijo Steve con su autoridad de policía, y Faith no cuestionó más.

Entonces dejó que la escoltara y realmente se sintió más segura.

Cuando detuvo el auto delante de su casa, Steve bajó del suyo y fue a hablar con ella apoyando sus codos en la ventanilla, que estaba abierta.

–Veo que tienes compañía –se refería al bellissimo auto de Rowan, que también estaba estacionado allí.

Ella no se imaginaba que él volvería a su casa; debía estar preocupado. Aún así sonrió pensando en que era bueno tenerlo cerca.

—¿Qué tan seria es tu relación con Rowan Allers?

—Yo lo amo. —Fue simple, natural, sin más explicaciones.

—¿Y él te ama?

—Parece que sí.

Steve no dijo nada más. Todavía no era un gran fan de Rowan Allers, pero era bueno ver a Faith tan feliz otra vez. Le parecía un poco raro que estuviera con otra persona que no fuera Henry, ya que los conocía desde la época de la facultad, donde formaron una pareja muy querida por el grupo. Incluso llegó a envidiarlos por el amor incondicional, por la complicidad y porque se llevaban bien, pero esa envidia duró solamente hasta que conoció a Emily, que era todo lo que siempre había soñado.

—Faith, ¿de verdad crees que tu sueño puede hacerse realidad?

—Todavía tenía la esperanza de que fuera solo un malentendido.

—¡Es real, Steve! ¿Conoces a alguien que él ame mucho?

—Creo que sí —contestó todavía más preocupado, sabiendo exactamente de quién estaba hablando Faith.

—Entonces esa persona puede estar en peligro.

—Sin duda —dijo misteriosamente con un tono sombrío. Poco después, se despidió haciendo un gesto con la cabeza, volvió a su auto y se fue.

Faith estacionó su auto en el garaje y entró a la casa. Hacía algunos días le había dado una copia de su llave a Rowan para que pudiera entrar cuando quisiera. Él no la había usado hasta ese momento. Se encontraba en la oscuridad sentado en el sofá. Cuando ella encendió la luz, notó que había una maleta a su lado y que tenía una expresión extraña en el rostro.

—¿Qué te pasó para salir sola a estas horas? —Estaba alterado y con razón. Seguro se había preocupado al ver que ella no se encontraba en su casa por la madrugada.

—¿Cómo lo supiste?

—Tu hermana llamó acá y se asustó cuando nadie atendió. Por supuesto que me llamó pensando que estábamos en mi casa.

—¿Y por qué Cailey quiso comprobar si estaba bien?

—Porque estaba viendo la televisión y hubo un asalto en los alrededores. Podría haber sido aquí o en la florería. —El tono de voz de

Rowan era más sereno, una señal de que su tensión estaba pasando al verla sana y salva.

–Pero no fue, estoy bien –dijo de manera dulce–. ¿Y qué son esas maletas?

–Mañana por la mañana voy a llevar tus cosas y después del trabajo irás a mi casa. –Faith se dio cuenta de que eso no era un pedido, sino un orden, y él era muy eficiente cuando se colocaba al mando de la situación.

–¿Y no tengo opción?

–No voy a decir que es permanente. Una vez que el “asesino de las novias” sea atrapado, puedes volver acá, si quieres –le explicó, pero no demostró ningún entusiasmo cuando dijo que ella podía volver a su casa.

–¿Y si no quiero volver? –De una forma seductora, Faith pasó los brazos alrededor de los hombros de Rowan.

–Si no quieres volver, harás a este hombre muy feliz. –Ella lo besó mostrando que le había gustado la respuesta que recibió–. Ahora, señorita, vamos a dormir, y no te quejes... ¡vas a tener que soportarme aquí hasta mañana!

–No será ningún sacrificio. Y tal vez yo no esté tan interesada en dormir... –Esa frase tenía segundas intenciones y lo hizo sonreír maliciosamente cuando la escuchó.

–Sin duda es una propuesta innegable. Soy un hombre afortunado. –Rowan la abrazó por la cintura y los dos fueron al dormitorio, donde solamente cerrarían la puerta y se olvidarían del mundo.

Al día siguiente, por la mañana, Steve estaba en la comisaría. No había conseguido dormir nada desde que Faith apareció en su casa a aquella hora de la madrugada. Se quedó pensando en Jayce. Sabía exactamente quién iba a morir y que eso no sería nada bueno para nadie. Sin saber qué hacer, miraba la azucena, que empezaba a presentar un desgaste en los pétalos por estar fuera de un florero, pero seguía bella. Todavía sobreviviría por un tiempo, pero ¿podría decir lo mismo de Debra?

–¿Perdido en un momento romántico? –Era exactamente Jayce quien apareció y lo sacó de sus pensamientos. No sabía que él era la última persona que querría ver.

–No, solo estaba divagando. –Rápidamente guardó la flor dentro del cajón. Todavía no sentía el coraje suficiente para contarle lo que Faith le había revelado—. ¿Alguna novedad del caso?

–Novedades sí, pero nada que pueda ser definitivo para cualquier cosa. –Jayce se sentó delante de Steve—. Por cierto, tienes mala cara. ¿Emily se está despertando de madrugada con deseos de comer algo extraño?

–No. Solo tuve una crisis de insomnio –mintió.

–Entiendo. A menudo tengo varias, especialmente cuando un caso como este está en mis manos. –Por unos minutos se produjo un silencio entre ellos.

Jayce estaba desconcertado por la frialdad con la que Steve lo estaba tratando, pero no quiso hacer comentarios.

–¿Y la hermana de tu amiga? ¿Alguna noticia sobre el violador?

Era una irónica coincidencia que precisamente Jayce hablara de un tema que tenía que ver con Faith, cuando, sin saberlo, estaba unido a ella de una forma terrible.

–Pasé el caso al oficial Carsons del departamento de violencia sexual. Ellos serán capaces de cuidar de todo mejor que yo. Por otra parte, Rowan Allers está poniendo a disposición su incontable dinero para eso, y contrató a un detective. Pienso que en el fondo quiere impresionar a Faith. –El desdén estaba ahí, impregnado en su voz.

–Él está realmente enamorado de ella, ¿verdad? –Steve contestó que sí un poco desanimado—. ¡Y por más que no te guste eso, tienes que aceptarlo! ¡Henry murió, y ella tiene el derecho de elegir a quien quiera!

–Lo sé...

–Y vamos a darle crédito al hombre... No tuvimos un buen comienzo, pero necesitamos tener en cuenta que él había perdido a una persona querida. Eso puede afectar la cabeza de alguien de varias maneras.

Una vez más la conversación tomó un rumbo que podría haberse convertido en la introducción perfecta para que Steve entrase en el tema de la flor y de la “premonición” de Faith. Pero no sabía cómo empezar. Se sentía tan mal que incluso tenía un poco de rabia con Faith por haber lanzado todo en sus hombros. Está bien que no conocía a Jayce, y él podía pensar que estaba loca, por eso la entendía, pero prefería no estar en esa situación, especialmente porque quería

mucho a su compañero y sabía que era Debra quien estaba en peligro. Ni siquiera quería pensar en lo que haría si perdiera a Emily, y cada vez que esa idea le entraba en la mente, se preguntaba si le gustaría o no saber que ella corría peligro, antes de que lo peor sucediera.

–Bueno, hoy veo que no estás dispuesto a conversar, por lo tanto, me voy. Si necesitas hablar sobre algo, llámame. –Jayce le dio una palmada en la espalda y siguió su camino.

Cuando se alejó, Steve, que estaba lleno de remordimiento por haberlo tratado mal, abrió el cajón y miró la flor. Esta parecía intacta, pero un pétalo estaba suelto, como si estuviera pasando el tiempo, como si fuera un reloj de arena maldito. Pensando en eso, se apuró a esconderla otra vez, hasta que decidiera qué hacer.

No había pasado ni siquiera una hora, y Jayce ya conducía su auto con Debra en el asiento del acompañante. Estaban decididos a conversar un poco más con Carla Hoyt. Si no había nadie que conociera a Penélope Ayburn a fondo, por lo menos una de sus compañeras de la hermandad podría darles información más eficiente. Y no podían negar que si hubiera un secreto, como pensaban, Carla también debía estar involucrada hasta los dientes.

–Sabes, Debra... –Jayce comenzó a hablar durante el camino a la casa de la joven–. Conversé con Steve hace unos minutos y él estaba muy raro.

–Tal vez esté con algún problema en su casa.

–No sé, él no es así. –Estaba preocupado.

–¿Le preguntaste qué le ocurría?

–Sí, pero dijo que no era nada.

–Entonces realmente no debe ser nada. –Le sonrió y la besó rápidamente en la boca.

–¿Por qué será que siempre tienes razón?

Sonriendo, enamorados, los dos llegaron a la casa de Carla otra vez. Lo primero que notaron fue que ya había una nueva compañera en el departamento impresionantemente parecida a Shelby Noor y a las demás.

–¿Detectives? ¿Por acá otra vez? –preguntó Carla después de abrir la puerta, mostrándose muy incómoda por su presencia allí.

–Necesitamos hablar sobre Penélope Ayburn.

–Entonces creo que están perdiendo su tiempo. No sé nada acerca de esa chica y, por otra parte, se habrán dado cuenta de que estoy ayudando a mi nueva compañera a hacer su mudanza. –Realmente ellos podían ver que había cajas de cartón y mochilas despa-ramadas por toda la casa.

–No vamos a demorarnos –insistió Jayce, pero ella parecía irreductible.

–Me parece muy inconveniente que molesten mi rutina en vano. Ya les dije que no voy a poder ayudarlos, y este sería mi cuarto interrogatorio. –Ella se refería a la visita de Rowan y Faith y a todas las otras hechas por los detectives.

–Comprendemos que uno de esos interrogatorios fue realmente incómodo, pero no tuvimos nada que ver con él. Usted podría simplemente haberse negado a dar cualquier información a dos civiles –contestó Debra sin paciencia, y vio a Carla encogerse de hombros por no tener más argumentos de defensa.

–Está bien, pueden entrar. –Carla abrió la puerta con antipatía y permitió que los dos detectives ingresaran–. ¿En qué “más” puedo ayudarlos? –Destacó la palabra “más”.

–Supimos que Penélope Ayburn fue la protagonista de un episodio muy interesante en la época de la Universidad. ¿Qué sabe usted al respecto?

–No sé absolutamente nada. Incluso apenas hablaba con Penélope –Otra vez usó su indiferencia para mencionar a la ex-compañera de la Universidad.

–¿Y por qué no? –preguntó Debra, desconfiada.

–Porque simplemente no me gustaba. No era como las otras, quería destacarse de una forma diferente. Ella era... ¿cómo puedo decir? Vulgar.

–¿Y qué la hacía parecer tan vulgar?

–No parecía. Ella lo era –exclamó con vehemencia.

Carla empezaba a alterarse, como si necesitara convencer a los dos de que Penélope no era víctima, alguien que no merecía compasión.

–Todas las muchachas de Kappa House se hacían respetar, sabían comportarse con los muchachos, pero ella no. Se vestía de modo vulgar, hablaba y andaba como si quisiera provocar a todos a su alrede-

dor, tenía más de un novio y no parecía satisfecha. ¡Y no solamente eso! A ella le gustaban las mujeres también, y su preferencia era por sus hermanas de la hermandad.

¡Esas eran tremendas revelaciones! Cada vez más descubrían que las participantes de Kappa House no eran tan perfectas como todos pensaban. Todo esto, la verdad, las hacía muy engañosas, con una reputación tan cuestionable que no era posible saber qué esperar de ellas. A los policías solamente les parecía raro que los dos ancianos pensaran totalmente lo contrario de la misma muchacha, y era todavía más extraño que Penélope no tuviera ningún amigo, solo un posible novio. No era exactamente el tipo de vida de una chica que le gustaba llamar la atención de todos.

—¿Y usted qué podría contarnos sobre Melinda Stuart? —recordó Debra.

—¿Melinda Stuart? ¿La chica del diario? —Carla se rio—. ¡Ella era buena! Descubría los secretos más grandes de todas las personas... pero desafortunadamente tampoco sé nada sobre ella. ¡Debe estar trabajando en algún diario porque, realmente, tenía vocación para eso!

—Resulta que Melinda desapareció, nadie sabe nada al respecto —le informó Jayce, y Carla parecía muy sorprendida.

—No estoy segura, tal vez me esté confundiendo de persona, pero creo que Melinda abandonó todo para escaparse con un muchacho. —Hizo un esfuerzo para recordar mejor—. ¡Sí, era ella! Me acuerdo que en esa época me parecía muy raro que hubiera hecho eso, porque realmente le gustaba su novio. ¡No me acuerdo su nombre!

—Elmet Granger —le recordó Jayce.

—¡Ah, claro! Él se quedó muy mal cuando ella se fue. —Carla iba a decir algo más, pero su celular sonó, y ella pidió permiso.

Por más que no quisieran, los detectives acabaron escuchando un poco la conversación. Ella hablaba con Colin Mercer y le había dicho amor, lo que los dejó confundidos.

—¡Perdónenme! ¿Dónde estábamos?

—¿Podemos entrometernos? —Debra usó su sonrisa más inocente—. Sin quererlo escuchamos tu conversación. ¿Era Colin Mercer? ¿El novio de Shelby?

—Exnovio, ya que ella está muerta. Pero sí, era él. —Otra vez el desprecio estaba presente en la voz de esa mujer.

—¿Ustedes están juntos?

—Realmente te estás entrometiendo, pero como sé que lo van a acabar descubriendo tarde o temprano... sí, estamos saliendo. Nos encontramos en el funeral de Shelby y decidimos confortarnos mutuamente. Nada más natural.

En la opinión de Jayce y de Debra eso no era nada natural, incluso era algo enfermizo. Era como si Carla deseara ser Shelby, lo que normalmente ocurría en relaciones de amistades entre mujeres. Una de las implicadas, o las dos, en muchos casos terminaban sintiendo envidia y la amistad terminaba en nada. En el caso de Shelby y Carla, una de ellas estaba muerta. La pregunta era cuánto estaba involucrada la segunda en ese asesinato. Por supuesto que tenían que tener en consideración que había varias víctimas, pero tampoco podían descartar la hipótesis de que sería muy fácil que alguien se aprovechara de todas esas muertes para librarse de otra persona.

—¿Alguna pregunta más, detectives? —La impaciencia volvió al rostro de Carla.

—¡Nada más por hoy! Si recuerda algo sobre Penélope o Melinda y piensa que debe contarnos, ya tiene nuestros teléfonos.

—¡Por supuesto! ¡Los llamaré!

Pero ellos sabían que ella no llamaría, no estaba ni un poco interesada en ayudar a la policía a encontrar al culpable de todo. Pero debería estarlo. A pesar de no tener el físico de las otras, Carla podría convertirse en una próxima víctima. No sabían cuáles serían los criterios que él usaría de ahora en adelante, ya que había afirmado que su misión había terminado en el *e-mail* destinado a Jayce. Como él mismo dijo, le había gustado la muerte, el asesinato, y podría ser todavía más peligroso.

—Y entonces... deme su opinión, doctora Winney. —Jayce siempre bromeaba con que Debra debería haber estudiado psicología, pues era buena en “leer” la mente humana—. ¿Qué tiene que decir acerca del comportamiento de Carla Hoyt?

—Pienso que su opinión sobre Penélope no es muy imparcial.

—¿Sí, cómo?

—Está claro que ella tenía algo en contra de la muchacha. Por otra parte, la mayoría no la veía con buenos ojos, porque de alguna manera se destacaba. Y no sé si te has dado cuenta, pero ellas tenían que ser iguales, estar en un mismo nivel, algo así como un pacto. Si

alguien rompía esa “cadena”, sabían que la envidia existiría y la perfección de la hermandad estaría perjudicada. –Cuando Debra terminó de hablar, Jayce estaba impresionado.

–¿Concluiste todo eso en cuestión de minutos? –Ella asintió con la cabeza–. Cariño, es por eso que te amo. ¡Eres tan inteligente!

–Espera, ¿dijiste que me amas? –se sobresaltó.

–Lo dije. –Jayce habló serio–. No solamente lo dije, sino que es exactamente lo que siento.

–Este es un momento especial. –Debra estaba feliz–. Necesitamos celebrarlo antes de regresar a la comisaría. Creo que podemos ausentarnos por un rato, ¿no?

–¡Por supuesto! Si quieren saber dónde estábamos, podemos decir que interrogamos a más de una persona.

–¿En tu casa o en la mía?

–Ninguna de las dos. Un lugar especial... –Jayce le guiñó un ojo y se desvió del camino a la comisaría tomando la dirección opuesta.

Rowan estaba en su horario de almuerzo, más precisamente en una reunión importante. La empresa de su familia había conseguido un excelente contrato para ampliar sus negocios; serían los encargados de hacer el proyecto de un pequeño *shopping*. Él quería cuidar personalmente de esto, a pesar de contar con buenos profesionales en su equipo. Estaba exactamente abriendo una planilla en su *notebook* para presentar todos los gastos que tendrían en la obra, las instalaciones eléctricas y la decoración, cuando sonó su celular. Normalmente él no atendería ninguna llamada personal en una situación como esa, pero miró la pantalla del teléfono y vio que era el detective que había contratado para encontrar al violador de Cailey. Eso, sin duda, no podía esperar. Era prioridad, ya que Rowan quería resolverle con urgencia ese problema a Faith. Ella andaba en constante tensión, y definitivamente no quería presenciar otra pesadilla como la que había tenido la otra noche, no quería verla tan frágil, tan vulnerable, con rabia hacia sus flores, que eran lo que ella más amaba. Estaba prácticamente inconsciente cuando él la llevó de vuelta a su casa, y lo dejó asustado porque temía que ella no podría soportar tanta presión. Al día siguiente, se aterrorizó cuando Cailey le avisó que Faith no estaba en la casa. Cuando la vio llegar escoltada por el auto de Steve, supo exac-

tamente lo que había ido a hacer y prefirió no preguntarle nada, no quería que se sintiera presionada, especialmente porque ya estaba abastida con una historia que parecía no ser real.

Sin dudarle, les pidió permiso a sus clientes, se levantó de la mesa con mucha elegancia y se fue al rincón más alejado del restaurante.

—¡Hola, Joseph! Espero que tengas buenas noticias —dijo cuando atendió.

—¡Lo atrapamos!

Era todo lo que quería escuchar. Sin que nadie se diera cuenta, Rowan suspiró aliviado, seguro de que esa noticia sería muy importante para Faith y para Cailey.

—¿Dónde está?

—En la comisaría. Descubrí que siempre llevaba a las mujeres que violaba al mismo motel. El dueño me dio algunos datos y me ha llamado hoy para avisarme que él había pasado la noche allí. Llamé a la policía y aquí estamos.

—¡Excelente trabajo! ¿Qué se necesita hacer ahora? —Rowan hablaba con un tono de entusiasmo en su voz.

—La joven necesitará comparecer en la comisaría para hacer la identificación.

—¿Cuándo?

—¡Cuanto antes!

Seguro que Cailey no se sentiría muy contenta por tener que hacer eso, pero sería para su propio bien. Darían finalmente un punto final a esa pesadilla. Todavía existía el trauma, pero por lo menos estaría libre de las amenazas y del miedo.

—Está bien, hablaré con ella.

Rowan colgó el teléfono, y un poco de todo el alivio que estaba sintiendo desapareció. Comprometido con la reunión, no podía acompañar a Faith y a Cailey a la comisaría, pero no quería que fueran solas.

Llamó al vicepresidente de Allers Arquitectura y le pidió que lo sustituyera en la reunión. En consecuencia, avisó a sus clientes que había un problema grave y que debería ausentarse. Todos estaban tan maravillados con el trabajo presentado por Rowan que comprendieron su delicada situación sin grandes molestias. Siempre educado, esperó la llegada de su colega para retirarse del restaurante, y condujo camino a la florería al encuentro de las dos hermanas.

Faith estaba sola luchando con una calculadora, y llena de facturas y recibos en la mano. Él no sabía si se estaba volviendo paranoico, pero pensaba que la florería era de muy fácil acceso y le preocupaba ver la puerta siempre abierta.

—¡Rowan! ¿Qué haces aquí a estas horas? —le preguntó con una linda sonrisa en el rostro.

—¡He venido a traerte una buena noticia! Encontraron al violador de Cailey.

Faith abrió los ojos sorprendida con lo que había escuchado.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—¿Crees que jugaría con algo así?

—¡Oh, Dios! No sé cómo agradecerte. —Faith se lanzó a sus brazos con los ojos llenos de lágrimas, emocionada.

—No necesitas llorar —bromeó, a pesar de saber que ella estaba llorando por una buena causa—. Ahora viene la parte mala... estoy aquí para llevarlas a la comisaría. Cailey tendrá que hacer el reconocimiento del hombre.

La expresión de Faith no parecía tan satisfecha al imaginar que su hermana tendría que enfrentar una vez más ese horrible lugar y las miradas de los oficiales. Incluso con toda esa situación embarazosa valdría la pena.

—¡Todo bien! Ella está en mi casa almorzando. Voy a llamarla.

Rowan asintió y se quedó en el invernadero esperando a las dos. Siguió pensando en la seguridad del lugar y se sentía preocupado, incómodo. Su informante le había contado sobre el *e-mail* que Jayce Hernández había recibido, en el que el “asesino de las novias” revelaba que no tenía principios. No tenía idea de cómo había conseguido esa información, pero lo había preocupado. ¿Y si él descubriera que Faith estaba involucrada en una investigación *amateu*? Podría decidir hacerle daño, y Rowan jamás se lo perdonaría. Trataría de alertarla de la falta de seguridad de la tienda, pero no ese día. Solamente quería que vibrase con la buena noticia, nada más.

Luego, Cailey y Faith aparecieron para sacarlo de sus devaneos. La primera estaba tensa. Sería difícil afrontar a ese monstruo otra vez y recordar todo lo que le había hecho.

Entonces, los tres fueron a la comisaría, y Faith no soltaba la mano de la hermana por nada. Quería transmitirle fuerza y que no olvidara que no estaba sola. Ella temblaba constantemente, y cuando Steve le

informó que tendría que entrar en la sala sola, se quedó aún más aterrada. Sin embargo, trató de darle seguridad a Faith y se dejó llevar.

Cuando llegó allá, la colocaron en una sala pequeña con un espejo de doble cara. Al otro lado, en otra sala, cinco hombres estaban colocados en una fila horizontal. Todos tenían el mismo aspecto físico, eran atractivos y jóvenes.

—Y entonces, Cailey... entre esos cinco hombres, ¿reconoces a tu violador? —la ayudó Steve al ver que estaba callada.

—Sí —contestó convencida y llena de rabia en la voz—. Es el número dos.

Finalmente se libró de, por lo menos, un problema. No conseguía dormir bien desde que todo había ocurrido, pensaba que ese hombre la encontraría y estaba segura de que la mataría. Estaba furioso porque ella lo había denunciado, pero no contaba con que había un detective particular en su búsqueda. Cailey le debía a Rowan toda la paz que pasaría a sentir de allí en adelante, y sabía que un día tendría la oportunidad de retribuírselo.

Steve la acompañó afuera de la sala, la llevó hacia Faith y le sonrió a su amiga dándole a entender que el hombre que habían capturado era exactamente el que le había hecho mal.

Aliviadas y emocionadas, Faith y Cailey se abrazaron.

Rowan esperó que ellas estuvieran listas y las llevó a su casa. Dejó a Cailey primero, y después era el turno de Faith, pero él se desvió.

—¡Hey!, ¿a dónde vamos? —le preguntó cuando se dio cuenta de que estaba conduciendo hacia otro lugar.

—¿Te olvidaste que ahora tienes un nuevo hogar? —Rowan todavía tenía guardadas en el baúl del auto las maletas que había preparado la noche anterior.

—Es verdad, me había olvidado de eso —sonrió.

Para quien no pensaba ni siquiera en tener una relación hacía algunos meses, estar feliz porque iba a vivir con Rowan era novedoso. Sin embargo, sabía que no le iba a ir mal y estaba segura de que no le haría daño.

—Una vez más, ¡muchas gracias! Querría poder retribuirte de alguna forma más significativa, pero no sé cómo.

—Yo sí lo sé. Serás mía para siempre —dijo Rowan con dulzura.

—¡Entonces que así sea! ¡Para siempre! —Faith tomó su mano y los dos siguieron hacia su nuevo hogar.



TULIPÁN

“Significa una amistad o un amor de tal manera que jamás tendrá fin; que incluso después de una pelea o de una separación mantiene la esperanza”.

Al día siguiente, después de haber esperado que Rowan saliera de su casa, Faith tomó un taxi y se fue a la casa de Lolla. Quería ver a Cailey, saber cómo estaba después del día anterior, y también deseaba ver cómo había recibido la noticia Tatianna. Se alegró de ver que el clima en ese lugar estaba mucho mejor que antes. Las dos desayunaban juntas y se entusiasmaron con la presencia de Faith, que les hacía compañía.

Faith se quedó un rato con ellas y liberó a Cailey de trabajar ese día. Eran sus primeras horas de libertad, y la joven merecía disfrutarlas haciendo solamente lo que deseara. Cailey incluso insistió en que quería trabajar, ya que Faith no podría con todo sola; sin embargo, la idea de solamente descansar, después de toda esa tormenta, era realmente atractiva, por lo tanto, la oferta fue aceptada sin mucha discusión.

Pasada una hora, se fue a su casa para averiguar si estaba todo bien antes de ir a la florería.

En cuanto cruzó la entrada, notó que algo andaba mal. Al principio pensó que sería solo paranoia, pero fue entonces cuando vio una foto tirada en el suelo. Era una que Tatianna había tomado hacía

mucho tiempo, por lo menos unos tres años atrás, en la que Faith estaba trabajando en su invernadero. Era realmente una foto muy buena, tomada sin que ella lo esperase, por eso su sonrisa era más sincera, su mirada más natural, y ella no se preocupó en hacer una pose forzada.

Podría jurar que esa foto estaba guardada en un libro y fue a comprobarlo. Tal vez hubiera sido mejor que no abriera ese álbum, pues inmediatamente se puso nerviosa. Había una página en blanco con el título: “Faith hermosa, *paparazzi* competente”. Era Henry quien acostumbraba escribir debajo de las fotos y era realmente creativo. Ella nunca había tenido paciencia para ordenar los recuerdos, y se lamentaba, en ese momento, por no haber tenido más cuidado con esos pequeños tesoros. Pero lo que importaba era que alguien había sacado la foto del álbum y la había dejado caer, tal vez porque se había escapado por haber llegado ella antes de lo previsto.

De repente, Faith se aterrorizó con la posibilidad de que alguien siguiera en su casa. A pesar de saber que no sería muy útil, tomó un estilete del escritorio de su dormitorio y lo levantó como si eso fuera a salvar su vida. Se dio vuelta bruscamente al escuchar un ruido y acabó soltando el álbum de fotos y lo dejó caer, abierto, exactamente en otra página en blanco. Faltaba otra foto, una en la que estaba sola en una playa donde había viajado con Henry. Era una fotografía más íntima, donde ella posaba en bikini y con un sombrero. Se acordaba perfectamente de la situación, pues se había avergonzado por sacarla y ahora había desaparecido. ¿Quién podría habérsela llevado?

Pensó en llamar a Rowan, pero luego desistió al pensar en cuántos días de trabajo él ya había perdido por su causa y en cómo se pondría nervioso si acaso le contara que, posiblemente, alguien había entrado en su casa y le había robado una foto. No, ella no tenía otra opción, sino llamar a Steve, quien llegó con un equipo para averiguar si había cualquier evidencia que indicara quién era el invasor.

Steve le hizo algunas preguntas sobre si ella había dejado la puerta abierta, sobre si alguien rondaba su casa, si alguna persona extraña la había seguido, pero para todas las preguntas la respuesta fue negativa.

—Tal vez me esté volviendo loca —exclamó Faith de repente, sintiéndose muy tonta.

–No te subestimes. No tuviste solo una impresión, encontraste pruebas físicas de que había alguien aquí.

–¿Y por qué alguien querría una foto mía?

–Por varias cosas. Eres una bella mujer, Faith. Tal vez el invasor sea alguien cercano, un *voyeur*. –Hizo una pausa tratando de evitar el tema, pero no pudo–. Tal vez tenga algo que ver con el “asesino de las novias” y tu obstinación en seguir jugando al detective.

Faith sintió que su corazón se congelaba. No se le había pasado por la cabeza que ese loco podría querer alcanzarla, principalmente por no tener el aspecto físico de sus víctimas, pero siempre existía la posibilidad de que un asesino en serie saliera de sus reglas para eliminar a alguien que lo estuviera molestando. Todos le avisaron que meterse en esa historia sería peligroso, pero ella no le había dado importancia, y el resultado podría ser mucho más trágico de lo que imaginaba.

Cuando Steve salió de su casa estaba realmente preocupado. Su equipo había llevado el material recolectado para analizar, pero tenía el presentimiento de que no lograrían nada. Era más burocrático que eficaz, pero siempre había esperanzas de encontrar un descuido. No obstante, su intuición de policía le decía que la probable invasión a la propiedad de Faith estaba vinculada a los crímenes y que había sido efectuada por un profesional. No habían forzado la entrada ni había vidrios rotos, y por mucho que no quería meterse en la vida de su amiga, necesitaba hacer algo para que no dejarla tan desprotegida. En contra de su voluntad, llamó a Rowan.

–¿Sí? –atendió Rowan, a pesar de no reconocer el número identificado en la pantalla.

–¿Rowan Allers? Soy Steve Ruther, el amigo de Faith. –Prefería identificarse de esa manera.

No estaba actuando como un hombre de la ley, sino como ser humano.

–Creo que deberías mantener los ojos en ella.

–¿Qué sucedió? –No tardó mucho para que se quedara muy preocupado, a tal punto que su frase salió como un sobresalto desesperado.

–Alguien invadió su casa y se llevó una foto. No estoy seguro, pero puede tener algo que ver con el “asesino de las novias”. Tal vez sea bueno que ella pase un tiempo fuera de su casa.

–Bueno, ella está prácticamente viviendo conmigo desde ayer. –Steve se sorprendió con la noticia–. El problema es que trabaja al lado de su casa.

–Pero que yo sepa, Cailey también está con ella.

–Sí, pero Cailey no es exactamente alguien que inspire miedo a ninguna persona, especialmente a un hombre peligroso.

–También pensé en eso. –Los dos estaban impotentes ante una situación tan complicada–. En el trabajo será menos difícil vigilarla. En casa, por la noche, será más peligroso, pero por lo menos estará contigo.

–Por supuesto. –Rowan no sabía qué decir.

De verdad estaba muy preocupado por Faith, pero no esperaba que sus preocupaciones se estuvieran convirtiendo en realidad. Lo volvía loco pensar que alguien con pensamientos tan obscenos y violentos podría estar mirando su foto en ese momento.

–¡Gracias por avisarme, Steve! Me encargaré de cuidarla.

–Yo también. –la declaración de Steve tenía doble significado.

Quería insinuar que la protegería del invasor y que estaría atento en caso de que Rowan la lastimara, tal como un hermano mayor lo haría.

Sin decir una palabra, Steve colgó. Faith se pondría furiosa con él por haber hablado con Rowan, pero por lo menos se sentía más tranquilo sabiendo que ella no pasaría las noches sola en su casa. Realmente esperaba que fuera solamente una falsa alarma y que, después de todo, se rieran de su temor.

Tratando de parar de pensar en esas cosas, Steve comenzó su trabajo. Se ocupaba de un caso difícil de un asesinato que implicaba una herencia, pero estaba llegando a una solución. Sin embargo, tuvo que tomar unos papeles dentro del cajón donde estaba la flor de Faith, y se dio cuenta de que le faltaban tres pétalos. Lo más extraño era que la flor todavía parecía intacta, sin muestras de desgaste, a pesar de que empezaba a perder los pétalos. Rápidamente, Steve cerró el cajón porque no quería verla más. Tenía cosas reales en la cabeza para preocuparse por una “premonición”, que tal vez fuera solamente una coincidencia.

Mientras Faith trabajaba, no podía apartar los ojos de un hombre parado al otro lado de la acera de su florería. Él estaba apoyado en

su auto, de brazos cruzados, como si estuviera vigilando la zona. Al principio se asustó y pensó que se trataba de alguna persona que quería realmente hacerle mal, pero pronto recordó que podía ser un policía enviado por Steve, lo que era mucho más probable.

Suponiendo esto, decidió hablar con el muchacho, asegurándose de llevarle un poco de café, ya que parecía cansado y no había abandonado su puesto ni para comer algo.

–¡Hola! ¿Aceptas un café? –le ofreció.

–Muchas gracias –respondió.

Realmente necesitaba algo que le sacara el sueño, que insistía en molestarlo. Y no podía fallar. De acuerdo con Steve, no podía apartar los ojos de la joven, lo que no era un trabajo difícil, ya que se trataba de una muy bella mujer.

–¿Usted es de la policía?

–Sí, estoy aquí por el detective Steve Ruther. Él me dijo que usted puede estar en peligro.

–O tal vez no esté... –dijo tratando de creer en sus propias palabras–, pero es bueno tenerlo aquí, por si acaso. Si necesita cualquier cosa puede llamarme, ¿de acuerdo?

–Gracias, señora –le dijo tomando su café mientras Faith volvía a la florería.

–¿Quién es aquel hombre, Faith? –le preguntó Cailey mientras hacía un lazo en un ramo.

Su estado de ánimo ya estaba mejor, parecía más tranquila, relajada, pero se mantenía desconfiada.

–Es de la policía. Está sirviendo como guardaespaldas para nosotras. –Faith sabía que acabaría teniendo que contarle sobre la invasión a su casa, aunque no lo quisiera. Pensaba que Cailey no merecía más preocupaciones. De todos modos, necesitaba conocer los hechos para estar alerta, ya que trabajaba en la florería y también estaba expuesta a cualquier peligro que rondase a su hermana.

–¿Y por qué necesitamos uno?

Cailey preguntó temiendo la respuesta, pero no se imaginaba que su hermana pudiera estar realmente en problemas. Pensaba que era solamente una precaución de Rowan, el miedo de un hombre enamorado, o que tal vez la seguridad extra fuera para ella, para que ningún compañero de “Jonas” tratara de hacerle algo. Pero Faith le contó toda la verdad, y la joven entró en pánico. No podía creer que

había acabado de librarse de una pesadilla y se ahogaba en otra, e incluso peor. Ya era malo pensar que podría estar en peligro, pero ver a cualquiera de las dos mujeres de su familia corriendo riesgos era aún más doloroso.

Faith vio el rostro de su hermana ponerse pálido y se dio cuenta de que no tenía palabras de consuelo para ofrecerle. Por un momento se lamentó de haberle contado sobre la invasión, a pesar de que no había mencionado que eso podría estar relacionado con el “asesino de las novias”, incluso porque prefería ni pensar en ello.

–Faith, ¿estás segura? –le preguntó Cailey, prácticamente saliendo de un tipo de trance creado por un intenso miedo.

–No, Cailey, no estoy segura. Tal vez puede haber sido un descuido mío. –Faith estaba mintiendo, por supuesto.

No había ninguna posibilidad de que hubiera olvidado una fotografía en el suelo y perdido otra, pues hacía mucho que no movía ese álbum. Sin embargo, suavizar la verdad era la única forma de no preocupar tanto a su hermana.

–Rowan está siendo cuidadoso. Y Steve también.

Cailey no dijo nada más y volvió inmediatamente a su trabajo, casi de manera robótica. Faith sabía que ella se quedaría pensando por un tiempo lo que habían hablado, pero tendría la oportunidad de cuidarse.

Morris, a su vez, hacía un trabajo muy profesional. Miraba a cada cliente que entraba y algunas veces iba a la tienda a preguntar si todo estaba bien, siempre tomando el cuidado de no perjudicar ninguna venta o asustar a los clientes. A pesar de parecerle extraño tener un guardaespaldas vigilando sus pasos, era bueno saber que había alguna seguridad en caso de que realmente se necesitara.

El oficial solamente se fue cuando llegó Rowan. Steve le advirtió que el novio de Faith llegaría por la noche y que era de confianza.

Rowan llevó a Cailey a casa de Lolla, y a Faith a la suya; estaba aliviado por tenerla cerca, pues se había pasado todo el día pensando en su seguridad sin poder relajarse, incluso sabiendo que había un oficial entrenado que estaba cuidándola. Llegó a cometer algunos descuidos en el trabajo, que no eran habituales, y se sintió feliz por verla sana y salva. Sin embargo, toda esa sensación de tranquilidad se fue cuando se acordó que tendría que pasar muchos días con la tensión de no saber cómo estaría ella. Pero, por más que fuera conveniente

ponerla en una campana de cristal, tendría que encontrar otra manera de protegerla.

Normalmente, Jayce y Debra no hacían determinados trabajos de campo. Dificilmente buscaban pruebas en la casa de la víctima, pues tenían su propio equipo para hacerlo. Acostumbraban confiar en el trabajo de sus compañeros y obtenían siempre buenos resultados con las pistas que encontraban. No obstante, la pareja de detectives estaba en plena mañana en la casa de Penélope Ayburn en busca de cualquier cosa que pudiera aclarar sus mentes para este caso. Obsesionados por esta historia, no dormían hacía días y apenas tenían hambre. Saber que un monstruo todavía estaba en libertad y que podía quitar la vida a más personas era desconcertante.

Aparentemente, no había nada de interesante que pudieran añadir como pista, pero fue Debra la que encontró, en el interior de un cajón, un frasco de antidepresivos y también una receta para otro.

—Jayce, mira esto. —Levantó la voz para que su pareja, que estaba en la otra habitación, pudiera escucharla.

Por lo tanto, él fue inmediatamente a su encuentro.

Debra le entregó un frasco de remedios, que fue analizado con cuidado. Después hizo lo mismo con la receta.

—Tal vez este doctor Fitzpatrick pueda aclararnos algo.

—Claro, pero ya sabes que vamos a tener que enfrentarnos con nuestra famosa enemiga: la ética médica.

—Por supuesto, pero podemos hacer cumplir una orden judicial. —Jayce siempre simplificaba las cosas.

—Buena salida, muchacho. —Debra le guiñó un ojo.

—Señorita, no juegue con fuego. Estamos en la casa de una mujer asesinada. —Se acercó con segundas intenciones en su mirada.

—¡Y no digas que no sería excitante! Estamos solitos... —Dispuesta a seguir con la broma, empezó a usar una voz seductora, pero desistió cuando se dio cuenta de que Jayce lo estaba tomando en serio y le estaba gustando la idea—. ¡Jayce! ¡Estoy bromeando, pervertido!

—¡Qué maldad! No puedes meterle un caramelo en la boca a un niño y después quitárselo.

—Vamos a buscar esa orden —exclamó mientras lo tiraba de la chaqueta en dirección a la puerta.

Ninguno de los dos se imaginaba que dentro de un cajón la azucena perdía un pétalo más.

Unas horas más tarde, con una orden en las manos, Jayce y Debra entraban en el consultorio del doctor Fitzpatrick. El lugar era sencillo, pero agradable, con una recepción que se parecía más a la casa de un amigo que a una sala de espera. Eso seguro era una estrategia para dejar a sus pacientes más cómodos, porque realmente no debía ser fácil sentarse en un diván y contar toda su vida a un extraño.

La secretaria fue muy amable y no se sintió intimidada al enterarse de que estaba tratando con la policía. Por lo tanto, cuando el psiquiatra terminó la consulta del paciente que ya estaba en su sala, la mujer que los atendió golpeó la puerta y entró. Se quedó solamente unos minutos, y cuando salió, les pidió gentilmente a Jayce y a Debra que entraran, pues el doctor Fitzpatrick hablaría con ellos.

El consultorio en el que entraron también era muy agradable, bien decorado y con aspecto de hogar. El doctor Fitzpatrick los recibió cordialmente y les pidió que se sentaran.

—Supongo que han venido a hablar sobre Penélope Ayburn.

—Sí. Era su paciente, ¿verdad? —preguntó Debra con firmeza.

Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que el psiquiatra empezara a dificultar las cosas. A la pregunta sobre si Penélope Ayburn era o no su paciente, él solamente asintió.

—¿Por cuánto tiempo?

—Durante casi diez años.

El incidente con el diario de Melinda Stuart también había cumplido exactamente diez años. Todo podía estar conectado, pero era un motivo muy pequeño, muy inusual para consecuencias tan graves como un trauma mental. Era evidente que la teoría de que había un secreto era posible. Todos los hechos más importantes de la vida de esas mujeres estaban vinculados a Kappa House, incluso sus muertes, y la fraternidad tenía algo que esconder bajo su velo de perfección. De hecho, ellas parecían malditas.

—¿Con qué frecuencia eran sus consultas?

—Solamente una vez por semana.

—¿Y cuál fue el motivo de su tratamiento?

–Detective, usted debe saber que la ética médica me impide revelar cualquier cosa que pueda avergonzar a mi paciente, incluso estando muerta. –El médico no quitaba la sonrisa de su cara, se creía triunfante por pensar que estaría libre de la situación. Pero Jayce estiró el brazo y le entregó el papel con la orden–. ¡Fueron rápidos!

–Es que tenemos prisa. No queremos que nadie más muera.

El doctor Fitzpatrick examinó el papel que le habían entregado con cuidado. Sabía que el detective no estaba mintiendo y que ese documento debía ser válido, pero decidió ganar un tiempo. Su paciente estaba muerta, pero prefería mantener sus registros en secreto para honrar su memoria.

–¡De acuerdo! ¿Qué quieren saber? –preguntó sin mucha amabilidad, moviéndose en la silla tratando de ponerse cómodo.

–¡Creo que su memoria no debe ser demasiado buena, doctor! Recién le he hecho una pregunta. ¿Cuál fue el motivo de las consultas de la señorita Ayburn? –presionó el detective.

–Ella sufría de depresión profunda y tenía fuertes tendencias suicidas –contestó manteniendo un aspecto profesional frío.

–¿Y cuál fue la causa de su depresión? –Debra tomó el liderazgo de la pregunta, pues sentía que su compañero empezaba a perder la paciencia.

–Es complejo...

–¿Complejo? Ella fue su paciente por diez años, usted debía saber todo sobre su vida... –bramó Jayce.

–¡Sí, lo sé! Lo complejo era el tipo de vida que Penélope llevaba. Sufrió desde la infancia; fue criada por sus abuelos porque su madre no la quería. Se esforzaba, pero no era inteligente, y estaba orgullosa de formar parte de Kappa House, pero a pesar de que era motivo de orgullo, sufría una gran presión. Tenía que estudiar mucho más que las demás para mantenerse en el grupo.

–No solamente estudiar... –ironizó Jayce.

–¿Así que ya saben del incidente con el maestro? –se lamentó–. Sí, ese fue uno de los casos donde se vio tan desesperada que llegó a los extremos.

–¿Con todo eso, se concluye que Penélope hizo de todo para mantenerse dentro de la hermandad? –Debra escribía sin parar en su libreta. Siempre se fijaba en los detalles más pequeños.

–No de un modo general, pero sí... ella hizo muchas cosas para no ser expulsada. –Resaltó la palabra “muchas”.

Jayce miraba a Debra mientras ella hacía sus anotaciones. Conocía a su compañera y sabía que esa cabecita prodigiosa estaba trabajando a mil por hora, por lo que su pregunta siguiente fue incisiva.

–¿Cómo conoció a Penélope Ayburn?

El psiquiatra demoró en contestar, pues sabía que cualquier cosa que dijera podría ser comprometedor.

–Nos conocimos en la Universidad. Fui su profesor en el curso de psiquiatría.

–¿En la Universidad de Nueva York? ¿Cuando formaba parte de Kappa House? –intervino Jayce, sorprendido.

–¡Exactamente! –Tratando de mantenerse seguro, contestó con la cabeza en alto.

Jayce respiró hondo y miró de reojo a Debra. A partir de ese momento, había más de un sospechoso en el caso, y para un psiquiatra, él parecía demasiado tenso. Por supuesto que eso no iba a determinar si era o no el asesino, porque muchas personas se ponen aprehensivas cuando son presionadas, pero no era una actitud tan común de alguien que había estudiado años para tener el control total de la mente. A pesar de que sabían que tenían a más de un posible sospechoso, y por lo menos a más de una persona para investigar, querían información más directa, que no estaban consiguiendo.

–¿Sigue trabajando en la Universidad? –La oficial interrumpió el silencio.

–No. –Una respuesta corta de quien trataba de preservarse.

–¿Qué sucedió?

–Fui despedido.

El doctor Fitzpatrick no pretendía decir nada más, pero se dio cuenta de que los detectives permanecían en silencio, y sus expresiones demostraban que querían saber el motivo de su despido. Él respiró hondo y dijo:

–El director, en esa época, prefirió contratar a alguien mayor.

Él estaba mintiendo. Había un motivo más importante para su despido y realmente debía ser muy grave para que tuviera la intención de esconderlo. Tal vez por eso estaba tan nervioso. Pero a pesar de que sabían que tenía más cosas que revelar, Jayce y Debra no estaban dispuestos a insistir en ese tema.

No obstante, Debra miró al hombre de lentes que tenía en frente y de inmediato se acordó de la descripción que la vecina de Penélope había dado sobre el posible novio que la visitaba, y el aspecto de Fitzpatrick se ajustaba perfectamente con la descripción dada. Él debía ser algunos años mayor que la joven; era alto, moreno, atractivo, y había hablado sobre ella en esos pocos minutos en que había sido interrogado casi como si la defendiera, como si la purificase. No parecía exactamente apenado por su muerte, pero la detective no podía perder la oportunidad.

—¿Usted frecuentaba la casa de la víctima?

—Sí, ¿pero cómo saben eso? —el médico se sorprendió.

—La vecina de Penélope describió un probable novio, ¡casualmente muy parecido a usted!

—Seguramente debía ser yo, pero nunca fui novio de Penélope. Éramos amigos y teníamos nuestras consultas en su propia casa. Ella tenía ataques de pánico, además de la depresión —explicó esta vez, y parecía bastante sincero.

—Información que usted omitió cuando le hicimos la pregunta sobre el problema que ella tenía. —Otra vez Jayce usó el sarcasmo, entrando en la misma onda que Debra.

—Puede que lo haya olvidado.

—¿Algo tan importante? ¡Es difícil creerlo!

Jayce se levantó de su silla y empezó a caminar de un extremo a otro, intimidando aún más al psiquiatra.

—Sinceramente, doctor —Se acercó otra vez a la mesa y golpeó la madera con fuerza haciendo un fuerte ruido que hizo que Fitzpatrick se sobresaltara—. Cree que está logrando engañarnos, ¿verdad? Tenga en cuenta que es mejor que no salga de la ciudad hasta que el caso esté resuelto.

—¿Soy un sospechoso?

—Lamento decirle que sí. —La verdad era que Jayce no lo lamentaba.

No le había gustado ni un poco el psiquiatra y sabía que la incomodidad era recíproca. Debra también parecía muy desconfiada y le entregó una de sus tarjetas al médico.

—Quédese con esto, y si acaso decide contarnos cualquiera de esas cosas que está escondiendo, llámenos. Si lo descubrimos solos, será peor. —La oficial lo afirmó seria, y sin decir nada más, los dos salieron del consultorio de forma casi ensayada.

Estaban seguros de que el psiquiatra estaba involucrado en el caso. Aunque no fuera el culpable, era una clave importante, por eso fueron hacia la Universidad para tratar de entender lo que él no les había contado. No fue difícil descubrir el motivo de su despido. Había sido acusado de acoso, algo que ya sospechaban Jayce y Debra. Pero lo que realmente no se imaginaban era lo que la directora les contó enseguida de forma vacilante. La víctima del acoso había sido un muchacho.

Por supuesto que lo buscaron para un pequeño interrogatorio, y pronto se dieron cuenta de que, incluso después de años, Charles Lिवerton todavía estaba traumatizado con el recuerdo de su profesor.

–¡Aquel hombre era asqueroso! Fue gracias a él que desistí de la psiquiatría. Él me perseguía, me llamaba para salir y llamó a una exnovia diciéndole que yo era gay y que éramos amantes. –Charles le puso mucho énfasis a sus palabras, como si la historia todavía le hiciera mal.

–¿Usted conocía a Penélope Ayburn?

–¡La conocía! Ella murió, ¿no es cierto? –preguntó como si fuera algo cotidiano, y de repente se sorprendió–. No soy sospechoso, ¿verdad?

–Hasta el momento, no. –Jayce realmente quería advertirle que con un buen motivo cualquiera podría convertirse en sospechoso–. ¿Cómo era la relación de Fitzpatrick con la señorita Ayburn?

–¡Ah!, eran como mejores amigos –se burló–. Andaban juntos por todas partes. Incluso supe que ella se trataba con él por algún problema mental.

A ninguno de los dos oficiales les gustaba el modo grosero como él hablaba. Incluso fue bueno que Fitzpatrick le hubiera causado un pequeño trauma o este sería un pésimo psiquiatra.

–¿Cómo supo que estaba consultando con un psiquiatra?

–Cuando nos volvemos motivo de broma por culpa de alguien, la gente insiste en decirte acerca de la vida de esa persona, aunque no quieras saberlo.

–De acuerdo. –eso tenía sentido–. ¿Cómo era él en relación con las muchachas de Kappa House?

–Normal. Les daba clases solamente a algunas de ellas en determinados cursos. Creo que tal vez las veneraba más que los otros profesores, pues las mencionaba en sus clases como si fueran las mejores de las mejores.

–Pero eso era lo que todos pensaban, ¿no?

–Sí, quizá. A algunas personas les parecían muy frívolas y podían apostar que no eran verdaderas. –Lo pensó mejor–. Penélope era la única que se salvaba.

–¿Por qué?

–Porque parecía más humana, más propensa a errores, tenía malas calificaciones e incluso coqueteaba con los muchachos. Ella simplemente no encajaba en la hermandad.

–¿Y por qué la mantenían allí? –pensó Debra en voz alta.

–¡No tengo idea! ¡Cuando lo descubran, también lo quiero saber!

Jayce quería detener a ese hombre por desacato, especialmente por la manera como miraba a Debra. Cuando salieron, estaba rumiando de odio y agarraba el volante con fuerza. Ya estaba acostumbrado a que acosaran a Debra, sobre todo porque ella era oficial, y de un modo u otro, su profesión se convertía en un afrodisíaco para los hombres. Tenía conciencia de que ella también se sentía incómoda con eso, pues quería ser respetada por su competencia, no admirada por sus hermosas piernas. ¡Y qué tanto! ¡Se lo merecía! Era una excelente oficial con un envidiable instinto. Por todos esos motivos se ponía tan furioso cuando alguien la trataba como a un objeto de exhibición. Debra notaba la bronca de Jayce, y por más que estuviera de acuerdo con él, se divertía con esa situación. Estaba lejos de ser una mujer indefensa, pero a veces le gustaba tener a alguien que la cuidara.

No pasó mucho tiempo para que Rowan supiera sobre el psiquiatra y sobre Penélope Ayburn. Ese mismo día, más tarde, mientras cenaba con Faith, su contacto lo llamó dándole toda la información, y enseguida él se lo contó a su novia.

–¿Depresiva? ¿Ataques de pánico? –Inmediatamente ella asoció esos detalles a las flores que había visto en la casa de Shelby Noor. Las dos eran, teóricamente, solitarias, tristes, y no debían ser así, ya que tenían todo a su favor. Faith comentó eso con Rowan, y él también estaba intrigado.

–Realmente es una gran coincidencia. –Sin necesitar de ninguna prueba, él creía en su don de comprender las flores. De hecho, la creía todavía más especial por eso–. ¿Qué sería lo que las hacía tan infelices?

—¡Es que no tenían la suerte que tengo! —Rowan demoró para entender lo que ella quería decir.

No es que Faith no fuera una mujer cariñosa, todo lo contrario, pero era raro cuando decía cualquier cosa romántica de modo tan espontáneo. Normalmente era él quien empezaba con esas cuestiones.

—¿Entonces crees que eres una mujer de suerte? —Él acercó la silla donde estaba sentada y la hizo reír.

—De mucha suerte. Amo al hombre más increíble del mundo —Ella acarició su rostro, y él la besó suavemente.

—¡La verdad es que soy yo el que tengo la suerte de merecer tu amor!

Por un breve instante se olvidaron completamente de los asesinatos, de la invasión a la casa de Faith y de las pesadillas. Esos momentos donde compartían sentimientos, caricias y palabras de cariño eran mucho más importantes que cualquier cosa, especialmente para Faith. Ella había recorrido un largo camino para llegar hasta allí, había sufrido más de lo que podía, y sin embargo había sobrevivido a todas las cosas que pensaba que no podría soportar. No era solamente una ganadora, pero como le había dicho a Rowan, tenía mucha suerte. Él era como un soplo de luz en la oscuridad que se había formado en su vida, por eso pensaba que no tenía derecho de pedir nada más.

Más tarde, esa misma noche, Faith y Rowan estaban acostados, casi dormidos, cuando ella escuchó su celular que vibraba sobre la mesita de luz. Se levantó de un salto, preocupada porque fuera una mala noticia a esa hora de la noche.

—¿Sí? —Faith atendió afligida, sin reconocer el número en la pantalla del celular.

—¿Señora Connor? Soy Thomas.

—¡Hola Thomas! ¿Sucedió algo? —Todavía angustiada, empezó a caminar de un lado a otro, y Rowan también se levantó mostrándose preocupado.

—Pasé en bicicleta por su casa y vi que se olvidó la luz encendida. Decidí avisarle, porque sé que no va a pasar la noche por allá.

Faith sintió un frío por todo su cuerpo. Paralizada, se acordó del día que tuvo la impresión de que su casa había sido invadida. Estaba segura de que no había dejado ninguna luz encendida, principal-

mente porque todavía era de día cuando había pasado por allá. Solo podía concluir en que alguien le había dejado una señal, tal vez involuntariamente, pero seguía siendo una señal.

–¿Estás seguro? –le preguntó todavía con la esperanza de que pudiera estar equivocado.

–Sí –afirmó empezando a molestarse porque ella dudaba de él–. Bueno, ahora tengo que irme porque mi tarjeta se está acabando. Hasta mañana.

Y colgó sin dejarla hacer ninguna pregunta más.

–Faith, ¿qué pasó? –Rowan se acercó más y la sujetó por los hombros, que estaban tensionados.

–Era Thomas. Dijo que pasó por mi casa y vio una luz encendida, pero yo dejé todo apagado, estoy segura. –Alterada, Faith levantó la voz como suplicando para que Rowan le creyera.

–¡Cálmate, cariño! Voy contigo hasta allá, ¿de acuerdo? –Él la abrazó y la besó en la frente mientras ella asentía con la cabeza.

Durante todo el recorrido a su casa, que no era muy largo, Faith pensó en lo terrible que era ser invadida en su privacidad; se imaginaba a alguien entrando en su casa, moviendo sus cosas, mirando sus pertenencias. De solo pensarlo, ya sentía temblar sus manos y su corazón latir muy rápido. Se sentía todavía más desesperada porque podía encontrar al “asesino de las novias”, a quien tenía tanto miedo, dentro de su casa. Eso sería una terrible pesadilla.

Una vez allí, ella bajó del auto con prisa, y ya estaba entrando a su casa cuando Rowan la sujetó por el brazo impidiéndole seguir.

–¡No vas a entrar allí! Te vas a quedar aquí en el auto hasta que yo diga que puedes ir –dijo con autoridad y empezó a buscar algo en la guantera.

–¿Y si realmente hay alguien dentro? Me voy a aterrorizar pensando que puedes estar en peligro.

Faith iba a decir algo más, pero se quedó sin habla cuando Rowan retiró un revólver de la guantera. Cualquier pensamiento de violencia no coincidía con la imagen que tenía de él, tan controlado, tan amable. No pudo contener el asombro ni la pequeña punzada de decepción que sentía. Por mucho que pensaba que conocía a una persona, siempre podía haber una sorpresa.

–¿Dónde conseguiste esa arma? –Si estaba nerviosa por causa de la supuesta invasión a su casa, se puso peor al ver el revólver.

–Tengo permiso para portar armas desde que Ursulla murió. No quiero más que ninguna persona que amo sea lastimada porque yo no pude defenderla.

En aquel momento, Faith entendió que eso también era para ella. Sería capaz de usar el arma, incluso para matar a alguien si fuera necesario, si su vida corría peligro.

Faith no sabía qué decir. Tenía razón en querer protegerse, tenía el derecho de querer sentirse más seguro y de cuidar a quien amaba, pero cuando lo vio entrando en la casa con el arma en la mano, sintió un tremendo frío en el pecho, como si su corazón estuviese congelado. A la vez empezó a asfixiarse, como si alguien estuviera con las manos alrededor de su cuello. En apenas un segundo, visualizó la misma azucena que le había dado a Steve y vio otra vez el rostro de Jayce. Pero ahora él estaba llorando y tenía mucha sangre en las manos. También estaba el cuerpo de una mujer tendido en el suelo, pero antes de que Faith pudiera divisar su rostro, se puso todo oscuro y ella no pudo ver nada más.

Rowan vio que Faith perdía el conocimiento, pero no llegó a tiempo para evitar que se cayera, y simplemente corrió hacia ella tratando de reanimarla. Estaba completamente afligido; sin embargo, no tardó mucho para que ella recuperase la consciencia y empezara a mirar lentamente a su alrededor para tratar de entender dónde estaba y qué había sucedido.

Él la ayudó a levantarse, y ella sacudió el polvo que se había impregnado en sus ropas.

–Faith, ¿qué pasó? –Estaba aterrado, pero necesitaba transmitirle toda la calma posible tratando de mantenerse tranquilo.

–Vi a Jayce otra vez. Él tenía sangre en las manos. No tengo dudas de que alguien que ama va a morir. Vi el cuerpo de una mujer tendido en el suelo –le explicó apenada–. Rowan, jamás me sentí de esta manera debido a mis flores. Parecía que algo me estaba asfixiando, como si hubiera alguna cosa muy mala a mi alrededor.

–¡Voy a llevarte al médico!

–No es necesario –dijo enfáticamente.

–¡Por supuesto que sí! Te desmayaste, te golpeaste la cabeza con el suelo, ¡puedes haberte lastimado!

–Está todo bien conmigo. –Hizo una pausa–. Por otra parte, ¿cómo le voy a explicar a un médico que me desmayé porque una flor

me estaba diciendo el futuro? Sería más fácil si me mandasen directamente a un psiquiatra.

—¿Me das tu palabra de que realmente te encuentras bien? —Decidió parar de insistir, porque realmente la comprendía. Sería vergonzoso explicarle al médico cuál era el problema.

—Sí, solamente quiero estar aquí en mi casa. ¿Todo estaba en orden? —le preguntó con voz más suave.

—Aparentemente, sí. Miré todas las habitaciones y creo que no hay nada fuera de lugar. Si había alguien, se ha ido. —Puso las manos sobre sus hombros después de guardar el arma—. Sabes que puede ser peligroso quedarte aquí sola. Si realmente insistes con esa idea, aunque no quieras, me quedaré contigo.

—¿Por qué no lo querría? —Faith no entendió esa frase.

—Me di cuenta de que te incomodaste con el arma. Pensé que estabas decepcionada conmigo —dijo como un pedido de disculpas.

—Tal vez un poco, pero no lo suficiente para alejarte de mí. —Rowan sonrió ante la respuesta, aunque prefería no haberla decepcionado de ninguna manera.

Abrazados, los dos caminaron hacia la casa. Faith estaba agotada después de la visión y necesitaba descansar, así que decidió quedarse allí mismo. Por más que Rowan no viviera lejos, todavía tendrían que recorrer un buen camino en auto, y ella no quería. Pero la verdad era que, después de haber sentido que alguien había entrado en su hogar, su mayor refugio, y que probablemente esa persona era peligrosa, no se sentía más cómoda allí. Incluso con Rowan cerca, se sentía vulnerable, inquieta y sabía que no lograría descansar en absoluto. Entonces, simplemente se acostó en la cama y cerró los ojos para, por lo menos, tratar de relajarse y olvidar todos los problemas de esa noche: la luz encendida en su casa, Rowan sujetando un arma y su extraña visión que la hizo sentirse muy mal. Solamente tenía que concentrarse y creer que estaba todo bien, que tenía al hombre que amaba a su lado y que después de haber ganado una gran batalla, estaba segura y nada más la perjudicaría.

Sin embargo, acabó dormitando, y más de una vez se despertó con el ruido insistente del teléfono. Rowan fue más rápido, y sabiendo lo cansada que estaba, le pidió que se quedara en la cama.

El único aparato de teléfono de la casa estaba en el piso de abajo. Era inalámbrico, y por la noche, cuando todavía vivía allí, Faith acos-

tumbraba dejarlo al lado de su cama, pero se había olvidado de hacerlo esta vez. Por eso, Rowan se demoró un poco para regresar al dormitorio, lo que la dejó ansiosa. No podía ser una buena noticia a las tres de la mañana.

Cuando regresó, su cara no era de las mejores.

—¿Quién era? —quiso saber.

—No era nadie. Escucharon mi voz por algún tiempo y colgaron.

Los dos sabían que eso no era nada bueno, si realmente había alguien rondando a Faith, prácticamente persiguiéndola. No estaban seguros de quién podría ser, pero había una gran probabilidad de que fuera el asesino, y eso era exactamente lo que más temían.

Rowan no quería demostrar su desesperación en ese momento. No quiso, siquiera, mencionar que le había gritado a quien estaba al otro lado de la línea para que dejara en paz a Faith. No podía soportar la idea de que alguien podría tener el coraje de lastimarla.

—Al menos no era una mala noticia... —Faith sabía exactamente lo que Rowan estaba pensando. Sabía que el silencio al otro lado de la línea era tan aterrador como una amenaza, pero prefería decir y creer que no había nada que temer o se volvería loca.

Rowan prefirió no decir nada. Los ojos de Faith estaban rojos por el cansancio, así que dejaría cualquier cosa para conversar para el día siguiente. Por lo tanto, solamente la llevó a la cama, manteniendo el brazo alrededor de su cintura, como si la amparase. Ya acostados, él la abrazó haciendo que pusiera la cabeza en su pecho, esperando que ella no se diera cuenta de que su corazón latía muy fuerte y de modo incierto.

12

AZUCENA

“Las azucenas, también conocidas como amarilís, significan tristeza y angustia profunda por la pérdida de alguien muy amado”.

La noche siguiente, un poco más temprano, Debra estaba en su casa viendo una película romántica en la televisión mientras comía un inmenso paquete de palomitas de maíz. Muchas veces, sus amigas le preguntaban cómo tenía el coraje de enfrentarse a la muerte todos los días, ver tanta sangre, llegar a la casa y todavía comer y ver la tele tranquilamente. Ella siempre contestaba que no era fácil, pero que desconectarse de todo era la mejor salida. También difícilmente comprendían cómo una mujer guapa y tan delicada podía tener tanta valentía para ser policía. Pero esa respuesta era mucho más fácil. Su padre había sido detective y murió con dignidad, feliz por haber salvado vidas. Ella también quería hacer su parte.

Estaba entretenida en una escena romántica cuando sonó su celular. Pensó que era Jayce y atendió de prisa, sobre todo porque le había prometido que pasaría por su casa en cuanto saliera de la comisaría. Sin embargo, no era él, sino el psiquiatra, el doctor Fitzpatrick, angustiado, y hablaba tan rápido que Debra no podía entender nada.

—Doctor, hable con calma o no le voy a entender —le pidió ya en estado de alerta.

—Hay alguien en mi consultorio. Estoy encerrado en mi sala, pero sé que la persona todavía no se ha ido.

—¡Está bien! Mantenga la calma, quédese donde está y no haga ninguna locura. ¡Voy para allá!

Rápidamente colgó el teléfono, y enseguida apagó la tele, se puso una chaqueta sobre la ropa que estaba usando y corrió hacia el auto. Desde ahí, trató de llamar a Jayce, pero no contestó. Ciertamente estaba ocupado y regresaría cuando pudiera.

Debra manejó a mucha velocidad y no tardó en llegar al consultorio del psiquiatra. Todo parecía tranquilo, y ella podría jurar que no había nadie allí. Con el arma en la mano, abrió la puerta de la pequeña sala donde él dijo que se había escondido, pero no estaba cerrada. Pronto lo vio tendido en el suelo, con un poco de sangre debajo de la cabeza. Debra verificó su pulso y vio que todavía estaba vivo, y por lo tanto se apuró a pedir refuerzos y una ambulancia.

Mientras esperaba, empezó a aplicar algunos procedimientos básicos de primeros auxilios, pero vio sobre la mesa un sobre marrón con su propio nombre en el frente. Aunque trataba de contener su curiosidad, no lo consiguió. Fitzpatrick ya estaba respirando normalmente, y ella lo dejó allí tendido esperando la ayuda médica. Su instinto le decía que eso tenía que ver con el caso, y tenía razón.

Dentro del sobre había un informe sobre Penélope Ayburn con una información reveladora. De modo que rápidamente tomó un papel y anotó un teléfono que estaba escrito en esos informes con una letra apresurada. No podía entender exactamente lo que decía, pero momentáneamente reconoció el nombre de una persona. Sin vacilar, lo escribió también junto al teléfono.

Como no quería perder tiempo, llamó a Jayce, pero otra vez no tuvo éxito. Estaba a punto de intentarlo nuevamente, cuando sintió un metal helado que le cortaba la garganta. De pronto, supo que era el final. Moriría al igual que su padre, pero no antes de reservar sus últimas fuerzas para apretar el papel con el número de teléfono y el nombre y dejarlo escondido.

Alrededor de las once y media, Jayce llegó a la casa de Debra y se sorprendió de que ella no estuviera allí, ya que habían quedado en encontrarse.

Había visto las dos llamadas que ella había dejado en su celular mientras estaba en una reunión, pero no pudo devolverlas, pues su teléfono estaba fuera del área de cobertura o apagado.

Intentó llamarla por media hora más, pero como no tuvo éxito, empezó a preocuparse.

Ellos tenían solamente tres meses de relación, pero eran compañeros hacía unos dos años, y podía decir que la conocía muy bien. Era una mujer tranquila y responsable; no saldría de su casa un martes para volver tan tarde, ya que tenía que trabajar temprano al día siguiente.

No tardó en recibir la llamada de Steve, y fue tan cruel que podría haber sido más doloroso que una daga penetrando su carne.

–Jayce, tenemos un problema con Debra.

–¿Qué pasó? –Prácticamente lanzó las palabras.

–Ella llamó a la Central de Policía avisando que el doctor Fitzpatrick estaba herido en su consultorio, pero cuando la patrulla llegó allí, encontraron todo el lugar lleno de sangre y no había rastros del psiquiatra ni de Debra.

Mientras Steve buscaba elegir las palabras adecuadas, tratando de amenizar la situación, Jayce empezaba a pensar que eso no podía ser real. Seguro que se trataba de un malentendido o sin querer se había quedado dormido y había tenido una terrible pesadilla, de las peores. No quería creer que su Debra estaba desaparecida, que la sangre que encontraron pudiera ser suya. Era insoportable pensar que ella podría estar herida en las manos de un loco, porque ni siquiera se permitía pensar que ya estaría muerta.

Así que Steve colgó el teléfono; Jayce se sintió catatónico. Una súbita inercia se apoderó de él, algo que no hubiera sucedido si la supuesta víctima no fuera la mujer que amaba. Estaba perdido en pensamientos de cómo sería su vida sin Debra, y sin embargo no quería sufrir con anticipación. Estaba tan aterrado que no conseguía pensar con claridad.

Le llevó al menos veinte minutos recuperar la cordura, hasta que finalmente se levantó y se marchó hacia el consultorio de Fitzpatrick. Como todos decían que era un buen policía, tenía que hacer lo mismo para salvar a Debra.

Una vez ahí, pronto fue recibido por Steve, que ya lo esperaba preparado para tratar de darle todo el apoyo, incluso sabiendo que

no sería suficiente. Conocía a Jayce, sabía lo pasional que era su amigo y cómo se preocupaba por las cosas y por las personas, principalmente por Debra, que era especial.

–¿Alguna novedad? –Fue lo primero que Jayce preguntó cuando llegó.

Trataba de mantener la voz calmada, pero era fácil notar que tenía los nervios de punta.

–Nada todavía. Hay un equipo de la policía en su búsqueda.

Steve respiró hondo y habló con calma:

–Tal vez sea mejor que te vayas a casa, Jayce. Nos pondremos en contacto cuando la encontremos. –Con o sin vida, pensó Steve, pero nunca diría eso en voz alta.

–¿Estás loco, Steve? ¡No voy a salir de aquí a menos que sea para buscarla! –Su voz se alteró–. No trates de mantenerme fuera de esto o nuestra amistad termina aquí.

Steve realmente no sabía muy bien qué decir. Honestamente, pensaba que era mejor para él y para el caso que Jayce se alejara, por lo menos hasta que Debra fuera encontrada, si eso realmente fuera a suceder. Pero no podía impedirle nada.

Las horas fueron pasando, y Jayce estaba cada vez más receloso. Caminaba de un lado a otro como un león enjaulado que espera su sacrificio. Había desesperación en sus ojos, que rompía el corazón de Steve. Él mismo estaba sufriendo al pensar en Debra; a fin de cuentas le gustaba la joven como persona y como profesional. Sabía que Emily se quedaría alterada si algo le pasara, y Jayce, que era uno de sus mejores amigos, estaría arruinado, tal vez incapaz de ejercer su profesión tan bien.

Ya era de madrugada, pasaban de las cuatro de la mañana, cuando sonó el celular de Steve con una llamada para avisarle lo peor. Consciente de que todo esto podía estar relacionado con el “asesino de las novias”, los policías buscaron exactamente en el río donde él acostumbraba dejar sus cadáveres, y fue allí donde encontraron, flotando y llenos de sangre, el cuerpo de Debra y también el del psiquiatra.

Al decirle a Jayce, Steve pasó por el momento más difícil de su carrera policial. Durante sus años como detective, había tenido que dar la noticia del asesinato de muchas personas a sus familias, lo que creía que era la peor parte de su profesión. Pero nada se comparaba

con la tristeza de ver a Jayce, su mejor amigo, ese hombre grande, de casi dos metros de altura y lleno de músculos, desmoronarse en el suelo, de rodillas, luchando contra sus propias lágrimas. Steve comprendía que Jayce realmente amaba a Debra, y enfrentar esa pérdida era insoportable.

Jayce, a su vez, estaba inconsolable. Lloraba mientras sentía temblar su cuerpo entero. Deseaba más que nada que eso no fuera verdad, que pudiera solamente abrir los ojos y ver a Debra acostada a su lado sonriendo, haciendo bromas.

Quería quedarse arrodillado en el suelo, exactamente de la manera como estaba, sin mover ni una parte del cuerpo. No tenía más motivos para nada, a tal punto que cuando sintió la mano de Steve en su brazo forzándolo a levantarse, se agitó. Quería que lo dejaran allí hasta que también muriera.

Pero algo dentro de él despertó cuando se acordó que alguien había tomado la vida de Debra. No era su hora de morir. Ella no se merecía ese fin, pero un loco había derramado su sangre muy temprano, y él necesitaba estar vivo, alerta, dispuesto a vengarse. Encontraría a ese hombre aunque fuera el último acto de su vida. Tendría el placer de matarlo, de hacerle padecer tanto dolor que él se lamentaría de todos sus crímenes. Principalmente, se lamentaría de haber puesto sus dedos sucios en la mujer que amaba.

—¡Tengo que verla! —exclamó levantándose del suelo de un salto.

—Jayce, no sé si... —Steve iba a terminar de hablar, pero fue interrumpido por su amigo, que estaba completamente fuera de sí.

—Quiero verla —repitió a los gritos—. Quiero verla por última vez. Y sin dejar que nadie lo detuviera, Jayce se metió en su auto.

Rápidamente, Steve lo siguió y se sentó a su lado. No lo dejaría conducir solo en ese estado.

El cuerpo de Debra todavía estaba siendo trasladado a la morgue, y exactamente cuando Jayce y Steve llegaron, ella ya había sido cubierta con una bolsa de plástico negra, lista para ser puesta dentro de la ambulancia. Aun así, Jayce bajó del auto con prisa y pidió que esperaran un poco.

Titubeó por un momento, antes de abrir el cierre, con miedo de que todo eso se volviera definitivamente real. Todavía tenía la esperanza de que se tratara de otra mujer, pero no. Era ella. Su bonito rostro se mantenía intacto, pero el cuello que a él le gustaba tanto

besar revelaba un corte profundo, cruel, una señal de que había sufrido antes de morir, y él no la había protegido. Se odiaba por eso.

Dos agentes de la policía consiguieron alejarlo del cuerpo mientras lloraba copiosamente como un niño. No quería dejarla, eso no podía ser el final.

Steve no sabía qué hacer. Necesitaba sacarlo de allí, pero si lo llevaba a la casa, se quedaría solo y no sería una buena opción. Solamente le quedaba una solución. Tendría que llevarlo a su casa y dejarlo con Emily. Ella también apreciaba a Jayce y se conmovió con su estado.

Entonces fue exactamente lo que hizo, y Jayce ni siquiera protestó. Cuando llegaron allí, pusieron al pequeño Jonathan a dormir con su mamá en el dormitorio principal, y Emily hizo una cama en el suelo para que durmiera el amigo. Él no hablaba con nadie, solamente se acostó acurrucado sin poder dejar de llorar.

Steve tuvo que volver a la comisaría. Por tratarse del caso del “asesino de las novias”, Jayce sería el encargado de recoger las evidencias de la muerte de Debra, pero Steve se sentía dispuesto a reemplazarlo.

Acababa de recibir algunas anotaciones del equipo que había encontrado el cuerpo, y estaba a punto de preparar un informe, cuando abrió el cajón y dentro vio la flor de Faith completamente destruida, con todos los pétalos caídos a su alrededor, exhalando un olor extraño y desagradable. Olor a muerte.

Faith había acertado una vez más. Era realmente aterrador saber que podía predecir la muerte de alguien; sin embargo, también debía sufrir al saber que tenía un poder inmenso, que en lugar de ser solamente una bendición, podría ser una maldición. Peor todavía era sentirse impotente por no poder cambiar nada.

Faith sabía que todavía no había amanecido. También sabía que Rowan dormía tranquilo a su lado, y por eso mantenía los ojos cerrados, pero no podía conciliar el sueño otra vez. Ya estaba prácticamente decidida a levantarse, cuando sintió esa sensación extraña de estar siendo asfixiada. Trataba de respirar hondo, pero no lo lograba. Se sentó en la cama y empezó a desesperarse, especialmente porque no sentía que tendría una visión, como estaba ocurriendo en los últimos días.

No pasó mucho tiempo para que Rowan se despertase también y para que se diera cuenta de que algo andaba mal. Vio y escuchó a Faith tosiendo, sin aliento, perdiendo la conciencia. Otra vez, aterrado, la abrazó fuerte, envolviéndola, pidiéndole que se calmara. Algunos minutos después, como por arte de magia, ella realmente parecía mejorar. Paró de toser, volvió a respirar normalmente y empezó a quedarse más tranquila, como si finalmente se liberara de alguna cosa. Pero cuando se miró las manos, estaban llenas de sangre, exactamente como en el sueño que había tenido, el mismo que había revelado que alguien iba a morir.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó cuando vio la sangre. No era mucho, pero lo suficiente para asustarla.

—Faith, estás herida —Se desesperó tomando sus manos.

—¡No! ¡Esta sangre no es mía! —lloraba—. Alguien murió, Rowan, ¡yo siento eso! ¡Esa flor otra vez cumplió su profecía! —dijo de un modo extraño, casi profético.

Rowan no sabía qué hacer. Tan rápido como pudo, se fue al baño y tomó una toalla para que ella pudiera limpiarse las manos, lo que él mismo hizo con todo cuidado, con toda delicadeza, besándolas, mostrando que estaba con ella incondicionalmente, sin vacilar ni un momento. Faith se aferró a él rogando para que no la dejara. Pero eso ni siquiera le pasaba por la cabeza.

Algunas horas más tarde, Faith ya estaba en la florería. Todavía se sentía abatida con lo que había pasado, pero sin coraje para llamar a Steve y averiguar si la profecía realmente se había cumplido. Pero para acabar con sus dudas, él fue a la florería con una expresión que denunciaba toda su tristeza. La tristeza por perder a alguien, y Faith la conocía muy bien.

—¡Tenías razón, Faith! Jayce perdió a alguien que amaba. Debra, su novia, está muerta. —Fue lo primero que dijo.

Mientras hablaba, no conseguía descifrar el tipo de sentimiento que había en sus ojos. No sabía si era miedo, rabia o solamente dolor.

—¿Cómo murió?

—La mató el “asesino de las novias”.

Escuchar esto hizo que su corazón latiera más fuerte. Primero porque ese monstruo aterrador tenía una víctima más, y había una

gran posibilidad de que fuera el responsable de la invasión a su casa. Tal vez estaba buscando en sus cosas trazos de su personalidad, espiándola como si fuera una presa. Además, había cambiado de estrategia; no se limitaba solo a las muchachas de Kappa House, lo cual transformaba a cualquier persona en un candidato a morir por sus manos, incluso Faith.

—Un hombre fue asesinado con ella, un psiquiatra que tenía que ver con el caso. Los dos estaban con la garganta cortada y fueron arrojados en el mismo río —le contó Steve, para que Faith pensara que si él había matado a un hombre, también podría hacerlo con Rowan, que estaba realizando una pequeña investigación.

—¿Y cómo está Jayce? —Era una pregunta tonta, pero realmente no sabía qué decir.

—¡Mal! Por ahora está en la etapa de la negación, pero todavía no sé cómo será su reacción cuando entre en razón. No sé si estará listo para morir o matar. —Entonces se hizo un silencio—. Y, Faith..., aquella flor es realmente muy rara, está completamente marchitada en mi cajón exhalando un olor extraño.

—¿Tú no se la entregaste a Jayce? —le preguntó asombrada.

Entonces ese era el motivo para que los sueños no se detuvieran, para que los “síntomas” de la visión se mantuvieran pegados a su mente, a su cuerpo. La azucena jamás había llegado a su destino.

—No tuve el coraje. —Steve la miró y, por más que ella no quisiera dejarlo entrever, estaba un poco decepcionada—. ¿Cómo querías que le dijera a Jayce que ella iba a morir? ¡Porque yo sabía que era ella! Siempre lo supe desde el principio.

—¡No te estoy culpando, Steve! Te entiendo. Y desafortunadamente no hubiera cambiado nada, no podía ser evitado. —Faith tomó la mano de su amigo tratando de mostrarle que realmente entendía su indecisión. Ella misma, que convivía hacía tanto tiempo con ese don, todavía no se sentía segura al tener que revelar el futuro de las personas. Nunca sabía cómo sería interpretada.

—¿Fue así con Henry? —le preguntó con cuidado, pues no sabía cómo reaccionaría a esa historia.

Estaba enamorada de Rowan, pero Steve sabía que ella jamás se olvidaría de su marido fallecido. La relación que tuvieron fue muy especial, al menos aparentemente.

–Más o menos. Tuve la visión y le entregué la flor, solamente un tiempo después él murió. Con Debra tuve otros problemas. –No quiso hacer más comentarios.

Incluso no quería mencionar las cosas horribles que había visto y sentido.

Steve estaba a punto de decir algo, pero fue interrumpido por la llegada de Cailey. Llegó un poco atrasada, y se estaba convirtiendo en algo común, pero Faith nunca se quejó, porque ella hacía todo el trabajo de buen grado y de manera eficiente.

A él le agradaban mucho todas las mujeres de esa familia. Tenía un gran cariño por Lolla y deseaba hablar con Cailey, especialmente para saber cómo estaba después de que capturaron al violador, pero en ese momento se sentía completamente conmovido; por eso decidió solamente saludarla e irse. Con Jayce en ese estado, el trabajo en la comisaría iría a duplicarse.

–¿Qué le pasó a Steve? –Cailey se sorprendió y todavía lo miraba mientras él se iba.

–Otra persona fue asesinada, Cailey... –Tal vez esa información era suficiente para su hermana, pero ella necesitaba desahogarse después de haber visto a su gran amigo tan deprimido–, y yo se lo dije.

Al principio, Cailey no se dio cuenta del verdadero sentido de la frase que Faith le había dicho, pero cuando tomó conciencia del significado de sus palabras, abrió los ojos e incluso tartamudeó al hablar.

–¿Tú... tú lo predijiste? ¿Cómo?

–Es una larga historia –suspiró de manera triste.

–Pensé que tus flores te hablaban solamente de cosas buenas.

–Desafortunadamente, no –dijo Faith de un modo muy serio, y Cailey no se atrevió a preguntarle nada más.

Steve salió directamente de la florería de Faith hacia su casa. Al llegar allá, Emily estaba afligida y caminaba de un lado a otro.

–Steve, ¡me desperté y vi que Jayce ya no estaba más aquí! ¡No lo escuché salir y no atiende el celular!

–¡Maldición! –exclamó Steve golpeando su puño con fuerza sobre la mesa del comedor.

–¡Lo siento! Debería haberlo cuidado –se avergonzó.

–¡No, cariño! La culpa no es tuya. –Emily empezaba a llorar–. Vamos a encontrarlo.

–¡De la manera como se encontraba, no sabemos de lo que podría ser capaz de hacer!

–Desafortunadamente, él está con sed de venganza, Emily, no va a causar daño en contra de su propia vida. Por lo menos no antes de acabar con el asesino de Debra.

Ese era el mayor temor de Steve. Con la rabia que Jayce estaba sintiendo, podría perder la cabeza y su credibilidad como un oficial de policía.

Y exactamente, como todos estaban pensando, Jayce volvió al consultorio de Fitzpatrick con la esperanza de encontrar cualquier cosa que pudiera ayudarlo en su búsqueda de justicia. Su mente, a pesar del dolor insoportable que sentía en el pecho, trabajaba a mil por hora, y sus ojos estaban vidriosos ansiando una señal. Y la señal vino de la forma más inesperada e inusitada posible.

Cansado y dolorosamente deprimido, se sentó a la mesa colocando su mano derecha en la cabeza, apoyándola, demostrando un sentimiento de derrota. Fue cuando se dio cuenta de que un pequeño pedazo de papel con algunas manchas de sangre estaba tirado en el suelo. Lo tomó en su mano, lo abrió y pronto se encontró con la letra de Debra. Allí había un número de teléfono y un nombre: Melinda Stuart.

Jayce examinó la nota por algún tiempo. ¿Sería que Debra, en sus últimos minutos de vida, había encontrado el teléfono de Melinda? El número que estaba anotado tenía un código de área que no era de Nueva York, sino de Boston.

Quería llamar inmediatamente y hablar con Melinda Stuart, pues ella podía develar todo el caso, pero sabía que sería mejor hacerlo desde la comisaría.

Al llegar allá, notó que Steve no estaba, y luego se fue a su oficina y decidió actuar solo. Estaba desesperado por darle un punto final a todo esto.

El número que estaba en el papel era de un hotel llamado Boston One, de acuerdo con lo que dijo la recepcionista que había atendido. Jayce se quedó todavía más confundido. Tal vez Melinda trabajaba en ese hotel, pero era probable que usase otro nombre. Sin embargo, decidió arriesgarse.

–¿Usted conoce a Melinda Stuart? –preguntó olvidando cordialidades o saludos y sin estar seguro si eso lo llevaría a alguna parte.

La mujer al otro lado de la línea se quedó muda. Posiblemente ella misma era Melinda Stuart, y él prácticamente esperó que la llamada se cayera o que colgara el teléfono con miedo, pero no. Podía escuchar su respiración nerviosa, que denunciaba que seguía ahí. Por un momento, sintió que su corazón se regocijaba. Gracias a Debra, podría estar muy cerca de encontrar a una persona que, seguramente, tendría mucho que añadir al caso.

–¿Usted se está burlando? ¿Esto es alguna broma? –La voz parecía alterada, pero baja, casi un susurro, como si la mujer no quisiera que alguien escuchara la conversación.

–No, señorita. En verdad, esto es mucho más grave de lo que se imagina. Soy detective, me llamo Jayce Hernández y estoy llamando de Nueva York en nombre de una investigación de asesinato. –Hizo una pausa–. Necesito que me diga lo que sabe sobre esa mujer o tendré que interrogarla personalmente con una citación –bramó Jayce sin paciencia, cansado de la gente que podía ayudar y no hacía absolutamente nada.

–Señor, Melinda Stuart se suicidó en este hotel hace diez años.

Aquello fue un golpe mayor de lo que esperaba. Por supuesto que la recepcionista había pensado que era una broma. No era bueno para la imagen de un hotel que alguien muriera en una de sus habitaciones, y la sola mención del nombre de Melinda seguro que dejaba a todos aprensivos. Especialmente porque ella se había suicidado, lo que no era un buen presagio.

–Lo siento, de verdad no lo sabía.

–Detective, no puedo demorarme al teléfono. Necesito colgar. –Y ella ni le dio tiempo para que Jayce preguntase nada más; lo dejó con miles de preguntas esperando que ella lo ayudara a aclarar su mente.

Pero apenas tuvo tiempo de colgar el teléfono cuando apareció el jefe del Departamento de Homicidios. Golpeó la puerta y pidió permiso para entrar, lo cual le fue concedido. La expresión del jefe de Jayce no era de las mejores. Estaba visiblemente preocupado y se sentó delante del detective sin saber cómo empezar a hablar.

–Lamento lo de Debra, Jayce –dijo con tristeza, y Jayce se quedó callado. No sabía qué decir sobre ese tema y no quería hablar con nadie.

–Sé que debes estar pasando por un momento difícil, no es fácil perder a quien amamos. En estos casos siempre es mejor tomarse un tiempo para poner las ideas en orden. –El jefe pretendía seguir hablando, pero Jayce lo interrumpió, ya que pronto sacó conclusiones sobre dónde llegaría esa historia.

–¿Usted va a sacarme del caso? –le preguntó muy serio, casi enojado, pero tratando de controlarse para demostrar que no estaba trastornado.

–No lo tomes de forma negativa, serán solamente vacaciones. Bien que te las mereces...

–¡No voy a salir de vacaciones! –avisó saboreando cada palabra, pronunciándolas lentamente–. No voy a retirarme de este caso. Sabré tratar la situación como un profesional, como siempre lo fui. –Levantó la voz, que ya era muy fuerte y marcaba una gran presencia.

Pero su jefe no se intimidó. Jayce podría asustar a cualquier persona, pero él conocía su corazón y su bondad, sobre todo su ilimitado sentido de justicia.

13

CAMELIA JAPONESA

“La camelia japonesa representa el arrepentimiento que nos toca el corazón cuando herimos los sentimientos de la persona amada. Es excelente para pedir disculpas”.

Durante dos noches seguidas, Faith durmió sin tener ninguna pesadilla, ningún sueño aterrador, y finalmente pudo descansar. Sintién-dose tranquila y más relajada, decidió levantarse antes que Rowan. Él había sido tan maravilloso en los últimos días que merecía ser mi-mado, y era exactamente lo que ella pretendía hacer.

Era domingo, un día para, simplemente, estar juntos. Un día con el que Faith venía soñando hacía mucho tiempo.

Desde los incidentes en su casa, los dos estaban viviendo allá. Era más fácil para Faith, por su trabajo, y Rowan notaba que se sentía más cómoda. La casa de Rowan, a pesar de no ser exacta-mente una mansión como en la que vivían sus padres, era mucho más grande que la suya, y ella no estaba acostumbrada a tanto es-pacio.

De acuerdo con lo que había decidido, se levantó con cuidado para que no se despertara y lo miró por unos breves minutos. Era una imagen más que agradable, no solamente porque era un hombre guapo, sino, principalmente, porque se sentía tan bien a su lado que estaba segura de que el destino quería que se quedaran juntos, y por-que Lolla tenía razón cuando dijo que conseguiría cambiar el futuro

de cada una de sus nietas con pequeños gestos. Por lo menos el de Faith estaba caminando hacia una dirección maravillosa. Esperaba que Cailey y Tatianna tuvieran la misma suerte.

Se puso una bata y se fue a la cocina a preparar algo de comer. Eligió un pastel de naranja, y usó una receta de su tía Jane, la madre desaparecida de Tatianna. Faith no era una excelente cocinera, pero la intención era buena, y eso seguramente contaba.

Cocinó la masa con cariño y preparó una crema. Mientras la mezcla estaba en el horno, empezó a sentir el olor de sus flores. Un olor fuerte, característico de sus visiones especiales. Ya esperando lo que estaba por venir, cerró los ojos, y pronto aparecieron las imágenes. En ellas, veía su jardín con una única especie de flor, la camelia japonesa. Tan hermosa, tan delicada, con sus capas que mezclaban varios matices de un mismo color, unos más suaves y otros más fuertes. Pétalos más cerrados con pétalos más abiertos, maduros. Ansiosa, Faith esperó el rostro de la persona a quién debería darle la flor, pero solamente vio un espejo y se reflejaba en él.

Al regresar de su trance, fue a su invernadero y recogió esa flor como si se la regalara a sí misma, exactamente como había visto en la premonición.

Con la camelia en las manos, Faith volvió a la casa y vio que Rowan ya estaba de pie buscándola, tratando de disimular su preocupación. Pensaba que tratar con ese don que ella tenía tampoco debía ser fácil para él, pero jamás reclamaba o se mostraba cansado de esas excentricidades.

—¿Una flor? —exclamó al ver que sujetaba la camelia japonesa—. Tengo miedo de preguntarte qué significa y para quién es —bromeó notando que su expresión no era aprensiva.

—Es para mí.

—¿Alguna visión? —Se puso serio, con miedo de que pudiera haber visto cualquier cosa mala para sí misma.

—Sí. —Se sentó, y él hizo lo mismo—. Esta flor es una camelia japonesa. Simboliza el arrepentimiento.

—¿Y estás arrepentida de algo?

—No, pero ese no es el punto. Si esta flor es un regalo para mí, es una señal de que alguien está arrepentido de alguna cosa que me hizo —le dijo, pero esta vez, ella tampoco sabía cómo explicar o comprender su propia visión.

No conseguía acordarse de nadie que pudiera haberle hecho cualquier cosa de malo.

–¡Qué raro! Bueno, vamos a esperar hasta que alguien te pida disculpas por algo.

Rowan se acercó y la abrazó, mucho más tranquilo, porque ella no estaba asustada. Sintiéndose juguetón, sintió un olor extraño a quemado.

–Cariño, ¿dejaste algo en el horno?

–¡Oh, Dios mío, el pastel! –Faith se soltó de los brazos de Rowan y corrió a la cocina para salvar el pastel que, por suerte, apenas empezaba a quemarse–. Creo que necesito unas clases de cocina con Tatianna –bromeó después de pasar algún tiempo en la cocina poniendo la crema en el pastel.

Sabía que el sabor debía estar bueno, pero la apariencia no era de las mejores.

–La verdad es que estaba pensando en llamarlas a las dos para almorzar con nosotros, pero abandoné la idea.

–¿Por qué? –le preguntó mientras actuaba como un niño travieso pasando el dedo por la crema del pastel y lamiéndolo.

–Porque sería bueno si estamos juntos, tranquilos y solos.

–¡Hum!, tentador. –Rowan la trajo para sí y la besó, dejándola rápidamente llena de deseo–. Pero... –La alejó un poco, pero todavía la mantenía muy cerca–. Creo que sería bueno si pasamos una tarde con Cailey y Tatianna. Podríamos hacerles una visita e irnos a la hora que quisiéramos.

–Me parece una excelente idea, y ¡seguro que a ellas les va a encantar!

Faith se quedó inmensamente feliz con la sugerencia de Rowan.

–Eres maravilloso. Creo que nunca me voy a cansar de decirte eso.

–Y yo nunca me voy a cansar de decirte cómo te amo. –La besó otra vez demostrando que sus palabras eran verdaderas.

La tarde fue muy agradable. Tatianna y Rowan, que todavía no se conocían, inmediatamente se llevaron bien, y a él le encantó el plato que ella había preparado. Conversaron, se rieron y se divertieron. Incluso Cailey, que todavía estaba un poco triste, se sintió más liviana como hacía mucho no se sentía. Si el plan era solamente visitarlas y salir de allí bien temprano, se vino abajo. Terminaron regre-

sando muy tarde a casa y se fueron directamente a la cama para hacer el amor y dormir abrazados, sintiendo que eran parte uno del otro cada día más.

La casa de Jayce era un caos. Apenas recordaba cuándo había hecho su última comida o lo que había comido. Debra siempre bromaba diciendo que le encantaba estar en su departamento porque era más organizado y más limpio que el suyo y él siempre tenía cosas sabrosas en la heladera, pero si viera el lugar en ese estado, le daría bronca. Sin embargo, Debra no estaba más allí para darse cuenta de esas cosas y nunca más estaría. Jayce evitaba pensar en eso, y lo único que le daba energía para seguir sobreviviendo eran las botellas de bebida que tomaba sin parar desde que quedó fuera del trabajo. Daba vueltas por toda la casa y no encontraba nada que hacer.

En ese momento, estaba sentado en un sillón con la televisión encendida, que le servía de luz en la oscuridad. Nostálgico, sujetaba una foto de Debra en una mano y una botella de vodka en la otra. Ni siquiera había vuelto a pensar en la nota que ella había dejado en el consultorio de Fitzpatrick, hasta que encontró su libreta de anotaciones abierta sobre la mesa ratona. No podía recordar cómo había ido a parar allí, pero la información le vino como una bomba a su mente. Él no conseguía leer lo que estaba escrito alrededor de la palabra que le había llamado la atención. Parecía que el nombre “Melinda” titilaba en neón.

Sin esperar ni un minuto, tomó el papel de Debra y lo leyó otra vez. Se había olvidado totalmente de eso y de cuán importante podía ser la información. Sin embargo, la verdad era que estaba muy borracho para tener ideas coherentes. Pero decidió meterse bajo una ducha de agua fría con la esperanza de ponerse un poco más sobrio.

Se vistió con ropa decente, pues la que tenía ya estaba sucia y con mal olor, y corrió a la comisaría lo más rápido que pudo. Al llegar ahí, fue directamente a la oficina de Steve, quien se sorprendió y se enojó al verlo. Jayce no atendía el teléfono de su casa ni tampoco el celular, no contestaba mensajes ni abría la puerta. Steve y Emily ya estaban muy preocupados, y él todavía tenía el coraje de aparecer en la comisaría oliendo a alcohol. Ya estaba a punto de reclamarle a su amigo, cuando fue interrumpido por su entusiasmo.

–Steve, Melinda está muerta –le reveló Jayce de golpe.

Steve había leído todo sobre el caso en esos dos días, desde que Jayce había sido retirado. Se había pasado las dos noches sin dormir, estudiando cada detalle y tratando de encontrar cualquier descuido, cualquier diferencia que pudiera salvar a una próxima víctima. Sabía que no había dejado nada atrás, y el hecho de que Melinda Stuart estuviera muerta era una novedad.

–¿Cómo lo sabes? –desconfió Steve.

–Debra dejó una nota antes de morir con un teléfono y el nombre de Melinda, y yo llamé allí justo después de que lo encontré. Se trata de un hotel en Boston, y la recepcionista me informó que ella se había suicidado en una de las habitaciones hacía diez años. –Las palabras salían de su boca con tanta velocidad y violencia que incluso eran complicadas de entender. Steve se detuvo, examinó todo lo que había acabado de escuchar y comprendió lo que Jayce quiso decir y lo importante que era eso.

–Jayce, ¿le ocultaste esta evidencia a la policía? –exclamó más que sorprendido.

Jayce era el oficial más correcto que conocía y, más que nadie, quería que el caso fuera resuelto lo más rápido posible.

Sin embargo, a pesar de no estar de acuerdo con su actitud, Steve lo comprendía. No conseguía siquiera imaginar lo que haría si alguien le hiciera algo malo a Emily o a sus hijos, que eran las personas que él más amaba en el mundo. Él desearía tener el placer de poner personalmente las manos en el bastardo y matarlo.

Debra no era tan frágil como Emily, sabía defenderse, pero actuó de manera completamente equivocada cuando salió a enfrentarse sola a un asesino peligroso. Había perdido su vida por un acto impulsivo.

–No lo escondí. Estaba tan trastornado que no me acordé de mostrarte la nota.

Los dos sabían que era mentira, pero ninguno dijo nada para no causar más problemas.

–Y eso no importa ahora. Si hubiera querido esconder cualquier cosa a la policía no habría venido aquí. –Jayce estaba muy nervioso, casi enojado, lo que no era normal.

–Bueno, entonces si Melinda Stuart está muerta, eso cambia muchas cosas. –Y volvió al tema principal.

–¡Por supuesto que cambia! ¡Este simple hecho puede ser la clave de todo! –Jayce estaba muy entusiasmado, y Steve sabía que eso no era bueno.

Si estuviera equivocado y el suicidio de Melinda no tuviera ninguna relación con el caso, se quedaría decepcionado y la investigación podría ser perjudicada.

–Vamos con calma, Jayce. No podemos precipitarnos. –Trató de tranquilizar a su amigo; lo dijo en un tono suave, pero Jayce explotó.

–¿De qué lado estás, Steve? Sí, puedo estar con el corazón roto, pero sigo siendo un buen detective, todavía tengo mis instintos, así como tú.

–¡No estoy de ningún lado, no seas infantil! Solamente trato de ser racional. –Él también se levantó de su silla y alzó la voz.

–Es más fácil para ti usar la voz de la razón cuando se está del otro lado de la mesa investigando “mi” caso. –Enfatizó la palabra “mi”–. A mis espaldas, todos deben de estar diciendo: “Pobre Jayce, perdió a la mujer que amaba y no tiene más capacidad para poner a un asesino entre rejas”. ¡Sí, perdí a Debra! –gritó–. Y por haberla perdido de forma tan estúpida, es que quiero acabar con esto para redimirme.

–¿Redimirte? ¿De qué?

–Ella me llamó, Steve... me llamó antes de ir a ese consultorio, seguro pidiendo refuerzo, ¡y yo simplemente me olvidé el celular dentro de un maldito cajón! –Jayce se puso a llorar. Nunca habría lágrimas suficientes.

–¡No te culpes! –se apenó.

–¡Pero es mi culpa! Yo debía estar a su lado para protegerla.

–Debra era un oficial de policía, optó por una vida de riesgos y no le iba a gustar nada tener un guardaespaldas todo el tiempo detrás de ella. –Los dos sabían que él decía la verdad.

Debra era demasiado independiente para volverse sumisa.

–Y, Jayce, ese era su destino. Tú no podías cambiar nada. –La voz de Steve se puso sombría.

–¿Y desde cuándo crees en estas cosas?

Steve no le contestó nada, solamente se armó de coraje, abrió su cajón y tomó la flor de Faith, o lo que quedó de ella, en sus manos. No sabía ni por dónde empezar a contarle esa historia, especialmente porque Jayce no conocía a Faith. Por más que viniera de una familia religiosa llena de convicciones, no sería fácil creerlo.

–¿Qué es esa flor marchita? –preguntó Jayce.

–¿Te acuerdas de aquella amiga mía, Faith Connor? –Él asintió con la cabeza confirmando que la conocía—. Ella tiene un don extraño. No sé exactamente cómo funciona, pero tiene una especie de premonición relacionada con las flores.

–¿A dónde quieres llegar?

–Ella predijo la muerte de Debra. No exactamente de esa manera, pero dijo que alguien que amabas iba a morir.

Jayce estaba escuchando todo el relato de Steve con mucha atención. No era posible descifrar sus pensamientos, pero no parecían muy buenos.

–Me pidió que te entregara esta flor, pero no me atreví. Lo más aterrador fue que se marchitó exactamente el día de la muerte de Debra.

–¿Tú sabías que Debra podía morir y no me lo dijiste? –parecía resentido.

–¿Y desde cuando crees en premoniciones? –Steve también alzó la voz, no porque quería pelear, sino porque sabía que estaba equivocado. Por más que Jayce no pudiera creer en ello, tenía el derecho de saberlo.

–Nunca fui un hombre escéptico, por lo menos hubiera desconfiado y hubiese tratado de cuidarla mejor.

–Era inevitable. Ella me dijo que sus visiones son definitivas.

Jayce permaneció en silencio y necesitó sentarse. No lograba pensar claramente con tanta información de una sola vez. Realmente, en otra situación, tal vez no hubiera creído ningún argumento de esa estúpida historia. Quizá Steve tenía razón, Jayce probablemente no hubiera creído en sus palabras, pero seguro que hubiera estado más alerta a los movimientos de Debra, incluso aunque a ella no le gustara mucho la idea. Él no conocía a Faith, solamente la había visto algunas veces, y no podía creer que fuera una loca ni que tuviera un humor tan negro como para burlarse de algo tan serio. Solamente le restaba creer que, realmente, había previsto cualquier cosa.

Jayce estaba tan molesto con todo esto que no pudo decir nada más. Steve y él eran amigos desde la época de la academia de policía. Tenían una afinidad increíble, a pesar de no tener muchas cosas en común. Jayce tenía muchos hermanos, pero todos estaban en Puerto Rico, y su compañero de profesión, junto con Debra, se había convertido en su familia en el país. Por todos esos motivos, la última

cosa que él quería hacer era pelear, pero sabía que estaba estresado y herido, lo que le haría perder la razón. Para que eso no sucediera, le pareció mejor irse.

Todo lo que quería era llegar a su casa, pero el destino decidió guiarlo hasta la florería de Faith.

Estacionó el auto frente al lugar y la observó mientras trabajaba al lado de su hermana. Las dos se reían, y parecían tan felices que él, en su rabia ciega, pensó que se trataba de una afrenta. Seguro que ya sabía que Debra estaba muerta y no demostraba ningún respeto. Está bien que Faith apenas la conocía, pero ¿sería posible que alguien pudiera predecir la muerte de una persona y no sentir remordimiento?

Fue exactamente por culpa de esa falta de sensibilidad que Jayce decidió bajar del auto y entrar en la florería.

Esa visita fue una sorpresa para Faith. Ella jamás lo había visto personalmente, pero lo reconocería en cualquier parte, debido a los terribles sueños que había tenido con él. Podía ver que su corazón estaba roto en mil pedazos, y por más que no tuviera ninguna culpa, de alguna forma se sentía responsable por su sufrimiento.

–¿Jayce Hernández? –dijo primero, mostrando que lo conocía, mientras salía de detrás del mostrador para acercarse.

–¿Entonces fuiste tú la que predijo la muerte de Debra? –La voz le salió tomada por el dolor–. ¿Por qué no viniste a hablar directamente conmigo? Tal vez ella hubiera tenido una oportunidad. –Jayce estaba alterado, y Cailey, a pesar de su tamaño tan pequeño y frágil, también se acercó al detective para defender a su hermana.

–No, no la tendría. Desafortunadamente solo recibo esas visiones cuando la situación es inevitable.

–¡Nada es inevitable! –Elevó su poderosa voz y agarró de los brazos a Faith con fuerza–. No entiendes...

–¡Suéltala, bestia! –Cailey también gritó y golpeó la enorme espalda de Jayce, pero él no sentía nada.

–Lo entiendo, Jayce. Mucho más de lo que te imaginas. –Faith hablaba con calma y sin sentir miedo. Por más grande y fuerte que fuera, estaba segura de que no le haría ningún daño, a pesar de que sus manos estaban lastimando sus brazos.

–Ella era todo para mí, y tú y tus malditas flores la hicieron partir. –Él sabía que eso no era verdad, pero necesitaba lastimarla, incluso sin motivo.

Faith estaba a punto de contestarle, pero Rowan llegó exactamente en ese momento y vio la escena: Jayce sujetándola con fuerza, prácticamente sacudiéndola, con la voz alterada. Rowan conocía toda la historia e incluso podía imaginarse de qué se trataba todo eso. Pero, a pesar de saber que ese hombre había perdido a la mujer que amaba, que seguro lo había dejado algo irracional, tuvo que controlarse al máximo para no volar sobre él y sacarlo de encima de Faith antes de que la lastimara.

–¿Detective Hernández? –lo llamó Rowan.

Jayce se volvió en dirección de la voz que dijo su nombre, manteniendo una de sus manos en uno de los brazos de Faith.

–¡Rowan Allers! ¿Ya sabes que tu novia maldice a la gente? –Las palabras le salían de la boca sin que tuviera realmente la intención de decirlas.

–Jayce, sabemos que estás trastornado por tu pérdida y que estás actuando y hablando sin razón, pero si no sacas tus manos de ella, no responderé por mis actos –dijo Rowan con firmeza, empezando a enojarse todavía más.

Jayce se mantuvo en silencio por un momento y miró a la gente a su alrededor. No era el tipo de hombre que se aprovechaba de su inmensa fuerza para lastimar a alguien, mucho menos a una mujer delicada como Faith. Tampoco se había sentido intimidado por la orden de Rowan, que a pesar de ser solamente un poco más bajo y tener un cuerpo atlético, no le daba miedo. Pero así mismo soltó a Faith y se fue, por el simple hecho de darse cuenta de que estaba haciendo el ridículo.

En el momento en que Jayce cruzó la puerta de la florería, Rowan fue hacia Faith, quien se apoyó en el mostrador sintiéndose miserable. No era la primera vez que escuchaba a alguien decirle que sus flores eran malditas o que ella era la culpable por una tragedia. Sin embargo, era la primera vez que era “acusada” por la muerte de una persona, y definitivamente no había sido nada agradable. Por más que no quisiera, no pudo contener las lágrimas y empezó a llorar.

Rowan la abrazó sabiendo perfectamente lo que la afligía.

–Faith, ¿no vas a sentirte ofendida por las palabras de ese idiota, verdad? –intercedió Cailey mostrándose indignada.

–Tal vez él tenga razón. Tal vez mis flores realmente maldicen a las personas.

–¡Qué tontería! Tú nunca serías capaz de hacerle mal a alguien. ¡Yo, sí! ¡Me encantaría lanzarle una maldición a ese tipo! –Si los dos no estuvieran tan afectados, se habrían reído del modo como Cailey lo dijo.

–¡Cailey tiene razón! No sobre la parte de maldecirlo, sino respecto a que no serías capaz de tal cosa –dijo Rowan tranquilamente–. Y él tampoco debe pensar en todo lo que te dijo. Está disgustado y actúa irracionalmente. Te garantizo que llegará el día en que te pedirá disculpas.

–¡Y por supuesto que no se las aceptarás! –añadió la joven, y esta vez los dos no resistieron y se rieron.

–¡No hables así, Cailey! Yo lo comprendo. Debe ser más fácil echarle la culpa a alguien.

–No lo hiciste cuando murió Henry.

–¡No! Fue peor. Asimilé toda la culpa y te juro que no se lo deseo a nadie.

Muy conmovida, Faith dejó a Rowan y a Cailey solos en la florería y se fue a su casa a llorar en soledad. No quería mostrar debilidad delante de su hermana ni del hombre que amaba. La escena con Jayce le afectó su corazón más de lo que jamás se había imaginado, pero como le había dicho a Cailey, conseguía entenderlo. Tanto que recordaba perfectamente la época en que había perdido a Henry y también se había enojado con sus flores. Además, su hermana estaba equivocada, ella le había echado la culpa a alguien. Y fue Lolla quien recibió sus insultos por no haber sido capaz de predecir el accidente. Sin embargo, nadie supo de la pelea de las dos. Su abuela había sufrido en silencio, y a Faith solamente le quedó el arrepentimiento.

Estaba en el baño secándose las lágrimas cuando apareció Rowan. Le dolía el corazón de verla sufrir por algo que no era su culpa. Ese don se lo impusieron y desafortunadamente era más doloroso para ella que para cualquier otra persona.

Sabiendo lo triste que estaba, la enlazó de la cintura, manteniéndola de espaldas a él, y le besó el cuello. Había presenciado su angustia por saber que alguien iba a morir y no había podido hacer nada. Un día haría que Jayce se arrepintiera de sus palabras.

–Conseguí escapar más temprano del trabajo solamente para poder llevarte a cenar, y quiero llevar mi idea adelante –dijo deci-

dido, pero en un tono suave de quien estaba solamente bromeando. Por supuesto que no le importaría si ella prefería quedarse en casa.

–¿Así que estoy prácticamente intimada? –También lo dijo en broma todavía luchando contra sus lágrimas.

–¡Por supuesto!

–¡Ya que no tengo opción, voy a cambiarme para el sacrificio!

Faith ya iba a salir de los brazos de Rowan, pero él se lo impidió sujetándola más cerca de por un tiempo.

–Nunca pienses que podré asustarme o cansarme de tu relación con las flores, de tu don de ver cosas que las otras personas no ven. Eso es parte de ti y ahora es parte de mí también.

Faith respiró hondo después de saborear cada palabra que había escuchado. No era fácil tener una relación con un hombre que tenía el poder de dejarla totalmente sin aliento en un segundo. Ella siempre sabía qué decir, y a pesar de no haber sido nunca una mujer de muchas palabras, le gustaba demostrar su opinión y sentirse libre para hablar lo que quisiera. Sin embargo, por más que Rowan le proporcionaba esa libertad, a la vez la dejaba en silencio, perdida, incapaz de retribuirle lo que le ofrecía. A pesar de eso, no era una mala sensación, y ella sabía que estaba en buenas manos.

14

LIRIO

“Es una flor que tiene múltiples significados. El principal de ellos es la protección, pero también significa la paz, la nostalgia, la dulzura, entre otros”.

Jayce no se fue a su casa. Manejaba desorientado, pasaba semáforos, y casi entra de contramano en algunas calles. En lugar de tomar rumbo a su casa, terminó parando en la de Debra. Se quedó un rato detenido dentro del auto observando el edificio donde ella vivía, sin tener el coraje de enfrentarse al lugar.

Pero no se resistió a los recuerdos y decidió entrar. Por más que el dolor fuera muy intenso, casi físico, no quería olvidarla, exactamente porque merecía ser recordada.

Él tenía una copia de la llave y pudo abrir la puerta. La casa estaba exactamente del modo en el ella la había dejado, y lloró tratando de no imaginar que ella podría volver en cualquier momento y recoger el paquete de palomitas que estaba tirado en el suelo. Esa era una señal de que había salido corriendo de la casa para atender el llamado del psiquiatra. Jayce, simplemente, se preguntaba por qué Fitzpatrick había llamado a Debra y no a él. Cuando se está en peligro y hay dos opciones de oficiales para llamar, ¿por qué comunicarse exactamente con la mujer, que a pesar de ser muy competente, era sin duda la más frágil? Debía haber una explicación razonable para eso, y solo conseguía pensar en una: Fitzpatrick había sido obligado por

el asesino a llamar a Debra y no a él. Ella era un blanco, él ya tenía el propósito de matarla, no había sido solo una coincidencia. Pero ¿por qué? Siempre era eficaz en el momento de pensar en sus casos y tratar de entrar en la mente del asesino, pero Jayce en ese momento no podía razonar. Su mente estaba llena de recuerdos, de nostalgia y de pesar.

Sabía que necesitaba actuar, utilizar esa información para obtener más cosas. Se lo debía a Debra, se lo debía a sí mismo, para dejar de sentirse tan miserable, tan impotente. Pero lo único que quería en ese exacto momento era recostarse en el sofá, donde apenas cabía su cuerpo entero, acurrucarse como un bebé, agarrar una almohada y llorar. Podía quedarse de esa manera para siempre, ya que no tenía nada más.

Faith ya estaba empezando a acostumbrarse con las reuniones de Rowan, que lo hacían llegar más tarde a casa. Sabía que él era importante en la empresa de la familia y que coordinaba los grandes proyectos. Incluso sabía que, en ese poco tiempo de relación, ya lo había molestado en su trabajo, varias veces, con sus problemas, y también sabía lo importante que era la empresa para él. A veces conseguía esperarlo y se dormía en sus brazos, cansada, mientras él le hablaba sobre su día. Otras, le gustaba escucharlo, por lo menos para entender sus asuntos. Era maravilloso oír su voz y saber que no estaba sola.

Sin embargo, ese día estaba particularmente cansada. No era un cansancio físico, sino mental. Había pasado por momentos muy desagradables con Jayce Hernández y quería simplemente relajarse para olvidar las cosas que había oído.

Se apenaba mucho con la situación de ese hombre, ya que conocía todas las etapas del dolor por perder a alguien muy querido. Su expresión cuando entró en la florería era de las peores, y Faith no se había resentido cuando él la culpó por maldecir a Debra. Tenía el corazón herido y hablaba cosas sin pensar.

Tratando de olvidar a Jayce y su sufrimiento, se acostó en el sofá de la sala de estar a mirar televisión, y rápidamente se durmió.

En su sueño vio flores. El viento golpeaba sus pétalos, y Faith también podía sentirlo en su pelo tocando su rostro, y la sensación

era maravillosa. No estaba en la pequeña florería “Jardines y sentimientos”; era un hermoso campo que parecía interminable. Mientras tanto, a su alrededor, veía a una única especie de flor; una especie que no conocía y que probablemente no existía. A pesar de eso, no parecía darse cuenta de ello, lo que nunca pasaría en la realidad. Se sentiría extremadamente intrigada con esa flor exótica, si esa planta no fuera fruto de su imaginación. Pero la sensación de libertad era más intensa, más importante. Si la vida real fuera de esa forma, no necesitaría nada más.

Parecía que el sueño había durado solo unos segundos, pero cuando se despertó, miró el reloj que usaba en la muñeca y vio que se había dormido al menos dos horas. De todos modos, Rowan todavía no estaba en casa, y después de un sueño tan vívido, empezó a sentirse terriblemente sola, pero acompañada por la curiosidad de saber qué flor era aquella.

Como se despertó repentinamente, se desveló y decidió investigar esa planta en un libro que guardaba en su florería. Lo hojeó completamente e incluso encontró algunas especies similares, pero ninguna exactamente igual, no con aquellos pétalos que parecían hechos de terciopelo casi negro, no con el interior en un tono naranja ni con el formato imitando un corazón.

Había entrado en el invernadero tan decidida a encontrar la planta desconocida que tardó en notar que había una vinca (hierba doncella) sobre el banco donde ella y Cailey se sentaban cuando preparaban los arreglos. Probablemente su hermana la había dejado ahí después de terminar algún ramo. Pero, incluso, si Cailey lo había hecho sin querer, había otro motivo más grande en ello, especialmente cuando la flor significaba “recuerdo eterno”. Era para que ella recibiera esa flor de algún modo, pero ¿por qué? Especialmente después de haberse entregado ella misma una camelia japonesa que significaba arrepentimiento. Esto comenzaba a resultar extraño. Luego pensó que podría tener algo que ver con Lolla, con su muerte y con el hecho de no haber previsto el accidente de Henry. Habría llegado a más conclusiones si Rowan no hubiera aparecido.

Él no la había visto en la casa y fue directamente a la florería. Preocupado, no paraba de pensar que podría estar desvanecida en el suelo después de alguna visión. Pero estaba de pie sujetando una flor en las manos, manteniendo un aire pensativo.

–Me vas a matar de un susto la próxima vez que llegue y no te encuentre en casa. –Él la sacó de su trance–. No me gusta la idea de verte aquí sola, aunque sé que hay un policía afuera. Él no te defendió de Jayce.

–Él conoce a Jayce, sabe que es de la policía.

–Los policías también pueden ser sobornados por muy poco. Te garantizo que Morris vio que Jayce estaba agarrando tu brazo con violencia, pero no hizo nada. –Eso era algo que había empezado a martillarle la cabeza toda la mañana.

La verdad era que Faith creía mucho en la buena voluntad de los demás y no tenía la exacta noción del peligro que podría estar corriendo si el asesino estuviera realmente invadiendo su casa. Si no fuera él, ¿quién más sería?

–¿Qué flor es esa? –le preguntó esperando alguna extravagante explicación.

–Es una vinca. –Faith le mostró la bella planta de color lila moldeada en un formato parecido al de un trébol.

Rowan la tomó en las manos esperando que le explicara qué significaba la flor. –Ella significa “recuerdo eterno”.

–¿Y tuviste alguna visión con alguien?

–No, estaba aquí sobre el banco. –Tomó la vinca de la mano de Rowan y la examinó una vez más–. Se supone que era para que yo la recibiera.

–¿No te parece que puede haber sido solamente una casualidad? –le preguntó, pero cómo venía de esa mujer tan especial, no dudaba de nada más.

–Un tiempo atrás hubiera pensado eso, pero actualmente no. Sé que nada es casualidad. –Respiró hondo con miedo de lo que estaba a punto de decir–. Las flores quieren trasmitirme un mensaje importante. Primero la camelia japonesa me dijo que alguien estaba “arrepentido” de algo, y ahora recibo este mensaje sobre el “recuerdo eterno”. Te confieso que la primera persona que me viene a la cabeza es Lolla.

–¿Tu abuela? ¡Pero ella está muerta!

–Y Ursulla también lo está, pero aun así tuve una visión con ella. –Rowan no pudo decir nada con relación a lo que le había afirmado. Estaba segura y no podía discutir sobre una cosa que estaba más allá de su entendimiento.

Fue entonces cuando Faith sintió que estaba realmente muy cansada. Por más que hubiera dormido por un momento, empezaba a sentir otra vez que los párpados se le cerraban, la región de los hombros le dolía, y no pudo disimular un bostezo.

–Faith, necesitas descansar –dijo Rowan pasando el brazo alrededor de su cintura y empezando prácticamente a empujarla hacia la casa.

–Dormí un poco antes de que llegaras –le informó bostezando otra vez.

–Al parecer no fue lo suficiente –la reprendió.

Pronto llegaron al dormitorio y la hizo acostarse en la cama. Le sacó los zapatos con cuidado y le masajeó los pies tratando de hacerla sentir más relajada. Él todavía quería darse una ducha y cambiarse de ropa antes de dormir, pero primero prefirió acostarse a su lado para que no se sintiera sola. Sabía que en sus brazos se dormiría más rápido y más tranquila.

–Rowan, necesito entender la relación entre los dos mensajes. –La voz de Faith era nada más que un cansado susurro.

–¡Después, cariño! ¡Después! –Le besó la frente, y Faith simplemente se durmió como un ángel.

Desde que Steve y Jayce tuvieron aquel encuentro fatídico en la comisaría, donde este descubrió que Faith había predicho la muerte de Debra, nadie supo nada más de él. La última noticia que había recibido vino de Faith, que le contó que estuvo en la florería con un gran descontrol emocional, lo que dejó a Steve todavía más preocupado. Ya hacía una semana que había desaparecido del mapa. No atendía llamadas, no contestaba *e-mails* y no estaba en casa. Solamente había un lugar donde podría estar; por lo tanto, Steve llamó a la puerta del departamento de Debra gritando para que Jayce lo escuchase y diciendo que no estaba dispuesto a salir de ahí sin noticias de él. Pero aun con toda la insistencia, el detective no le abrió, y sin otra opción, Steve acabó forzándola; lo que vio ahí dentro era un verdadero caos.

Lo primero que sintió fue un olor a vómito que venía del interior de la casa. Mezclado con ese hedor pútrido, se sentía el olor a bebida alcohólica que permanecía en el aire y que parecía arraigado en

cada rincón. Lo que no faltaban eran botellas de vodka y de *whisky* desparramadas por el suelo. Algunas rotas, con el líquido derramado, pero la mayoría estaban vacías. La segunda cosa que vio, en medio de ese caos, fue el cuerpo de Jayce tumbado en el suelo.

Desesperado, Steve corrió hacia él, pensando que podría haber hecho alguna tontería, pero le examinó el pulso y estaba normal. El único problema era la total borrachera.

Steve empezó a sacudirlo, le dio suaves palmadas en la cara, y él lentamente empezó a despertarse. Estaba realmente fuera de sí, y miraba alrededor de la sala para cerciorarse en qué lugar se encontraba.

–¿Qué piensas que estás haciendo de tu vida? –Por más que no quisiera pelearse con él, sabiendo que Jayce ya estaba sintiéndose lo suficiente mal sin el discurso de su mejor amigo, Steve necesitaba tomar alguna actitud. No podía dejar que una persona tan buena, un detective tan competente, se hundiera totalmente en el barro y en el alcoholismo.

–¿Qué vida, Steve? ¿Todavía piensas que tengo una vida? –Jayce hablaba alto y lloraba. Su voz salía con dificultad.

–Por supuesto que la tienes. Tu lugar en la comisaría sigue allá, esperándote.

–Pero no a ella...

Ante ese comentario tan apasionado, no había nada tranquilizador que Steve le pudiera decir. Debra estaba muerta, no volvería nunca más.

Steve nunca había sido muy bueno con las palabras ni con las acciones, especialmente en situaciones difíciles como esa. Su mente buscaba algo que pudiera ayudar a su amigo; entonces vio la libreta de anotaciones de Jayce sobre la mesa. Desde el día que habló con Steve sobre el suicidio de Melinda, no había pensado en el tema, e incluso llegó a olvidarse de lo que había descubierto. Pero todo estaba anotado allí, y era exactamente lo que Steve necesitaba para dar seguimiento a la investigación y traer a su compañero “de vuelta” a la vida.

–¡Levántate, Jayce! Es tiempo de hacer algo por Debra –dijo con autoridad usando toda su fuerza para levantar a su amigo del suelo.

–¡Déjame en paz!

–¡No! Tienes que hacer algo útil en esta vida además de beber. –Steve finalmente se las arregló para levantarlo–. Vamos a ese hotel

–le indicó el cuaderno–. ¡Algo me dice que obtendremos buenos resultados allí!

–¿Qué hotel? –De tan borracho que estaba, Jayce apenas se acordaba del mensaje de Debra, pero vio sus anotaciones y entró en razón, abriendo los ojos con sorpresa.

Rápidamente, tomó el cuaderno de las manos de Steve y vio su propia letra, sin poder creer que había escrito eso. Había pasado poco más de una semana, pero parecía una eternidad, otra vida, otro siglo. Era difícil creer que Debra estaba muerta hacía tan poco tiempo. Él apenas podía recordar los pequeños detalles, como la textura de su piel, el olor de su pelo y la suavidad de su voz. No podía permitirse olvidar esas cosas. No merecía ser olvidada, pero sí ser vengada. Steve tenía razón, necesitaban ir a Boston y solucionar una serie de cuestiones pendientes.

Sintiéndose un poco más vivo, Jayce se levantó en silencio y fue en dirección al baño para tratar de librarse del mareo y del dolor de cabeza. Se duchó, se cambió de ropa, se afeitó, se peinó, y volvió a la sala, donde lo esperaba Steve, con la apariencia de un hombre nuevo. Todavía mantenía la misma expresión depresiva en su rostro, pero por lo menos pensaba en algo productivo.

–¿De verdad vas a querer mi ayuda, Ruther? Oficialmente estoy fuera del caso –le preguntó Jayce con humildad.

–Siempre pensé que formaríamos un buen equipo, ¡esta es mi oportunidad! –Steve le sonrió, y Jayce también. Una sonrisa muy triste, pero claramente agradecida.

Steve decidió conducir, pues pensaba que habiendo estado ebrio, Jayce podía encontrarse todavía un poco desorientado. Era un camino relativamente largo, y los dos parecían dispuestos a quedarse en silencio. Era impresionante cómo una muerte podía separar a dos amigos y crear tanto daño en una relación de años.

Después de un momento, llegaron al hotel y fueron directamente a la recepción. El lugar era pequeño y había solamente una mujer atendiendo las llamadas. Los dos se acercaron, mostraron sus insignias y no necesitaron decir de qué se trataba la visita. Fueron recibidos por la misma joven que había atendido la llamada de Jayce.

–¡Buenas tardes, señorita! –empezó Jayce como un profesional–. Creo que hablamos de Melinda Stuart hace unos días.

—¡No sé nada sobre esa persona! Apenas sé de lo que están hablando. —Steve vio que Jayce empezaba a perder la paciencia, y como tenía miedo de que tomara alguna actitud sin pensar, intervino.

—Señorita, estamos aquí para resolver una cuestión importante relacionada a asesinatos en serie. Las vidas de varias personas pueden depender de su respuesta.

La mujer miró a su alrededor para ver si alguien la escuchaba o la observaba. Después de eso, se acercó a los dos detectives hablando muy bajo, como si les contara un secreto.

—No puedo hablar sobre eso aquí. Tomaré mi horario de merienda en media hora. Encuéntrame en el bar de la próxima esquina y les contestaré todo lo que quieran saber. —Diciendo eso, la joven mujer se alejó de la recepción para atender el teléfono, que sonaba sin parar.

Sin tener otra opción, Steve y Jayce se miraron y acordaron, en silencio, que esa era la única manera de averiguar lo que la recepcionista sabía. Sus intuiciones les decían que sabía muchas cosas.

No esperaron ni un minuto más para retirarse del hotel, para no causarle más problemas a la joven, y se fueron en dirección al bar donde ella los encontraría. Después de que llegaron y se acomodaron, Steve pidió un agua tónica y Jayce un coñac, sin preocuparse por el hecho de que trabajaba en una investigación. Tan pronto como hizo el pedido al mozo, Steve lo miró con reproche. El comportamiento de su amigo era un paso hacia el alcoholismo. Era de ese modo como muchos empezaban.

—¿Qué cara es esa, Steve? —exclamó Jayce enojado, poco después de haber dado el primer sorbo en la bebida—. ¿No puedo ni siquiera tomarme una copa para esperar que la muchacha llegue?

—¡Estamos trabajando! Hace un par de horas te encontré tirado en el suelo, inconsciente de tan borracho. Te necesito sobrio para ayudarme. —A pesar de estar lleno de ira por lo que Jayce estaba haciendo con él mismo, Steve trató de no demostrar que eso era un discurso.

—¡No estoy oficialmente en el caso, amigo! ¡Puedo tomar lo que quiera! —Eso fue dicho con un desprecio tan grande que el resto de la media hora lo pasaron en silencio.

Realmente no había más afinidad entre ellos; Jayce se había convertido en una persona completamente diferente, en un hombre amargado lleno de rencor y rabia hacia todos a su alrededor. Estaba

llevando muy mal toda la situación, y Steve no quería ni imaginarse lo que sucedería cuando el caso se resolviera. Estaría completamente sin rumbo, sin una razón para vivir.

Exactamente media hora después, la joven apareció trayendo consigo un sobre marrón agarrado al cuerpo. Parecía extremadamente contrariada por tener que sentarse con ellos. Más que contrariada, parecía aterrorizada, con miedo a que alguien la viera allí.

–No puedo demorarme. –Fue lo primero que dijo cuando se unió a los dos policías–. ¿Qué quieren saber?

–Cualquier cosa que pueda contarnos...

–Bueno, Melinda llegó al hotel sola, se quedó solo dos noches y después se quitó la vida. Yo no trabajaba allí en esa época, pero me acuerdo exactamente cómo sucedieron las cosas, porque mi madre era una de las mucamas y me lo contó.

–¿Podemos conversar con tu madre? –preguntó Steve.

–Ella murió el año pasado. Y además, ¡lo sé todo! Simplemente no sé por dónde empezar...

–Hay una laguna en esta historia. El nombre Melinda Stuart no figura en ningún certificado de defunción –intervino Jayce recordando que nadie sabía lo que le había ocurrido a Melinda cuando él y Debra buscaron su nombre en los registros civiles.

–No había ninguna información salvo los números de documentos en los registros del hotel, nadie sabía a quién avisar o a dónde llamar. El gerente decidió que era mejor no avisarle a la policía, porque sería una catástrofe para la imagen del establecimiento. –Ella hizo una pausa para respirar bien hondo–. También prohibió a cualquier empleado hablar sobre el suicidio.

–Tal vez tengamos que conversar con él –informó Jayce, sin siquiera mencionar que el gerente había cometido un crimen omitiendo hechos a la policía. Por sus palabras, la joven abrió los ojos asustada.

–¡No, por favor! Si lo interrogan a él va a saber que fui yo quien les conté todo. Además, él sabe mucho menos cosas que yo. –Frente a tal súplica, Jayce y Steve se miraron y cambiaron de idea–. Y tengo algo que puede serles útil.

La joven abrió el sobre que llevaba y se lo entregó a los dos; Jayce lo tomó con prisa, dejando ver una vez más su descontrol. Sus manos temblaban de ansiedad y tenía dificultad para abrir el sobre. Cuando finalmente lo consiguió, se encontró con todos los datos de

Melinda: la habitación donde se había alojado, el horario y el día exacto en que llegó al hotel. Además de eso, había otro papel, una fotocopia muy arrugada de la nota suicida de la muchacha. En ella se limitaba a decir: “¡No lo soporto más, estoy tan arrepentida... adiós!”. Después de leerlo con cuidado, Jayce se lo pasó a Steve, que movió la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Cómo lo consiguió? —le preguntó Steve, con miedo de que esa fuera una prueba más a la cual la policía no había tenido acceso.

—Mi madre sacó una fotocopia para mostrármela. La guardé conmigo desde entonces. —A los policías esto les pareció un poco morboso, pero guardaron silencio.

No había dudas de que se trataba realmente de una nota suicida. Pero a fin de cuentas ¿qué había dejado a Melinda tan arrepentida como para ser capaz de quitarse la vida siendo todavía tan joven? ¿Sería la noticia sobre Penélope Ayburn y su profesor, o alguna cosa más personal, como haber cambiado a su novio por otro muchacho? Y había una pregunta más que podría ser esencial: ¿quién era el hombre por quien Elmett Granger había sido cambiado? Había una gran posibilidad de que hubiera ido a Boston, pero aun así era como buscar una aguja en un pajar.

—¿Podemos quedarnos con esta nota? —le pidió Steve.

—¡Por supuesto! No sé por qué todavía la guardaba. Creo que me traía, incluso, mala suerte.

Con una evidencia más en las manos, los oficiales le dejaron dinero para que la muchacha pudiera pagar sus bebidas y salieron del bar sin siquiera mirar atrás.

En el camino de vuelta a casa, Jayce estaba muy callado, con una expresión pensativa. Steve sabía lo perspicaz e inteligente que era su compañero y cuánto conocía del caso. En ese momento, después de haber interrogado a la joven del hotel, seguro que ya estaba formulando varias ideas sobre la nueva información.

—Puedes compartir tus pensamientos conmigo, Jayce. —Steve pretendía no preguntarle nada, pero no se aguantó. Pensaba que él sería capaz de no compartir sus conocimientos, solamente con el fin de tener la oportunidad de desvelar todo el caso solo, e incluso de cometer la tontería de hacer justicia con sus propias manos.

—Estoy pensando en esa nota y en la historia de Melinda de haber escapado para casarse con alguien. Para mí no existe ningún novio.

—¿Cómo?

—Creo que ella se escapó para esconderse de alguna tontería que había hecho y acabó arrepintiéndose. —Jayce parecía bastante convencido en su teoría.

—¿Por qué crees eso? —Steve todavía no podía entender la línea de raciocinio que Jayce estaba siguiendo.

—Porque huir para casarse y acabar suicidándose son dos cosas que no encajan —dijo Jayce, pero su expresión cambió totalmente tras unos segundos—. A menos que haya sido asesinada y su asesino haya plantado evidencias de suicidio.

—También pensé en ello. ¿Qué te parece si buscamos a Anne Palmer y, por lo menos, comprobamos si es así?

—De acuerdo —contestó Jayce encogiéndose de hombros y sin darle importancia a esos pequeños pasos. Quería llegar al resultado, tener a ese insano en sus manos para acabar con todo enseguida.

Faith pasó todo el día muy inquieta. Había tenido una buena noche, sin ninguna interrupción, pero se sentía intrigada porque había soñado con el mismo campo de flores. La sensación había sido la misma: paz, libertad... como si todos sus sentidos estuvieran en armonía. Durante el ensueño, pudo sentir otra vez la agradable brisa del viento tocando su rostro, su respiración lenta y rítmica, su corazón latiendo tranquilo y todas las emociones en su lugar. Tenía total control de sus propios movimientos y, por un momento, deseó no despertarse. Lo único que notó diferente en las imágenes de su maravilloso sueño fue la flor, que era prácticamente su protagonista, no era la misma planta de la otra vez, esa planta desconocida. En su lugar estaba el amaranto, el mismo que empezó toda la historia, el mismo que Lolla le había pedido que colocara en su tumba y que ella había usado para regalarle a Ursulla. Tal vez, a fin de cuentas sus sospechas eran ciertas. Tal vez realmente era Lolla quien le trasmitía un mensaje, pero Faith no podía comprender qué quería decir.

Estaba tan desconectada que acabó por pincharse con la espina de la flor con la que estaba trabajando. Era un ciclamen blanco, una flor que significa “resignación” y que Faith había elegido para adornar una corona de flores que había sido encomendada para un funeral. Normalmente no le gustaba trabajar con pedidos para

ceremonias fúnebres, pero lo había tomado porque el solicitante era un antiguo cliente, un querido amigo que sufría por la pérdida de su esposa. Estaba tan inconsolable que los ciclámenes serían las flores perfectas para él, lo ayudarían a aceptar la pérdida como algo inevitable, un capricho del destino.

Sin embargo, a partir del momento en que Faith se había herido con esa flor, también, de alguna manera, pasaba a relacionarse con ella. Tal vez ese ciclamen, así como la camelia japonesa y la vinca, tenía un mensaje para darle. Y debía ser algo importante, algo que merecía realmente su atención, que necesitaba herirla, algo que raramente sucedía.

Pero ¿por qué Faith necesitaba “resignación”? Hacía algún tiempo que había aceptado la muerte de Henry e incluso la de Lolla. La única conclusión que encontró era que eso podía ser, realmente, una señal de que su abuela la había perdonado por haberse alejado. Podría ser una explicación para esos mensajes, pero Faith todavía no estaba convencida.

Tratando de pensar en otra cosa para poder terminar su trabajo, Faith observó a Cailey, al otro lado de la calle, que le llevaba una merienda a Morris, el policía que todavía se quedaba todos los días de guardia cuidándolas hasta que llegaba Rowan. Ellos empezaron a pasar mucho tiempo juntos conversando, y él se mostraba interesado en algo más que en una simple amistad. Parecía buen mozo, atractivo y el tipo de hombre con quien su hermana debía relacionarse. Pero, a pesar de aprobar una posible relación amorosa, Faith no creía que ella se involucraría con Morris, incluso si se sintiera atraída por él. Su mente y su cuerpo, probablemente, todavía no estaban preparados para una relación, aunque fuera informal.

Cuando regresó con una gran sonrisa en la cara, Faith no se pudo resistir y le hizo una broma.

—Morris es un tipo muy agradable, ¿verdad? —comentó de manera aparentemente sin malas intenciones.

—¡Sí, lo es! —contestó Cailey empezando a trabajar de inmediato, sin darse cuenta de las intenciones de la hermana.

—Creo que está interesado en ti.

—No me di cuenta —dijo muy seria e indiferente.

Pero no era fácil engañar a Faith. Era difícil mirar a su hermana y decirle todas las cosas que le pasaban por la cabeza.

Faith notó que Cailey no quería hablar sobre ese tema, pero tarde o temprano tendría que enfrentarse a la realidad. Necesitaba seguir adelante, y Faith quería verla feliz; por eso se acercó a la joven y le tocó las manos, que estaban heladas.

–No cierres tus ojos a la gente que está a tu alrededor, tal vez pierdas buenas oportunidades. –La dulce voz de Faith casi la hizo llorar, pero Cailey fue más fuerte y se mantuvo calma. Por lo menos fue lo que ella demostró.

–¡Odio sentirme así, Faith! –confesó emocionada–. Odio pensar que si ese maldito no hubiera puesto sus manos inmundas en mí, estaría encantada con Morris. Él realmente parece ser un muchacho agradable, y está interesado en mí, no en sexo. Hace un tiempo, hubiera dado cualquier cosa por una oportunidad como esta, pero actualmente no quiero ni considerarlo.

–No sé qué decirte. Perdóname por haber tocado este tema, no quería molestarte.

–¡No! ¡Realmente necesito desahogarme! –Finalmente empezó a llorar–. No puedo imaginarme ser acariciada por alguien. Creo que voy a recordar a ese maldito y sentir asco, me desespera...

–¡Cuando de verdad te enamores, todo eso va a pasar! Todo lo que hagas será por amor y no podrás pensar en nada malo. –Faith hablaba por ella misma, y decidió compartir su experiencia con Cailey–. Sé que no puedo comparar mi situación con la tuya, pero cuando me quedé viuda, pensé que nunca más iba a tener el coraje de dejar que alguien me tocara. Pensé que la imagen de Henry vendría a mi mente y que sentiría como si lo estuviera traicionando. Pero no fue así. Me entregué por amor, y fue tan maravilloso que el pasado se convirtió solamente en pasado.

Las palabras de Faith llenaron a Cailey de esperanza, pero todavía no podía creer que alguna cosa iría a cambiar. Era algo que podía ver a lo lejos, como en uno de esos sueños que nunca podemos llegar a realizar. Como su hermana le había dicho, sus situaciones eran muy distintas, pero no quería echar a perder ese momento o dejarla triste al hablar sobre eso. Prefirió quedarse en silencio y aceptar el abrazo que le ofrecía y que tanto necesitaba.

–¿También puedo participar del abrazo? –Reconocieron la voz de Tatianna, que entraba en la florería, fascinada por esa demostración de cariño de las dos personas que más amaba en el mundo.

–¡Por supuesto que puedes! –exclamó Cailey feliz de ver a su prima, y Tatianna se unió a ellas en un momento muy oportuno.

Nada podía romper ese vínculo. Eran tres mujeres unidas, cada una enfrentando sus propios demonios, pero seguras de que se tenían una a la otra para cualquier cosa. Se conocían y se amaban más de lo que podían explicar, y sabían que Lolla, dondequiera que estuviera, estaría aprobando esa demostración de cariño.

Después de algunos minutos de abrazos y sonrisas, Tatianna fue la primera en alejarse, pues tenía que decirles algo.

–¿Saben qué es esto? –Se dirigió a las dos mostrándoles el sobre que tenía en sus manos.

–No tengo idea –contestó Faith, y Cailey estuvo de acuerdo.

–Es mi documentación para volver a la Universidad –dijo con una sonrisa tan sincera en el rostro que las dos no podían dejar de festejarlo. Sabían que Tatianna tenía un don especial, que se manifestaba en sus comidas, y que le encantaba la gastronomía, así como a Faith le fascinaban sus flores y a Cailey, sus poesías.

–¡Esta fue la mejor noticia del día! –exclamó Faith aliviada, al saber que, por lo menos, algunas cosas estaban poniéndose en su lugar.

–¿Y cuándo vas a empezar? –preguntó Cailey contenta por su prima.

–A principios del año que viene. En seis meses me gradúo –dijo con orgullo.

–¡Esto merece una celebración!

–¡Por supuesto, Cailey! Las espero a las dos para la cena. Haré un plato especial, y claro que Rowan también está invitado.

–Estaremos allá –dijo Faith con convicción, segura de que a Rowan le encantaría la noticia. Al menos, Faith no tenía que preocuparse más por su prima.

Algunas horas después, Jayce y Steve llegaban a la casa de Anne Palmer. Los niños no estaban por allá, y ella pudo recibirlos con más tranquilidad.

Con mucha calma, Steve le relató todo lo que había ocurrido, y no fue nada fácil para Anne tratar con toda esa información. Ella y Melinda eran realmente muy amigas, y por más que no se habían hablado en todos esos años, no le deseaba ningún daño.

–No me lo podía imaginar... pensé que estaba feliz, casada, con hijos. ¡Qué cosa horrible! ¡Suicidio! –Anne tenía lágrimas en los ojos al hablar de su amiga y parecía muy nerviosa. Sus manos temblaban, y se puso pálida.

–Señora Palmer, tenemos en nuestro poder la nota suicida que dejó Melinda. Nos gustaría que le diera un vistazo. –Steve tomó la iniciativa una vez más por miedo a que Jayce pudiera ser grosero con la mujer. Él estaba muy impaciente, extremadamente inquieto.

Anne vaciló un poco antes de tomar la nota en sus manos. La muerte estaba grabada ahí. Era casi maldita, escrita por la mano de una persona con el alma tan herida que decidió quitarse la vida. A pesar de esos pensamientos tan supersticiosos, la joven mujer tomó el papel y pronto se encontró con las palabras de su amiga. Sin embargo, tras mirarlo por segunda vez con más atención, meneó la cabeza negativamente.

–¡No! Esta no es la letra de Melinda –dijo con tanta convicción que era difícil dudar.

–¿Está segura? ¡Ya pasó mucho tiempo! –manifestó Jayce finalmente, intrigado con la información.

–¡Sin duda! La letra de Melinda era horrible, grande y casi imposible de leer.

Realmente sería difícil confundir una letra horrible con esa caligrafía impecable y femenina, digna de una maestra de primaria.

Jayce vio un pequeño papel mientras Anne buscaba un cuaderno, algo que hubiera sido escrito por Melinda, para comprobar lo que acababa de decir, y empezó a caminar por toda la casa. Miró sobre las mesas, sobre las estanterías, y al lado del teléfono encontró lo que quería, un papel con una nota escrita por Anne. Sin ver lo que estaba escrito allí, Jayce lo guardó en su bolsillo y volvió cerca de su colega, que analizaba la frase en una foto que Anne le había entregado, donde la joven que se suicidó había escrito: “Verano - 1999”. Solamente con esa pequeña palabra era posible averiguar que ella decía la verdad. La caligrafía de Melinda era horrible.

Con esa información, una vez más la historia daba un giro. No era un suicidio, sino un asesinato indirectamente relacionado a Kappa House, pero aun así, relevante. Y lo peor había ocurrido hacía diez años. ¿Quién sabe si no había sido el precursor de todos los demás? Tal vez Melinda había sido asesinada por un “asesino de las novias”

todavía muy joven, inexperto y sin tanto cuidado. Pero entonces, si esa teoría era cierta, el asesino serial era, en verdad, una mujer, si tomaban en cuenta esa caligrafía. O bien, había hecho escribir a alguien aquella nota para inducir a error, y más... tal vez él mismo tiene una letra bonita, fácil de confundirse con la de una mujer.

Eran tantos tal vez, que hacían que Steve se sintiera prácticamente desanimado. Estaba a punto de comentarlo con Jayce, después de que dejaron la casa de Anne, cuando notó que sujetaba un papequito en las manos.

–Jayce, ¿qué es eso? –preguntó con miedo a la respuesta.

–Lo encontré en la casa de Anne Palmer. Necesitaba tomar la prueba –contestó sin ningún pudor.

–¿Tomaste un papel de la casa de un testigo, sin autorización u orden judicial? –explotó–. ¿Qué diablos te pasa, hombre? Ni siquiera te pareces al Jayce que conozco, ¡estás haciendo cagadas! –Steve, impaciente, golpeó con la mano el volante.

–Ya me di cuenta de que si vamos a seguir la ley y la ética jamás llegaremos a ninguna parte.

–¡Y si no las sigues, te vas a quedar sin empleo!

–¿Y ya no lo estoy? –murmuró con menosprecio.

–Por supuesto que no, ¡todos tienen un descanso de vez en cuando! Tu dolor por Debra va a pasar y obtendrás tu empleo de vuelta, pero no si sigues haciendo tonterías. –Steve respiró hondo antes de seguir–. Jayce, te quiero como a un hermano, pero no puedo estar salvándote si empiezas a cometer errores. ¡Ya estoy arriesgando mi pellejo dejando que me ayudes en este caso!

–¡Este caso es mío! –vociferó.

–¡No más! –Steve alzó la voz en un tono más alto que el de Jayce–. ¡Y del modo con que te estás tomando las cosas no va a funcionar! Pon en tu cabeza que no soy tu enemigo, que no robé tu caso, que no tengo nada que ver con tu salida de la comisaría. Ahora sal de mi auto, entra a tu casa, tómate una ducha y aléjate de la bebida.

–¿Qué vamos a hacer mañana?

–Ahora voy a la comisaría a llevar ese maldito papel que robaste para que lo analicen. ¡Te aviso!

Jayce vaciló un momento, pero al ver que no había otra alternativa, bajó del auto y entró en la casa sintiéndose pequeño, insignificante. Quería irse al departamento de Debra, pero era mejor

quedarse allí. No quería beber, no quería decepcionar al último amigo que todavía le quedaba y que estaba realmente arriesgándose para dejarlo participar de esa investigación que le era tan importante. Decidido a no arruinar todo, se dio una ducha fría y se acostó enseguida. Se le hacía agua la boca solo por un sorbo de cualquier cosa, y él sabía que no se dormiría temprano con todos esos nuevos pensamientos. La bebida lo ayudaba a relajarse, a olvidar, por lo menos momentáneamente. Pero tenía que ser fuerte, ya que no era ningún alcohólico. Eso no era un vicio, era una necesidad momentánea, un deseo, nada más.

Steve, a su vez, estaba preparado a pasar una noche larga en la comisaría. Se sentía lleno de rabia, no solamente por lo que Jayce había hecho, también por sí mismo, por haberle dicho todos aquellos insultos a su mejor amigo. Jayce estaba equivocado, podía perjudicar toda su carrera policial y arrastrarlo a él, pero tenía que admitir que estaba sufriendo, que tenía el derecho de volverse un poco loco; después de todo, era humano. Sin embargo, exactamente por eso, era su obligación hacerle ver que estaba actuando como un tonto.

A pesar de haber sido un error que se llevara aquel papel, que pertenecía a Anne Palmer, Steve tenía que aceptar que su caligrafía era muy similar a la de la persona que había escrito la nota suicida de Melinda. La letra era tan femenina como delicada, igual a la de una maestra.

Por alguna razón, Steve no quería que esa mujer fuera la culpable por la muerte de Melinda, pues parecía una buena madre y criaba a dos niños pequeños. No sería justo para ellos. Pero también, aparentemente, Anne no tenía ningún motivo para matar a Melinda. Teóricamente eran amigas, y ella se había quedado realmente sorprendida al saber del “suicidio”, además de demostrar un auténtico sufrimiento. O estaba realmente conmovida o era una buena actriz.

Para acabar con esa duda, Steve llevó el papel para que fuera analizado por profesionales, por lo que tendría que quedarse en la comisaría para esperar los resultados. Entonces, llenó una taza muy grande de café para aguantar la posible noche en vela, y llamó a Emily para avisarle que podía pasar la noche en el trabajo. Esto parecía no terminar nunca.

Faith estaba feliz. Tan feliz que se sentía como en un sueño. Estaba en la casa de su abuela, un lugar que era prácticamente sagrado, con las tres personas más importantes en el mundo para ella: Rowan, su hermana y su prima. Cailey todavía tenía una herida abierta en el pecho, una gran angustia, pero Faith tenía la esperanza de que pronto estaría curada. Por lo menos ya sonreía, ya volvía a hacer algunas de sus bromas como de costumbre, lo que era un gran avance. Tatianna, a su vez, era pura alegría. Estaba a punto de volver a estudiar, que era lo que le faltaba. Y Rowan, tan hermoso, tan apasionante, parecía cómodo en el medio de esas mujeres tan complejas. Sin embargo, sabía que él solamente estaría en paz cuando descubriera al autor de la muerte de su hermana, esa situación que parecía interminable. Él sufría, callado, por no tener respuestas, incluso después de tanto tiempo.

El trío conversaba entusiasmado mientras Faith los observaba. Ella estaba en silencio y se limitaba a reír cuando alguien hacía alguna broma. La verdad era que estaba encantada mirando la escena. Era capaz de quedarse parada allí por más tiempo, pero su olfato reveló el aroma de una flor. Ese olor dulce, incomparable. Algo estaba por venir...

Discretamente se levantó y fue al jardín de su abuela. No era tan completo como el suyo, pero la flor que ella veía estaba allí. Era un lirio, tan blanco, tan sofisticado, tan imponente. Lo tomó en sus manos, lo miró y sintió un escalofrío al recordar su significado: "protección". La flor, otra vez más, era para ella, así que tenía que protegerse. ¿Pero contra qué? ¿Y contra quién?

Estaba concentrada en la flor que tenía en las manos y en el miedo que empezaba a sentir de que realmente estaba corriendo peligro, cuando se dio cuenta, de una manera intuitiva, de que estaba siendo vigilada. Miró a todos lados y habría pensado que estaba loca si no hubiera escuchado un sonido de arbustos que se movían a su lado.

—¿Quién está ahí? —preguntó con miedo en la voz.

Como no hubo respuesta, trató de creer que era solamente una impresión de su mente asustada. Pero cuando se dio vuelta, cerca del columpio del jardín donde había dejado su lirio, este no estaba más allí. Miró por el suelo pensando que podría haberse caído, pero no lo encontró en ninguna parte. Todo lo que consiguió pensar era que

alguien le había robado su protección, como si aquella flor se hubiera convertido en una especie de amuleto.

Aterrorizada, bruscamente se dio vuelta para entrar en la casa y se topó con alguien, que casi la tiró al suelo. Pronto fue sostenida por brazos fuertes, y cuando vio que era Rowan quien la sujetaba y con quien había chocado, se arrojó sobre él buscando la protección que su lirio no le ofrecía más.

–Faith, ¿qué pasó? Estás temblando. –dijo Rowan al advertir su estado.

–Pensé que había a visto a alguien que me observaba. –Reveló la mitad de la verdad para no dejarlo todavía más preocupado.

–¿Y estás segura de que no había nadie? –Sabiendo de todas esas cosas raras que le andaban sucediendo en los últimos días, él ya no dudaba que realmente había alguien persiguiéndola.

–No estoy segura, pero no quiero pensar en eso. ¡Vamos adentro! –Faith tomó la delantera para entrar en la casa, y Rowan la siguió sintiéndose confundido.

Ella estaba bastante nerviosa y seguramente escondía algo más.

Más tarde, cuando llegaron a su casa, Faith permaneció callada y pensativa, y Rowan no entendía qué ocurría cuando la vio pálida, completamente aterrada al ver un lirio en su almohada.

–Faith, ¿cómo vino a parar aquí esa flor? –preguntó preparado para cualquier respuesta, menos para la que ella le dio.

–No sé.

Con los ojos muy abiertos, fijos en la flor, Faith estaba asustada, y Rowan temía que se desmayara en sus brazos de tan pálida que la veía.

–¿Hay algo que no sepa? –Estaba muy serio y quería hacerla hablar de todos modos, aunque fuera para mantenerla consciente.

Y ella habló. Le contó sobre el jardín de la abuela y la historia del misterioso lirio.

–¿Cómo alguien pudo haber entrado aquí? ¿Hay alguna entrada?

–Sí, la puerta de la florería está defectuosa, y si alguien la fuerza un poco, acaba abriéndola. En el fondo de la tienda hay una puerta de acceso a esta casa. Pero quienquiera que haya sido, ¿cómo iba a saberlo?

–¡Faith, cualquiera que haga una compra en tu florería puede ver esa puerta! –dijo calmadamente, pero decepcionado por verla tan descuidada.

–¡Sí, es verdad! Tengo que arreglar esa puerta de vidrio.

–Y la otra, ¿no hay cómo trancarla?

–No, nunca tuve la llave. Creo que la antigua propietaria la perdió, y desde entonces nunca necesité hacer otra –explicó avergonzada.

–¡Pero ahora la vas a hacer! ¡Voy a enviar a un cerrajero aquí mañana! –Rowan estaba alterado, como Faith nunca lo había visto.

–Perdona, no me acordaba.

–No tienes que pedirme disculpas –interrumpió–. Solamente, no quiero que dejes de tomar precauciones importantes contigo misma –dijo todavía alterado.

Se pasó la mano por su pelo y respiró hondo.

–¡Demonios, Faith! Eres muy importante para mí. ¡Si algo te sucediera creo que me volvería loco! –Después de confesar eso, Rowan la miró con una expresión infantil, que derritió su corazón.

Ella no quería sonreír porque sabía que sus palabras eran serias; pudo resistir y se acercó para abrazarlo, mostrando lo mucho que se alegraba al ver que él se preocupaba tanto por su seguridad. Faith realmente tenía miedo. El lirio que tenía en las manos la estaba asustando, su significado indicaba que necesitaba a alguien que la protegiera. Además, no había dudas de que alguien había entrado en su casa, y eso le hacía helar la sangre. Rowan estaba allí, pero durante el día, a pesar de Morris, no se sentía segura.

–Voy a tener más cuidado, Rowan, ¡te lo juro! –Lo prometió tanto para él como para ella misma.

Era fundamental que abriera bien los ojos antes de que ocurriera algo peor.

Acariciando el pelo de la mujer que tanto amaba, Rowan respiró hondo, prácticamente rezando para que se volviera más cuidadosa. Ya había sido testigo de algunas de sus premoniciones que se hicieron reales, prueba de que su extraña conexión con las flores era auténtica, y no sería diferente esta vez. Si ella necesitaba protección, era eso lo que tendría. Estaría a su lado y sería capaz de matar a cualquiera que la tocara, que se acercara con intención de lastimarla. Especialmente si se trataba del mismo hombre que había matado a Ursulla. Sería aún más placentero.

Cuando llegó a la casa de Jayce, a la mañana siguiente, Steve sintió un *déjà vu*. Llamaba a la puerta, tocaba el timbre y no obtenía respuesta. Varias escenas le pasaron por la cabeza; ya lo visualizaba tirado en el suelo, sucio, desmayado y sin ganas de reaccionar. Sin embargo, quien le abrió la puerta unos minutos después, cuando él se preparaba para derribarla, fue un Jayce que pensaba que no existía más. Por lo menos, aparentemente, parecía no haber bebido nada la noche anterior; se había duchado, peinado y afeitado. Todavía mantenía un semblante muy deprimido, triste, y parecía haber perdido las ganas de vivir, pero sin dudas estaba dando un primer paso para escapar de volverse un alcohólico.

–Me alegro de verte así, Jayce –lo elogió mientras entraba a su departamento.

–No me digas, estuve a punto de beber.

–Pero lograste controlarte, y eso es importante –insistió, tratando de animarlo. –Tengo la respuesta sobre la caligrafía de Anne Palmer. Aunque las letras son parecidas, no fue ella quien escribió la nota.

Jayce no dijo nada, no tuvo ninguna reacción, pero íntimamente se sentía decepcionado una vez más. Sería muy fácil si Anne Palmer hubiera matado a Melinda. Con ella detenida, podría interrogarla mejor y tal vez encontrar la relación esperada con el “asesino de las novias”; entonces, todo terminaría. Realmente, no tenían suerte.

Pero Jayce tenía otras cosas en qué pensar, y Steve se dio cuenta de que vestía una chaqueta de cuero negra y estaba listo para salir.

–¿Tienes algún compromiso? –le preguntó mientras él se preparaba.

–Voy a una misa en honor a Debra.

Había sufrimiento en su voz, y Steve se imaginó que eso le era muy doloroso. Sin embargo, Jayce no podría dejar de ir, por más que quisiera, pues había faltado al funeral. No sería fácil, y Steve no quería abandonarlo, especialmente sabiendo lo difícil que era para él lidiar con todo eso.

–¿Puedo ir contigo? –le preguntó Steve, tratando de no demostrar que se ofrecía para acompañarlo por sentirse apenado.

–Por supuesto, necesito a alguien a mi lado o no lo voy a soportar.

Esa era una de las muchas cualidades de Jayce. Él sabía reconocer cuando necesitaba ayuda, también era un ser humano y tenía debilidades.

Para darle más fuerza, Steve le dio una palmada en la espalda, y los dos fueron a la iglesia donde la ceremonia sería celebrada. Era una bella capilla, y muchas personas estaban allí para rendirle homenaje.

Mientras Jayce saludaba a la familia de Debra, Steve se acomodaba en uno de los bancos delanteros, porque sabía que a Jayce le gustaría sentarse cerca del altar. Era una escena triste; la gente lloraba mientras miraba una bella foto de Debra, donde sonría hermosa, llena de vida. No era justo, no era natural. Su madre era la que más sufría, pues había perdido a su marido y a su hija prácticamente de la misma manera.

Inspirado por ese momento morbos, Steve se preguntaba si algún día también acabaría muriendo a manos de alguno de los psicópatas que combatía. Se preguntaba qué sería de Emily y de sus dos hijos; Jonathan, todavía tan pequeño, y el que seguía en el vientre de su esposa, que apenas sabía si era un niño o una niña. Por primera vez en la vida, consideró la posibilidad de cambiar de trabajo, aunque ser policía era todo lo que sabía hacer.

Después de algunos minutos, Jayce se acercó a Steve. La misa iba a empezar.

El sacerdote dijo palabras bonitas sobre Debra, e hizo que todos lloraran, menos Jayce. Su alma estaba seca y sufría en silencio. Se quedó así hasta el fin de la ceremonia y luego se fue a su casa.

Steve iba a entrar para hacerle compañía, pero la mirada de Jayce lo detuvo.

–¡No necesito una niñera, Steve! ¡Voy a estar bien! –dijo serio, pero con la voz tranquila, en un tono amable e incluso agradecido.

–Espero que sí. Cualquier cosa que necesites, estaré en el celular –le dijo, y salió dándole espacio a Jayce, con la esperanza de que él se quedara bien.

15

GLOXINIA

“Posee una buena esencia para quien tiene sentimientos de angustia. Ayuda en la organización mental y a superar obstáculos sin miedo a equivocarse”.

–¡Adivinen qué! –exclamó Cailey entusiasmada en cuanto entró a la florería, después de llevarle una merienda a Morris.

–No tengo idea –contestó Tatianna, que también las estaba ayudando, pues había mucho trabajo.

–Acepté la invitación de Morris para ir al cine mañana –Estaba entusiasmada y las contagió a todas.

–¡Qué bueno, Cailey! –se conmovió Faith.

Era un gran paso para que ella superara el trauma de la violación de una vez por todas.

–¡Haces muy bien, es muy guapo! –agregó la prima.

–¿Creo que puede ser genial, verdad? Quiero decir... somos prácticamente amigos, hablamos de todo, y me gusta. –Cailey todavía estaba insegura.

Nunca había pedido la opinión de alguien, mucho menos para saber si debía o no salir con un muchacho.

–Será genial, estoy segura –la animó Faith colocando una de las manos sobre su hombro.

–Y yo voy a querer saber todos los detalles –añadió Tatianna haciendo que las dos se rieran.

Mientras Cailey y Tatianna se divertían, Faith dejó de sonreír y palideció. El vaso que tenía en las manos, en el que tomaba agua, cayó al suelo y se rompió en pedazos. Por un momento, simplemente se quedó inerte observando lo que había sucedido, viendo únicamente el lirio en su mente y sintiendo el ya conocido olor de las plantas. Él estaba allí manifestándose, apareciendo en sus pensamientos para que no se olvidara de que había algo de qué preocuparse. Su garganta prácticamente se cerró, y no podía dejar que nadie se diera cuenta, especialmente cuando escuchó a Cailey llamarla por su nombre.

—¿Faith?

Inmediatamente volvió en sí y notó que las dos la miraban asustadas y que el vaso seguía en el suelo.

—¡Ah!, perdonen. —Se apuró a tomar una escoba y una pala para empezar a limpiar.

—Faith, ¿qué te pasó? Estabas extraña de repente...

—¡No, Tatty, no fue nada! Me quedé pensativa por un tiempo, solamente eso. —Cuando terminó de limpiar el desastre que había hecho, fue a tirar los pedazos de vidrio en la basura y dejó a Cailey y Tatianna sin entender nada.

Pero cuando se arrimó a ellas, trató de disfrazar su incomodidad bromeando, y estaba a punto de olvidar que algo le molestaba dejándose llevar por la buena compañía. Pero cuando se quedó sola otra vez, mientras terminaba de comprobar algunas cuentas de la florería sintió escalofríos en el cuello. Rowan iba a llegar tarde, y a pesar de que Morris estaba del otro lado de la calle, sentía miedo. Confiaba en el mensaje de su flor, que le había dicho que necesitaría protección, así que decidió terminar su contabilidad al día siguiente y se fue a su casa. El cerrajero que Rowan había enviado había hecho el servicio en su puerta por la mañana, y por fin pudo dejar todo cerrado evitándose mayores molestias.

Entró a la casa y dejó su chaqueta y sus llaves en el comedor. Iba a ducharse y después prepararía una sabrosa cena para esperar a Rowan, pero sus planes fueron interrumpidos cuando escuchó un ruido que venía de la puerta de atrás, la misma que daba acceso al invernadero, cuya llave había sido hecha ese día. Alguien estaba forzando la entrada. Por suerte estaba cerrada con llave, pero aun así entró en pánico. Había una persona allí, y ella no tenía idea de lo que quería.

En ese mismo momento, adquirió un sentido de sobrevivencia. Si el invasor era el “asesino de las novias”, no quería morir. Necesitaba encontrar el teléfono de Morris y avisarle que algo andaba mal, pero su mente no podía razonar ante tanto nerviosismo, por eso no lograba recordar dónde lo había guardado. Empezó a pensar en lo que podría hacer, hasta que los ruidos cesaron. Mientras tanto, en lugar de calmarse, se sintió aún más nerviosa. El invasor debía estar vigilando sus pasos y sabía que estaba sola, que Rowan estaba trabajando. Seguramente no iría a rendirse tan fácil.

En ese momento de pánico, trató de pensar si había alguna ventana abierta en la casa, algún lugar que facilitara la entrada del intruso, pero no consiguió acordarse. Fue entonces cuando escuchó otra vez que forzaban la puerta, pero ahora con más fuerza, y gritó. Trató de mirar por la ventana y vio que Morris estaba durmiendo dentro de su auto. Realmente estaba sola, indefensa. Se sentía paralizada, pero en su interior reconocía que tenía que actuar y escaparse de ahí antes de que fuera demasiado tarde. No quería irse a la casa de Lolla y atraer el peligro hacia Cailey y Tatianna. Había solamente un lugar a donde podría ir.

Sigilosa, sintiéndose una clandestina en su propia casa, tomó dos llaves: la de su auto y la de la casa a donde iría, y salió enseguida, desesperada, tratando de no hacer ruido, con un gran deseo de sobrevivir.

Aproximadamente una hora después, Rowan llegó a la casa. Vio una luz encendida y no se dio cuenta de que Faith no estaba, pero fue caminando por los ambientes y notó que estaba solo. No solamente eso, la puerta del invernadero estaba forzada y había un inmenso desorden en el dormitorio. La cama estaba sin hacer, algunos portarretratos estaban rotos en el suelo y las flores que Faith usaba para adornar la casa estaban destrozadas, como si alguien las hubiera aplastado en un acto de rabia.

Tratando de mantener la calma, Rowan llamó al celular de Faith, pero pronto lo escuchó sonando olvidado dentro del bolso, que seguía colgado en una silla. Por mucho que no quería pensar lo peor, no conseguía sacar de su cabeza la idea de que había sido llevada por el “asesino de las novias” y que nadie había hecho nada para ayudarla.

Con ese pensamiento, que lo consumía destruyéndolo por dentro, salió de la casa, cruzó la calle y, al acercarse a Morris, vio que el

oficial estaba durmiendo. La puerta del auto estaba abierta, por lo que, en un acceso de rabia, lo tomó por el cuello de la camisa y lo hizo despertarse rápidamente.

–¿Qué sucedió con ella? –Había tanta desesperación en la voz de Rowan, que Morris se despertó asustado.

–No sé, me dormí solamente por diez minutos y... –Morris miró el reloj y vio que su “pequeña” siesta había sido más larga de lo que se imaginaba-. ¡Dios mío! Yo... yo no sé qué decir... –balbuceó un poco sabiendo que su desliz podría ser mortal.

–Ella no está allá, la puerta fue forzada y hay cosas rotas tiradas por el suelo –gritaba Rowan-. Si algo le pasa a Faith, ¡le juro que lo mato!

–Está desafiando a un oficial, señor Allers. Podría detenerlo.

–Haga lo que quiera, pero primero quiero encontrarla. Después, no me importa lo que haga conmigo. –Rowan ya iba entrando en la casa, cuando Morris lo detuvo.

–Voy a ayudarlo –afirmó sintiéndose muy culpable.

–¡Usted quédese ahí! ¡Llame refuerzos, vigile el lugar, cualquier cosa! –ordenó con autoridad y finalmente entró.

Primero, Rowan se sentó en el sofá sintiendo que todo giraba a su alrededor. Eso no estaba sucediendo, no con Faith, no con la mujer que amaba, con quien quería casarse. La última vez que lloró de ese modo había sido cuando Ursulla murió, y estaba allí, llorando otra vez sin saber qué hacer. Fue cuando vio una cajita abierta donde guardaba las llaves, y algunas de ellas estaban desparramadas sobre la mesa. Mirando dentro, notó que faltaba la llave de su propia casa, que sabía estaba allí. Inmediatamente se acordó de haberle dicho que podía refugiarse allá cuando quisiera.

Sin vacilar, Rowan fue hacia Morris, le avisó que ya sabía a donde había ido y salió hacia su casa; respiró aliviado al llegar allá y ver que estaba sentada en un rincón, acurrucada como una niña asustada moviéndose hacia adelante y hacia atrás. Deseoso por abrazarla, Rowan corrió hacia ella, y Faith también correspondió al abrazo con fuerza, agradecida de que él estuviera allí.

Rowan la levantó en sus brazos lentamente; frágil como estaba, la llevó al sofá y la dejó sentada en su regazo.

–¡Pensé que iba a morir, Rowan! ¡Había alguien tratando de entrar en la casa! Entré en pánico, pero no quise poner a Cailey y a Ta-

tianna también en peligro, por eso me vine para acá. –Se apresuró a hablar, tratando de darle una explicación coherente.

–Cálmate, cariño, está todo bien ahora. ¡Estoy contigo!

Rowan tenía muchas cosas en la cabeza, pero prefirió no compartir ninguna con Faith. Pensaba que debería haberse ido a la casa de la abuela, donde no estaría sola. Se había arriesgado mucho. También sabía que esa no sería la última vez que tratarían de hacerle daño. Lo peor era que habían invadido su casa, pero todavía no le diría eso. Era doloroso admitir que Faith estaba en peligro y que su lirio le había dicho la verdad. Sabiendo eso, la apretó más fuerte contra su pecho mientras ella lloraba y temblaba violentamente.

Cansado, Steve sostenía su cabeza en las manos y suspiraba. Quería estar en su casa. Ya era medianoche, tenía hambre, no se alimentaba bien hacía días y deseaba pasar más tiempo con Emily. Llegaba tarde, y ella estaba casi siempre durmiendo. Su barriga parecía más grande cada día, pero no podía acompañar la evolución de su embarazo. No había ido a ninguna ecografía, y todo eso lo estaba dejando muy preocupado. Aparte de las dificultades con su familia, no podía sacarse de la cabeza el hecho de que Debra no era la primera colega que veía morir y seguramente no sería la última. Presenciar esas muertes prematuras se estaba convirtiendo en algo cada día más difícil de soportar.

Estaba respirando profundamente cuando escuchó el ruido del Outlook que le avisaba que había llegado un *e-mail*. El emisor era anónimo, pero el asunto era prácticamente el mismo que el mensaje que había recibido Jayce hacía algún tiempo, y decía: “Asesino de las novias”. Sabiendo que no se trataba de una broma, lo abrió. Se acordaba claramente lo que decía el primer *e-mail* que había sido enviado a la policía, y ese mensaje era un poco más grande, más audaz.

“Estimado detective Ruther:

Lamento que el detective Hernández haya sido retirado del caso. Era muy competente, así como su antigua compañera y amante, Debra Winney. No quería matarla, pero ella era demasiado perspicaz, y su asesinato retiraría a Jayce del caso. Además, se parecía demasiado a ellas...

Hoy veo que soy genial, y convertirme en el “asesino de las novias” (ese nombre ridículo con que me llaman) me dio un poder tan grande que tengo dudas sobre quién será mi próximo blanco: la embarazada Emily o tu bella amiga Faith. Y entonces, detective, ¿qué me dices?”

Steve podía sentir el odio que desbordaba por cada poro de su cuerpo, la sangre que corría rápido por las venas, el gusto de veneno en la boca. ¿Cómo ese maldito osaba mencionar el nombre de Emily? ¿Cómo podía amenazar la vida de una mujer que estaba llevando otra vida? ¿Que era todavía más frágil y vulnerable? Y también había nombrado a Faith. Él, o ella, conocía a todos. Sabía nombres y apellidos de todos los policías y de las personas involucradas indirectamente en el caso. Incluso, insistió en demostrar eso.

Quería examinar cada frase del mensaje para tratar de develar algún rasgo de personalidad todavía desconocido de ese asesino, pero primero necesitaba llamar a Emily, mandarla a un lugar seguro.

–¿Steve? –atendió con voz somnolienta.

–Emily, te voy a pedir una cosa... quiero que prestes mucha atención y hagas exactamente lo que te digo...

–¡Dime ya! Me dejas preocupada –se alteró.

–Quiero que hagas una maleta y que vayas a la casa de tu madre. Llévate a Jonathan contigo. –Eso era más que un pedido, era una orden desesperada. La madre de Emily vivía en Arizona lejos de todo esto.

–¿Qué está pasando, Steve?

–Preferiría que no sepas nada. No puedes preocuparte demasiado, ¡necesitas pensar en el bebé!

–¡Tengo derecho a saberlo! –Como el otro lado de la línea se mantenía en silencio, siguió: –Es ese loco que mató a Debra, ¿verdad? ¿Él le hizo alguna amenaza a nuestro hijo?

–No, Emily. ¡Te amenazó a ti! –Finalmente lo confesó y escuchó un gemido asustado al otro lado de la línea, pero sabía que se estaba controlando para que no notase su fragilidad—. ¿Vas a hacer lo que te estoy pidiendo?

–¿Pero y tú?

–Voy a estar bien. Me quedará con Jayce. –Con eso no la dejaría más tranquila, por lo menos no en el estado en que Jayce estaba, pero era una garantía.

–De acuerdo. Voy a preparar las maletas ahora, y mañana temprano partimos.

Hizo una pausa para respirar profundamente–. Te amo. Cuídate.

–Yo también te amo, cariño.

Emily no contestó nada más, y Steve, después de colgar el teléfono, sintió que su cuerpo se relajaba lentamente. Una calma, no completa, pero tranquilizadora, se apoderó de su cabeza.

Sintiéndose más fuerte, le envió una respuesta al “asesino de las novias”, a pesar de saber que tal vez nunca recibiría cualquier otro mensaje.

“¡Aléjate de Emily y deja de invadir la casa de Faith! Haré que tu reinado se acabe pronto”.

Estaba lleno de rabia. Sería capaz de romper todo a su alrededor si no estuviera en el trabajo. La intención del asesino era desestabilizar a todos los policías que trataban de descubrir su identidad. Había tenido éxito con Jayce, pero Steve no podía permitir que siguiera o sería un desastre. Sin embargo, por lo que él podía interpretar de ese *e-mail*, el asesino admiraba la competencia de los detectives y se lamentaba de que Jayce hubiera salido del caso. Tal vez él quería ser encontrado, descubierto. Había algo que quería demostrar. Él no mataba a esas mujeres al azar, sin duda tenía un motivo más grande, tal vez una cuestión de justicia, de venganza. Algo que ellos todavía no sabían lo que era.

Cuál no fue la sorpresa de Steve cuando puso otra vez sus ojos en la pantalla del monitor y vio que había recibido una respuesta. Había conseguido interactuar con el asesino serial, pero lo que leyó fue inesperado.

“¿Y qué le hace pensar que soy yo el que está invadiendo la casa de su amiga? Creo que hay alguien más queriendo asustarla”.

Solamente eso, nada más. Steve todavía trató de seguir la conversación a través de otra respuesta, pero recibió *un e-mail* instantáneo que informaba que su mensaje no había podido ser enviado, pues la dirección ya no existía. Seguramente, después de la última respuesta, la cuenta fue eliminada.

Pero Steve no tenía tiempo para lamentar eso. Estaba preocupado por Faith. Si no era el “asesino de las novias” el que estaba in-

vadiendo su casa, ¿quién más podría ser? Claro que existía la posibilidad de que estuviera mintiendo para despistar, pero no era probable. Parecía que a él le gustaban los reflectores sobre sí mismo y no iba a querer culpar a otra persona por algo que él estaba haciendo.

Por lo tanto, llamó a la casa de Faith pensando que estaría allá con Rowan, pero nadie atendió. Imaginaba que podrían haber salido e intentó con el celular de la amiga, pero empezó a preocuparse porque tampoco contestaba. Su última tentativa fue con Rowan, quien finalmente atendió con voz de cansado.

—¿Rowan Allers? Aquí Steve Ruther. ¿Estás con Faith?

—Sí, estamos en mi casa. Ella está durmiendo. —Hizo una pausa y se alejó de la cama donde Faith descansaba para poder hablar sin despertarla—. ¿Sucedió algo?

Steve no sabía qué hacer. No debía contarle nada a Rowan sobre el *e-mail*, al final era una evidencia de la policía, pero a la vez eso podría ser vital para la seguridad de Faith. Entonces, sin pensar en las consecuencias, le contó sobre el mensaje que había recibido.

—Al menos sabemos que no está siendo perseguida por un asesino en serie. —Steve trató de mejorar la situación.

—Eso no me deja tranquilo. Ahora no tenemos idea de quién la está molestando —contestó alterado.

—¡Rowan, no le va a pasar nada a Faith! ¡Es importante para mí también, es mi amiga! —Steve iba a mencionar que había sido la mujer de uno de los mejores amigos que había tenido, pero le pareció innecesario el comentario.

—¡Ah!, ¿y quién va a garantizar su seguridad? ¿Ese oficial que nombraste? —Rowan estaba sin paciencia. —¿El mismo que estaba durmiendo cuando ella más lo necesitaba?

—¿Qué? —se sorprendió.

—¡Exactamente lo que escuchaste! Alguien trató de invadir la casa de Faith hoy; ella le pidió ayuda y él estaba durmiendo. —Rowan hablaba mientras caminaba de un lado a otro—. ¿Cómo crees que puedo quedarme tranquilo sabiendo que hay alguien que no sabemos de lo que es capaz y que podría haberle hecho daño?

Steve sabía que tenía razón. No le agradaba Rowan, lo creía demasiado arrogante y no le gustaba ni un poco el tono de voz que estaba usando en ese momento, pero no podía culparlo.

–No sabía que Morris no se ocupaba del servicio. ¡Voy a conversar con mi superior y nombrar a otra persona para el puesto!

–No sé si ella va a querer volver a su casa. Estaba muy asustada cuando la encontré –dijo suavizando la voz.

–Ya veo. De todos modos, necesitará salir a trabajar, y es bueno que haya algún policía por allá.

–Sí, claro. –Steve estuvo de acuerdo.

–Cualquier problema, llame. No importa la hora –le dijo, y colgó enseguida.

Rowan, a su vez, se quedó pensativo. No conseguía imaginarse por qué una persona podría querer hacerle mal a Faith, además del “asesino de las novias”. Por más que pensaba, no podía encontrar una razón para que alguien pudiera odiarla, especialmente al verla dormir acurrucada en la cama. E incluso, en ese momento, se mostraba inquieta, incómoda. Quería proporcionarle un poco de paz, pero no tenía idea de cuándo la tendrían.

Faith se despertó temprano y decidió a ir a trabajar normalmente para poner su vida en orden. Rowan ya había salido, pero le había dejado una nota afectuosa y el desayuno listo. Esas pequeñas demostraciones de cariño le daban más y más fuerza para superar los pequeños obstáculos que insistían en formar parte de su vida. Ella todavía no sabía que había alguien más queriendo hacerle mal. Rowan no había tenido el coraje de contarle nada, pero sería solamente una omisión temporaria. Faith necesitaba saber inmediatamente lo que estaba pasando.

Mientras tomaba café, leía las noticias por Internet en la computadora de Rowan. Cada vez que hacía eso, tenía miedo de encontrarse con alguna novedad sobre el asesino serial, tal vez alguna otra víctima.

Después de terminar el desayuno, se cambió y fue a la florería. Cailey ya estaba allá, pero, a diferencia de todas las mañanas, no conversaba con Morris. Cuando Faith miró al otro lado de la calle, no era él quien estaba allá, era otro oficial.

–¿Qué le pasó a Morris? –le preguntó a su hermana.

–Me llamó esta mañana. Me comentó del incidente y dijo que Rowan le contó a Steve que estaba durmiendo. Por supuesto que inmediatamente fue designado a otro servicio. –Cailey parecía molesta al hablar, y Faith concluyó que había desaprobado la actitud de Rowan.

–Sé que debes estar molesta por eso, pero ayer había alguien tratando de entrar en mi casa y él no hizo nada –explicó calmadamente.

–¡No, Faith! Morris dijo que incluso es más fácil para que salgamos, ya que él no será más nuestro guardaespaldas. –Hizo una pausa y bajó la cabeza para hablar. –Pero me quedé un poco decepcionada. Si cualquier cosa te hubiera pasado, hubiese sido su culpa.

–Pero no pasó nada. Y eso no puede afectar lo que hay entre ustedes.

–No hay nada entre nosotros, por lo menos aún.

–¡Olvídate eso, Cailey! Él es un buen muchacho, estaba cansado, pero eso no cambia su carácter, mucho menos el hecho de que puede hacerte feliz. –Faith la acarició considerando que más que nunca necesitaba incentivo y fuerza.

Cailey se quedó callada, y Faith también prefirió hacer lo mismo. Las dos empezaron a trabajar muy temprano, ya tenían varios pedidos para ese día. Era bueno llenar la mente para exorcizar los demonios que insistían en perjudicarlas.

Más tarde, ese mismo día, Morris apareció para llevar a Cailey al cine. Ella nunca había sido invitada por ningún hombre para hacer un programa tan inocente como ver una película, comer palomitas de maíz, cambiar palabras tímidas e incluso besos sin segundas intenciones. Él le llevó un ramo de flores, que ella aceptó con sorpresa. Aprovechó para llamar a su hermana con la intención de hacerle una pregunta importante.

–Faith, ¿qué significan estas flores? –preguntó.

Pero añadió antes de que contestara:

–¡Y, por favor, no me digas que tiene algo que ver con sexo!

–¡No, Cailey! –exclamó sonriendo–. Estas son rosas anaranjadas. Ellas significan “encanto”. ¡Morris está encantado contigo! –destacó la palabra “encantado”.

Cailey trabajaba con Faith y con sus flores el tiempo suficiente para saber que nunca se equivocaba, entonces ese debía ser realmente el pensamiento de Morris. También había aprendido que la flor que la persona recibe traduce los sentimientos de quien la elige, así que Morris estaba realmente encantado con ella, no solamente por su cuerpo, no quería simplemente llevarla a la cama al fin de la noche. Ella apenas sabía cómo portarse en un encuentro como ese. Por lo general, ella lo provocaría, los dos intercambiarían palabras se-

ductoras y habría un segundo encuentro donde dormiría con él. Difícilmente se encontrarían una tercera vez.

–¡Estoy nerviosa, Faith! No voy a saber cómo actuar, cómo hablar con él... –confesó.

–¡Por supuesto que vas a saber! ¡Solamente sé quien eres! –Faith le dio un beso–. ¡Saldrá todo bien!

Para asegurarse de que todo le daría seguridad a su hermana, Faith recogió una pequeña planta del jardín y se la entregó.

–Guárdalo en tu bolso. Es una ramita de romero, te dará coraje.

–¡Perfecto! –agradeció emocionada–. ¡Gracias! No solamente por esto, por todo lo que has hecho. Por la oportunidad de trabajar aquí en la florería y por quedarte siempre a mi lado.

Las dos se abrazaron, y Cailey finalmente salió al encuentro de Morris bajo los ojos esperanzados de Faith. Había potencial en esa relación romántica y, aunque Cailey no la llevara adelante, sería al menos una oportunidad para ella. Ojalá tuviera más confianza en sí misma para saber que no todos los hombres la tratarían como el maldito que la violó.

Y Faith se vio sola. Al principio estaba perdida, feliz por su hermana, que no pensó en el peligro que había corrido el día anterior. Pero no podía dejar de ponerse nerviosa pensando que tendría que cerrar el invernadero sola. La puerta frontal ya estaba arreglada, y cerrarla fue lo primero que hizo, como si estuviera protegiéndose de otra conmoción. Después terminó de organizar la caja, regó las plantas por última vez y miró por la ventana. Por lo menos, el nuevo policía designado como protección de la florería estaba bien despierto, de pie al lado de su auto, con los brazos cruzados en el pecho; parecía intimidante. Aun así, tenía miedo.

Entró en la casa por la puerta trasera y vio el caos que Rowan había presenciado el día anterior. Su hogar había sido invadido otra vez, violentaron su privacidad, y ella se sentía prácticamente desnuda delante de un desconocido. Revolvieron su cajón de ropa interior, pues muchas prendas estaban en el suelo, rompieron portarretratos, desordenaron sus pertenencias, y la cama estaba sin hacer, como si alguien se hubiera acostado allí. Asustada, Faith se mentalizó para no olvidarse de tirar la ropa de cama a la basura.

Era una sensación inquietante, principalmente por no saber qué quería esa persona. Su única reacción fue sentarse quieta en el sofá.

Rowan le había pedido que no fuera más sola a su casa, por lo tanto, solo le quedaba esperar que él llegara.

Cuando Rowan llegó, disculpándose porque era tan tarde, ya estaba prácticamente dormida, por lo que decidieron, de común acuerdo, quedarse ahí. Por otro lado, Rowan creía que eso sería una buena idea. Quería montar guardia por si algo ocurría. Para eso, por más que Faith no estaba de acuerdo, tomó su arma. Se sentía paranoico. Cualquier ruido, cualquier movimiento le era sospechoso. Era muy desagradable estar tan desconfiado y tener que llegar a extremos, pero tal vez pudiera descubrir quién era el invasor y qué quería con Faith. Con su arma escondida, sería capaz de todo para librarla de esa pesadilla.

Alrededor de las tres de la mañana, Faith se despertó. Sentía sed y solamente iba a beber agua y volver a la cama, pues tenía mucho sueño. Pero lo primero que advirtió fue que Rowan no estaba durmiendo a su lado. Esperaba que no estuviera trabajando hasta tarde como se quedaba muchas veces.

Decidida a no molestarlo, se levantó sigilosamente sin examinar el otro dormitorio, que era normalmente donde acostumbraba trabajar. Sin embargo, sintió que había alguien en la cocina y vio que estaba todo oscuro. Podía escuchar su respiración rítmica, casi tensa, a la espera, pero todavía no tenía el coraje de encender la luz. Necesitaba tener a mano algo que le sirviera para protegerse. Por más que no estuviera sola, había una gran posibilidad de que Rowan no tuviera tiempo para ir a ayudarla. Entonces, buscó un cuchillo bien grande del juego y lo sujetó con fuerza y confianza. Tenía una ventaja ante el intruso, esa era su casa y la conocía como nadie.

Con el cuchillo en la mano, no muy segura si tendría el coraje de matar a alguien, se preparó para encender la luz. Cuando vio que se trataba de Rowan con su arma, gritó asustada y acabó cortándose con el cuchillo.

—¡Faith! —Rowan se levantó apurado al ver que se había herido. Inmediatamente, tomó algunas toallas de papel y las puso en su mano, que sangraba un poco. Sin embargo, había sido solo un corte superficial.

—¿Qué hacías aquí en la oscuridad? ¡Me mataste de susto!

—Estaba de guardia frente a la puerta trasera de tu casa, para el caso de que él apareciera —le explicó en un tono avergonzado.

—¿Y una vez más ibas a tratar de enfrentar solo a un asesino peligroso? —En ese momento, Rowan tragó saliva.

Él no se acordaba que todavía no le había dicho que el intruso no era quien pensaban al principio, y Faith tenía que saber la verdad. Ese era el momento de contarle.

–Faith, no es el “asesino de las novias” el que está invadiendo tu casa. –Sus palabras salieron lentas, cuidadosas. Estaba seguro de que esa comprobación iba a impresionarla.

–¿No lo es? Entonces, ¿quién puede ser? –le preguntó, después de demorar un tiempo para asimilar la información.

–¡No sé! –Su voz sonó cargada de decepción.

–Bueno, a fin de cuentas, tal vez esa sea una buena noticia.

–¡Tal vez, pero sea quien sea, de todas formas no puedes vacilar, Faith! No sabemos quién es, lo que puede hacer y lo que quiere contigo –le dijo, y ella tembló.

–Pero ¿cómo lo descubriste?

–Fue Steve. Él no me explicó exactamente cómo lo supo, pero creo que entró en contacto con el asesino por *e-mail*.

–¡Dios mío! ¿Y qué le dijo? ¿Steve descubrió algo? –preguntó alterada.

–No. En realidad, no sé el contenido del mensaje, solo sé que el propio asesino dijo que no te estaba molestando.

Al igual que Steve, a pesar de no conocer el perfil psicológico de un psicópata, ella pronto concluyó que decía la verdad. Estaba a ciegas. No era que se encontrara ante una situación diferente. El problema era que Faith realmente no tenía idea de quién podría ser, no conocía a nadie que la odiara tanto como para hacerle cualquier mal. ¿O sí conocía?

–¡Tengo miedo, Rowan! –le confesó–. No por lo que esa persona pueda hacerme, sino porque no sé en quién puedo confiar. Además de ti, Cailey, Tatianna y Steve, no hay nadie en quien confíe más.

–Lo sé, cariño, ¡pero tenemos que pensar que esto va a terminar pronto! –afirmó Rowan tratando de parecer seguro mientras la tomaba en sus brazos.

–¿De veras?

–¡Tiene que acabar! –Se refería tanto a las invasiones a la casa de Faith como a los asesinatos.

Tenía fe de que todavía vería al asesino de su hermana tras las rejas. No descansaría hasta entonces.

16

TRADESCANTIA

“La tradescantia es una flor invasora que sobrevive a muchas tentativas de erradicación; por eso, simboliza el desafío, la perseverancia y la fe”.

Una vez recuperado de la lúgubre misa en honor a Debra, marcado por sus ojeras y su morbosidad, Jayce acompañó a Steve en su visita a la casa de Elmet Granger.

Hicieron lo mismo que habían hecho con Anne Palmer; le mostraron la nota suicida de Melinda, que también lo dejó bastante perplejo, y le preguntaron si esa era la letra de su ex-novia. Una vez más, tuvieron la comprobación de que esa caligrafía ordenada era completamente distinta a la de Melinda.

No obstante, su verdadera intención no era esa. Sigilosamente, mientras Steve le hacía algunas preguntas a Elmet, Jayce tomó un papel, que estaba dentro de su carpeta de trabajo, con un texto manuscrito y firmado por él. Lo examinó con cuidado y lo puso de vuelta en su lugar.

Ya fuera de la casa, casi media hora después, Steve, que había aceptado con mala gana la historia del pequeño robo, le pidió al compañero que le mostrara el papel, pero Jayce no lo llevaba consigo.

—¿Cómo no tienes el papel? ¿No has encontrado ninguno?

—He encontrado uno, pero la caligrafía de Elmet Granger es totalmente diferente a la que estamos buscando.

—¿Y desde cuando eres un especialista en el tema? —Steve estaba enojado con otro desliz de su compañero. Seguro que no aprobaba los métodos de Jayce, pero al tratarse de un caso extremo como ese, eran un mal necesario.

—No soy especialista y tampoco necesito serlo para diferenciar una caligrafía de otra —se molestó Jayce—. Sé que no confías en mí como antes, pero no es necesario que exageres.

Steve se quedó en silencio. Era mejor no decir nada más antes de que la situación de los dos se pusiera peor. La verdad era que, probablemente, Anne y Elmett no estaban involucrados en el supuesto “suicidio”.

Pensando en eso, Steve sintió remordimiento por haberlo tratado de esa manera. Era verdad que cometía error tras error, y perdía la razón, la mayoría de las veces, con sus acciones sin sentido, pero a pesar de eso, estaba siendo demasiado intransigente con un amigo tan querido al que le debía respeto por toda su historia en la policía, por las vidas que había salvado. Además, Jayce merecía atención en ese momento. No tenía a nadie más en quien apoyarse.

—Jayce, ¿cómo estás? —le preguntó finalmente, después de tomar coraje.

—Estoy bien. —Una respuesta corta no muy comprometedor. Por supuesto que estaba haciéndose el desentendido, fingiendo que no sabía que Steve se estaba refiriendo a Debra.

—Sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad? —insistió, y Jayce solamente le confirmó con la cabeza, con los ojos bajos, sin siquiera mirarlo—. ¿Y estás seguro de que estás bien? Pues no parece.

—Es tan difícil, Steve. —Finalmente se abrió emocionado—. Nunca pensé que una mujer con la que me relacioné solo tres meses podría hacerme tanta falta.

—El tiempo no cuenta, pero sí la intensidad del sentimiento —dijo con sabiduría.

—Realmente la quería y quería un futuro con ella.

Steve no supo qué contestar. Por un momento se arrepintió de haber mencionado el asunto, no solo por sentirse tan mal simplemente por no saber qué decirle a una persona que estaba sufriendo tanto, sino por haber traído a la luz todos esos pensamientos malos. Y Jayce no merecía sufrir. De ninguna manera. Era el tipo de persona que debería formar una familia, tener muchos hijos y ser feliz. Y Steve

estaba seguro de que era todo lo que Jayce deseaba. Sin duda, llevaría un buen tiempo hasta que estuviera listo para enamorarse otra vez. Con suerte, encontraría una buena mujer que lo haría olvidar todo ese dolor.

–No sé qué decirte, Jayce. Soy un desastre con las palabras.

–No necesitas decirme nada –afirmó tranquilamente–. Todavía no te he agradecido todo lo que has hecho por mí.

Esa fue una gran sorpresa. Steve jamás hubiera esperado que Jayce terminara dándole las gracias por cualquier cosa. Pensaba que su amigo estaba furioso por tener a alguien entrometiéndose en su vida.

–No me merezco tanta atención, tantos cuidados. Ya no soy un niño, aunque esté actuando como uno. –Había mucha sinceridad en su voz, y Steve se conmovió–. No sé qué sería de mí si no me dejaras participar de la investigación.

–Estás ayudándome –lo elogió, pero después se detuvo–. Jayce, como tu amigo, te aconsejo que busques la ayuda de un psicólogo cuando todo esto termine.

–¡Tal vez! –Aceptó la opinión, pero sin mucho entusiasmo, aunque Steve sabía que no haría nada de eso. El destino de Jayce era un completo misterio.

Amaneció, y al despertar, Faith otra vez sintió la falta de Rowan en la cama. Él le había prometido, después del episodio de aquella madrugada, que no perdería más noches de sueño para protegerla. En realidad, prácticamente lo había obligado a jurar que trataría de dormir en paz. Pero Faith lo buscó y nada. Simplemente le restaba entrar en el dormitorio en el que trabajaba, exactamente el lugar donde se había escondido. Al verla, rápidamente guardó los proyectos en los que parecía tan perdido, lo cual a ella le extrañó, pero fingió no darse cuenta.

–Perdona por molestarte, Rowan, pero ya son alrededor de las nueve.

–No me di cuenta de la hora –le dijo pasándose la mano por el pelo y tratando de acomodarlo–. ¡Ni siquiera sabía que ya había amanecido! –dijo Rowan sorprendido.

Mantén una apariencia cansada y se frotaba los ojos para ver mejor.

–Cariño, trata de tomarte un día libre, no dormiste nada –le pidió preocupada.

–No puedo, mi amor. Estoy trabajando en un proyecto muy importante. –Él sonreía como un niño que esconde una maldad.

Faith sintió curiosidad. Rowan siempre le hablaba de los proyectos más grandes de la compañía, le mostraba sus dibujos, milimétricamente plasmados, le contaba sobre los clientes, sus requerimientos y sus plazos. Sin embargo, lo veía comprometido en un trabajo hacía algún tiempo, en el que parecía estar extremadamente dedicado, además de cuidar personalmente de todos los detalles: dibujos, hojas de cálculo, compra de materiales, etcétera. En cambio, no sabía nada de este proyecto. Era algo realmente misterioso.

Manteniendo el secreto, Rowan cerró el cajón, la besó con dulzura en la boca y salió del dormitorio sin decir absolutamente nada. Curiosa, Faith suspiró y también salió de ahí para arreglarse; de todos modos, incluso con todo el caos que había en su vida, todavía necesitaba trabajar y tratar de mantener el ritmo normal de las cosas.

En cuanto llegó a la florería, Cailey ya estaba allí, parecía mejor dispuesta que nunca y estaba extremadamente resplandeciente. Incluso tateaba una canción romántica. También estaba vestida como hacía mucho tiempo Faith no la veía: más femenina, más vanidosa. Era imposible no mirarla con esa sonrisa, con la expresión relajada y no pensar en lo hermosa que era y en lo orgullosa que estaba de ella. Cailey había madurado con su dolor y, principalmente, estaba superando de un modo positivo todo el horror por el cual había pasado, siguiendo adelante, tratando de cicatrizar sus heridas para ser feliz.

–Veo que anoche salió todo bien –le dijo cuando se acercó.

–Sí, fue maravilloso. –Cailey le contestó realmente entusiasmada, lo que la dejó todavía más contenta–. Ya fui obligada a darle todos los detalles a Tatianna durante el desayuno, ¿también los quieres?

–¡No, no! Solo quiero saber si van a salir otra vez, si hubo alguna insinuación de relación amorosa...

–Creo que vamos a cenar esta noche también –dijo tímida–. ¿Y la relación? No sé... Morris es cariñoso, pero también respetuoso. Cuando me trajo a casa, sentí que tenía ganas de besarme, pero no lo hizo.

–¡Eso es bueno! Ustedes son jóvenes, no hay motivo para apresurar las cosas. –Secretamente, vibraba con esa historia y sabía que a

Cailey le había gustado del modo como la había tratado, a pesar de ser todo muy nuevo para ella.

–Bueno, me gustó. Nunca me sentí tan bien después de un encuentro.

–¡Eso es lo más importante! –Faith abrazó a Cailey con cariño–. Solo quiero que seas feliz.

–¡Lo sé! Es por eso que te amo tanto. –Cailey tenía mucha facilidad para expresar sus sentimientos, algo que no era tan simple para Faith.

Pero ese momento era especial, y ella no podía simplemente quedarse en silencio.

–También te amo, cariño. –Y le besó la frente con afecto–. ¡Ahora vamos al trabajo!

–¡Sí, señora! –Cailey la saludó en tono de broma, y las dos empezaron con los servicios que tenían para ese día.

Jayce se había despertado bien temprano, después de haber dado vueltas en la cama por horas durante la madrugada pensando en la muerte de Melinda y en quién podría haber cometido ese crimen. Muchos nombres pasaron por su cabeza, pero ninguno que le despertara seguridad. Al menos seguía luchando. Por otra parte, se sentía vivo, pero no sabía por cuanto tiempo.

Con una idea fija en la cabeza, saltó de la cama y tomó el teléfono. A pesar de que su departamento estaba en total desorden, todavía sabía el lugar en que había guardado el teléfono del hotel donde Melinda había sido encontrada muerta. Necesitaba hablar con esa recepcionista, que no se puso contenta en atenderlo.

–Soy el detective Hernández, espero que se acuerde de mí. –Fue firme y no demostró ninguna simpatía.

–Sí, me acuerdo, pero también recuerdo que usted y su colega me prometieron que me dejarían en paz. –La muchacha era muy insolente, y Jayce, que no tenía mucha paciencia, trató de respirar profundo antes de perder la cabeza.

–¡La situación es muy complicada! No podemos permitirnos no molestar a nadie. –Usó el sarcasmo al hablar.

–¿Qué necesita además de lo que les pasé? –preguntó demostrando mala gana.

–Necesito la lista de los huéspedes registrados en el hotel el mismo día de la muerte de Melinda. –Su tono de voz era categórico y no le daba margen para que se negara a esa información.

–Eso tomará un buen tiempo. En verdad, no puedo prometerle nada.

–Pero lo tendrá que conseguir tan pronto como sea posible. Debe existir, como mínimo, una organización en los archivos del hotel, especialmente porque hace diez años, seguramente, ustedes ya usaban computadora. –Hizo una pausa, y simuló no escuchar cuando ella dejó escapar un insulto al otro lado de la línea–. Estaré esperando. Anote mi *e-mail* para que pueda mandarme los archivos. –Jayce esperó que la muchacha tomara un papel y un bolígrafo, y le dictó su dirección de correo lentamente para que no pudiera decir que lo había anotado mal–. ¡Sea rápida, por favor! ¡Si no recibo noticias tuyas, voy a aparecer por ahí y exigiré hablar con su gerente!

El detective ni siquiera esperó alguna respuesta, simplemente colgó el teléfono deseando que eso realmente hiciera algún efecto. Había una buena posibilidad de que el asesino de Melinda se hubiese hospedado en el hotel. La muchacha había aparecido muerta por la mañana temprano; seguro había sido asesinada de madrugada, y nadie nunca había sospechado que ella, en realidad, no había cometido suicidio. Eso facilitaba la conclusión de que no reportaran ninguna intromisión en el hotel, ni que recibieran la visita de alguien sospechoso. Sería mucho más fácil hacer que pareciera un suicidio convirtiéndose en un huésped.

Y Jayce esperó todo el día la respuesta de la muchacha, con los ojos pegados en la computadora. Inconscientemente estableció un plazo para que le mandara todo como le había pedido o realmente iría a causarle algunos problemas. No tendría ninguna compasión, no cuando tantas cosas estaban en juego.

Sin embargo, cuando ya estaba desistiendo, llegó el tan esperado *e-mail* con la ficha de los huéspedes que estaban alojados en el hotel el día en que Melinda había muerto. Entre una lista de por lo menos diez nombres, pronto avistó uno femenino que lo hizo vibrar. Era el nombre de Carla Hoyt. Era la evidencia de que había matado a Melinda y, con suerte, también sería la asesina de todas las otras jóvenes. Si eso fuera verdad, ella también debería ser culpable por la

muerte de Debra, lo que hizo que Jayce cerrara la mano y golpeará con el puño la mesa con tanta fuerza que algunos objetos se cayeron al suelo. La verdad era que quería devolver esa misma fuerza contra Carla. Nunca consideró la posibilidad de lastimar a una mujer, pero ya no pensaba en ella como un ser frágil sin condiciones de defenderse sola. La veía como un monstruo.

Confundido, Jayce imprimió el archivo y lo llevó a la comisaría, ya que pensaba que como habían pasado las diez, Steve todavía estaría allí.

Al igual que su amigo, Steve se quedó tan impresionado con la noticia que ni se acordó de darle un sermón a Jayce por haberle ocultado que había estado esperando una respuesta durante todo el día. ¡Y una respuesta tan importante! Estaba mucho más preocupado con lo que tenía en las manos y con lo rápido que debería actuar. Llamó a su comandante y le dio algunos detalles mientras se preparaba para salir para finalmente encarcelar a Carla Hoyt.

–Déjame acompañarte –le suplicó Jayce.

–No sé si es una buena idea. –Steve ya caminaba hacia su auto.

–Por favor, no puedes ir solo.

–No voy solo, voy a llamar a Ed –dijo Steve, sin estar convencido de que tener a su compañero cerca le traería mucha seguridad.

–¡Ah!, ¿y crees que Ed atenderá una llamada tuya a estas horas? Ustedes dos fueron designados para el caso, pero ¿cuántas veces te ayudó? Además, ya debe estar durmiendo después de la cena y de unas cervezas... –Todo lo que Jayce decía tenía sentido.

Steve conocía a su compañero, sabía de su reputación de perezoso e irresponsable, y no tenía argumentos.

Steve temía lo que Jayce podría querer hacer. Su angustia era tanta que, tal vez, incluso fuera capaz de cometer algún tipo de violencia contra la muchacha. Por más que fuera una cruel asesina, tal vez la responsable de la muerte de otras personas, todavía necesitaban actuar como profesionales con ella. A pesar de estar preocupado, Steve sabía que Jayce era útil y competente, y realmente sería arriesgado si tuviera que ir solo, pues no podían perder esta oportunidad, que tal vez fuera la única.

–¡Ok, Jayce! Ven conmigo, pero tómallo con calma con Carla –lo alertó, pero Jayce no dijo nada, lo cual lo dejó arrepentido por la decisión que había tomado.

Sin embargo, también prefirió quedarse en silencio, y apenas entró en el auto, salieron enseguida. No tenían tiempo que perder.

En cuanto llegaron a la casa de Carla Hoyt, tocaron el timbre y esperaron por un tiempo. Tanto ella como su compañera de departamento estaban durmiendo y atendieron la puerta preocupadas.

—¿Ustedes otra vez? ¿Ya han visto la hora? ¿Qué quieren? —Carla los recibió de modo grosero, y Jayce sintió que si no se controlaba, explotaría de rabia. Daría todo por un trago de coñac para calmar sus nervios.

—Estamos aquí para que nos acompañe a la comisaría —dijo Steve con calma.

—¿Están locos?

—No estamos locos, señorita Hoyt. El problema es que usted se convirtió la sospechosa número uno por la muerte de Melinda Stuart. —La entonación de la voz de Jayce estaba llena de crueldad.

Sentía placer en hacer eso, en ver la expresión de asombro de Carla al darse cuenta de la situación en la que se había metido.

—¡Eso es un absurdo! ¡Quiero un abogado! —gritó—. Ni siquiera sabía que Melinda estaba muerta. —Esa frase sonó muy falsa, y Jayce sujetó el brazo de la joven tratando de controlar su fuerza—. ¡Es mejor que saque las manos de mí, detective!

—Es mejor que nos acompañe por su propia voluntad. Si se resiste, vamos a juzgarla culpable sin oportunidad de un interrogatorio.

Carla vaciló y miró a su compañera de vivienda y notó que estaba muy asustada con todo eso. La joven la conocía hacía muy poco tiempo para creer que realmente no era culpable como afirmaba. No conocía nada sobre su carácter, y pensar que podría estar viviendo con una asesina la dejó muy asustada.

—¡Llama a Colin! ¡Avísale! —le pidió Carla a su compañera, que parecía completamente inerte con todo eso, mientras la llevaban a la comisaría.

Steve y Jayce la pusieron en el auto y la llevaron a la estación.

Durante el camino, Jayce miró a Carla en el asiento trasero del auto. Ella temblaba y lloraba en silencio, lo cual lo dejó muy confundido. Debería ser una mujer fría, indiferente, que era exactamente lo que se adaptaba a la personalidad de un asesino serial. Por supuesto que podría estar actuando, tratando de engañar a todos, pero la intuición de Jayce difícilmente fallaba, especialmente cuando pensaba en Debra. Desde su muerte, soñaba con el día en que encontraría a su

asesino, y sabía que cuando lo viera, sentiría unas inmensas ganas de matarlo y que sabría instantáneamente que era el culpable. Sin embargo, miraba a Carla tan asustada, tan frágil, y no conseguía sentir que su corazón golpeará fuerte de odio. Él ya no estaba seguro si era ella a quien ellos tanto buscaban. Tal vez hubiera matado a Melinda, pero no a Debra, tampoco a todas las otras muchachas.

En la comisaría, Steve tomó el brazo de Carla, con un poco más de delicadeza de lo que lo hubiera hecho Jayce, y la llevó a una sala donde iba a ser interrogada.

Los dos la dejaron allí dentro bajo la observación de otro policía, y fueron a hablar con el comandante, que se sorprendió al ver a Jayce.

–Hernández, ¿qué estás haciendo aquí? Pensé que estaba de vacaciones. –El comandante desaprobaba la permanencia de Jayce en la comisaría, ya que la muerte de Debra todavía era reciente.

–¡Vacaciones que nunca quise tomar! –contestó el policía inquietándose al ver la mirada de desaprobación del comandante.

–Señor, Jayce descubrió por su cuenta cosas importantes sobre el caso del “asesino de las novias”. Gracias a él tenemos una sospechosa potencial en la sala de interrogatorios. Le pido que le conceda el permiso para que me ayude a finalizar este caso –dijo Steve de manera formal.

El comandante les volvió la espalda a los dos detectives tratando de no demostrar ninguna reacción antes de decidir cualquier cosa. Tenía que admitir que Jayce era un excelente policía, que nunca le había traído problemas; por lo contrario, casi siempre solucionaba los casos más difíciles con rapidez y precisión. Debra y él formaban una excelente pareja, pero tenía miedo de que cometiera algún error que lo hiciera arrepentirse de una decisión tomada con el corazón y no con la razón.

Pero después de pensarlo un poco, respiró profundamente y se volvió a sus dos mejores detectives con la decisión tomada.

–¡Ok, Jayce! Voy a dejar que ayudes a Steve, pero después de que este caso esté terminado, exijo que te quedas un tiempo fuera de la comisaría.

Jayce no pudo contener una sonrisa. Ya no se acordaba lo bueno que era sentirse feliz, satisfecho con alguna cosa. A Steve también le gustó la noticia. Por más que la situación era difícil y este, a su lado, no era exactamente el Jayce que conocía, todavía era un honor trabajar con él.

–¿Entonces quieres decir que hay un sospechoso para los crímenes del “asesino de las novias”? –El superior de los muchachos siguió con la conversación para tratar de darle menos importancia a lo que había acabado de suceder.

–En realidad es una sospechosa –contestó Steve–. Carla Hoyt era amiga de Shelby Noor. Estaba hospedada en el mismo hotel donde Melinda Stuart fue encontrada muerta.

–Pero ¿qué la motivó a asesinar a las otras muchachas? –insistió.

–Todavía no estamos seguros si es o no culpable por todos esos crímenes –intervino Jayce, y Steve se sorprendió con esa reacción.

–Hay una posibilidad de que sea ella... –Steve no comprendía la extraña actitud de Jayce.

Tenían la oportunidad de solucionar el caso, podían salvar vidas, y él simplemente destruía todo.

–Entonces, si tienen dudas, mejor que la interroguen luego. ¡Y tráiganme buenas noticias!

El comandante se alejó sin decir nada más, mostrando impaciencia. Cuando Steve se vio solo con Jayce, puso la mano en su cabeza tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo mucho que estaba indignado.

–¿Qué estás haciendo? Hemos acordado, hace poco, que había una gran posibilidad de que el asesino de Melinda también hubiera matado a todas las otras personas. ¿Qué te pasó para decirle eso al comandante? –preguntó alterado.

–Simplemente he dicho la verdad. Todavía no estamos seguros de nada, ni siquiera de que mató a Melinda. ¡De ese modo es muy fácil! –explicó Jayce con mucha calma.

–¿Fácil? ¿Después de que ocho personas perdieron la vida, incluso la mujer que amabas? ¿Realmente crees que fue fácil llegar a esa conclusión?

No fue una de las actitudes más limpias; de todas formas, había mencionado a Debra de modo injusto y usó su punto débil solo para herirlo. Se sentía ciego por la rabia, capaz de decir cualquier cosa sin pensar en las consecuencias.

–Tú, más que nadie, sabes que estoy desesperado por poner al asesino de Debra entre las rejas... –dijo Jayce en un tono muy bajo, como murmurando. Pero había una aspereza cortante en su manera de hablar.

–Pero, a pesar de que todos piensen que estoy fuera de mí y tomando actitudes impulsivas, todavía sé analizar las cosas con cuidado. No quiero condenar a un inocente.

No se podía negar que Jayce estaba acertado. Ver que un hombre tan amargado por la muerte de su amada hablara de una manera tan sensata era admirable, e incluso hacía que Steve se sintiese avergonzado.

–¡De acuerdo! Vamos a conversar con Carla Hoyt y dejemos para después las conclusiones –dijo Steve, y salió, cerrando la puerta, en dirección a la sala donde Carla los aguardaba.

Así que entraron y dejaron bien en claro que ella podría llamar a un abogado si quería, pero Carla alegó que había cambiado de idea, ya que era inocente y que no necesitaba a uno.

Por lo tanto, Jayce encendió un grabador y dijo la fecha, la hora y el lugar, y aclaró que todo el interrogatorio sería grabado y que cualquier cosa que dijera podría ser usada en su contra. También dejó grabado que la propia interrogada se había privado del derecho de estar acompañada por un abogado.

–¿Cuál era su relación con Melinda Stuart? –empezó Jayce, mientras Steve tomaba notas.

–No sé si puedo llamar a lo que teníamos una relación. Hablaba poco con ella...

–¿Alguna vez Melinda Stuart mencionó su nombre en el diario que escribía?

–Algunas veces, pero nada tan grave como para tener la voluntad de matarla –contestó con ironía.

–¿Y cuál era su posición con relación a la reputación de las alumnas de Kappa House?

–Normal. Era parte del grupo y tenía un excelente comportamiento, pero no a causa de las normas de la fraternidad, sino por mí misma. –Hablaban con seguridad y convicción demostrando que realmente no tenía nada que esconder, y Jayce estaba cada vez más convencido de eso.

–¿Qué hacía en el hotel Boston One el día exacto de la muerte de Melinda Stuart? –le preguntó Jayce sujetando en las manos el papel que había impreso, donde figuraban todos los datos del hospedaje de Carla.

–¿Qué? –Demostró sorpresa—. No estoy entendiendo...

–¡Vea por sí misma!

Jayce le entregó el papel a Carla, que examinó toda la información que encontró allí, y abrió los ojos sorprendida por lo que había leído.

–¡Nunca estuve en ese hotel! No tengo idea de cómo mi nombre fue a parar a sus registros. –Ahora parecía realmente nerviosa, como si entendiera que estaba en problemas.

–Entonces, si no estaba en el Boston One, ¿qué hizo esa noche?

–¿Cómo me voy a acordar? ¡Ya pasaron diez años de eso! –Carla pasó la mano por su pelo mostrando nerviosismo.

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas, y de nuevo no tenía el control de sus manos, que temblaban suavemente.

–Juro que no maté a Melinda Stuart. No tenía nada en contra de ella.

–Entonces, si no era usted la que estaba ese día en el hotel, alguien usó su identidad para hospedarse y matar a Melinda. ¿Se imagina quién podría haber hecho eso? –especuló Jayce bastante sorprendido por creer en esa hipótesis.

Carla puso las manos en su rostro y respiró profundo. Sin duda, eso era una tremenda presión psíquica para su cabeza, especialmente si no tenía la culpa, como lo había afirmado. Cuando abrió los ojos y miró otra vez el rostro de sus interrogadores, adquirió una expresión diferente, como si se hubiera acordado de algo muy importante.

–¡Ahora me estoy acordando... mis documentos desaparecieron en aquel entonces! –afirmó demostrando entusiasmo, como si ese recuerdo repentino fuera a salvarla.

–¿Y cómo se acuerda de eso? –intervino Steve.

–Porque los necesitaba para viajar. Mi hermana estaba por casarse en Londres, y por ese motivo estuve a punto de no poder revalidar mi pasaporte.

La historia era consistente, tenía sentido. Si alguien hubiera robado los documentos de Carla, podría haberlos usado en el hotel para tratar de incriminarla. Teniendo en consideración que todas las muchachas de Kappa House eran parecidas, cualquiera podría haberse hecho pasar por Carla fácilmente.

–Señorita Hoyt, por más que esta declaración tenga algún sentido, tendrá que permanecer en la comisaría hasta que tengamos alguna prueba concreta.

–¿Entonces voy a tener que quedarme presa todo ese tiempo? Después de siete meses del primer crimen, todavía no saben quién es

el “asesino de las novias” y están volviendo su atención a la persona equivocada. –La muchacha irrumpió contra Jayce.

–Señorita, tal vez ahora quiera llamar a su abogado. –Jayce mantuvo la tranquilidad solamente porque creía que era inocente–. Y además, necesitamos una muestra de su caligrafía y la información del lugar donde sacó el duplicado de sus documentos. Si puede conseguir algún protocolo que compruebe su teoría, ayudaría mucho.

–¿Eso me va a absolver?

–No totalmente, pero le dará la posibilidad de pedir una fianza y la libertad provisoria. –Salió de la sala acompañado de Steve, y un oficial guio a Carla a su celda, pero antes le permitió que hiciera una llamada.

Por supuesto que llamó a Colin Mercer, su actual novio, para pedirle ayuda.

Cuando llegó, fue un completo teatro dramático. Un festival de besos, abrazos y promesas de amor, algo que ninguno de los dos oficiales podía creer. Todo parecía extremadamente exagerado, demasiado falso, y Jayce se enojó al ver que Colin, que recién había perdido una novia, tuviera el coraje para enamorar a una de sus amigas. Nunca le haría eso a Debra y sospechaba que nada en esa escena era real.

Colin pronunció algunos insultos contra ellos, argumentando que usaban a Carla como víctima expiatoria para mostrar a sus superiores que su trabajo estaba siendo hecho, cuando en realidad todavía había un asesino peligroso en libertad. Jayce también lo creía. Lo creía tanto que su voluntad era la de liberar a Carla para poner fin al circo que se había formado, pero no podía. Necesitaban más pruebas, y Steve se mostraba confundido. Jayce respetaba la opinión de su compañero, a pesar de contar los minutos para volver a cazar a ese loco, antes de que hubiera alguna víctima más.

–Jayce, ¿realmente crees que no fue ella? –le preguntó Steve arrancándolo de sus sueños. También parecía reflexivo.

–¡Estoy muy seguro! Y tenemos que encontrar pruebas lo antes posible para limpiar la tontería que hicimos, antes de que sea tarde.

–Tienes razón. Con la información sobre los documentos perdidos y el análisis de la caligrafía, tendremos la constatación de lo que ya sospechábamos. –No había mucho entusiasmo en la voz de Steve.

También había empezado a creer que Carla no tenía ninguna culpa probablemente en ninguno de los asesinatos. Y si estuvieran acertados, tendrían que recomenzar prácticamente de cero.

17

CICLAMEN BLANCO

“Es una flor con múltiples significados, pero los principales son el celo y la resignación. Transmite sensación de armonía y de inmensidad”.

Faith estaba sentada en una hierba muy verde, y rodeada de flores que habían sido plantadas con tanto cuidado como si ella misma lo hubiera hecho. El olor del néctar era maravilloso, la temperatura era agradable y su cuerpo parecía más liviano, como si pudiera flotar. La sensación de familiaridad llegó como una ráfaga de viento que pasaba por su mente. Si antes estaba absorbida por la belleza del lugar y por sus sentimientos acerca de él, en ese momento empezó a preocuparse. Estaba asustada por lo que seguiría, y tenía miedo de ser guiada hacia una flor con un significado subliminal, y tal vez oscuro, que la dejaría aún más confundida.

Sin embargo, miraba a su alrededor y no veía ninguna flor o planta destacada, no sentía nada diferente, no había ningún sonido que hiciera referencia a algo. Pero a la distancia, avistó a alguien que caminaba hacia ella. No creía que podría ser vigilada, y eso la molestó un poco. No obstante, cuando se dio cuenta de quién era, se levantó del suelo y comenzó a correr, incluso descalza, al encuentro de la persona. Nunca quiso abrazar a alguien con tanta intensidad.

–¡Abuelita! –exclamó Faith alegremente, y Lolla sonrió cuando su nieta se arrojó en sus brazos como lo hacía cuando era pequeña–.

Me alegro de que estés aquí. Tengo tantas cosas que decirte y preguntarte...

–Calma, niña... no tenemos mucho tiempo –susurró pasando la mano fría por la cara de la joven–. Tengo que darte algo.

Fue entonces cuando Faith se dio cuenta de que Lolla tenía una flor en la mano. Era un ciclamen blanco igual al que la había herido hacía unos días. Todavía no podía descifrar el mensaje que sus plantas querían darle, que era completamente inesperado. Nunca dudó de su jardín y siempre lo había entendido, y Faith sabía que era recíproco. Podía compartir sus pensamientos más íntimos con sus flores, y ellas siempre la entendían. Más que eso, la respetaban, por eso la usaban como su portavoz.

–¡No lo entiendo, abuela! Ya he descifrado el mensaje, pero no sé lo que significa. ¡Ayúdame!

Había una súplica latente en las palabras de Faith, y Lolla trató de no hablar demasiado. Tenía que ver con sus propios ojos y sentir con su propio corazón.

–¿Cuáles fueron los mensajes que recibiste?

–Recuerdo eterno, arrepentimiento, renuncia y protección.

–Así que mira bien este ciclamen y recuerda que todo tiene un significado oculto. Simplemente lee entre líneas. –Lolla hablaba como una gran sabia que guiaba a su alumna.

Pero a pesar de esto, Faith seguía sin entender nada. Fue inútil preguntar, sabía que era todo lo que le iba a decir.

–¡Abuela, por favor no te vayas! –lloraba emocionada.

Lolla, que ya se alejaba, se volvió y se acercó de nuevo a su nieta.

–Lo siento, ¡perdóname!

–¡No hay nada para disculpar!

–Nunca debería haberte tratado de esa manera. No fue tu culpa.

–Y tampoco tuya, querida. ¡Solo piensa en eso! –dijo Lolla y desapareció en un instante.

La abuela dejó a Faith pensando. Había hablado como si no hubiera un culpable por el accidente, como si la historia de la muerte de Henry todavía no estuviera muy bien contada. Y Faith no había tenido tiempo de preguntar nada, ni siquiera de decirle adiós.

Mientras Lolla se alejaba, caminando lentamente por el hermoso jardín que se extendía hasta el infinito, Faith comenzó a despertarse al mismo ritmo de los pasos de la abuela.

Estaba desorientada y con los ojos húmedos de lágrimas. No de tristeza, a pesar de que el encuentro subconsciente le había despertado toda la nostalgia que estaba adormecida, pero sí de emoción. Además, la frase que dijo Lolla, con relación a que todas las cosas tienen más de un significado, no salía de su cabeza, pero no podía recordar ningún otro significado de esa flor.

Sin hacer ruido, se levantó tomando todos los cuidados para que Rowan no se despertase. Aunque confiaba en él lo suficiente como para decirle absolutamente todo, no quería compartir ese misterio. Por más que fuera solo un sueño, sabía que era la única y mejor manera que había encontrado Lolla para darle el “mensaje”. No era difícil ver que el ciclamen blanco era la llave maestra para abrir su mente a lo que las flores querían decirle. Sin duda, se trataba de algo muy importante.

Pensativa, se dirigió a la ventana esperando el amanecer. Mientras lo observaba, trataba de entender sus propios enigmas.

Pero no fue hasta el día siguiente cuando la respuesta llegó de una manera tan natural que Faith estaba segura de que Lolla había intercedido para que ella descubriera lo que estaba oculto.

Fue entonces, cuando un cliente la llamó contándole una historia divertida sobre su romance con una mujer que no quería apegarse solamente a un novio, cuando una luz se encendió en la oscuridad. El muchacho sabía que era correspondido y quería demostrar que no quería compartirla con nadie más.

—Entonces usted tiene que enviarle un ramo de ciclámenes blancos. Representan los celos —dijo Faith sin pensar, y demoró en darse cuenta de que esa era exactamente la respuesta al enigma.

—¿Me oyes? —Ella se había quedado absorta con su descubrimiento y dejó al muchacho hablando solo.

—¡Ah sí! ¡Lo siento! ¿Qué dijo?

—Le pregunté si funcionaba bien, porque por lo menos con un amigo mío acertaste. —Faith sonrió ante eso.

Era bueno saber que su trabajo hacía más feliz a la gente.

—Si usted lo cree, ¡sin duda va a funcionar!

—¡Entonces, trato hecho! ¡Y quiero un mensaje muy hermoso! —exclamó muy entusiasmado y esperanzado.

Faith colgó y fue a recoger su ciclamen, y dejó a Cailey escribiendo un poema sobre la pareja. Se arrodilló junto a las hermosas

plantas y pensó en otro significado: los celos. Se reprobó por haberse olvidado de algo tan obvio e importante. Pero lo más difícil era averiguar la intención de ese mensaje. Alguien estaba celoso de ella. Podría ser Rowan, pero era necesario recordar que dicha persona también era un recuerdo eterno, que estaba arrepentida de algo y probablemente quería protegerla o hacerle algún daño. Reuniendo la información, si no era Lolla, solo había una persona en quien podía pensar: Henry. Pero si lo era, ¿por qué tampoco apareció en un sueño como lo había hecho su abuela? Tal vez hubiera podido explicarle mejor lo que significaba todo. Tal vez la hubiera hecho sentir menos temerosa.

No había alternativa para Steve y Jayce sino la liberación de Carla Hoyt. Según los expertos, su letra fue considerada distinta de la utilizada en la nota de “suicidio” de Melinda, y las direcciones que entregó eran correctas. En realidad, había perdido algunos documentos en ese momento y había solicitado los nuevos. Todavía podrían considerarla sospechosa, por lo que no se le permitió salir de la ciudad y estaba en libertad bajo fianza.

Los dos detectives no tenían idea por dónde podían comenzar de nuevo. Necesitaban una luz, un milagro que los pusiera en el camino correcto, sin más errores, sin más fracasos.

Y la señal llegó.

Ya era tarde, pero Jayce todavía estaba en su viejo escritorio escribiendo algunos apuntes. Estaba empezando a acostumbrarse a no dormir y no sentía sueño. Distráido, tardó en darse cuenta de que su teléfono sonaba. Era una mujer con una voz angustiada, que llamaba desde Boston a través de un teléfono público.

—¿Detective Hernández?

—¡Sí, soy yo! —contestó preguntándose por qué la otra persona hablaba tan bajo.

—Soy Glenda Stanfield, trabajo en el hotel Boston One. Estuve hablando con Tally Green, la recepcionista, y ella me dijo que están investigando la muerte de esa muchacha, Melinda Stuart...

—Sí. —Jayce solamente contestó con cautela. No sabía si la mujer estaba llamando para ayudar o por curiosidad.

—Yo estaba trabajando aquí en el momento en que esa joven murió. Hacía la limpieza y ordenaba las habitaciones, pero como es-

taba estudiando, sustituía a la madre de Tally que era la recepcionista en esa época. –Hizo una pausa–. En uno de esos momentos en los que yo la sustituía, llamó un muchacho. Quería quedarse en una habitación junto a la de Melinda.

–¿Usted recuerda su nombre? –Finalmente, se interesó en la conversación.

–No, señor, no me acuerdo. Sin embargo, pensé que esto podría ayudar.

–Y ayudó, ¡por supuesto! Gracias por llamar. Si se acuerda de cualquier otra cosa, no dude en comunicarse conmigo.

La mujer estuvo de acuerdo, y enseguida los dos colgaron.

Jayce se apresuró a informarle todo a Steve.

–¡Parece un milagro! ¡Ahora ya tenemos por dónde seguir buscando! –Steve parecía muy contento, pero Jayce todavía se mostraba serio y silencioso.

Sin decir nada, tomó el archivo con el registro de todos los huéspedes que Tally les había enviado, examinó todos los nombres con cuidado y no reconoció a ninguno de ellos.

–¿Crees que el “asesino de las novias” ya estaba detrás de ella? –Steve quería saber la opinión de Jayce, que volvía a serle muy útil.

Jayce estaba a punto de contestarle cuando un tercer oficial entró muy nervioso en la oficina de Steve, en la cual se encontraban.

–Detectives... ¡con permiso! –les pidió con inmenso respeto–. Hubo otro asesinato del mismo modo que los otros.

–¿Y ya saben quién fue la víctima esta vez? –Steve, afligido, quería saberlo pronto.

–Carla Hoyt.

Ese era exactamente el nombre que no querían escuchar. Pero en el fondo sabían que iba a ser la víctima. Y la noticia era más que preocupante, era peligrosa.

Sin esperar ni un segundo, los dos se fueron al lugar donde Carla había sido encontrada muerta. Esta vez, el cuerpo no había sido arrojado al mar. Ella estaba en su casa cómodamente tumbada en la cama. Cualquiera que la mirara desde lejos pensaría que estaba durmiendo, pero si esa persona se atrevía a acercarse un poco más, vería sus hermosos ojos desorbitados, completamente aterrorizados, detenidos en un punto fijo del techo. Este mismo observador distinguiría fácilmente un enorme y profundo corte en la garganta, que resultó fatal. Y el

charco de sangre que manchaba sus sábanas blancas era nauseabundo.

Carla estaba sola en la casa porque, probablemente, su compañera ya no vivía más ahí. Seguramente se había asustado con la posibilidad de estar viviendo con una asesina. Lo más sospechoso de todo era que estaba bien vestida y que había dos tazas de café sobre la mesa, las dos vacías, pero usadas. Carla conocía al asesino, tal vez fueran incluso amigos, dada la hospitalidad con que lo recibió. Pensaba que sería una visita amistosa y acabó siendo asesinada.

Dadas las circunstancias, los dos decidieron que iban a esforzarse al máximo para obtener algo útil a partir de esa escena. Sería una noche dura, pero tampoco tenían muchos motivos para irse a casa. Jayce incluso prefería hundirse en el trabajo antes que ahogarse en la bebida. Steve, por su parte, extrañaba tanto a Emily y a Jonathan que, atormentado por los recuerdos, no podía soportar la casa vacía. Al menos, en compañía de sus cadáveres llenaban sus mentes, o al menos lo intentaban.

A las dos de la mañana, Rowan y Faith llegaban de una cena. Era la primera vez que la llevaba a uno de los eventos sociales a los que él era invitado. Todos los ejecutivos iban con sus esposas, con sus novias o con sus amigas, y Rowan era el más orgulloso llevando del brazo a la hermosa Faith, sin poder de dejar de admirarla y de pensar que era la más bella y elegante de todas. Además, ella era amable e inteligente, y hablaba con facilidad sobre todos los asuntos. Él tenía suerte, y todos estuvieron de acuerdo al conocerla.

—Fue una noche agradable —comentó ella mientras se bajaba del auto delante de la puerta de casa.

—¡Sí! —convino Rowan sonriente y satisfecho porque ella se había divertido—. Y tú opacaste a todas las demás mujeres.

—¿Yo? ¿Te parece? —Faith se ruborizó y dejó que se viera toda su humildad. Sabía que era bonita, tenía una cara y un cuerpo atractivos, pero carecía de vanidades exageradas. Se sentía muy simple cuando se veía rodeada de mujeres ricas, vestidas por diseñadores famosos y que tenían tiempo para pasarse horas y horas en la peluquería.

—¡Claro que sí! Faith, es posible que no tengas idea de lo hermosa que eres, pero lo deberías saber. Soy un hombre afortunado y tengo la intención de abusar de la suerte esta noche.

Lleno de segundas intenciones, Rowan la tomó en sus brazos y la besó como nunca la habían besado, ni siquiera él. Él siempre era muy cariñoso, además de apasionado, y siempre sabía la manera exacta de cómo darle placer. Hacían el amor con mucho deseo, pero esta vez parecía diferente. Era como si quisiera demostrarle lo hermosa y deseable que era ella. Tenía la intención de ser sutil, como de costumbre, pero no quería dejar sus instintos en segundo plano.

Los dos entraron en la casa tratando de controlar sus impulsos para llegar a la habitación; sin embargo, fueron interrumpidos por un ruido muy bajo que venía del cuarto donde Faith dormía. Conforme se acercaban al sitio, ella podía distinguir el sonido como el de una canción que conocía. Era una canción instrumental, cuyo ritmo se sabía de memoria. Sobre el equipo de música había una flor, una bella orquídea, sin duda cosechada directamente de su invernadero. La tomó en sus manos con una expresión pensativa y asustada.

—¿Cariño, olvidaste el equipo de música encendido? —le preguntó; sin embargo, sospechaba que no era ella quien había dejado la música sonando. Y eso era lo que temía.

—No, Rowan, no lo he olvidado —contestó muy seria aún con la orquídea en las manos.

—¿Qué significa esta flor?

—Representa la belleza femenina.

—Entonces te vio saliendo tan hermosa... —concluyó Rowan sin mucho más que acotar.

Quería consolarla, pero estaba muy preocupado como para saber qué decirle. Y había algo en sus ojos, esos ojos verdes oscuros que él tanto amaba. Algo que no sabía interpretar, pero que no era solo miedo.

—¿Qué pasa, Faith? Siento que estás más tensa de lo habitual.

—Estoy pensando en una cosa, pero prefiero no decir nada sin tener primero la seguridad —dijo ella, pero había un temblor en su voz. Algo que a él no le estaba gustando nada, principalmente porque no entendía.

Así que esa noche, la promesa de amarse locamente fue solo en la imaginación. Ambos se fueron a la cama y se acostaron abrazados, pero Faith no durmió.

Steve acababa de llegar a su casa a las ocho de la mañana. Jayce y él pasaron toda la madrugada entre la casa de Carla Hoyt y la estación de policía. Fue deprimente y molesto cuando Colin Mercer llegó a la casa de su novia y ni siquiera lamentó su muerte; solamente gritó que los dos detectives tenían la culpa de todo, sin siquiera tener un argumento para justificar esa acusación. Su voz elevada garantizaba que habría un proceso, pero en ningún momento demostró sufrimiento, no parecía preocuparse por la mujer que había hecho votos de amor el día anterior. Eso dejaba a Steve aún más cansado, y lo más triste era llegar a casa y no ver a Jonathan correr hacia él pidiendo que lo sujetara o poder anidarse en los brazos de Emily en la noche. Nunca había tenido idea de lo mucho que ella le hacía falta.

Estaba a punto de llorar de tristeza, y ya tenía el teléfono en las manos para llamarla cuando sonó el timbre. En un momento de falta de lucidez, pensó que era Emily quien estaba al otro lado de la puerta, también llena de añoranza. Incluso podía visualizar su vientre más grande, su bebé, su segundo hijo, que crecía dentro de ella. Sin embargo, era Faith quien estaba allí llamando a su puerta.

Solo había esperado que Rowan saliera a trabajar para ir a la casa de Steve. Si él no estuviera allí, se atrevería, incluso, a buscarlo en la comisaría, porque lo que tenía que decirle era muy urgente.

Steve abrió la puerta y se encontró, cara a cara, con su amiga, espantosamente pálida, sorprendentemente molesta.

—Faith ¿qué pasó? —Él la llevó a la sala de estar tocándole el brazo, asombrado con la temperatura helada de su piel.

—Steve, voy a ser muy directa en mi pregunta... —hizo una pausa con miedo de lo que su propia boca iba a decir—. ¿Hay alguna posibilidad de que Henry esté vivo?

En principio, Steve asimiló las palabras lentamente. Si no conociera a Faith, seguramente pensaría que se había vuelto loca o que estaba haciendo una broma de mal gusto. Pero sabía que no era el caso. Conocía la persona que estaba frente a él y era testigo de su cordura. Por otro lado, ella nunca haría una broma con algo relacionado a Henry. Sin embargo, conociendo sus características y su personalidad equilibrada, no podía entender por qué había hecho esa pregunta.

—Faith, ¿he oído bien? ¿Estás especulando sobre si la muerte de Henry fue real o no?

—Sí —replicó ella con una seguridad que lo dejó pasmado—. Las invasiones a mi casa, las fotos que desaparecieron... Pero la idea de que Henry podría estar haciendo todo esto no se me había ocurrido hasta ayer, cuando llegué a casa y mi radio estaba encendida tocando la canción con la que, según él, se acordaba de mí —dijo de una sola vez mientras caminaba de un lado a otro, impaciente e inquieta, como una leona en una jaula.

—¿Estás segura de que no olvidaste la radio encendida? —preguntó Steve, aún sin aceptar la teoría de que Henry estuviera vivo.

—¡No! ¡Estoy segura! —exclamó—. Y además, había una orquídea sobre el equipo de música. Es como si quisiera dejar una señal de que todavía está entre nosotros.

—¿Y por qué no habría dado señales de vida todos estos meses?

—No sé. Tal vez estaba perdido, sin memoria... tal vez se está acordando de mí solamente en este momento y está tratando de dar pequeñas señales para que lo note, poco a poco. Tal vez está actuando con calma debido a Rowan. —Eran muchos tal vez y todos eran como algo salido de una obra de ficción.

—¡No sé qué decirte, Faith! ¡Sería demasiado bueno para ser verdad! —Steve sonrió—. Y si esa es la respuesta, ¿qué vas a hacer? —le preguntó con una expresión seria, que pronto le hizo darse cuenta que se refería a su elección amorosa, si tuviera que hacer una.

—Es muy difícil de decir eso, pero lo que siento por Rowan es mucho mayor que lo que sentía por Henry. Nadie lo sabe, pero justo antes de que me enterara de que estaba embarazada, nuestro matrimonio no estaba bien. No sé cómo sería si lo reencontrara actualmente. —Ella fue sincera, a pesar de saber que él no aprobaría la respuesta. Henry era su mejor amigo, y a Steve no le gustaba mucho Rowan.

—¿Y cómo nos ponemos en contacto con él?

—Voy a esperar a que vuelva a mi casa... o a nuestra casa... —corrigió, recordando que él era también el propietario del lugar donde vivía—. Cuando esto suceda, voy a tratar de hacerlo hablar conmigo, que me explique cualquier cosa.

—Realmente crees en todo esto, ¿no es así? —Faith ni siquiera le contestó.

Su voz ya no salía más ante una historia tan absurda. Así que se limitó a asentir.

–Ojalá no te decepciones.

–¡De acuerdo, Steve! Voy a saber cómo controlar mis emociones.

Faith parecía segura de eso, aunque Steve no lo estaba. E incluso cuando Jayce lo llamó pidiéndole que fuera a su casa, no podía desconectarse de esa idea. ¿Henry vivo? Sería maravilloso y abrumador. Si lo era, ¿por qué había tratado de invadir su propia casa y simplemente no se le había aparecido a Faith contándole lo que realmente le había sucedido, tratando de reconquistarla? Había algo extraño en toda esta historia que no encajaba con lo que sabía de la personalidad de su amigo.

Todavía pensaba en todas esas cosas cuando llegó a la casa de Jayce. Sin embargo, otros problemas atormentaron su mente, así que se encontró con su compañero de trabajo y su aflicción. Jayce apenas esperó a que Steve entrara y se puso a hablar.

–Steve, ¿y si Melinda no tenía otro novio? ¿Y si ella se sentía amenazada por alguien como resultado de alguna noticia publicada y luego decidió huir, quién hubiera ido con ella?

–¡El novio!

–¡Exactamente! ¡Elmett Granger! –Jayce golpeó una palma con la otra con entusiasmo.

–¿Crees que él era el hombre misterioso que se quedó en la habitación al lado de Melinda?

–¡Puede ser! Y nos da la certeza de que él sabe mucho más de lo que dice que sabe. Incluso debe saber de quién huía Melinda –afirmó Jayce con una seguridad que dejó a Steve aturdido.

–Así que creo que deberíamos hacerle una pequeña visita –opinó Steve, y Jayce asintió sin parpadear.

Podría ser solo una suposición, pero era algo, y necesitaban aferrarse a todo.

En su florería, Faith estaba completamente distraída. No podía dejar de pensar en la posibilidad de que Henry no hubiera muerto. En varias ocasiones, aquel pensamiento la dejaba confundida. La mayor parte del tiempo, trataba de convencerse de que se estaba volviendo loca y de que eso no era posible, pero la verdad era que todo tenía sentido. Su cuerpo nunca fue encontrado, y su visión con los diferentes tipos de flores era un mensaje claro: recuerdo eterno,

arrepentimiento, protección y celos. Lo que no entendía era por qué necesitaba protección contra Henry, pero sabía que era algo que iba a descubrirlo pronto. Sin embargo, no dejó de preocuparse con la posibilidad de que Henry ya no fuera la persona que había conocido, o peor aún, tal vez nunca había sido el hombre que creía conocer.

Se sentía desconfiada, amenazada, traicionada. Necesitaba averiguar lo que quería y por qué se había alejado durante tanto tiempo. Era necesario saber quién era Henry Connor, el hombre con quien había vivido durante muchos años y a quien tanto había amado.

Dejando a Cailey la responsabilidad de la florería, pero sin decir lo que haría, Faith fue al banco. Ellos tenían ahorros; habían empezado a juntar dinero poco después de la boda para tener suficiente para su futuro hijo. Desde que Henry murió, no tuvo coraje de hacer movimientos en esa cuenta, ni para depositar ninguna cantidad más ni para retirar. Había perdido al hijo que tanto deseaba y no tenía derecho a tocar ese dinero que no le pertenecía. Al menos eso era lo que pensaba. Exactamente por ese motivo una idea incesante le golpeaba en la cabeza.

Al llegar a la sucursal bancaria, Faith vio a su gerente y comenzó una conversación sin pretensiones, y dejó claro que quería comprobar el saldo de sus ahorros. Muy amable, él se ofreció a verificar la información en el sistema. La hizo teclear su contraseña, que por suerte aún recordaba, y cuando el resultado apareció en la pantalla de la computadora, la expresión del gerente cambió. Faith sabía que había algo malo.

—Señora Connor, su cuenta está en cero —dijo, molesto por tener que darle la noticia a Faith, que sabía que había enviudado.

Faith, aturdida, sintió que su corazón latía más rápido. Por mucho que sospechaba, tener la confirmación era algo muy diferente.

Aun así, en un último intento de salvar la imagen que tenía de Henry, después de despedirse de su gerente, se fue al cajero automático y sacó el extracto de la cuenta, con el fin de verificar cuándo se había hecho el último movimiento; y descubrió que había sido exactamente un día antes de que Henry, supuestamente, muriera.

Sosteniendo el papel en sus manos, salió de la sucursal bancaria sintiendo que le faltaba el aire. El mundo entero giraba a su alrededor y metafóricamente caía sobre su cabeza. Deseaba que todo fuera

una pesadilla, un sueño terrible. Estaba claro que Henry no había sufrido ningún accidente ni se había perdido en alguna isla desierta ni tenía amnesia, como Faith había imaginado en un principio. Se había ido por voluntad propia, simplemente había huido dejando toda su vida atrás.

Eso era más que horrible, era demasiado doloroso. Un dolor punzante tomaba su pecho, consumía su alma. ¿Sería que era tan desagradable, tan mala compañía, que él tuvo que fingir su propia muerte para deshacerse de ella? Mareada, Faith apoyó la mano en un muro tratando de encontrar equilibrio, pero pronto sintió una mano cálida que tocaba sus hombros helados.

—¿Faith? —A pesar de estar un poco fuera de sí, ella reconocería esa voz en cualquier lugar.

Era Rowan. Siempre aparecía cuando más lo necesitaba. Por lo tanto, se dio vuelta y se lanzó a sus brazos.

—Cariño, estás helada, parecías a punto de desmayarte cuando te vi desde el auto.

—¿Puedes llevarme? —le preguntó con voz cansada.

—Por supuesto. ¿Quieres que te lleve a la florería?

—¡No! Me gustaría ir tu casa, ¿de acuerdo?

—¡Claro! Ven conmigo. —Rowan la abrazó para sostenerla y la llevó hasta el auto.

Durante todo el camino, Faith siguió mirando al vacío, y dejó a Rowan muy preocupado. Cuando llegaron a su casa, ella ya se sentía más estable y caminó sola, aunque seguía temblando un poco.

De modo solemne, tomó la mano de Rowan y lo llevó hasta el sofá. Estaba decidida a decirle todo sobre Henry. Él era parte de esa historia, queriéndolo o no, y merecía saber todo.

—Rowan, creo que Henry está vivo. —Volvió a hablar sin ceremonia, con miedo de perder el coraje a lo largo del camino.

—¿Qué? —Rowan pensó que no había oído bien o al menos la información era demasiado absurda para tener algún sentido—. ¿Cómo lo sabes?

Faith respiró profundo y le contó todo; la posibilidad de que Henry estuviera invadiendo su casa, el significado de las flores, la melodía de la noche anterior y el desfaldo de fondos en la cuenta bancaria. A pesar de que todavía existía una posibilidad de que todo fuera un error, ella sentía que era verdad. Su corazón se lo decía.

Aturdido, Rowan no sabía qué decir. Se echó hacia atrás, más cómodamente, en el sofá y suspiró. Por mucho que supiera como debería estar sufriendo Faith, no podía dejar de ser egoísta como para pensar que tendría que tomar una decisión. Y como Henry y ella tenían una historia, se imaginaba que no podría salir como ganador. Solo la idea de perderla ya lo preocupaba.

—Rowan, no pienses que esto cambia algo entre nosotros. No cambiaría de ninguna manera, principalmente porque él quiso irse. Él eligió fingir su propia muerte antes que pasar más tiempo conmigo. —Ya estaba llorando, por mucho que lo trataba evitar—. Debo tener algún defecto insoportable.

—¿Tú? —Rowan alzó la voz—. Con el debido respeto, Faith, pero sinceramente creo que Henry estaba loco. ¿Cómo alguien puede fingir su propia muerte? Más aún teniendo una buena vida, una esposa maravillosa como tú. Era un hombre con suerte, y en vez de agradecer, lanzó a la basura lo que a muchos les gustaría tener. —Lo decía con una enorme indignación.

Estaba loco por casarse con ella; por lo tanto, no podía entender cómo alguien que había tenido la oportunidad de ser su marido podría tener el coraje de abandonarla de una manera tan miserable. Al menos le hubiera pedido el divorcio, no era necesario ir a ese extremo. No podía soportar verla llorar gracias a ese idiota.

—¡Te amo! Y puedes estar segura de que no voy a abandonarte. Nunca.

Faith lo besó haciéndole sentir el sabor salado de sus lágrimas. Después de esa conversación, él le hizo beber un vaso de agua y tomar un tranquilizante, y durmió por completo el resto de la tarde. Rowan tampoco fue a trabajar. Quería estar a su lado cuando se despertara, cuando recordara que lo que había descubierto era parte de la realidad, no solo un mal sueño. Y apenas sabían que la pesadilla solamente estaba comenzando.

18

ORQUÍDEA

“Simboliza la belleza femenina, el amor, el deseo y la lascivia”.

Mientras Faith estaba durmiendo, tratando de exorcizar sus demonios, Steve aprovechó que ninguno de los Granger estaba en casa para hacer una visita al hospital donde ella había sido hospitalizada después del accidente. No sabía si encontraría algo allí, pero había una posibilidad.

Fue a la recepción y, después de mostrar su insignia para ganar un poco más de respeto, pidió el nombre del médico que se había hecho cargo de Faith en aquella época.

Después de mirar en la computadora, la mujer le dio un nombre, pero luego dijo que no trabajaba más allí.

–¿Hace cuánto tiempo el doctor Lynn ya no es parte del equipo? –le preguntó.

–Más o menos seis meses. Dicen que recibió una herencia de una tía anciana y viajó muy lejos –le contó la enfermera en tono de chisme. Era una historia muy conveniente.

–¿Acaso alguna enfermera que trabajó con él en aquella época estaría dispuesta a hablar?

–Tal vez. Voy a llamar a la señorita Mancini. –La mujer se acercó al micrófono de la recepción y llamó a la enfermera, que apareció en unos pocos minutos.

Como lo había hecho con la recepcionista, Steve mostró su insignia y le pidió que lo llevara a un lugar más privado. La chica obedeció desconfiada, y Steve se dio cuenta de que probablemente ya sabía de qué se trataba.

Cuando llegaron a una habitación vacía, Steve, sin rodeos, fue directo al punto.

–Voy a ser breve. Una amiga fue internada aquí hace siete meses. La paciente fue tratada por el doctor Lynn. Su nombre es Faith Connor. –La chica respiró profundo al reconocer el nombre–. Bueno, me he dado cuenta de que usted la ha recordado. Esto facilitará mi trabajo. Quiero que me aclare todo lo que ocurrió en ese momento, y quiero que me diga la verdad o voy a acabar por descubrirla.

Steve se sintió obligado a presionarla, pues sabía que de ese modo ella acabaría hablando. Y eso fue exactamente lo que sucedió. Ella vaciló al principio, tratando de sopesar los pros y los contras, pero cuando habló, el detective se quedó casi sin aliento ante esas grandes revelaciones.

–Yo realmente me acuerdo de Faith Connor. Cuando llegó aquí, estaba fuertemente sedada y sin un rasguño. Decían que había sobrevivido a un accidente en el que había perdido a su marido. Sentí pena, pero algo me decía que no había ocurrido ningún accidente. Terminé encargándome de verificar que estaba siendo bien cuidada, porque sentía que había algo malo en esa historia. –Hizo una pausa retrasando el resto de lo que iba a contar–. Una vez traté de entrar a su habitación para comprobar si todo estaba bien y me encontré con el doctor Lynn en el teléfono. Nunca he sido chismosa, pero acabé escuchando la conversación. Parece que él recibió una buena cantidad de dinero para que le hiciera perder el bebé que estaba esperando. Después de eso, me quedé mirando y vi cuando él inyectó algo en ella, pero cuando me di cuenta de lo que se trataba, ya no podía hacer nada.

–Y ¿qué era? –Steve quiso saberlo, con asco, aterrado de toda la historia.

–Era solución salina. Solo funciona de la décima sexta hasta la vigésima semana de embarazo, pero en la mayoría de los casos es infalible; el problema es que no es muy común que la madre sobreviva. Cuando el bebé consume el preparado, es inmediatamente envenenado, se deshidrata e incluso puede tener una hemorragia en el cerebro y otros órganos. En solo 48 horas se produce el aborto. –Hizo

otra pausa—. En esa época me quedé muy indignada, incluso creo que durante todo el tiempo que estuvo en el hospital, al parecer en estado de coma, él la dejó sedada.

Steve apenas podía contener el llanto, pero se controló para no mostrar debilidad frente a una persona que estaba interrogando y de quién deseaba descubrir más.

Henry había trabajado durante un tiempo en ese hospital y podía conocer a ese médico loco que había tenido el coraje de tal crueldad contra Faith. Seguramente había planeado un escape, y el bebé que esperaba echaría todo a perder. Ese no era el Henry que conocía, era un verdadero monstruo.

—¿Por qué no se lo dijo todo a la policía? —preguntó finalmente, enojado porque había sido testigo y no lo había denunciado.

—Porque tuve miedo. No sabía quién estaba involucrado en todo eso. Y además, no había como retroceder.

—¿Y usted sabe con quién estaba hablando el doctor Lynn al teléfono?

—No conseguí oír ningún nombre, pero puedo afirmar que era una mujer, porque la vi en el hospital días más tarde —afirmó—. Vino a confirmar que el servicio estaba completo.

Steve estaba confundido, pero pronto pensó en la explicación más simple: Henry había huido con una mujer y fue ella quien había armado esa parte del plan.

Había visto maldad de todos los tipos, había sido testigo de una gran cantidad de sangre, muchas muertes, mentiras y corrupción, pero nada lo había dejado tan escandalizado. Tal vez fuera porque conocía a las personas involucradas y porque quería tanto a Faith. Ella estaba radiante con el niño que iba a nacer, y se había quedado tan devastada cuando perdió la oportunidad de ser madre y se volvió viuda que la voluntad de Steve era matar al mismo hombre que había llamado amigo, ¡qué cobarde! Había llegado a odiarlo tan rápido.

Parecía un zombi cuando salió del hospital. Pensaba en cómo iba a contarle todo a Faith. Maldijo a Henry, dondequiera que se estuviera escondiendo. Había planeado todo tan bien, ¿por qué no se quedó donde estaba? Al menos no causaría tanto sufrimiento a una persona que no lo merecía.

Faith despertó cuando el día ya amanecía. Abrió los ojos con dificultad y trató de acordarse de todos los problemas que había adquirido en tan poco tiempo. Sin embargo, para recordarle que todas las cosas malas preceden a una compensación maravillosa, Rowan entró a la habitación llevando una hermosa ageratum lila, una hermosa flor exótica, que significa purificación y limpieza emocional. Fue una elección perfecta, exactamente lo que necesitaba.

–Espero haber acertado en la elección de la flor. No me preocupé porque me dijiste que siempre elegimos la flor de acuerdo con lo que estamos sintiendo, así que pensé que me iba a salir bien. –La sonrisa de Rowan era tan seductora que conseguía dejarla desconcertada incluso cuando los pensamientos terribles la consumían.

–Son hermosas y perfecta. –Ella también sonrió oliendo el ageratum, siempre encantada con la sensación que las flores le proporcionaban.

–Por cierto, tienes visitas –bromeó cuando Cailey y Tatianna entraron en el dormitorio, y saltaron en la cama como dos niñas y se abrazaron.

–Rowan nos contó que tenías dolor de cabeza y venimos a hacértelo pasar –dijo Tatianna, y Faith concluyó que él no les había contado nada a ninguna de ellas.

Era tan discreto que prefería que ella les contara de la forma que prefiriera y cuando lo creyera conveniente.

–¿Podemos saber lo que causó este dolor de cabeza? –preguntó inocentemente Cailey, y se arrepintió cuando se dio cuenta de que Faith tenía algo serio de que hablar, la razón del dolor de cabeza.

Faith sabía que debía contarles todo su tormento, pero necesitaba tener cautela. No era nada fácil de asimilar.

–Henry está vivo y estoy seguro de que él es el invasor de mi casa. –Su voz adquirió un tono frío, impersonal, una manera que nunca había usado para hablar de su marido.

Cailey y Tatianna se quedaron calladas. Sus caras demostraban expresiones completamente diferentes. La más joven estaba aturdida, y sus ojos se abrieron mostrando que estaba lista para ser pellizcada para no pensar que estaba soñando. Tatianna miraba el suelo tratando de unir las piezas de ese bizarro rompecabezas. Nadie decía nada, nadie sabía qué decir. Tampoco se movían, y Faith empezaba a inquietarse, como si hubiera un tictac incesante en su cabeza que le recordaba que tenía que reaccionar.

—¡Y necesito hablar con él! Necesito saber qué pasó, qué lo hizo marcharse. —Faith mostraba un sufrimiento en su voz, que dejaba a todos, a su alrededor, más apenados. Y Rowan sufría, aún más, porque sabía que más allá de ser tan difícil para ella, era terrible para él saber que la mujer que amaba todavía se preocupaba por su ex-marido, que la había abandonado.

—¡Si se fue porque quiso, es un idiota! No eres culpable de nada, ¿está claro, Faith? —Tatianna se rebeló.

—¡Por supuesto, Tatty! ¡Mira su cara! —dijo Cailey con la voz alterada.

También estaba irritada con Henry, pero todavía no sabía hacer frente a esos sentimientos tan intensos y acababa enojándose con las personas erradas, del modo equivocado.

—Estás llorando por aquel hombre patético. Creo que te hizo un favor cuando te dejó. ¡Te vi llorar por todas partes en los meses anteriores al accidente y quería tomarlo por el cuello para darle una lección de moral!

Nadie sabía de eso, ni Tatianna, mucho menos Rowan. Todos pensaban que el matrimonio de Henry y Faith era perfecto, que se entendían en todo. Y no era así. A pesar de no haber comentado nunca nada con Cailey, esta se daba cuenta de cómo él se había alejado; nunca podía ir a cenas familiares o, cuando iba, contestaba el celular lejos de los otros, como si guardara un secreto.

—Rowan es mucho mejor de lo que Henry jamás fue. Simplemente, tiene que olvidarlo. Él es pasado y debería ir a la cárcel por fraude de identidad. —Sabían que Cailey tenía razón.

Alguna persona debería denunciar a Henry, y ella estaba dispuesta a hacerlo en nombre de su hermana. Cailey tenía más discursos preparados, pero fue interrumpida por alguien que golpeaba la puerta. Rowan, que era el dueño de la casa, y el que parecía fuera de lugar en la conversación, se ofreció para abrirla. Era Steve, y por su expresión, no traía buenas noticias.

Con el anuncio de que Steve estaba en la sala de estar, las tres mujeres DeWitt descendieron y fueron a su encuentro.

Al ver el dolor estampado en los ojos de Faith, Steve tomó su delicada mano y la besó. Quería pedirle que se sentara, para que estuviera preparada para lo que iría a escuchar, pero se negó a hacer tanta ceremonia.

–Faith, fui al hospital donde quedaste internada después del accidente...

–¡Por supuesto! ¿Cómo no se me ocurrió? –interrumpió—. ¿Conseguiste algo?

–Sí, una enfermera me dijo todo lo que sabía. Ella se acordaba de ti. –Steve comenzó a caminar por la casa sin saber cómo empezar a hablar—. Ella trabajaba con un médico que fue pagado para hacerte un aborto.

–¿A... Aborto? –tartamudeó—. ¿Pero cómo?

Steve no quería hablar, no quería hacerle saber que había sido víctima de una gran maldad. Podía ver en sus ojos que ya estaba sufriendo lo suficiente, pero no era el tipo de cosa que podía esconder. Era su deber, como amigo y policía, decirle la verdad, por cruel que fuera.

–No entiendo muy bien estas cosas, pero fue algo como una inyección de una sustancia salina.

–¡He escuchado hablar al respecto! Dios mío, es horrible lo que ocurre con el bebé y... –Cailey, un poco incómoda, dejó que se le escapara esa frase y fue interrumpida una vez más.

Esta vez, Faith simplemente no soportó la revelación. No podía imaginar que el hombre con quien se había casado, a quien había dicho tantas veces que lo amaba, le hubiera hecho daño al hijo que deseaban. De pronto se encontró sin aliento, como si le faltara el aire, y solo se desmayó; perdió el conocimiento y yacía inconsciente en el suelo.

Todos estaban conmocionados y corrieron hacia ella tratando de reanimarla. Rowan era el más angustiado.

–¿En qué estabas pensando para decir todas estas cosas sobre ella a la vez? –gritó Rowan mientras la tomaba en los brazos y la levantaba del suelo, listo para llevarla a la habitación.

La llevó cuidadosamente al dormitorio y la puso sobre la cama. Tatianna corría detrás con una botella de alcohol y unas bolas de algodón, que después de ponerlas debajo de la nariz de Faith, la hicieron despertar.

Faith se sentía tan protegida, tan tranquila, atrapada en la oscuridad de su mente, que preferiría nunca haber despertado. Pero estaba de vuelta, y lo único que quería era cerrar los ojos de nuevo y llorar.

–Cariño, ¿estás bien? –Rowan fue el primero en preguntar.

Pero ella no tuvo tiempo para contestarle nada. Steve puso su mano sobre el hombro de Rowan y lo llamó para hablar en privado.

Él se encargó de contarle la otra parte que Faith no sabía, en especial sobre la mujer que había contratado el servicio para matar al bebé. Sin querer, Steve había mencionado el nombre del hospital donde había sido internada, y Rowan lo reconoció, pero no dijo nada, al menos no al principio.

–¿Cuál es el próximo paso? –preguntó Rowan, con la esperanza de que hubiera un plan.

–Voy a averiguar quién es esta mujer y voy a detenerla –dijo Steve decidido.

–¿Y vas a tener coraje para detener a tu mejor amigo también?

Esa era una pregunta que Steve también se había hecho. Sería extraño mirar a Henry y no pensar en el buen tipo con quien salía todos los sábados antes del matrimonio, que había sido el padrino de su boda y de su primer hijo. Tendría que verlo como un ser humano completamente distinto. Alguien que preferiría no haber conocido.

Al salir de la casa, seguía aturdido por lo sucedido con su amiga y determinado a descubrir toda la verdad; llamó a la policía y le pidió que fueran al hospital a tomar declaración a la enfermera Mancini, para hacer un identikit de la misteriosa y cruel mujer, ya que ella había declarado que la había visto al menos una vez. Steve quería a esta mujer en una sala de interrogatorios para poder mirarla a los ojos y tener el placer de decirle que estaba detenida y, con suerte, para toda la vida.

Apenas finalizó la llamada, el teléfono volvió a sonar. Al otro lado de la línea, Jayce hablaba escupiendo las palabras como veneno.

–Steve, tenemos un problema. Dos personas están desaparecidas... –empezó.

–Y ¿quiénes son?

–Anne Palmer y Elmet Granger.

19

ANÉMONA

“Nombre derivado del griego, que significa viento, y que simboliza cuán efímera puede ser la vida”.

–Para mí no hay una explicación más lógica. Uno de ellos es el asesino, y el otro, la víctima. No creo que ambos hayan sido secuestrados por un tercero –le dijo Jayce a Steve cuando ya estaban juntos en la comisaría.

–¡Mierda! ¡Nadie más puede morir a causa de esta locura! Pero ¿cómo vamos a encontrarlos? –reclamó Steve, cansado.

–Solo esperaba que llegaras para que fuéramos a la casa de Granger.

–Crees que es él, ¿verdad?

–¡Tiene mucho sentido, Steve! Alguna de las muchachas de Kappa House mató a Melinda y él quiso vengarse. Él trató de engañarnos con el cuento de que era solo un flirteo adolescente, pero al parecer no era así. –La historia era coherente, pero Steve no quería animarse demasiado.

–Puede ser Anne también, al final, no sabemos todos los detalles. A lo mejor falta alguna pieza.

–Si la hay, ¡ya es tiempo de que la encontremos! –dijo Jayce decidido, poniéndose su chaqueta y sus lentes oscuros, listo para salir.

La señora Granger estaba desesperada. Elmett no había regresado del trabajo la noche anterior. Por más que la policía indicaba que debían pasar veinticuatro horas antes de empezar a buscar a personas desaparecidas, Elmett Granger había sido tratado como un caso especial por su relación con el “asesino de las novias”. Con Anne Palmer habían hecho lo mismo.

—¿Ustedes ya lo han encontrado? —preguntó angustiada y llorosa.

—No, señora, todavía no —contestó Steve.

—¿Será que fue ese asesino en serie que se lo llevó? ¡Dios mío, no quiero ni pensar! —Se puso las manos sobre la cabeza. Estaba un tanto afectada, dramática, pero aunque no tenían paciencia, necesitaban hablar con cuidado.

—Señora, hay una gran probabilidad de que su marido sea el “asesino de las novias”. Y si eso es cierto, él está manteniendo a Anne Palmer como rehén. —Conforme Jayce hablaba, la mujer comenzaba a ponerse colorada y se mostraba iracunda.

Sin embargo, había alguna cosa más en la forma en que reaccionaba a esa revelación. A pesar de querer parecer apenada, la esposa de Elmett también sospechaba algo. Ella simplemente se había callado y no había tratado de defenderlo cuando lo acusaron. Jayce, que estaba analizando cada movimiento, cada mirada y cada reacción de la mujer que tenía adelante, no perdió tiempo y le dijo exactamente lo que tenía en mente:

—Señora Granger, si sabe algo, tiene que contarnos.

—¡No tengo nada que decir! —exclamó la mujer; se levantó y se alejó de Jayce y de Steve.

Era obvio que guardaba algún secreto para encubrir a su marido, y quizás era algo decisivo. Ese silencio de la gente irritaba a Jayce. Por mucho que la señora Granger amaba a su marido y le era leal, Jayce no podía entender cómo alguien tenía el coraje de permitir que otros perdieran sus vidas cuando podía prevenir una tragedia. Él estaba seguro de que había personas como esa mujer que sabían algo, y que deberían estar detenidas con los culpables.

Su paciencia estaba siendo probada, y cuando fue a hablar con Steve, lo vio con el celular. Ya se había dado cuenta de que estaba preocupado por algo más, pero no le preguntó nada.

Steve hablaba con el oficial responsable del identikit de la posible amante de Henry. El diseño ya estaba listo y fue enviado al *Black-*

Berry del detective por *e-mail*. En el momento en que vio la foto, Steve reconoció a la mujer instantáneamente.

–Jayce ... –lo llamó Steve –. Tengo que solucionar otro problema, ¿te encargas de todo por aquí? –A pesar de saber que podría ser peligroso dejar a Jayce solo, con sus nervios de punta, Steve necesitaba ayudar a Faith. Sentía que le debía eso.

Ni siquiera esperó que Jayce contestara algo y se fue rápidamente a la casa de Rowan. Sabía que cuando se enteraran de quién era la mujer que había ayudado a huir a Henry, y preparara ese plan maquiavélico, la situación sería aún más complicada. Y, por desgracia, tendría que ser nuevamente el portador de malas noticias.

Se dirigió hacia allá conduciendo como un loco, y no fue muy bien recibido por Rowan, que no quería que entrase de ninguna manera. Ya estaba consciente de que llevaba el nombre de esa mujer por quien Henry, supuestamente, había abandonado a Faith, y ella ya estaba agotada de todo eso.

Pero por más que Rowan quería ser discreto al tratar de sacar a Steve para que Faith no pudiera notar su presencia, ella apareció. Los dos hombres la miraron, parada en el centro de la sala como si fuera un fantasma. Y sin que nadie dijera nada en absoluto, ella ya sabía por qué su amigo había regresado. Se sentía débil, cansada, pero lista para cualquier cosa.

–¿Ya sabes quién es ella? –preguntó, y Steve asintió con la cabeza–. ¡Dime su nombre, muéstrame la foto!

Todos podían notar su desesperación. Ella solo esperó que Steve tomara el teléfono del bolsillo y colocara la imagen en la pantalla para mostrarla; prácticamente le arrancó el teléfono de sus manos.

Faith fue la primera en ver el identikit de la cara de la mujer, y al principio no la reconoció, aunque sus rasgos no le eran completamente extraños. De alguna parte conocía el pelo largo y negro de una textura suave y rizada, los ojos expresivos, grandes y sensuales, y la cara impactante. No era un rostro fácil de olvidar, y estaba grabado en su mente en algún lugar perdido, en una zona muerta.

Pronto le pasó el teléfono a Rowan con la esperanza de que él le diera un nombre, cualquier indicio de quién era esa mujer horrible que le había robado a su marido y que le había prohibido ser madre al matar a su bebé. Esa mujer que le había hecho tanto daño.

Cuando Rowan tomó el teléfono en sus manos y observó el dibujo, palideció. Era como si él no entendiera el motivo por el cual ese rostro estaba allí, pero era obvio que la conocía. Y a pesar de estar horrorizado por lo que veía, se daba cuenta de que todo tenía sentido y de que era incluso peor de lo que parecía en un principio. Todo estaba interconectado. Él y Faith estaban realmente destinados a conocerse, pero de una forma tortuosa.

—A fin de cuentas, Rowan, ¿quién es esa mujer? —Impaciente, Faith lo rescató de su inercia, donde estaba prácticamente atontado.

—Esta mujer es... Ursulla.

En la casa de los Granger, Jayce llamó a la puerta del cuarto de la mujer de Elmett, y ella le pidió que entrara. Trató de secar sus lágrimas con rapidez y luego se recompuso; se levantó, altiva, delante del detective, tratando de demostrar que ese hombre, a pesar de que era más grande que ella, no la intimidaba. Sin embargo, Jayce podía leer entre líneas y, mejor aún, el alma de la gente, y estaba seguro, sin necesitar pensarlo demasiado, de que el espíritu de esa mujer estaba destrozado y tremendamente dividido entre lo que debía hacer como ser humano y su deber como esposa.

—¿Qué quiere, detective Hernández? —le preguntó llena de furia en su voz.

—Me gustaría hablar un poco con usted. ¿Puedo sentarme?

—Ya está en mi habitación y yo estoy sola, entonces, ¡síéntese!
—La mujer le mostró una silla y Jayce se sentó. Él tenía algunos papeles en las manos y los extendió sobre la cama.

Eran imágenes impresas de la computadora. Imágenes horribles de las víctimas del “asesino de las novias”. Había una gran cantidad de sangre, mucho terror en los ojos abiertos de cada una de las mujeres que decapitó y apuñaló varias veces. La señora Granger, con toda su elegancia, hizo una mueca y tuvo ganas de vomitar al ver la matanza. Jayce no sentía ningún remordimiento. Su intención era impresionarla, sacarla de su realidad de los cuentos de hadas, para que entendiera que la situación era mucho peor de lo que se imaginaba.

—¡Qué cosa horrible! —exclamó con disgusto.

—¡Estoy totalmente de acuerdo! —dijo con cinismo el detective—. ¿Sabe qué es lo peor? Que hay una gran posibilidad de que su ma-

rido sea responsable de esto. Y si usted sabe algo que pueda evitar que la madre de dos hermosos niños tenga el mismo trágico final que estas otras chicas y simplemente no hace nada, se lo aseguro, señora Granger, que será tan culpable como este asesino.

La mujer se quedó en silencio, casi persuadida por las palabras de Jayce. Con todo, todavía trataba de mantenerse firme, impassible, aunque sabía que era solo cuestión de tiempo. Siempre había sido bueno con juegos mentales y con mujeres que trataban de encubrir a sus maridos; eran sus víctimas preferidas. Le encantaba verlas perder la compostura, especialmente en este caso en el que había un interés aún mayor: la vida de Anne Palmer. Por supuesto, teniendo en cuenta a Elmett como un asesino.

—¿Cómo puedes compararme con un monstruo? —le preguntó con indignación.

—¡Si usted está ocultando algo a la policía, es exactamente lo que es!

—¡No estoy escondiendo nada! —No había seguridad en su voz, y ella se condenaba, aun sin quererlo, más y más a cada minuto—. ¡Quiero que salga de mi casa!

—No creo que usted no sepa nada, pero por un minuto, vamos a suponer que hacemos un acuerdo. Solo quiero que mire esta foto... —Jayce puso otra foto en la cama. Era Debra, muerta, al igual que las demás—. ¿Ve a esta mujer? ¡Yo la amaba! Por lo tanto, puedo decir que este caso es totalmente importante para mí y sería capaz de ir al fin del mundo para encontrar al culpable. Así que si cree que su marido es el asesino, será detenido de una forma u otra, la diferencia será el peso sobre su conciencia.

Como por arte de magia, apareció Elmett Granger. Llegaba a casa normalmente, como si nada hubiera sucedido, y aunque parecía más tranquila porque estaba sano y salvo, su esposa le dio una mirada fulminante y lo evadió cuando trató de besarla en la frente. Jayce sabía que habría una discusión entre ellos, pero no quería estar presente cuando ocurriera, por lo que se retiró dejando bien claro que la mujer podría encontrarlo en cualquier momento si recordaba algo y decidiera cooperar. Y Jayce sabía que tarde o temprano lo buscaría.

Faith tuvo que sentarse o se marearía de nuevo. ¡Ursulla y Henry eran amantes! ¿Cómo era posible? ¿Y qué tipo de destino cruel haría

que se enamorara del hermano de esa mujer, que fue una de las responsables de su sufrimiento y su dolor?

Rowan no estaba en mejor estado. Por supuesto que era más fuerte y tal vez más equilibrado, pero era una situación para la que no estaba preparado. Había sufrido con la muerte de su única hermana y no podía creer cómo ella tuvo el coraje de hacerles semejante maldad a sus padres. Dejó que todos pensaran que estaba muerta, de una forma terrible, asesinada, arrojada a un río, desfigurada, sin dignidad. Pero lo más aterrador era pensar que hizo que todos creyeran que había sido una víctima más del “asesino de las novias”; ella y el marido de Faith, por supuesto, habían matado a una mujer y preparado un escenario para que todos pensaran que era Ursulla. Le pusieron sus ropas, el anillo que nunca dejaba de utilizar, y ella, simplemente, desapareció para vivir su historia de amor. Todo tenía sentido, especialmente los dos dedos cortados del cadáver. Ursulla había pensado en todo, y sin las pequeñas marcas de quemaduras que tenía, sería fácil confundirla. La escena había sido cuidadosamente preparada

—¡Rowan, ellos eran amantes! ¡Eran amantes y mataron a una persona para sostener la mentira! —Faith se había alterado demasiado, y Rowan quería tranquilizarla, pero incluso él no encontraba serenidad para hacer frente a la situación.

—¡Faith, tranquilízate! —Fue Steve quien intercedió, pero sabía que no había nada que pudiera decir que calmara la situación.

—¡Dios mío! ¡Esto no va a terminar! ¡Cada vez la historia se pone peor! ¿Qué vendrá a continuación? —preguntó, pero nadie sabía qué decir.

Rowan seguía mirando la imagen de Ursulla, sintiendo el odio más grande que había sentido en su vida. Al igual que Faith, él había convivido años con una persona que ni siquiera conocía. Una persona que era su mejor amiga, su hermana gemela, sangre de su sangre, y él, que la quería tanto, pasó a tener miedo de lo que sería capaz de hacer si los viera, tanto a ella como a Henry. Para colmo, todavía estaba preocupado con la posibilidad de que esto afectara su relación con Faith, que perjudicara lo que los dos estaban viviendo; de todos modos, no solo estaban unidos por lazos de amor, sino también por una mentira, por muerte y por mucha destrucción.

—Steve, ¿crees que Henry y Ursulla tienen algo que ver con la muerte de las otras chicas? —Faith rompió el silencio.

—No, Faith. Creo que solo aprovecharon la ola de crímenes y mataron a esa pobre joven, que tal vez nunca se llegue a descubrir quién era. —Steve hizo una pausa—. Tenemos un sospechoso. Solo necesitamos pruebas. —A pesar de la buena noticia, nadie dijo nada, y él sintió que la pareja necesitaba estar sola—. Bueno, tengo que irme ahora. Si me necesitan para cualquier cosa, llamen.

Rowan acompañó a Steve hasta la puerta, y cuando regresó se sentó al lado de Faith tomando su mano, tratando de crear una unión en esa complicada situación. Uno necesitaba el apoyo del otro.

Él trataba de interpretar los pensamientos de Faith, que parecía perdida, sin darse cuenta de su presencia. Tenía miedo de perderla, miedo de que necesitara tiempo para poner sus ideas en orden. Pero para su alivio, ella se lanzó a sus brazos llorando compulsivamente. En pocos minutos, Rowan también estaba llorando. No podía entender por qué el destino les había hecho esa broma.

Una vez más, Steve y Jayce pasaron la noche en la comisaría pegados al teléfono, sabiendo que la esposa de Elmett Granger los llamaría.

Y llamó. Eran como las dos de la mañana, y su voz llorosa sonaba incomprensible. Sabiendo que no entenderían nada por teléfono, se dirigieron a la casa de la familia.

La mujer estaba sola; había enviado a sus hijos a la casa de su madre para que no fueran testigos de la historia oscura de su propio padre.

—Elmett está realmente extraño —comenzó—. Últimamente, parecía más feliz, como si tuviera un nuevo pasatiempo, pero nunca se quedó sin volver a casa. Llamé a su trabajo y dijeron que hacía dos días que no iba a la empresa. —Ella usó un pañuelo para secarse las lágrimas y siguió—. No quería creer que él fuera capaz de matar a toda esa gente, pero sé que aquella muchacha, Anne Palmer, también ha desaparecido. Así que empecé a hurgar en sus cajones en busca de algo y encontré esto... —Ella tomó un pequeño papel del bolsillo del pantalón y se lo entregó a Jayce.

Era una especie de recibo de compra de un pequeño galpón de quince metros cuadrados; una transacción rápida, como si lo necesitara con urgencia. Era una buena opción para mantener a una per-

sona como rehén. La fecha era de la época de la muerte de Penélope Ayburn, la única que había sido secuestrada antes de morir. Seguramente ella había estado encerrada allí, y ese era el lugar donde podría estar Anne Palmer. Y para su suerte, había una dirección en el papel.

Y todo se convirtió en una carrera contra reloj. No sabían por cuánto tiempo Elmett Granger mantendría viva a la joven. Su mente diabólica podía planificar cosas inesperadas. Y más que nunca, tenían que actuar con cuidado o terminarían dejando a dos hijos sin madre. Era lo que más les preocupaba.

Llegaron al lugar, que era bastante lejos, rodeado de árboles y sin vecinos. Incluso un poco macabro. El sitio perfecto para mantener a alguien en cautiverio. Había un pequeño agujero en la puerta por el que vieron a Anne Palmer atada a una silla, y a Elmett, que caminaba de un lado a otro. Parecía nervioso; por supuesto, ya estaba al tanto de que la policía iba tras su rastro. Parecía dispuesto a volcar su rabia en la rehén, pero los dos no lo permitirían. Jayce, con todo su tamaño, echó la puerta abajo, y Elmett se volvió hacia ellos, aturdido, al ver que su escondite había sido encontrado. Se sentía perdido.

En un acto reflejo, tomó el gran cuchillo con la mano y lo colocó en la garganta de Anne Palmer. No se rendiría tan fácilmente.

—Elmett Granger, ¡libere a la joven! ¡Usted no tiene a dónde ir!
—Steve habló con aire de autoridad, pero desesperado por lo que podría suceder.

—¡Ustedes no comprenden! Quiero decir... tal vez Jayce comprenda... él también perdió a la mujer que amaba. ¡Si él tiene un sentido de justicia, que supongo que lo tiene, también estará loco de deseo de acabar conmigo!

—¿Fue por eso que usted mató a Debra, miserable? —gritó Jayce.

—¡Por supuesto! Necesitaba a alguien que me entendiera, que sintiera lo mismo que yo había sentido, que supiera que la pérdida de la persona que nos hace feliz, también nos hace perder la cabeza.

—Pero ¿por qué mató a todas esas mujeres y no solo a la que quitó la vida de Melinda?

—¡Todas mataron a Melinda! Quien en realidad lo puso en práctica fue Penélope, ¡debido a la estúpida noticia que iba a publicar en el diario! Y yo se lo advertí. —Hablabla con inmensa ira en su voz—. Todas lo planearon, menos Carla. Yo no la iba a matar, pero para pro-

bar su inocencia, ella acabaría por descubrirme. –Fue fácil de entender porque la muerte de Penélope fue la más cruel.

Él la había torturado porque había sido ella la que había matado a Melinda.

–¿Y por qué se demoró diez años para empezar a matarlas?
–Quiso saber Steve.

–Porque se pusieron de novias, ¡por supuesto! Estaba a punto de pedir a Melinda en matrimonio, y me quitaron esa oportunidad. Era su sueño, y por eso esas mujeres no podían ser felices. ¡Debían ser castigadas! –La propiedad en su voz era casi admirable. Podría haber convencido a cualquiera.

–Pero Anne Palmer no tiene nada que ver con la venganza –comenzó Jayce.

Tenía que actuar de una manera psicológica, actuar con la mente, no con el corazón.

–Lo entiendo. También perdí a Debra, también estoy de acuerdo en que el dolor es tan grande que cualquier acto se convierte en justificable. Hay perdón para usted, Elmett, pero si mata a Anne, no habrá marcha atrás. Su justicia habrá sido en vano. Será igual que ellas.

Las palabras de Jayce confundieron a Elmett de alguna manera. Él no se creía solo un asesino. El creía que era un justiciero que había vengado la muerte de su amada de manera heroica. Seguramente, Melinda, dondequiera que esté, estaría orgullosa. Al menos era eso lo que él pensaba.

Usando el cuchillo con el que tenía la intención de matar a Anne, simplemente la desató, y aunque todos sabían que no le haría más daño, Jayce, sin pensarlo, disparó dos veces y acertó en su cabeza, justo en el medio de la frente, quitándole la vida de inmediato.

El cuerpo sin vida de Elmett cayó sobre Anne, que estaba completamente asustada. Steve pronto la estaba ayudando mientras Jayce todavía miraba el cadáver tendido en el suelo. Su expresión demostraba una gran ira, pero su corazón estaba vacío, confortado. Por lo tanto, había entendido la idea de venganza de Elmett. Después de tanto tiempo, Debra pudo finalmente descansar en paz.

20

CRISANTEMO

“Es la flor que simboliza la verdad y la esperanza en los tiempos difíciles”.

Salió en todos los diarios que Elmett Granger era el llamado “asesino de las novias”. Varias personas estaban enojadas y aliviadas de tener algo menos de qué preocuparse. Pero el corazón de Faith era el único que no parecía tranquilo. Sus pesadillas no la abandonaban y todas tenían el mismo tema: aquel pequeño bebé que ni siquiera tuvo la oportunidad de nacer. En todos los sueños, veía a ese niño sufrir hasta la muerte, llamarla telepáticamente, y Faith no podía hacer nada. Todas las veces, despertaba gritando, sudada y trémula, pero Rowan siempre estaba allí para abrazarla y decirle que todo estaría bien. Y ella sabía que él también tenía sus fantasmas para enfrentar.

Y fue en un atardecer, de esos calurosos, donde el sol insiste en no ponerse, cuando Faith sintió que algo iba a pasar.

Estaba sola. Cailey había salido más temprano de la florería para hacer sus recientes consultas con un psiquiatra. Fue impulsada por Morris quien, por cierto, le había pedido noviazgo, la trataba muy bien y cuidaba de ella.

A pesar del sol abrasador, un fuerte viento sacudió todas las flores del invernadero “Jardines y sentimientos”, y Faith vio que era un mal presagio, especialmente cuando advirtió el pétalo de un amaranto en sus pies. Un pequeño pétalo, pero que indicaba que el

círculo se cerraba. La flor que había comenzado todo también estaba indicando el final. Y por la flor, ella ya sabía de quién era la sombra que paseaba por la puerta que conectaba la florería con su casa.

Sin miedo, Faith se limitó a esperar. La puerta principal ya estaba cerrada, pero le daría tiempo a que ella se escapara. Pero estaba cansada de huir. Ya era tiempo de enfrentar la realidad, y cuando la persona se paró frente a ella, ella solo suspiró, antes de romper el silencio.

–Sabía que vendrías. ¡Solo que no creía que tardarías tanto!

–¡Ah claro! –exclamó Ursulla riendo enseguida–. Olvidé tus dones sobrenaturales que Henry insistió en mencionar. Nunca te había visto personalmente, pero ahora que estoy aquí, no tengo ni idea de qué lo hizo querer volver a ti. Eres tan... provinciana. Por otra parte, no sé cómo mi hermano, que siempre tuvo a la mujer que quiso, decidió elegirte. Y cómo es el destino de divertido, ¿verdad? –se rio de nuevo, y Faith no podía ver ni rastro de semejanza entre ella y Rowan, y ellos eran mellizos. Todo lo que él tenía de bondad, ella lo tenía de egoísmo y crueldad.

–Si viniste aquí para pedirme que me aleje de Henry, ¡perdiste tu tiempo! ¡No quiero saber de él! –Faith hablaba con calma, pero se asustó, e incluso llevó su mano sobre su pecho, al sentir su corazón que latía con mucha fuerza y velocidad cuando vio un arma en las manos de Ursulla. Y ella no sentiría ningún remordimiento en apretar el gatillo y matarla.

–No es exactamente eso. Quiero que dejes a Henry en paz, pero de forma permanente. Desde hace algún tiempo que él ha estado pensando mucho en ti, ¡y eso solo cambiará si tú no existes más!

–¿Y crees que él te perdonaría si me quitas la vida? –Faith trataba de convencerla de desistir de esa locura.

–Henry lo entendería. ¡No tienes ni idea de todo lo que tuvimos que hacer para estar juntos! Él me lo perdonaría. Lo voy a hacer por amor, como todo lo demás que hice. –Ursulla estaba loca, y Faith estaba en sus manos.

–¿Acaso él sabía sobre nuestro bebé? ¿Él aceptó que fuera asesinado? ¿Su propio hijo? –Al menos necesitaba saber eso.

Por lo menos tenía que creer que Henry todavía era humano.

–Él no hubiera sido capaz de hacerlo. Dejé que pensara que el aborto había sido espontáneo. Sabía que ese niño traería problemas, por eso resolví la situación.

–¡Loca! ¡Era un niño inocente, no tenía la culpa de nada! –gritó Faith sin poder resistir más. No importaba si esa mujer disparaba y se terminara todo, pero no podía dejar de decir lo que estaba sintiendo.

–¡Si yo fuera tú, me quedaría callada! Todavía tienes unos minutos de vida, creo que es mejor que te despidas de tus flores.

A pesar de no importarle, no quería morir. No era que le temiera a la muerte; Lolla siempre había hablado con ella sobre la eternidad del alma, y no tenía ningún problema con eso. Pero esta mujer no tenía derecho a ser dueña de la hora de su muerte. No Ursulla, que ya le había quitado tanto.

Fue entonces cuando otra persona entró en la florería, y Faith de pronto lo vio. No había cambiado casi nada, incluso después de tantos meses. Todavía era un hombre atractivo. Antes de haber puesto una flor en la tumba de Lolla y de haber conocido a Rowan, hubiera dado cualquier cosa por ese momento, pero mirando a Henry, después de todo lo que había pasado, no sentía nada. Ni amor, ni odio.

Henry se acercó sigilosamente, sin miedo, y saltó sobre Ursulla sosteniendo sus brazos, lo que la hizo dejar caer el arma al suelo.

–Faith, ¡vete de aquí! ¡Toma el arma y escápate! –gritó mientras dominaba a Ursulla. Faith tomó el arma, pero en vez de huir, les apuntó a los dos.

Al ver que la situación se había invertido, Ursulla le dio un codazo en la cara a Henry, logró liberarse y también se lanzó sobre Faith. Ella era muy fuerte y la derribó fácilmente. Faith todavía trató de luchar y logró mantener el arma en su mano durante algún tiempo, pero Ursulla estaba locamente enfurecida y daba bofetadas y puñetazos para todos lados. No tardó mucho tiempo para que Faith perdiera la pelea y quedara desarmada. Por suerte, el arma fue a parar exactamente a los pies de Henry, que la tomó en sus manos y le apuntó directamente a Ursulla.

–¿Henry? ¿Estás loco? ¿Y nuestro amor? ¡Todas las cosas que hicimos no pueden haber sido en vano! –Ursulla tenía las dos manos alrededor del cuello de Faith, y la estaba estrangulando.

–¡Suéltala, Ursulla! ¡Ella no tiene nada que ver con eso!

–¡Por supuesto que sí! ¡Si ella no existiera, no tendrías dudas!

–Henry... –Faith lo llamó sin fuerzas, aprovechando que Ursulla había aflojado un poco las manos en su cuello—. ¡Henry, ella mató a nuestro hijo! –Era el único recurso que tenía y funcionó, porque Henry se horrorizó.

–¿Lo mataste? ¡Dijiste que Faith había perdido el bebé con la noticia de mi muerte!

–¡Todo lo que hice fue por amor! ¡Ese bebé lo hubiera arruinado todo, te hice un favor! ¡Y ella también tiene que morir para que vuelvas a amarme!

Volvió a presionar el cuello de Faith. No había dudas de que estaba decidida a matarla, pero Henry no vaciló en disparar varias veces y acertó.

Teatralmente, Ursulla fue caminando hacia Henry, manchando con sangre las flores de Faith, dejando una marca eterna de muerte. Unos minutos más tarde, finalmente cayó sin vida.

Mirando esa escena, tan bizarra, Faith se sentó en el suelo, y Henry se ubicó a su lado, los dos recostados en la pared. Él arrojó el arma al suelo y esperó a que ella dijera algo. No tenía nada que decir, aunque había mucho que explicar.

–¿Por qué, Henry? –Faith empezó exactamente por esa pregunta.

–No hay explicación, Faith... Me encanté con Ursulla durante una visita de rutina y comenzamos a encontrarnos siempre. Ella sabía cómo ser persuasiva. Yo estaba completamente aburrido de nuestra vida, no de ti. Al final, ella apareció con todo el plan listo.

–¡Ustedes mataron a una persona! ¡Una chica que no tenía la culpa de nada! ¡Y eres médico! –La indignación en su voz era aguda.

–Ursulla hizo todo, y yo estaba completamente ciego. Solo después de un tiempo me di cuenta de los terribles errores que habíamos cometido, especialmente contigo. –Henry realmente parecía arrepentido, pero Faith no estaba convencida.

–Pensé que era mi culpa, que no era una buena esposa para ti. –Se puso a llorar.

–¡De ninguna manera, Faith! Eres maravillosa. Fui un idiota, yo no supe valorarte.

–¿Y ahora, Henry? –Era la única cosa que necesitaba saber.

–Amas al hermano de Ursulla, ¿verdad? –Faith asintió con la cabeza—. Entonces solo puedo llamar a Steve y entregarme. Necesito tener una actitud noble para que algún día puedas perdonarme. –Sabía que ella nunca lo perdonaría, pero sonrió. Esa sonrisa con la que Faith soñó llena de anhelo por tantos meses.

Se quedaron en silencio durante algún tiempo, en un reencuentro que ninguno de ellos esperaba. Y mientras tanto, Ursulla, todavía con los ojos abiertos, los miraba, como si maldijera la paz que se había formado. Faith no respetaba más a Henry, pero finalmente podía continuar su vida. Ya tenía sus respuestas.

21

PERPETUA

“Como su propio nombre lo dice, la flor perpetua significa la eternidad, todo lo que puede durar para siempre”.

—¡Rowan, que broma tonta! —exclamó Faith, riendo de felicidad mientras Rowan la ayudaba a salir del auto. Él le había vendado los ojos, pues le tenía una sorpresa.

—¡Te va a gustar! ¡Estoy seguro!

Rowan la llevó de la mano hasta cierto punto, la hizo subir dos escalones y le pidió que esperara un poco.

Hacía un mes que Henry había sido detenido y que Ursulla había muerto, y finalmente todo estaba volviendo a la normalidad. Por impresionante que pudiera ser, Rowan ni siquiera quiso saber de su hermana. Era la persona que más lo había decepcionado en toda su vida, y no le dijo a su madre lo que le había sucedido. Era mejor que se quedara pensando que su hija ya estaba muerta hacía varios meses y no que era un monstruo capaz de las peores cosas por capricho.

Y, después de todo, Faith no quería vivir más en su casa. Habían arreglado que vivirían en la casa de Rowan; sin embargo, la florería era un serio problema. No era porque le quedara lejos, pues la distancia era de solo diez minutos, sino porque la comodidad era incomparable. Y Rowan podía resolver la situación.

Delicadamente, él retiró la venda de los ojos de Faith, y ella vio el jardín más bello, el invernadero más completo y lindo que nunca había visto. Además de las diversas especies de plantas que había tenido el cuidado de elegir, la decoración era perfecta. Su escritorio, donde haría la contabilidad, atendería las llamadas y otros servicios administrativos, era un pequeño templo, extremadamente romántico, todo rodeado de flores. Cualquier cliente que entrara ahí quedaría encantado. Parecía otra dimensión, un mundo de hadas, y ella no podía creer que era suyo. Además, estaba al lado de la casa de Rowan, que era lo que más deseaba.

—¿Recuerdas el proyecto que estaba manteniendo en secreto? ¡Era esto! —confesó haciéndose el travieso.

—Faith no sabía dónde mirar. Desde allí, podía ver todo el jardín. Giraba en torno a sí misma tratando de ver todo lo que había. Hasta que Rowan la atrajo hacia él y la mantuvo en sus brazos.

—Me pareció que era un buen lugar para hacer algo importante.

Rowan se apoyó en una rodilla delante de Faith, y dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—Faith DeWitt... —empezó.

Con Henry vivo, Faith prefería adoptar su apellido de soltera. Pronto saldría el divorcio y ella sería libre.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pidió abriendo una cajita de terciopelo que contenía un hermoso anillo de diamantes.

—¡Rowan! ¡Por supuesto que quiero! —Él se levantó, la abrazó y la besó, y le colocó el anillo.

—Por lo tanto, futura señora Allers, la primera flor de su nueva florería será suya. —Rowan recolectó una flor al azar, esperando que fuera la correcta.

—No podía ser más perfecta. Esta es la perpetua, significa “para siempre”.

—¡En realidad, es la flor perfecta! —convino con ella, y la besó sabiendo que ninguna oscuridad caería sobre ellos y que su amor sería eterno.

EPÍLOGO

En algún lugar, Lolla se sentía satisfecha. Una parte de su misión estaba cumplida. Veía feliz a Faith, con un amor que duraría para siempre, como la flor le había dicho. Sin embargo, todavía tenía cosas que hacer.

Todavía estaban Cailey y Tatianna, que también necesitaban su ayuda.

No obstante, sus destinos estaban igualmente sellados, y ellas también tendrían sus oportunidades, solo debían esperar un poco más.

FIN

ÍNDICE

Agradecimientos	3
Prólogo	6
1. Amaranto.....	7
2. Ageratum.....	24
3. Lisianthus	42
4. Petunia	53
5. Gladiolo.....	68
6. Caléndula	85
7. Flor de loto	101
8. Geranio.....	127
9. Astromelia	141
10. Bromelia	160
11. Tulipán	179
12. Azucena.....	197
13. Camelia japonesa.....	209
14. Lirio.....	220
15. Gloxinia.....	242
16. Tradescantia	255
17. Ciclamen blanco	268
18. Orquídea	281
19. Anémona	288
20. Crisantemo	297
21. Perpetua	301
Epílogo	303

Cuando **FAITH CONNOR** recibe una carta dejada por su abuela, tras la muerte de la misma, conteniendo una última petición, no esperaba que su vida ganaría un rumbo inesperado.

Poseedora de un don especial al comprender las flores, cuyos significados le proveen visiones de acontecimientos futuros, ella realiza el deseo de su abuela, llevando una flor especial a su tumba, y acaba conociendo a **ROWAN ALLERS**, un hombre atormentado por la muerte de su hermana, asesinada por un asesino en serie.

Sintiendo una extraña conexión con aquella historia, Faith lo ayuda a investigar, sin saber que sus destinos estaban conectados de manera peligrosa e incluso fatal.

ISBN 978-987-46059-6-2



9 789874 605962

TRILOGÍA DE LAS CARTAS